EXAMEN DE PRÓCERES AMERICANOS

307C

CIRO BAYO

EXAMEN DE PRÓCERES AMERICANOS

(LOS LIBERTADORES)

MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE PUEYO
Calle de la Abada, núm. 19
1916

ES PROPIEDAD.
DERECHOS RESERVADOS

HSAm.BC
B3616ex
661457
2.7.57

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléfono 14-30.—MADRID

PRÓLOGO

La Historia patria de todo país americano, señala dos períodos bien marcados antes de llegar á la Independencia nacional: el de la Conquista *y el del* Coloniaje.

La Conquista es aquel verdadero milagro de la Historia en virtud del cual algunos centenares de aventureros dieron cima á la épica empresa de incorporar al dominio español un imperio que abarcaba de mar á mar, desde el norte de California hasta la Tierra de Fuego.—A las fabulosas hazañas de aquellos invasores y conquistadores del Nuevo Mundo, sucedió la obra pacífica, lenta, pero constante, de misioneros, sabios, ingenieros, artífices, comerciantes y agricultores, los cuales aportaron el conjunto de la civilización de la metrópoli de donde procedían, y con ellos se instauró el Coloniaje.

Las tierras nuevas imprimen en los hombres que á ellas aportan rasgos autóctonos y diferenciales.—El ambiente social de América se his-

panizaba, pero á la vez se iba operando la indianización del colono español; el amor á la provincia, á la región, pasa al hijo del padre blanco, por la madre india, y de este modo surge el ideal de la autonomía americana. Queda, pues, establecida la pugna entre el criollo *(el nativo, de sangre europea) y el* peninsular *ó el español europeo llegado á América como empleado ó como colono nuevo; el lazo patriótico subsiste aún, pero los hijos del país aspiran á romperlo. Realizada esta separación moral entre los dos elementos dirigentes de la colonia, una contingencia cualquiera bastará á determinar la guerra civil y, á la postre, la separación, la* Independencia.

Tal fué lo que pasó en las colonias españolas americanas. Con la invasión de la metrópoli por las tropas de Napoleón, en 1808, los criollos vieron una ocasión favorable para realizar una revolución separatista. En su primer período las Juntas *de Caracas, de Santa Fe, de Cartagena de Indias y de Buenos Aires, aparecen con la máscara de conservarse fieles á Fernando VII,* al rey cautivo, *pero en seguida, se va abiertamente á la independencia*

Tres centros principales de insurrección hubo en la América española, á contar del año 1810: México, Venezuela y Buenos Aires. Los mejicanos atendieron sólo á libertarse á sí mismos; en cambio, las revoluciones venezolana y argen-

tina tuvieron un carácter más amplio. Bolívar no se limitó á libertar á Venezuela, sino que libertó además á Nueva Granada (Colombia), Ecuador y Perú; la revolución de Buenos Aires difundió su espíritu por el Paraguay, Uruguay, Chile y Perú, al norte del cual llegaron simultáneamente las armas de San Martín y de Bolívar.

Esta guerra de la Independencia, que duró quince años largos, fué promovida y dirigida en sus comienzos por los criollos más distinguidos en ilustración ó en fortuna, porque lo que se buscaba ante todo eran hombres que se impusieran por su prestigio; sólo después, en el curso de los acontecimientos fueron dándose á conocer, y alternaron con ellos, hombres de origen plebeyo, mestizos, indios y negros. Estos lograron imponerse á fuer de caudillos de sus congéneres, y lo que empezó por una revolución aristocrática ó de magnates de provincias, acabó siendo una dictadura de carácter plebeyo, en casi todas las repúblicas. ¿Quién le habia de decir al hijo del marqués de Aragua, al linajudo Simón Bolívar, que el primer presidente de su Venezuela libre sería el llanero Páez, un hombre que en 1818 no sabía leer ni escribir y aprendió todo esto siendo general?

En las demás localidades, tal vez á excepción de Chile, pasó lo mismo; los hombres inteligentes y cultos, las clases aristocráticas que inicia-

ron la independencia, viéronse suplantados por tipos completamente bárbaros, por generales analfabetos, que han desacreditado la democracia americana.

Es toda una exposición histórica, ajena á nuestro propósito, el cual sólo ha de limitarse al examen de los primeros, de los que figuran como padres de la patria ó héroes de la independencia.

Lo original de nuestro estudio es que no lo haremos desde el punto de vista criollo, es decir no al modo idolátrico á que nos tienen acostumbrados los historiadores americanos, sino con el desenfado de quien repasa una mitología nacional. En el escenario político y guerre o de la América de aquellos días hay figuras y figurones; hombres y hechos históricos que han venido mostrándose con una falsa aureola de leyenda, y que deben reducirse á su justo límite.

No pretendemos con esto quebrar pedestales y derribar estatuas; las naciones americanas están justamente orgullosas de sus antepasados y de sus grandes hechos, y por esto los inmortalizan en mármoles y bronces. La extranjería no da derecho á ridiculizar estas glorias nacionales, todo lo más á humanarlas, á discurrir sobre ellas con crítica histórica, y esto es lo que vamos á hacer; pero con toda libertad, sin apelar á este eterno balancín que, bajo el pretexto de imparcialidad, usan algunos historiadores.

De todos modos al lector imparcial le han de

ser de gran atractivo los retratos de los principales personajes de la Indepencia sur-americana con las nuevas tintas con que se los vamos á presentar.

Este período de la Historia de América es uno de los menos estudiados, sobre todo desde el punto de vista español, tal vez porque los Archivos de España han estado cerrados casi por completo á toda investigación hasta el último tercio del siglo XIX. *Ahora ya es otra cosa.* La Sociedad de Publicaciones Históricas, de Madrid, *ha emprendido la publicación del* Catálogo de documentos relativos á la Independencia de América, contenidos en el Archivo General de Indias de Sevilla, *y ha reunido en una primera serie ocho mil documentos, concienzudamente revisados y resumidos lo bastante para darnos una idea del estado de la América española al comenzar la guerra de la Independencia: los movimientos precursores de la misma; el carácter distintivo que tuvo en cada territorio y, lo que es más interesante por lo mismo que ofrece más novedad, las noticias que de los sucesos comunicaban nuestros gobernantes, cómo se recibían en la Península, consultas y dictámenes del Consejo, Congreso y hombres distinguidos á que daban lugar, resoluciones que se adoptaban, nombramientos é instrucciones que se dieron á los comisionados para la pacificación, resultados que produjeron y todo lo que puede constituir el*

"aspecto español"; en lo que se comprende también lo que atañe á las relaciones de algunas potencias con los insurgentes, á la mediación de éstas para la pacificación de América ó para el reconocimiento de la Independencia. De la simple lectura de los extractos que el Catálogo contiene, se echa de ver el diferente aspecto que en cada una de las provincias de América revistió la lucha por la independencia, si bien no sirven por su parquedad para formar un juicio exacto por tener que limitarse á la pauta de un índice.

Si dijéramos que nosotros los habíamos consultado todos en el EXAMEN *que damos á luz, mentiríamos, porque este caudal de documentos sobrepasa á la potencialidad de un solo investigador; nos hemos limitado á hacerlo tan sólo con aquellos que nos han parecido más á propósito para el restablecimiento fehaciente de tal cual punto histórico. Pero queda trazado el camino de investigación á la gran legión de aficionados á las cosas de América que, faltos de medios para investigar directamente en los Archivos, ó imposibilitados por el desconocimiento de lo contenido en ellos, desisten de proseguir trabajos que pudieran ser muy fructíferos. De esa labor depende el que España reivindique el sagrado derecho de un fallo justo, pues sabido es que la Historia de América, en su aspecto total, ha sido compuesta por quienes, no disponiendo de todos los necesarios elementos para formar jui-*

cio acertado, han tenido que incurrir en error, sentenciando un pleito al que ha dejado de aportarse esa riqueza documental poseída por nuestra patria y no presentada como prueba justificativa de su conducta.

En este EXAMEN DE PRÓCERES AMERICANOS, *damos preferencia al aspecto novelesco del asunto, y en tal sentido, tomamos como fuentes de información las* Memorias *que dejaron escritas americanos, españoles y extranjeros, actores de los sucesos que narran, muchas en número y de un valor inmenso para la Historia de la Independencia. Desde este punto de vista merece plácemes el erudito don Rufino Blanco Fombona, que aquí en Madrid ha editado é ilustrado con valiosas notas una serie de aquellas* Memorias, *que hasta ahora eran sólo patrimonio de bibliófilos, por la rareza de los ejemplares ó por su subido precio. Por nuestra parte, no vacilamos en declarar que el fácil cotejo de esas* Memorias, *algunas de las cuales habíamos repasado en América, nos inspiraron el pensamiento de este* EXAMEN.

FRANCISCO MIRANDA

FRANCISCO MIRANDA

I.—El ayudante de Cagigal.

Miranda es el precursor y protomártir de la emancipación de las colonias hispano-americanas.

Nació en Caracas, á 9 de Junio de 1756, y á los veintiséis años de edad figura como capitán del regimiento de infantería de Navarra, de guarnición en Cuba y la Florida.—Por entonces era la guerra de la independencia de los Estados Unidos. Los norteamericanos llevaban ya cinco años luchando por ella, ayudados por Francia y España, que, habiendo reconocido la independencia de la nueva república, enviaron dos ejércitos para afianzarla, mandados, respectivamente, por Rochambeau y Gálvez. En 1780 partió otra división española del puerto de la Habana, al mando del general Juan Manuel Cagigal, cubano de nacimiento, emparentado con los Cagigales de Venezuela. Por recomendación de estos últimos el cubano hizo su edecán ó ayudante al oficial caraqueño, y así empieza la carrera militar de Miranda.

Inglaterra tuvo que luchar en esta guerra contra Francia y España y los insurrectos americanos, y lo hizo con gran valor y en muchos casos con fortuna; pero los patriotas americanos no desesperaban nunca y perseveraban en su insurrección, confiando en que acabarían por agotar los recursos de la Gran Bretaña. Esto contribuyó mucho al buen exito que la guerra tuvo para los independientes, quienes, por otra parte, cuidaron de enviar á Europa dos delegados, uno de ellos Benjamín Franklin, para interesar á los pueblos en la causa de la emancipación americana. Debido á esta noble propaganda, al lado de Washington pelearon el joven marqués de Lafayette, que aún no tenía veinte años, y al que el congreso de Baltimore le dió el grado de mayor general; Saint Simon, que se distinguió más tarde como filósofo socialista, y Kosciusko, el héroe infortunado de la independencia polaca. Miranda conocería á éstos y otros amadores de la libertad, y en su trato con ellos maduraría el noble propósito de emancipar á su patria.

La guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos se terminó por el tratado de paz del 3 de Septiembre de 1783 (el mismo año en que nació Bolívar), y Miranda se volvió á Cuba con su general Cagigal, ascendido á capitán general de la isla por su brillante conducta en la campaña anterior. Menores fueron los medros de su edecán, á quien en la misma fecha vemos de sólo capitán graduado de teniente coronel, si bien Cagigal lo tenía propuesto para coronel efectivo; promoción que estaba estancada en Madrid por malquerencia del ministro de Indias, D. José Gálvez, marqués de la Sonora, hermano del

otro Gálvez, general en jefe del ejército español en la guerra de los Estados Unidos. Algo sabía éste último de las ideas que bullían en la mente del oficial venezolado cuando lo hizo inscribir en Madrid en el registro de sospechosos. Es el máximo favor que se puede hacer á Miranda, porque, según otros documentos, su postergación fué debida á un negocio sucio, el que fué delatado á la corte por el intendente de Hacienda de Cuba.

Así resulta por el testimonio de un historiador cubano D. Jacobo de la Pezuela. Al hacer este autor el elogio de Cagigal por sus triunfos sobre los ingleses en Las Bahamas, en 1782, agrega: "... Se había apoderado de toda su confianza un capitán graduado de teniente coronel del regimiento de Navarra, llamado D. Francisco Miranda, natural de Venezuela. Prendado de su valor y despejo, lo autorizó para que en su nombre despachase algunos asuntos que no fueran de absoluta competencia de la primera autoridad. Pasó como parlamentario á Jamaica, para negociar un canje de prisioneros; y no fué este el solo asunto que ocupó á Miranda cuando estuvo en Kingston. Habiéndose puesto de acuerdo con varios especuladores de la Habana, cargó de géneros de contrabando la goleta en que fué á desempeñar su comisión, y los desembarcó en Batabanó, sin dejárselos reconocer á un puesto de aduaneros, que comunicaron de oficio esta anomalía al intendente Urriza. Cagigal, sin considerar la gravedad del hecho, procuró en vano que Urriza lo atenuase; pero lo denunció á la Corte el intendente, y Miranda se escapó, dejando comprometida la opinión de su general,

después de haber obrado sin acuerdo suyo." (1)

Según esto, aparece Miranda como un contrabandista vulgar y un oficial fugitivo que deja comprometida la honra de su superior; pero ya veremos que una sentencia lo absuelve, cuando lleguemos al célebre proceso que por la misma causa se le instruyó á Cagigal, y que no terminó hasta 1798, al cabo de diez y ocho años; pero, de todos modos, Miranda intervino en el alijo de la Jamaica, y hubo de comprometerse hasta el punto que sin volver á la Habana, se despidió de su general con ánimo de dirigirse á Europa, pasando por los Estados Unidos.—¿Fué una fuga inconsiderada por la que agravó su acusación, ó es que tenía puesta ya la mirada en su plan de emancipación americana? Ambas cosas á la vez, según se desprende de esta carta de Cagigal:

"Siga usted, en hora buena, el plan de su idea (escribe á Miranda); pero merézcale mi amistad y mi cariño el único favor de que ínterin yo le aviso desde Madrid las resultas de estos particulares, usted no debe de tomar partido ni variar sus promesas en un punto.

„Yo, por obligación y en justicia, debo manifestar al rey el distinguido mérito de sus servicios de usted, como testigo que soy de ellos, y asimismo las ventajas que al Estado pueden resultar de sus conocimientos y constante aplicación. La emulación es constitutivo del mérito, como del cuerpo la sombra, y así no es extraño lo que á usted sucede, pues

(1) *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba.*

proporcionalmente todos los que sobresalen en el mundo pasan por la misma senda; bien que de todos modos es injusto y sensible.

„Usted es joven aún, y se halla como sabe propuesto ya en dos ocasiones para coronel con sueldo; espero qué con mi llegada á la corte se dé curso á esta instancia, y que informado S. M. mejor de los servicios y carácter de su persona de usted, logre mayores satisfacciones; teniendo sus amigos la de verle en nuestro país con gusto general, y yo satisfacer el cariño paternal con que siempre he mirado su persona."

. . . . . .

Apenas dejó Miranda las aguas de Cuba, cuando se procesó á Cagigal. Este, para defenderse, se trasladó á España, donde fué arrestado, y durante cuatro años sostuvo porfiadas polémicas con los consejeros y el ministro de Indias. Desaparece el rígido Gálvez de este ministerio, el proceso de Cagigal duerme el sueño de los justos y, por fin, en 1798, se le absuelve de todo cargo y asimismo á su antiguo edecán Francisco Miranda:

. . . . . .

"Asimismo declaraban los jueces y declararon por libre de todo cargo en el ejercicio de la referida comisión y sus incidencias al teniente coronel graduado D. Francisco de Miranda, y por legítima y exenta de todo vicio la introducción de los tres barcos titulados *Puercoespín*, *Tres Amigos* y el *Aguila*", con los esclavos, géneros y efectos que vinieron en ellos de la isla de Jamaica; y revocaban en esta parte la sentencia del juez comisionado en que declaró caídos en la pena de comiso los referi-

dos barcos, esclavos, géneros y efectos, y condenó á Miranda á que pagase su importe á la Real Hacienda, con más el valor de las tres carretas, siete yuntas de bueyes y cinco caballos en que se condujo parte de aquellos efectos desde el surgidero de Batabanó hasta la Habana; en privación de su empleo y en diez años de presidio á la plaza de Orán; "y declaraban y declararon á dicho oficial, por el contrario por fiel vasallo de S. M. y acreedor á las reales gracias, en premio y remuneración del mérito contraído en la delicada comisión que puso á su cuidado el gobernador Cagigal; resultando por otra parte, como resulta justificado que no tuvo parte (ni aun noticia) del hecho de haber registrado ó visto las fortificaciones de la plaza de la Habana el mayor general inglés Juan Campbell, como falsamente se informó á S. M., etc., etc., etc. (1)

***

¿Qué era del emigrado Miranda en todo este tiempo? Errante por las cortes de Inglaterra, Alemania, Rusia y Turquía, al fin vino á ofrecer su espada á la Revolución francesa, mientras por una singular coincidencia, su antiguo general, el veterano Cagigal, rehabilitado por Carlos IV, mandaba el ejército de los Pirineos enviado para amenazar á la Convención y salvar la vida de Luis XVI.

(1) En este último inciso se apoyan los apologistas de Miranda para atribuirle el proyecto de querer entregar la isla de Cuba á los ingleses; pero la base en qne se fundan es bien deleznable, como lo reconoce la sentencia de un tribunal español.

La actuación de Miranda él mismo nos la dirá en esta carta á Cagigal, fechada en Londres á 9 de Abril de 1800.

"Mi general y muy estimado amigo:

„Con mucho gusto he recibido ayer su apreciable carta fecha en Valencia á 10 de Diciembre último, y doy á usted mil gracias por el aviso y extractos de la *sentencia* recientemente pronunciada en el Supremo Consejo de Indias á favor nuestro. Mas, ¿qué satisfacción quiere usted reciba yo en saber más y más las iniquidades de D. José de Gálvez y sus agentes, que en parte aún ignoraba, cuyas infamias se han tolerado por el gobierno español, á lo menos por lo que á nosotros toca, el espacio de diez y ocho años consecutivos, y que la reparación que por tan graves injurias se nos ofrece ahora, es la facultad de perseguir los hijos y viudas de aquellos, sobre una parte del caudal y honores que á costa nuestra adquieren sus perversos maridos? ¡No, amigo mío; lo que por ello debe conjeturarse, en mi opinión, es que la situación del hombre de bien en ese país siempre será muy precaria; y el perverso, por lo común, goza impunemente del fruto de sus maldades!

„¡Pero lo que realmente me da gran satisfacción, es el saber que mi antiguo y querido amigo don Juan Manuel de Cagigal es aún mi verdadero y fiel amigo; sin embargo, de las vicisitudes que han podido ocurrir en tan largo y singular período de tiempo!... Nada, por consecuencia, me sería tan gustoso como el verlo y darle un abrazo; pero las presentes circunstancias lo impiden absolutamente.

„El estado de guerra y agitación en que casi toda la Europa se halla actualmente, hacen que una persona algo conocida en el mundo político y militar, apenas pueda moverse de un lugar á otro sin alarma é inconvenientes; y así más vale estarse quedo que inquietar á los demás, á menos que una evidente necesidad no lo exigiese por el bien de nuestros semejantes.

„Por este propio motivo me habrá usted visto desde nuestra separación, ya viajando y atentamente examinando una gran porción del civilizado mundo, ya encargado de los ejércitos de la Francia protectriz de la libertad pública; ya traducido por la anarquía ante el famoso Tribunal Revolucionario, ya rehusando funciones públicas en dicha confusa República, y ya por esta causa proscripto el 18 fructidor del año V (1797), forzándome por ello á tomar refugio en este país, donde hallé acogida favorable por cierto tiempo, y, sobre todo, un inestimable amigo antiguo, cuya hospitalidad me ha soportado y soporta aún hoy.

„¡Cuál sea el resultado de los graves eventos que se preparan, Dios lo sabe!... mas su amigo de usted, ciertamente no abandonará aquella justa regla y principios honrosos que hasta aquí le han merecido la estimación de usted, y que probablemente han forzado al gobierno español á revocar sus injustos procedimientos para devolverle (por manos de la justicia santa), su honor y su caudal intactos.

O magna vis veritatis! quæ contra hominum ingenia,
Calliditatem, solertiam, contraque fictas omnium insidias
Facile se per seipsam defendat.

Cic. pro Cælio.

„Cosa singular es por cierto, que al mismo tiempo que la España me hacía tan atroces injurias, yo fuese el único en Francia que, ayudado del preponderante influjo de mis amigos (por la convicción íntima en que estábamos de que la justicia y la moderación solamente podían con prosperidad y gloria llevar adelante la noble causa de la libertad) combatía con suceso la tentativa formal de revolucionar la España, á tiempo que se me confería para ello el mando de un poderoso ejército en Noviembre de 1792, y luego, después, nombrándoseme al gobierno y comandancia general de *Santo Domingo* con ejército de 22.000 hombres y una fuerte escuadra, á fin de proclamar la libertad é independencia de las Colonias hispano-americanas?... en cuyos acontecimientos me debería la España, por lo menos, el reconocimiento de haberle procurado un gran *bien* negativo; pues vine á ser causa de que no se le hiciese mucho mal en Europa y de que las inocentes Américas no sufriesen tal vez perjuicios incalculables é irreparables!

„Veo con suma pena, sin embargo, que los agentes del gobierno español en el Nuevo Mundo, se obstinan á tratar mal á los americanos, y que el gobernador recientemente llegado á Caracas comienza á derramar sangre con particular ferocidad y audacia. Quiera Dios que semejantes violencias no traigan reatos más funestos para la corte de Madrid, y que aquellos buenos, sencillos y desgraciados pueblos no sean largo tiempo víctimas de la injusticia y perfidias europeas.

„Adiós, amigo y querido dueño mío; sírvase usted dar mis expresiones á mi señora doña Angela;

al señor D. Juanito, al amigo D. Felipe Cagigal, al Cab. Mata, etc.; estimaría me enviase usted copia formal de la sentencia consabida y que también la comunicase usted á la Habana y Caracas.

De usted siempre fiel amigo y seguro servidor,

(Firmado) F. de Miranda

II. El segundo de Dumouriez.

La variedad de sucesos á que se alude en la carta anterior nos obliga á detallarlos históricamente.

En 1792 Miranda había trabado relaciones de amistad con dos personajes de la Revolución francesa: Brissot y Petion, y por la influencia de ambos obtuvo el empleo de general, haciendo la campaña de Bélgica como segundo de Dumouriez. Era el tiempo de los *jacobinos* y *girondinos;* apóstoles los segundos de los principios de la Revolución, fanáticos y terroristas los primeros. Petion y Brissot, igual que los demás girondinos, no miraban con buenos ojos á Dumouriez al frente del ejército y trataban de reemplazarlo por Miranda; pero tropezaban con el obstáculo de que éste era extranjero y poco conocido en Francia. Para colmo de desdicha, la vez que el general americano, por ausencia de Dumouriez, se encargó del mando en jefe, perdió la batalla de Nerwinde (1793).

Por el testimonio del generalísimo Dumouriez, Miranda en esta ocasión fué inhábil y cobarde; sin embargo, Michelet y Luis Blanc, en sus respectivas *Historias de la Revolución francesa*, defienden á

Miranda, alegando que éste obró por órdenes escritas que le dejó el mismo Dumouriez. Aunque así fuera, se ve que le faltó á Miranda esa iniciativa que en momentos críticos se sobrepone á todo y cambia un plan por otro.

Aprovechándose de esa derrota de su teniente, Dumouriez acusó ante la Convención al amigo de Petion, al general favorito de la Gironda, y Miranda entró en la Consergería y fué sometido á un consejo de guerra. Tuvo por defensor al abogado de María Antonieta y Carlota Corday, el célebre Chaveau-Lagarde El populacho de París, que al empezar el proceso había pedido la cabeza de Miranda, sacó á éste en triunfo el día de su absolución, siendo de notar que los girondinos habían ya caído y ninguna influencia terció en favor del acusado.

Apenas libre de la Consergería, nuestro biografiado se vió envuelto en la persecución contra los girondinos y encerrado en *la Force*, donde tuvo por compañeros á Vergniaud y Valacé, á Daunou, Chastelain, Duchatelet y Champagneux. Los siete formaban grupo inseparable, unidos por el infortunio y una común simpatía. Duchatelet había logrado que se le permitiera traer á la cárcel una parte de su biblioteca, y cuando la reunión exigía que alguien leyera en voz alta, el lector favorito era Miranda. Si uno faltaba entre los siete, la inquietud se transparentaba en el rostro de los demás, porque todos ellos tenían la mirada fija en la guillotina. Los primeros en ausentarse fueron Valacé, que con estoico valor se mató ante el tribunal revolucionario, y Vergniaud, que subió sereno las gradas del cadalso, juntamente con sus otros veinte compañe-

ros de la Gironda. A los pocos días Duchatelet se envenenó con una fuerte dosis de opio, y en su testamento dejaba á Miranda su rica biblioteca y los muebles de su casa. De los presos de *la Force* compañeros de Miranda sólo sobrevivieron Daunou, que había de ilustrar su nombre como historiador; Champagneux, que á su vez escribió la *Introducción á las Memorias de Mad. Rolland*, donde relata los curiosos pormenores antes citados, y el convencionalista Chastelain, que murió miserable y desconocido. Todos ellos, lo mismo que Miranda, se libraron de la guillotina á consecuencia del termidor, que trajo la prisión y condena de Robespierre.

Este es el historial del inciso de la carta de Miranda á Cagigal cuando escribe á lo galicano: "*Traducido* (quiere decir entregado) *por la anarquía al tribunal revolucionario.* Lo que sigue en seguida: ...*Ya rehusando funciones públicas en dicha confusa república y ya por esta causa proscripto el 18 fructidor del año V* (1797)... tiene un sabroso comentario; quien comunicó á Miranda la orden ministerial del Directorio para que abandonara el territorio francés fué aquel mismo Champagneux, su ex compañero de *la Force*, y que ahora navegaba viento en popa.

Miranda ya no volvió más á Francia; de aquí pasó á Inglaterra y á América, donde volveremos á encontrarle. ¿Cómo se explica, pues, que su nombre figure en el Arco de Triunfo de la Estrella, que en París conmemora las glorias militares de la Francia republicana y napoleónica? Napoleón I había decretado la erección de este Arco de Triunfo á la gloria del Grande Ejército; pero cuando el monu-

mento fué concluído en 1836, reinaba en Francia Luis Felipe, y éste decretó que á los nombres imperiales se añadieran los de los generales de la Revolución. Como Luis Felipe había militado á las órdenes de Miranda, le rindió póstumo homenaje haciéndole inscribir en el Arco Triunfal, no por su gloria militar, que fué bien escasa, sino porque como general de la Convención, Miranda se había negado á secundar los planes de Dumouriez, que pretendía dar un golpe de Estado.

III.—El laborante.

De París pasó Miranda á Londres á preparar la revolución de Venezuela, su patria, contra el yugo español. Púsose al habla con Pitt, Sheridan y Fox y otros hombres influyentes en la política inglesa, á fin de que le ayudaran en su nuevo plan; pero no consiguiéndolo, fué á los Estados Unidos y planteó el problema á lo yanqui, es decir, hacer la revolución americana con su cuenta y razón, á ganancias y pérdidas. Entablado el negocio, ciertos negociantes procuraron una escuadrilla, y al frente de 200 aventureros, Miranda dió vista al suelo patrio en Abril de 1806. Llegó la expedición á las costas de Ocumare; pero las autoridades españolas estaban ya prevenidas, y dos bergantines de guerra apresaron dos naves filibusteras, *Bee* y *Bacchus*, con 60 hombres, logrando fugarse los demás con Miranda. Diez de los tripulantes presos fueron ahorcados en Puerto Cabello y enterrados tres de ellos en sagrado, porque eran católicos, y los otros siete, por ser protestantes, en una fosa en la playa del mar. Las cabezas de los reos, en jaulas de hierro, fueron exhibidas en un tablado en la pla-

za mayor de Caracas, y el retrato del cabecilla Miranda pisoteado por el verdugo y después quemado. Era la justicia que entonces se mandaba hacer contra los piratas ó filibusteros, pues por tales se tomó á Miranda y los suyos.

Siete días después de esta macabra ceremonia, el 11 de Agosto, se supo que Miranda había desembarcado en Coro. Caracas se alarma, se apresta á la guerra, y ya había salido el capitán general Vasconcelos con gente armada cuando hubo de regresar por haberse reembarcado el invasor.

Miranda se había engañado lastimosamente, creyendo que el grito de independencia que él lanzara en Venezuela sería secundado por sus paisanos; su proclama libertadora, en vez de levantar prosélitos, le concitó insultos y anatemas. El ayuntamiento de Caracas, al saber los sucesos del Ocumare, dejó consignada en un acta del 5 de Mayo su opinión en los siguientes términos: "Que nadie había llamado á Miranda y nadie era capaz de hacerlo; que nadie *trataba de sacudir el yugo de la obediencia á su rey, en que ha cifrado y cifra su mayor gloria el pueblo de Venezuela*, y que agraviados estaban con un *borrón* que sólo debe vengarlo y satisfacerlo la destrucción y total ruina de un *reo tan inicuo* y de todos sus aliados, como único medio y el más á propósito para expiar *unos delitos tan enormes* y en cuya memoria la posteridad tenga un monumento que sirva de antemural á cualquiera otro."

Y en la del 9, después de anatematizar á Miranda con cuantos dictados pudo, acordó que se levantara en todos los pueblos de la provincia un donativo voluntario, como remuneración y premio á la

persona ó personas, de cualquier nacimiento, que aprehendiesen *al traidor Miranda, vivo ó muerto*, y lo entregase en Caracas. En virtud de este acuerdo, que fué publicado por bando y comunicado á todas las autoridades civiles y eclesiásticas; *se puso precio á la cabeza de Miranda en treinta mil pesos.*

A estas manifestaciones del ayuntamiento correspondieron las del cabildo eclesiástico, que consistieron en rogativas y fiesta solemne á la Virgen del Carmen, por cuya intercesión pudo salvarse Venezuela de las ideas del *infame* Miranda. En acta del cabildo eclesiástico de 12 de Mayo está el edicto del arzobispo Ibarra, por el cual excita el prelado á los fieles á rendir gracias al Todopoderoso por la intercesión de la *Virgen del Carmen* por el beneficio recibido en el descubrimiento del enemigo, del *traidor y seductor*. Y ordénase traer el 16 de Julio, día de la fiesta del Carmen, la imagen de esta Virgen desde el convento de las Carmelitas á la Metropolitana. Por otra parte, el buen arzobispo, satisfecho del triunfo, alcanzó del Papa que la fiesta del Carmen ascendiese á fiesta de segundo orden, mérito sobresaliente en la jerarquía del rito católico y del que disfrutan todavía los caraqueños, tal vez sin darse cuenta del por qué.

No menos entusiasta fué la voluntad con que el pueblo caraqueño, ricos y pobres, contribuyó al pensamiento del gobernador Vasconcellos de poner precio á la cabeza de Miranda por la suma de treinta mil pesos. En la lista de suscriptores figuran donativos desde un real hasta quinientos pesos. La cantidad reunida en Caracas, Valencia y Puerto Cabello alcanzó á 19.850 pesos, que fueron enviados

á la madre patria como socorro en la crítica situación por la que ésta pasaba entonces (1).

Miranda se retiró á la isla de Trinidad, disolvió aquí sus fuerzas y se embarcó para Inglaterra en espera de mejor ocasión para reanudar su tentativa.

Entretanto, se limitó á fundar una Logia secreta para la libertad é independencia de Sur-américa, y á la que se afiliaron cuantos criollos iban pasando por Londres. En sus redes fueron cayendo sucesivamente Bolívar, O'Higgins, San Martín y Alvear, por no citar otros próceres americanos.

---

(1) Tomadas estas noticias de Arístides Rojas: *Miranda y la Virgen del Carmen.* (Obras escogidas. París, 1907.)

IV.—El caudillo de Venezuela.

A poco llegaron los días de 1808, época en que comienza el fermento revolucionario en las colonias hispano-americanas. La invasión de España por los franceses proporcionó á los separatistas la ocasión deseada, y la misma Caracas, que había anatematizado y puesto precio á la cabeza de Miranda, da como por encanto el grito revolucionario el 19 de Abril de 1810. Los paisanos de Miranda, al menos los aristócratas, prefirieron obrar á la sombra y sobre seguro, en vez de aventurarse heroicamente como el paladín que por dos veces había llamado á su puerta y que ahora estaba exiliado en Londres.

En 1810 era capitán general de Caracas el vasco D. Vicente Emparán. Al saberse el 19 de Abril del citado año que los franceses habían entrado en Sevilla, donde estaba la Junta del Reino que gobernaba durante el cautiverio de Fernando VII, se reunió el cabildo de Caracas con pretexto de asistir á los oficios del Jueves Santo en la catedral y esperó la llegada del general. Invitóse á éste á que ilustrara á la corporación sobre los acontecimientos de la Península, y Emparán manifestó que, en

efecto, la Junta de Sevilla había quedado disuelta; pero que en su reemplazo se acababa de nombrar un Consejo de Regencia, que residía en Cádiz, y que simbolizaba el principio de autoridad. Los elementos conservadores del cabildo aplaudieron estas manifestaciones y los revolucionarios no se atrevieron á objetarlas; todos acompañaron á Emparán á la iglesia. Pero en el camino, un grupo de patriotas, acaudillado por el doctor José Cortés Madariaga, chileno de nacimiento y canónigo de la catedral, con un arrojo que sólo se explica por la connivencia de las tropas que cubrían la carrera y que pertenecían al batallón de milicianos de Aragua, del cual era coronel el marqués de Toro, tío de la que fué esposa de Bolívar, cerró el paso á la comitiva y exigió á Emparán la vuelta al cabildo. El gobernador, sin medios para defenderse, hubo de plegarse á esta intimación, y se reanudó la sesión con los llamados "diputados del pueblo". Se acordó crear una junta de gobierno bajo la presidencia del mismo Emparán. Entonces, el canónigo Madariaga reprochó á los revolucionarios el error que cometían dejando al capitán general árbitro de la junta recién creada; los ánimos reaccionaron y se pronunció la destitución de Emparán, y éste, á quien faltó talento y astucia para defenderse, no tuvo más remedio que dejarse arrebatar el mando. Inmediatamente el cabildo se constituyó en junta de gobierno, deportó al ex capitán general á los Estados Unidos y en seguida mandó á Inglaterra como agente á don Simón Bolívar, agregándole D. Luis López Méndez, y como secretario, Andrés Bello.

El mensaje de la junta al gobierno británico re-

ducíase á solicitar la protección de Inglaterra contra el rey intruso de España José Bonaparte, y su mediación entre la Regencia de Cádiz y las provincias de Venezuela. Nada se decía en él de independencia, por más que los negociadores propendieran á ella. El marqués de Wellesley, hermano del que fué después duque de Wellington, era el ministro de Estado inglés, y entretuvo á los agentes caraqueños con buenas palabras, pero sin soltar prenda, de lo que se indemnizó Bolívar poniéndose al habla con Miranda, emigrado en Londres, describiéndole la situación de Venezuela como la más favorable para encender la revolución.

Creyéndolo así Miranda, aceptó de buen grado y sin vacilar, la ocasión que se le brindaba de repetir su intentona en Venezuela.

Un presentimiento le asaltó, sin embargo, al viejo luchador; hacía más de cuarenta años que faltaba de su país: ya no tenía amigos allí; ignoraban sus compatriotas los servicios que había prestado á la libertad en la América del Norte y en Francia; sus relaciones con grandes personajes; todo, en fin, cuanto sobre sus servicios y demás condiciones sociales había publicado la prensa de ambos mundos. Para dar á conocer á sus paisanos su "hoja de servicios", encargó á un hijo de Guayaquil, el señor Antepara, residente en Londres, un libro de documentos escritos en español, francés é inglés, en el que figurasen cartas y recomendaciones de reyes y hombres célebres; apreciaciones de historiadores, ministros y hombres de Estado, recortes de periódicos, en fin, un nutrido acopio de documentos, desde el estreno de Miranda en el ejército

español de los Estados Unidos, hasta los sucesos de Venezuela. Todo este fárrago documental, agravado con el inconveniente de no cuidar el orden cronológico, apareció en Londres en 1810, en grueso volumen, bajo este complicadísimo título:

South American emancipation: *documents, historical and explanatory, shewing the desings wich have been in progress and the exertions made by general Miranda for the attainment of that object during the last twenty-five years, by J. M. Antepara. London,* 1810 (1).

El noble Miranda, como un gladiador de circo que necesita ser presentado á un público, lanzó á los cuatro vientos su "hoja de servicios" y se puso á disposición de su empresario, Simón Bolívar, yéndose con él á Venezuela. Miranda tenía á la sazón cincuenta y cuatro años, y Bolívar veintiséis. Estaban invertidos los papeles: el joven llevaba al viejo, y lo presentaba á sus paisanos el 5 de Diciembre de 1810

La junta recibió al veterano con frialdad, y casi como hombre peligroso, en vista de lo cual Miranda envainó la espada que venía dispuesto á esgrimir y fundó una *Sociedad Patriótica*, tanto para hacerse de un núcleo de partidarios, cuanto para obligar al gobierno de Caracas á seguir el camino de una franca revolución. Consiguió de este modo que se cifraran todas las esperanzas en *el general*

(1) El gobierno de Venezuela, con ocasión del primer centenario de la Revolución francesa (1789), publicó esta obra traducida al castellano con el nombre de *Miranda en la Revolución francesa*, y á ella pertenecen las cartas de Cagigal y Miranda, antes intercaladas.

Miranda, como todos le llamaban, pues había fracasado el marqués de Toro, pariente de Bolívar, general improvisado, que al frente de las fuerzas revolucionarias no hacía nada de provecho. En su lugar la junta nombró á Miranda generalísimo del ejército patriota, es decir, de una masas indisciplinadas, compuestas de mestizos y negros, esclavos en su mayor parte, y que costó no poco trabajo el organizarlas en un ejército regular. Por de contado, que á Bolívar, á quien la revolución había atraído con el despacho de coronel de milicias, fué ascendido de golpe y porrazo á coronel de ejército.— ¿Qué pensaría de esto el veterano Miranda, acostumbrado á la rígida disciplina de los ejércitos europeos, sobre todo del español, en el que á pesar de dos propuestas de un protector no había conseguido una coronelía en tres años de operaciones? Lo que sí es innegable que el antiguo aliado de Washington, el amigo de los girondinos, no halló entre sus nuevos camaradas "ni la igualdad, ni la libertad y fraternidad de los principios republicanos que proclamaban". Esto lo dice el alsaciano Ducoudry-Holstein, conmilitón de Bolívar más adelante, en las *Memorias* sobre éste que publicó en inglés (Londres, 1825). Bien es verdad que Holstein llegó á tener motivos de resentimiento con los patriotas de Venezuela y los denigra cuanto puede.

Sin embargo, el espíritu republicano flotaba por encima de estas divergencias, y de común acuerdo, reunido en Caracas el primer Congreso venezolano compuesto de cuarenta y cuatro miembros, optó, aunque no por unanimidad, por el medio radical de proclamar la independencia, cuya acta se extendió

en la sesión del 5 de Julio de 1811. Entre las razones de peso que para justificar la emancipación se alegan en este documento, figura en primer término ésta: *Que América, por su extensión y población, no debía depender y estar sujeta á un ángulo peninsular del continente europeo;* flamante máxima de Derecho político que contradice la historia de la civilización desde Roma y Grecia hasta la Inglaterra de nuestros días; que no por ser naciones pequeñas han dejado de ser tutoras y educadoras de vastas colonias.

Como bandera nacional se adoptó la amarilla, azul y roja que había usado Miranda en su desgraciada campaña de 1806, es decir, los colores españoles cruzados por el celeste de los cabildos, divisa esta última que era general en América.

La actitud del Congreso exasperó á los españoles, que hasta entonces habían apoyado á la Junta por creerla establecida contra el rey intruso de España, José Bonaparte, y en favor de Fernando VII. Los canarios, que eran en general agricultores y formaban un núcleo importante, se creyeron con la fuerza necesaria para disolver el gobierno revolucionario y se juntaron en son de guerra en El Teque, cerca de Caracas.

Como sesenta individuos, montados en mulas, armados de pies á cabeza, cubiertos los pechos con armaduras de hoja de lata, gritaron "viva el rey y mueran los traidores". Tremolaban, entre ufanos y medrosos, como escribe Baralt, una bandera en la cual estaban pintados una imagen de la *Virgen del Rosario* y el retrato del rey Fernando VII. Pocas horas más tarde todos estaban presos, porque el

sargento que había de entregarles el parque de la ciudad descubrió el plan y dió la voz de alarma. Diez y siete de ellos fueron fusilados y colgados los cadáveres de la horca, y luego descuartizados y puestos los miembros en las picotas de los caminos, según disponía la antigua ley española. Este primer castigo impuesto por la República, trajo por consecuencia las represalias de Monteverde, que también era canario y que vino después á combatir á Miranda.

***

Por este tiempo empiezan á resfriarse las relaciones entre Miranda y Bolívar ,y el resentimiento estalla en ocasión de tener que salir el ejército patriota contra los españoles de Valencia, alzados también contra la Junta revolucionaria. Miranda puso por condición para salir á campaña que se separase al coronel Bolívar *porque no convenía su presencia en ella, porque lo juzgaba un joven peligroso.* La Junta accedió; pero al hacerse público el incidente, Bolívar, justamente excitado, prorrumpe en improperios contra Miranda diciendo que era un militar cansado, que no conocía á Venezuela ni como nación ni como centro social; que era un pretencioso que se juzgaba digno *de todos los honores*, y de una vanidad insaciable. *Joven peligroso*—agregaba Bolívar.—*Así me llama porque me opongo á su política errónea, insegura, que nos llevará al precipicio. Él no conoce á los venezolanos, ni á los españoles, ni los hombres ni las cosas de esta tierra, que no necesita de celebridades europeas, sino*

de esfuerzos viriles y de voluntad inquebrantable.

Así hablando á sus amigos, Bolívar entra en la casa de gobierno y propone la alternativa de revocar la orden ó de que se le juzgue por un consejo de guerra.—*¿Qué dirán de mí* – pregunta – *viendo que mi batallón sale á campaña y que su coronel se queda por uno ú otro pretexto? Que soy un cobarde ó un criminal.*—El marqués de Toro zanjó la cuestión haciendo á Bolívar su ayudante de campo y llevándoselo á la guerra de Valencia.

Dícese que desde un principio Miranda tenía celos del señor de Aragua, porque columbraba en él al futuro libertador; pero esto es mucho suponer, por cuanto Bolívar, sin antecedentes militares, como que tan siquiera había recibido el bautismo de fuego, no podía parangonarse con el general de la Gironda, radiante de honores y nombradía. Hay que atribuir, pues, la malquerencia de ambos personajes al peculiar carácter de cada uno; Bolívar, todo ímpetu, todo vehemencia; mientras Miranda, militar científico, pero sin llamaradas de genio. *¿Dónde están*—había exclamado al encargarse del mando—*dónde están los ejércitos que un general de mi posición puede mandar sin comprometer su dignidad y su reputación?*

A Miranda le costó más de mil hombres la toma de Valencia, y á esta ciudad se trasladó el congreso venezolano porque los realistas se habían adueñado de Caracas. Por cierto que en esta ciudad se echaron á volar las campanas al recibirse la noticia de la batalla de Bailén; victoria que asimismo fué saludada por Andrés Bello con este españolísimo soneto:

Rompe el León soberbio la cadena
con que atarle pensó la felonía,
y sacude con noble bizarría,
sobre el robusto cuello la melena.

La espuma del furor sus labios llena
y á los rugidos que indignado envía,
el tigre tiembla en la caverna umbría,
y todo el bosque atónito resuena.

El León despertó: temblad, traidores;
lo que vejez creisteis, fué descanso:
las juveniles fuerzas guarda enteras,

Perseguid, alevosos cazadores,
á la tímida liebre; al ciervo manso;
no insultéis al monarca de las fieras.

Habida cuenta que el gran poeta venezolano formó parte de la embajada de Bolívar á Londres, podrá juzgarse de la volubilidad del criterio reinante entre los directores de la revolución. Esta, sin embargo, había ido más aprisa de lo que sus mismos autores se imaginaron, y tan adelantada la creían, que tras la jura de la independencia se dieron una constitución federal, si bien con el voto contrario de Miranda, concebido en estos términos: *Considerando que en la presente constitución los poderes no se hallan en justo equilibrio, ni la estructura y organización general suficientemente sencilla y clara para que pueda ser permanente; que, por otra parte, no está ajustada con la población, usos y costumbres de estos países, de que puede resultar que en lugar de reunirnos en una masa general ó cuerpo social, nos divida ó separe en perjuicio de la seguridad común y de nuestra independencia, pongo estos reparos en cumplimiento de mi deber.* A partir de

este instante, la política absorbe la atención de Miranda y se revela, no el hombre impulsivo y emprendedor que organiza la guerra, sino el girondino de antaño, el convencionalista á la francesa que perora en clubs, se muestra intransigente é inflexible como hombre público, quiere intervenir en los negocios del Estado y de la Iglesia y al fin se hace demagogo; todo esto, agravado con una vanidad insufrible por su historia europea. Convertido en orador, olvida el ejército. Llega la noticia de que una columna española hace correrías por el Orinoco, y Miranda vuelve al frente de sus tropas, dando más pruebas de valor que de estrategia.

En estas circunstancias, un obscuro oficial de la Marina española, D. Domingo Monteverde, se ofrece á derrocar el gobierno independiente con solo doscientos treinta hombres. Partiendo de Coro, donde había desembarcado, procedente de Puerto Rico, el gobernador Ceballos que allí mandaba en nombre de la Regencia de Cádiz, le facilita recursos de guerra, y aumentando su partida con algunos reclutas en el camino, inflige la primera derrota á Miranda, el 23 de Marzo de 1812. Cunde el desaliento entre los patriotas, y el terremoto, en otro Jueves Santo, aniversario de la revolución del año X, que destruye Caracas, Barquisimeto y otras localidades ocupadas por los patriotas, en tanto que queda indemne la zona que se mantuvo realista, presenta al pueblo como un castigo de Dios el alzamiento contra la autoridad real. Agrava el fracaso de la causa patriota la captura de la escuadrilla republicana en aguas del Orinoco. Mientras Monteverde avanza á marchas forzadas, Miranda demuestra ser

el buen soldado de Valmy y Jemmapes, cuando la Revolución francesa, pero también el irresoluto general de Nerwinde. Perseguido en los valles de Aragua por el jefe español, emprende una vergonzosa retirada, eso que contaba con fuerzas muy superiores á las del adversario, y al fin capitula lastimosamente en San Mateo. Casi al mismo tiempo, el castillo de Puerto Cabello, cuyo gobernador era el flamante coronel Simón Bolívar, se sublevó á impulso de los prisioneros españoles, y Bolívar se ve precisado á huir á la Guayra.

Aquí se juntan los jefes más comprometidos en la insurrección, con ánimo de embarcarse y huir de Venezuela, y á ellos se juntó en seguida el vencido Miranda, no fiándose sin duda en la capitulación con Monteverde, que aseguraba la libre salida del país de cuantos quisieran emigrar. Al tiempo, pues, que Monteverde entraba triunfalmente en Caracas, el 29 de Julio de 1812, Miranda iba á la Guayra á juntarse con sus compañeros de desgracia y concertar la común huída. Pero entre los oficiales venezolanos circulaban los rumores más calumniosos contra su general: decían de él que se había vendido á Monteverde, y, en consecuencia, véase lo que hicieron con él.

Mandaban en La Guayra, donde acudiera el fugitivo para embarcarse, Casas, como gobernador militar, y Peña, como jefe político, ambos amigos de confianza de Miranda y como á tales nombrados para dichos cargos El general se había hospedado en casa del comandante y recibió la visita del capitán del buque inglés donde tenía ya el equipaje, y que le instó á embarcarse la misma noche, aprove-

chando la brisa de tierra en la madrugada. Casas, Peña y Bolívar que estaba con ellos, y que tenían su plan, se adelantaron á contestar que el general estaba muy fatigado para embarcarse—había llegado á la ciudad á puesta del sol - y que la brisa no se movía hasta las diez de la mañana, lo que daba tiempo harto suficiente para que el viajero durmiera plácidamente en tierra. Pasó por esto Miranda, retiróse al marino, y los cuatro camaradas se sentaron á cenar. En la mesa, Bolívar provocó algunas explicaciones sobre la capitulación de San Mateo, y Miranda las esquivó, retirándose á dormir á una habitación que con toda intención no tenía tranca ni cerradura por dentro, y en lo que no hizo hincapié Miranda, fiado en las leyes de la hospitalidad. Mientras él dormía, sus tres camaradas, reunidos á otros jefes que en la Guayra estaban, también de huída, resolvieron prenderle, acusándole de haber traicionado la causa, recibiendo dinero por la capitulación, y huir él dejándoles á ellos en la estacada. Bolívar, más vehemente que todos y que tenía agravios que vengar de Miranda, se ofreció á arrestarle en persona. Hízolo, sin embargo, de una manera solapada, entrando como ladrón furtivo en la alcoba del durmiente, y apoderándose de la espada y las pistolas que estaban en la cabecera· Tras esto lo despertó bruscamente y le intimó á que le siguiera. Miranda se dió cuenta de la traición de que había sido víctima y obedeció resignado. La escena tuvo lugar á la madrugada, y entre dos luces los conjurados sacaron á su víctima á la calle y lo trasladaron al castillo, reduciéndolo á prisión, con el propósito de formarle consejo de guerra y fusilar·

lo. Aplazóse al fin, por entregarlo á Monteverde, para que su cabeza respondiese de la suya.

El general español mandó cerrar el puerto para que no saliese ninguno de los asilados, y Casas ayudó cañoneando á los buques que, con los más comprometidos, intentaban darse á la vela. Luego Monteverde, juzgando que aquel atajo de pillos no merecía los honores de una capitulación, los retuvo á todos y envió á Miranda á Puerto Cabello, de donde fué trasladado al presidio de Puerto Rico, y de éste á la Carraca de Cádiz.

V.—El mártir de la Carraea.

Seis prisiones, pues, soportó Miranda en su agitada vida, aquende y allende el Atlántico: la Consergería y la *Force*, en París; los castillos de la Guayra y Puerto Cabello, en Venezuela; el Morro de Puerto Rico, y por último, la Carraca, de Cádiz. En este presidio pasó aherrojado cerca de tres años, hasta que murió de muerte lenta el 14 de Julio de 1816, y como Mirabeau, en un aniversario de la toma de la Bastilla.

Aquel Chauveau-Lagarde, el defensor de Miranda en 1793, decía de éste ante los jueces que habían de juzgarle: —"¡Extraño destino el del hombre que en toda Europa es conocido por su filosofía, principios y carácter como uno de los más celosos partidarios de la libertad; que en las dos naciones más libres, antes de la Revolución francesa: Inglaterra y América, se ha granjeado la amistad de los hombres más conspicuos por sus virtudes, talento y trabajo en favor de la libertad; que á causa de ésta ha sido perseguido por el despotismo del uno al otro polo; que durante su vida no ha discurrido, respirado y combatido sino por ella, habiéndole

ofrendado fortuna, aspiraciones y hasta amor propio." Esta es la apología que mejor cuadra al desgraciado Miranda, pues en ella se expresan sus méritos y su mala estrella.

Su entusiasmo nunca entibiado, su abnegación y perseverancia ennoblecen la figura de este insigne aventurero, al que sólo faltó el éxito para ser héroe. Para serlo, le faltó también un ideal fijo que encauzara sus propósitos y energías. El ideal es un motor que conduce la voluntad á lo heroico; pero si esta potencia formidable se sangra, se reparte en muchos raudales, la voluntad fluctúa y el ideal no toma carne. Miranda, campeón de la libertad, *condottiero* de ejércitos republicanos en Norteamérica y Francia, sería hoy desconocido de la posteridad, á pesar de estar grabado su nombre en el Arco de la Estrella, si no hubiera sido el adalid de la emancipación suramericana. En lo último de su agitada carrera se redujo al propósito de libertar á su patria, y su actuación en Venezuela es la base de su celebridad; pero los sucesos revolucionarios estaban más adelantados que sus ideas políticas, y como además llegó cansado y viejo, su corona de laureles pronto se cambió en corona de ciprés *El mártir de la Carraca* le llaman los historiadores criollos, y en verdad que este título corresponde al de apóstol de la libertad, con que también se designa el gran americano. De él hizo Michelet esta verídica semblanza: —*Con aquella su trigueña faz española, tenía el garbo altanero y sombrío, el trágico aspecto de un hombre predestinado más bien al martirio que á la gloria; había nacido desgraciado.*

SIMÓN BOLIVAR

SIMÓN BOLÍVAR

I.—El Currutaco.

Corría el año 1805. Napoleón I había llegado al apogeo de su gloria. Persuadido de que á los hombres se les atrae hiriéndoles la imaginación, el año antes se había hecho coronar emperador de los franceses y ahora se disponía á ceñirse en Milán la corona de hierro de los reyes lombardos. Para presenciar esta ceremonia, que prometía ser no menos brillante que la consagración imperial en París, caravanas de extranjeros distinguidos afluían á la capital de Lombardía, viniendo de todas direcciones. Por la parte de los Alpes suizos hacían con el mismo rumbo su jornada á pie un joven, pequeño, delgado y pálido, y un hombre ya de edad madura. Cargaban en un maletín con lo más indispensable, y el resto del equipaje, consistente en baúles de ropa y de libros, lo reexpedían á los hoteles escogidos de antemano en cada población de su itinerario.

—¿Quién serán?—se preguntaban los empleados

del hotel, admirados de tanto equipaje, de la esplendidez de los huéspedes y de su peregrino modo de viajar. Por fin, alguno más atrevido interrogaba al joven ó al viejo:

—¡Ah! —respondía el primero si le preguntaba por su compañero—; *es un sabio americano de los que hay pocos.*

—¡Oh! —contestaba á su vez el segundo —; *es un americano español que tiene cien mil duros de renta.*

Y correspondiendo á estas declaraciones se hacían inscribir en el registro de viajeros con estos nombres: *Su excelencia don Samuel Robinsón* y *Su excelencia don Simón Bolívar.*

Eran pedagogo y discípulo. El primero, un ente estrafalario, de facciones toscas, de habla pedantesca, de ideas reconcentradas y enemigo jurado de toda autoridad divina y humana. Allá en Caracas, donde naciera, había tomado parte en una conspiración que allí estalló en 1797 contra la autoridad colonial, y temiendo la persecución que se le venía encima al ser aquélla descubierta, huyó de Venezuela, cambiando su nombre, que era Simón Rodríguez, por el de Samuel Robinsón, extraño *alias* que manifiesta la chifladura del personaje. Un hombre así sólo podía estar á sus anchas en la republicana Francia y en la capital regicida que había levantado altares á la diosa Razón. Se estableció, pues, en París, y aquí es donde le encontró Simón Bolívar, del cual fuera preceptor y ayo en el país natal.

Simón Bolívar vino al mundo en Caracas á 24 de Julio de 1783.

Mucho se ha fantaseado sobre su nombre de pila. Panegiristas hay que aseguran como le bautizaron así á instancias ó por inspiración de un tío materno, arcediano de la catedral, el cual vaticinó al vástago de su señora hermana el destino de Simón Macabeo, el libertador de Judea; pero ello cae de su base sin más que repasar la genealogía de los Bolívares.

El primer Bolívar que fundó casa y solar en Venezuela fué un Simón Bolívar, en 1588, hidalgo originario de Rentería, en Guipúzcoa, ó, como antes se decía, del "Señorío de Vizcaya". Había desempeñado empleos de importancia en la isla de Santo Domingo, y de aquí pasó á Caracas, donde por sus buenos servicios como colonizador y administrador del procomún fué nombrado procurador general de la ciudad. Su apellido se perpetúa durante dos siglos en Caracas, y el último vástago de la dinastía lleva el nombre del fundador, porque el héroe americano no tuvo descendencia y él corona la ilustre serie de los Bolívares, que desempeñaron altos puestos civiles y militares en la colonia.

Padres del último Simón fueron el marqués de Aragua, Sr. D. Juan Vicente Bolívar y Ponte, y doña Concepción Palacio y Rojo, criollos españoles, emparentados con lo mejor de Venezuela. El mismo día del bautizo recibió el niño como regalo una hacienda que en aquel entonces valía veinte mil pesos anuales de renta. Huérfano de padre á los dos años y de madre á los siete, quedó bajo la tutela de un tío materno, que en 1799 resolvió enviar á su pupilo á España, por ser costumbre en Améri-

ca que los hijos de los ricachos pasaran á la corte á completar su educación, al par que ingresaban en el ejército, en la magistratura, ó bien se preparaban para las dignidades eclesiásticas ó palatinas. Provisto con el nombramiento de alférez del regimiento de Milicias de Aragua, cuya coronelía estaba vinculada al mayorazgo de los Bolívares, partió el joven Simón para Madrid, donde fué recibido por otro tío materno que aquí residía, y le presentó al caraqueño Mallo, personaje de gran influencia en palacio, y de quien se dice que compartía con Godoy los favores de la reina María Luisa.

Por recomendación de Mallo fué nombrado Bolívar paje del príncipe de Asturias, es decir, compañero de estudios y de solaces del primogénito del rey, honor sólo reservado á los vástagos de la grandeza de España. Simón y Fernando, el hijo de Carlos IV, tenían casi la misma edad. En 1799 el caraqueño contaba diez y seis años, y el príncipe uno menos. A este tiempo corresponde la siguiente anécdota. Jugando el príncipe con otros jóvenes de su edad, Bolívar entre ellos, cometió éste la torpeza de derribar al primero el gorro que tenía puesto. Molestado Fernando con este lance, que tomó á burla ó á desacato, fué al rey su padre en queja del americano.

— *Príncipe* — le contestó bondadosamente el rey—, *son lances de juego, y pues no lo hizo adrede, no hay por qué amonestar á Bolívar, ni menos para que te resientas con tu paje.*

Este lance, verídico ó no, y nos inclinamos á lo segundo, trae su obligado comentario: ¿Quién le dijera á Fernando que aquel criollo que le derribaba

el gorro de un golpe de volante, había de quitarle después la espléndida corona de Indias con la punta de la espada?

En una tertulia cortesana conoció Bolívar á la señorita María Teresa, hija única del opulento marqués de Toro, prócer venezolano, y con ella se casó en 1802, llevándosela en viaje de bodas á Caracas. Quedó viudo á los pocos meses, y en 1803 volvió á embarcarse para la Península. Le sorprendió en Madrid un bando singular, fundado en la escasez de víveres, por el que se mandaba ausentarse á todos los forasteros que no tuviesen domicilio fijo, y como Bolívar no estaba avecindado, pidió pasaporte para París, adonde llegó especialmente recomendado al embajador. Por su rango y fortuna, bien pronto tuvo entrada en la mejor sociedad parisiense, frecuentó el trato de los sabios y artistas, pero más que todo, el de las cantatrices, bailarinas y beldades célebres. Vestía como un príncipe, habitaba los hoteles más caros y montaba los trenes más lujosos. Botaba tanto dinero, que París, que en aquel tiempo de esplendor napoleónico no se asombraba de nada, le proclamó el árbitro del mundo elegante; bautizó cierto chambergo con el nombre de *Sombrero Bolívar* y llamó también *Chambre de Bolívar* á uno de los aposentos del Petit Trianón, en Versalles.

Al eco de su fama le hizo una visita el desterrado Samuel Robinsón, y el antiguo discípulo, ahito ya de placeres y para reparar los estragos de diez meses de disipación, aceptó el plan propuesto por aquél de viajar por Suiza é Italia, del modo que ya sabemos. Después de Milán, visitaron las principales ciudades de Italia, desde Venecia hasta

Nápoles, y en Roma fué presentado al Papa, por embajador español. A este propósito, cuenta O'Leary que al acercarse Bolívar á Su Santidad, se negó á lo que exigía la etiqueta: arrodillarse para besar la cruz de la sandalia del Pontífice, y que advirtiendo éste la turbación del embajador, que en vano trataba de persuadir á su agregado, se limitó á permitir que Bolívar le besase el anillo, lo que hizo del modo más respetuoso. Esto no merece crédito, porque en asuntos de etiqueta de corte no caben términos medios, y por esto, el que asiste á una recepción, sabe á lo que se obliga. Es una de tantas anécdotas republicanas forjadas para dar prestigio á Bolívar, ó que este mismo referiría en sus ocios de campamento para darse realce entre sus ignorantes camaradas, para justificar luego este chiste volteriano, que también se le atribuye: *Muy poco debe de estimar el Papa el signo de la religión cristiana cuando lo lleva en sus sandalias, mientras los más orgullosos soberanos de la cristiandad lo colocan sobre sus cabezas.* Contaba él también, que en el Aventino de Roma, juró dar la independencia á su patria, y esto ya es más creíble, atendiendo á su vanidad y al catonismo de su mentor Rodríguez; por más que ni uno ni otro, ni ningún americano español podían, ni por soñación, imaginarse lo que iba á hacerse en pocos años.

Pero auténtico ó no ese juramento, lo cierto es que mientras ellos lo hacían solemnemente, saturada la imaginación de clásicos recuerdos y de altas filosofías, Miranda se jugaba la cabeza en su tentativa de dar la libertad á Venezuela, con hombres y dinero extranjeros.

Después de su gira por Italia, volvió á París por segunda vez, hasta que sintiendo la nostalgia de su país, se devolvió á Caracas, dejando consolado al filósofo Robinsón con una pequeña renta que le asegurara el pan del destierro.

II.—El coronel de milicias de Aragua.

Llegó Bolívar á su tierra pocos meses después que Miranda había sembrado la semilla de la independencia en las playas del Ocumare.

Ya conoce el lector la destitución de Emparán en 1810. Los revolucionarios quisieron comprometer al rico hacendado de Aragua, y se pusieron al habla con él. "Bolívar se hallaba en Caracas—se lee en la *Escuela Boliviana*—no menos interesado en que se diera el golpe y aun había concurrido á las juntas secretas en que se concertaba el plan revolucionario; pero disfrutaba las consideraciones del gobernador y capitán general, D. Vicente Emparán, y probablemente desconfiando del éxito, se salió de la capital en aquellos días críticos y se fué al valle de Tuy, cuya ausencia podía justificarle á los ojos de Emparán en caso de desgraciarse aquella tentativa, como había sucedido en otra que no pudo realizarse por haber sido denunciada oportunamente al mismo Emparán, que la sofocó y cortó con suavidad, sin perseguir á ninguno de los comprometidos en ella." (Adviértase que la *Escuela Bo-*

liviana es hispanófoba, lo que da gran autoridad á estas manifestaciones.)

La verdad es que Bolívar debía verse combatido por dos sentimientos antagónicos: el de la independencia patria, que iba á crear un nuevo orden de cosas y lo empujaba al porvenir, y la preocupación de la aristocracia que le retenía con sus fueros y distinciones. Como quiera que fuese, logrado el golpe, el ausente vuelve á Caracas y el nuevo gobierno conquista á los Bolivares, nombrando á Simón coronel de milicias y agente de la revolución en Londres, y á su hermano mayor, Juan Vicente, comisionado ante el gobierno de los Estados Unidos, y que murió en el camino.

No es cierto lo que sus enemigos propalaron de cómo Bolívar entró en la Revolución, porque debía grandes cantidades á la Hacienda. El hijo del marqués de Aragua seguía siendo rico, tanto que entre sus valiosas fincas tenía una con más de 1.200 negros esclavos. Además, antes de la Revolución de 1810, las arcas reales en Caracas estaban repletas y el gobierno facilitaba á muchos agricultores y comerciantes las cantidades que éstos necesitaban. El sobrante anual, montante á un millón de pesos, después de cubierto el presupuesto oficial, lo tomaban los acomodados de Caracas, quienes entregaban libranzas, con plazos ventajosos, á favor del ministro de Hacienda en Madrid. Entre los empréstitos de aquella época que figuran en el archivo español del Ministerio de Hacienda, aparece Simón Bolívar con la suma de treinta mil pesos.

El joven caraqueño al aceptar la misión de Londres, no quiso percibir sueldo ni gaje alguno. Difícil

era su misión, porque el gobierno que lo enviaba no tenía un propósito fijo, vacilaba entre la autonomía y la independencia; sostenía la autoridad real, pero se negaba á obedecer á los mandatarios de España; ante estas dudas, Bolívar cortó por lo sano y visitó en Londres á su compatriota Francisco Miranda, que por dos veces había fracasado en sus expediciones de 1806 por falta de cooperación de los venezolanos.

El viejo luchador recibió con los brazos abiertos á su paisano y le inició en los misterios de la Logia por él creada en Londres, con el juramento de trabajar por la libertad de la América del Sur. Comprometido por este juramento y por los votos de aquella sociedad secreta, Bolívar se vió en el caso de traerse consigo á Miranda, á su regreso á Venezuela é imponerlo á la Junta de Caracas como general de la Revolución, haciendo estallar así la conflagración política, hasta entonces latente.

Al lado de Miranda, hizo su aprendizaje militar como coronel de las milicias de Aragua. En el parte que aquél dió de la toma de Valencia, cita al coronel Bolívar como distinguido en la patriótica jornada. El incipiente guerrero se presentó en Caracas, donde llamó la atención general; amigos y deudos celebraron el bautismo de sangre de *Simoncito*, que así seguían llamándole; y todo eran fiestas y convidadas en obsequio del joven coronel, que por primera vez había oído silbar una bala. Cansado de felicitaciones, volvió al ejército.

Iniciada la guerra con la venida del jefe español Monteverde, en 1812, le tocó á Bolívar guarnecer la la importante plaza de Puerto Cabello, la que se

dejó arrebatar por una conspiración de los prisioneros españoles. Coincidiendo este hecho con la capitulación del general Miranda, Bolívar hubo de refugiarse en La Guaira, como punto de escape de la costa. Ya sabemos la parte principalísima que tomó en la captura de aquel personaje, y cómo Casas, su compañero de traición, impidió la fuga de los más comprometidos, cañoneando los buques con que se daban á la mar, obligándoles á quedarse en tierra, haciendo caer en la redada de Monteverde á insignes patriotas, entre ellos el canónigo Madariaga. A Monteverde se le acusa, y es verdad, de haber contravenido á lo pactado en San Mateo; tal vez sea la disculpa sentir asco por aquel atajo de desalmados, que invocando una causa común, traicionaban á su caudillo y luego se traicionaban unos á otros, bajuna y villanamente. Entre los señalados por Monteverde estaba Bolívar, que de la Guaira escapó á esconderse á Caracas, y mal lo hubiera pasado entonces, si el vasco Francisco de Iturbe no viniera á salvarle. Iturbe había sido íntimo del padre de Bolívar, y en obsequio al hijo ofreció su garantía personal para salvar á éste. Tanta hidalguía tuvo su recompensa. Cuando después del triunfo de la Revolución, en 1826, el congreso de Colombia confiscó los bienes de los españoles, Bolívar dirigió una nota desde el Perú, ofreciendo los suyos para salvar los de su bienhechor, y el congreso hizo una sola excepción, la del digno Iturbe, por haber salvado en 1812, la vida del Libertador. Cuéntase que cuando Iturbe presentó á Monteverde su protegido, lo hizo con estas palabras: *Aquí está don Simón Bolivar, por quien he ofrecido*

mi garantía; si á él le toca alguna pena, yo la sufro. —*Está bien*—contestó Monteverde, y volviéndose á un oficial de su despacho, dictó: *Se concede pasaporte al señor Bolívar, en recompensa del servicio que ha prestado al rey, con la prisión de Miranda.*

Quieren los apologistas del futuro héroe que á este estigma con que Monteverde infamaba al favorecido, éste opuso que:—*Había preso á Miranda, no para servir al rey, sino por castigar á un traidor;* no cayendo en la cuenta que si Miranda hubiera sido traidor, no castigo, sino favores habría merecido de parte del general español. Entre Bolívar y Miranda se había repetido la escena de trescientos años antes, cuando Francisco Pizarro entregaba á Vasco Núñez de Balboa á la ira de Pedrarias. El futuro conquistador del Perú perdía al descubridor de sus costas, como el futuro Libertador de América, al precursor de su libertad.

III.—El general improvisado.

La prisión de Miranda, con infracción del convenio de San Mateo, provocó la desconfianza de los demás jefes insurgentes, que, desunidos y decepcionados, habrían vuelto á la vida legal si entonces se hubiera negociado con ellos convenientemente; pero Monteverde extremó las represalias con destierros y secuestro de bienes, pero sin derramar sangre, como falsamente se le acusa. Sanguinarios fueron sus oficiales Antoñanzas, Cerveris y Zuazola, que obrando como seides independientes, se tomaron la venganza por su mano en los distritos que mandaban. De todos modos, los venezolanos se exasperaron, y de ello se aprovecharon los más inquietos ó comprometidos para lanzarse otra vez al campo y fiar á la suerte de las armas la suya y la del país,

Bolívar, que á favor del pasaporte de Monteverde se había refugiado en la isla holandesa de Curaçao, tuvo el propósito de marchar á Inglaterra á pedir al marqués de Wellesley carta de recomendación para el hermano de éste Arturo, después duque de Wellington, con la esperanza de ser admitido como oficial en el ejército inglés que en la península

Ibérica peleaba contra los franceses; pero enterado de que Monteverde le había confiscado sus bienes, y falto de recursos por haber perdido en el juego doce mil duros en dinero que le quedaban, tuvo que quedarse en América. Esto recuerda el caso de Cromwel, que á punto de emigrar á las colonias del Norte de América, fué obligado á desembarcar por un edicto, que prohibía la emigración, del mismo rey á quien después había de cortar la cabeza.

El joven caraqueño, creyéndolo todo perdido en su país, se fué á Cartagena, á ofrecerse á los revolucionarios de Nueva Granada.

***

Este país había seguido el ejemplo de las demás provincias americanas, confabuladas para la insurrección cuando el cautiverio del rey de España, Fernando VII, como lo prueba que en un mismo año, el 1810, créanse Juntas locales en todas partes, que deponen las autoridades españolas y van á la independencia. La Junta de Cartagena inició el golpe en Nueva Granada. Para combatir la resistencia realista, se dió el mando de las fuerzas patriotas al aventurero francés Pedro Labatut. A esta sazón se presentó en el campamento de Cartagena Simón Bolívar, que venía precedido de las acusaciones que contra él lanzaban sus paisanos, llamándole *godo* y *traidor*, por el perdón de Monteverde y la entrega de Miranda. Por suerte para él, encontró allí á José María Salazar, á quien el general Miranda había enviado anteriormente como ministro plenipotenciario cerca de la Junta de Cartagena. Este diplo-

mático trabajó por destruir la mala fama de que el fugitivo venía acompañado, y tan bien le sinceró, que logró confiaran á Bolívar una brigada del ejército de Labatut, comprometiéndose personalmente á responder por el joven caraqueño, calumniado y prófugo.

Con doscientos hombres que se le confiaron, Bolívar hizo prodigios de actividad. En menos de tres meses fueron cayendo en sus manos todos los destacamentos realistas del valle del Magdalena, y en Chiriguaná ganó una acción formal que le valió el empleo de brigadier efectivo de Nueva Granada.

Pero las cosas iban de mal en peor en este país; los republicanos no se entendían, divididos como estaban en federales y unitarios, y aprovechándose de este desconcierto, los realistas recobraron la importante plaza de Santa Marta, en la costa (Marzo, 1813). Por todo esto Bolívar se resolvió á probar suerte en Venezuela con la gente de que disponía. Su ausencia había menoscabado y hasta anulado el prestigio del noble patricio; se le creía traidor, ó cuando menos, escarmentado de su calaverada patriótica; muy pocos sabían de sus hazañas en Nueva Granada y el caudillo que se había revelado en él. Así, pues, cuando quiso volver á su patria, halló la escena ocupada por otros émulos.

A principios del mismo año 13, Santiago Mariño, rico margariteño, asilado en la isla inglesa de la Trinidad, puesto de acuerdo con Manuel Piar, mulato de Curaçao, y con los hermanos Bermúdez, desembarcó en Venezuela, y sus montoneras operaron con fortuna en las provincias marítimas de Cumaná y Barcelona, mientras al otro lado del mar,

frente á Cumaná, insurreccionaba la isla Margarita Juan Arizmendi, mulato, que con el negocio de pesca se había hecho rico, y luego quedó arruinado por la persecución realista. Estos cabecillas atrajeron á sus planes al filibustero italiano Bianchi, el mismo que veremos después cobrarse su parte de león por sus servicios á la república, pero que por el momento servía de intermediario entre los patriotas de la costa y de la Margarita, proporcionándoles armas y municiones.

Noticioso Monteverde de estas algaradas, dictó en una proclama desde Caracas, que los facciosos "iban á desaparecer como al impulso del viento se disipa el humo." Manuel Piar humilló esta jactancia, derrotándole en Maturin y enseñoreándose del Oriente venezolano.

Un mes después de estos triunfos aparecía Bolívar, por la frontera de Nueva Granada, y al frente de quinientos granadinos, á probar fortuna. Entre estos colombianos figuraban los oficiales Santander, Delúyar, Girardot, Vélez y Ricaurte, que tanto habían de ilustrar sus nombres. Aumentada la pequeña hueste con muchos voluntarios venezolanos, Bolívar abre la campaña, dictando esta proclama á sus camaradas de armas colombianos, dada en San Antonio á 13 de Marzo de 1813.

"Vuestro valor ha salvado la Patria, surcando los caudalosos ríos del Magdalena y del Zulia; transitando por los páramos y las montañas; atravesando los desiertos; arrostrándolo todo entre la sed, el hambre y la vigilia; tomando las fortalezas de Tenerife, Guamal, Banco y puerto de Ocaña; combatiendo en los campos de Chiriguaná, Alto de la

Aguada, San Cayetano y Cúcuta; reconquistando cien lugares, cinco villas y seis ciudades en las provincias de Santa Marta y Pamplona.

„Vuestras armas libertadoras han venido hasta Venezuela, que ve respirar ya una de sus provincias, al abrigo de vuestra generosa protección. En menos de dos meses habéis terminado dos campañas y habéis comenzado una tercera, que empieza aquí y debe concluir en el país que me dió la vida. Vosotros, fieles republicanos, marcharéis á redimir la cuna de la independencia colombiana, como los cruzados libertaron á Jerusalén, cuna del Cristianismo.

„Yo, que he tenido la honra de combatir á vuestro lado, conozco los sentimientos magnánimos que os animan en favor de vuestros hermanos esclavizados, á quienes pueden únicamente dar salud, vida y libertad, vuestros temibles brazos y vuestros pechos aguerridos. El sólo brillo de vuestras armas invictas hará desaparecer en los campos de Venezuela las bandas españolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos del cielo.

„La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión. No, su confianza no será vana: Venezuela verá bien pronto clavados vuestros estandartes en las fortalezas de Puerto Cabello y de La Guaira.

„Corred á colmaros de gloria, adquiriéndoos el sublime renombre de Libertadores de Venezuela.“

¡Recuerdan estas frases las proclamas de Bonaparte en sus campañas!—exclama un escritor criollo—. ¡Tanto como las recuerdan! como que son el

calco, pero con sobra de verborrea y falta de aque laconismo que hace de las proclamas de Napoleón modelos de elocuencia militar. La proclama de San Antonio, teniendo en cuenta que aquellos colombianos peleaban por la libertad ajena porque desesperaban de la suya propia, y que las "fortalezas" y campos de batalla á que aquella alude, eran fortines y puestos indefensos; sólo debe tomarse como un acto de osadía de Bolívar, que lanza á la faz de Venezuela su hoja de servicios en Nueva Granada y recaba para sí el mando supremo. Justamente orgulloso de su ilustración y noble abolengo, se considera superior á todos, y por su sola voluntad, generalísimo venezolano, sin tener en cuenta que sin Piar, Mariño y Bermúdez, el rescoldo patriótico se habría apagado y él hubiera llegado tarde para producir el incendio. Este es Bolívar, de ahora para siempre; mucha audacia, mucho patriotismo, pero sobrado de ambición personal.

Abierta la campaña, la hueste granadino-venezolana, fué barriendo los destacamentos de los Andes de Venezuela; entró en Mérida, en Trujillo, y en esta ciudad, dió Bolívar el 13 de Junio (1813) su célebre decreto de guerra á muerte contra los españoles: *Españoles y canarios, contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos contad con la vida, aun cuando seais culpables.* Era la contestación á lo que algunos jefes españoles hacían en sus distritos, cebándose en los patriotas, pero por su propia autoridad y sin la aprobación del mando superior; además que sus atrocidades habían quedado saldadas con las de Bermúdez, Arizmendi

y Briceño. Bolívar, para llamar la atención hacia sí, hízose más bárbaro que todos, pues la matanza no se redujo á entre beligerantes, sino que se extendió á inocentes, convirtiéndose en lema nacional. Realistas y patriotas empezaron á cazarse unos á otros, por derecho de represalias: curas, médicos, comerciantes, hacendados, si no aceptaban la república, eran inmolados; á los campesinos les pasaba lo mismo, por parte de los jefes realistas. Bolívar, á raíz de su decreto, empezó á firmar: *Año III de la Independencia* y *I de la guerra á muerte.*

El objeto de Bolívar era llegar á Caracas. Mientras iba limpiando el camino de guerrillas realistas, su deudo el coronel José Félix Rivas, que mandaba la retaguardia, fué alcanzado por una columna enemiga al pie de la cuesta de *Niquitao*.

Comienza la pelea, y, durante ésta, las tropas republicanas, en menor número, corrían el peligro de una derrota, cuando un fuerte páramo aflige, de repente, á los llaneros de Barinas que traía Martí, y que en nada molesta á los indios de Niquitao que acompañaban á Rivas y estaban acostumbrados á la influencia de la naturaleza andina. Desde el pueblo de Niquitao se divisaba los contendientes en lucha esforzada. Ocúrresele entonces al cura del pueblo, al padre Gamboa, sacar en procesión todos los Santos, Santas y Vírgenes que tenía el templo de Niquitao; y poniendo por obra el pensamiento, en pocos instantes, los moradores sacaban en procesión las imágenes sagradas. Y como las mujeres del poblado vestían trajes obscuros, el conjunto en movimiento apareció á los ojos de Martí, como tropas que salían contra él. "Allá viene la retaguar-

dia, se decía; y debe haber artillería con ella." Y como el ataque de Rivas continuaba sostenido, heroico, y el páramo arreciaba, el jefe español tuvo á bien retroceder y evitar así el hcoque de la retaguardia. "¿Quiénes vencieron en Niquitao?—pregunta el historiador Rojas—. En primer término, el arrojo de Rivas; en segundo, el fuerte páramo, y últimamente, los *Santos Cristos y Vírgenes.*"

Unidos á poco Rivas y Bolívar, atacan en Tahuanco las fuerzas de Monteverde, quien, grave-gravemente herido, corre á refugiarse en Puerto Cabello, en tanto que Bolívar entra triunfante en su ciudad natal (7 de Agosto). Se había cumplido su deseo. "*Temo*—escribía en el curso de esta campaña—, *temo que nuestros ilustres compañeros de armas de Cumaná y Barcelona liberten la capital antes que nosotros lleguemos á dividir con ellos esta gloria; pero volaremos, y espero que ningún libertador pise las ruinas de Caracas antes que yo*"; palabras tan bien dichas como bien sentidas. En tres meses había recorrido 250 leguas desde Cúcuta á Caracas; por todas partes ha cundido el incendio en esta marcha arrolladora. Mientras él ha vencido en el Occidente, Mariño y Piar toman las plazas de Cumaná y Barcelona, y los realistas quedan reducidos á Coro y Puerto Cabello.

Al día siguiente de su entrada en la capital, Bolívar proclama la República de Venezuela, que inventa para él el título de *Libertador.* En seguida parte á sitiar á Monteverde en su baluarte de Puerto Cabello; el animoso español le sale al encuentro, y en las alturas de las Trincheras le ocasiona más de 600 bajas. Persiguiendo á los patriotas, divide

su ejército en dos porciones, lo que visto por Bolívar y que puede batir á su adversario aisladamente, da media vuelta y asalta la cumbre de la *Bárbula*, ganando la posición.

Aquí es del caso referir la muerte de Girardot y su célebre procesión mortuoria.

***

Atanasio Girardot era neogranadino, es decir, colombiano, y el predilecto de Bolívar; hay sus dudas si era su Antinoo. Tenía el grado de coronel del batallón 4 de la Union, y en el asalto de la Bárbula se portó con su acostumbrado valor. En el instante que con la bandera tricolor llegaba á la cumbre, una bala de los españoles le quitó la vida. ¿Qué se le ocurrió á Bolívar? Honrar al muerto de un modo inusitado. Decretar luto nacional por un mes, sacar el corazón del cadáver y conducirlo procesionalmente á la capital de la República. Dejando á los amigos del muerto que se las entendieran con Monteverde, que aún seguía en las Trincheras, Bolívar, con su Estado Mayor y el resto del ejército, se pone, con el corazón de Girardot, camino de Valencia. Aquí, sin más descanso que los funerales y acondicionar la entraña en un vaso de cristal cerrado, metido á su vez en una urna de madera de 30 centímetros, forrada exteriormente con seda negra y galones de oro, la fúnebre comitiva sigue en dirección á Caracas. Tres días gasta la romántica procesión desde Valencia á la capital, no deteniéndose más que el tiempo necesario en cada localidad, donde los empleados civiles y militares recibían la urna

en templetes floridos. Cerca de Caracas se había adornado con palmas la carrera, y como estaba ordenado rendir al corazón del héroe los más altos honores militares, al llegar el cortejo á la capital fué saludado al cañón y por el tañido funeral de las campanas. Concluídos los funerales, en los que ofició de pontifical el arzobispo de la diócesis, fué trasladada la urna á una carroza guiada por dos niños vestidos de ángeles y de la que tiraban seis niños más vestidos de la misma manera. Numeroso grupo de niñas de cinco á ocho años, con cestillos de flores en las manos, precedían el carro mortuorio. De este modo se dió otro paseo á la entraña, hasta llevarla otra vez á la catedral para su entierro, que se hizo tras del altar mayor.

Esta farsa de Bolívar, incompatible con los principios republicanos é innecesaria por la insignificancia del héroe que se endiosaba, acarreó con el tiempo la desgracia del arzobispo D. Narciso Coll y Prat, á quien los españoles, sus paisanos, no perdonaron la parte que tomó en la *procesión de Girardot* (1).

---

(1) Cuando Caracas volvió á ser española el gobierno de Madrid ordenó presentarse al arzobispo Coll, acusado de haber condescendido con los republicanos y comprometídose por sus actos pastorales y edictos á favor de éstos. Después de cinco años, el Consejo de Indias, ante las numerosas pruebas que presentó el prelado justificativas de su conducta en Venezuela de 1810 á 1816, hubo de absolverlo, dejándole libre de toda culpa y cargo; pero no se le permitió regresar á Caracas, y en su lugar fué nombrado para el obispado de Palencia. Murió antes de tomar posesión de la nueva silla, el 30 de Diciembre de 1822.

IV.—Boves.

A fines de Diciembre de 1813, Monteverde, que había solicitado su retiro, pues de resultas de una herida en las Trincheras tuvieron que extirparle casi toda la mandíbula inferior, fué relevado por el brigadier americano D. Juan Manuel Cagigal, hijo del general del mismo nombre, de quien fuera edecán Francisco Miranda. Al encargarse del mando, el escaso ejército realista sólo era dueño de algunas fortalezas de la costa; pero esta guerra venezolana era fecunda en sorpresas, y cuando uno de los dos partidos parecía aniquilado, resurgía con más fuerza que antes. En los llanos del Orinoco aparecieron varios guerrilleros españoles, distinguiéndose entre ellos el célebre *Boves*.

Antes de la revolucion se llamaba José Tomás Rodríguez. Era asturiano, de Gijón, y cuando vino á Venezuela se dedicó al comercio, amenizado con la piratería y el contrabando entre la costa de Guiria y la pampa guariqueña. Por uno de estos delitos fué condenado á presidio, pero le salvó la intercesión de algunos notables de Calabozo, ciudad centro de sus operaciones. Entre todos estos benefacto-

res se señaló el Sr. Jove, y en gratitud Rodríguez cambió su apellido por el de éste Los llaneros venezolanos, por la dificultad que tienen de aspirar la *j* le llamaron Bove, y al fin *Boves*. Cuando sonó el grito revolucionario del año X, Tomás Boves era ya un comerciante de Calabozo bien relacionado, y para salvar sus intereses plantó una bandera á la puerta de su tienda con el lema *¡Viva la patria!*, pero no convenció á los patriotas, los cuales, en vez de aceptar sus servicios, le encarcelaron.

Desde aquel instante Boves juró vengarse; cambió de pensamiento y, aprovechándose de sus relaciones con los llaneros ó habitantes de la pampa del Guárico, se puso al frente de ellos contra la República, ofreciéndoles como botín las riquezas de las ciudades.

Comenzó su carrera militar á mediados de 1812, y cuando al año siguiente supo que Bolívar había declarado la guerra á muerte, la aceptó sin titubear; como medio muy á propósito para él. Era valiente, despreciador de la propia y ajena vida, y sus llaneros, ágiles, sobrios y vigorosos, no menos temibles que los bárbaros que se echaron contra Roma (1).

---

(1) El llanero es fuerte y valiente; audaz y al propio tiempo muy precavido. Su perpetua riña con el toro bravío, sus lances frecuentes con el tigre carnicero, su constante ejercicio sobre el caballo, le han dado músculos de atleta y corazón de héroe. Pero en la cruda acepción de la palabra no es un salvaje. Podría decirse, por el contrario, que es un docto de la gran Academia, en donde se gradúan: de diplomático, el zorro; de previsor, el ciervo; de hábil capitán, el toro; de diestro cirujano, el cuervo; de insignes músicos é inspirados poetas, el

Boves, español, no admite en sus filas oficiales es-españoles, que le hubieran servido de estorbo, y como jefe de montoneras no reconoce superior y desobedece á Cagigal, sucesor de Monteverde en el mando supremo de Venezuela.

Cuando más, admite como auxiliares, que después fueron sus subordinados, á los canarios Tomás Morales y José Yáñez. Toda su gente era venezolana, lanzada contra los venezolanos de las ciudades, y él, el Atila despertado por el reto á muerte de Bolívar. Por el momento encontró un valladar en otro español, pero renegado, Vicente Campo Elías, de quien se cuenta que solía decir: "*Después de matar á todos los españoles, me degollaría yo mismo, y así no quedaría ninguno.* En el Mosquitero derrotó á Boves y á Morales, lanceó á los prisioneros y se cebó en los vecinos de Calabozo, como auxiliares de los realistas. Viendo el resto de los llaneros que no se les daba cuartel, acudieron en masa á incorporarse á Boves. En dos meses se vió éste al frente de tres mil jinetes armados de lanzas, con moharras hechas de rejas de las ventanas. Con ellas se hizo irresistible hasta al mismo Bolívar.

Este vencía en guerra galana; si bien el general Ceballos le había escarmentado en Barquisimeto, tomó el desquite en Araure (5 de Octubre 1813); pero de nada le valían sus triunfos ante el torrente devastador de la furia que había concitado. La gue-

---

turpial, el arrendajo y toda la tropa lírica que canta alegres himnos á las auroras y dulces canciones de amor á sus hembras.—(*N. Bolet Beraza.*)

rra iba sin brújula, y los dos partidos obraban al impulso del odio y de las represalias. Fué entonces cuando Bolívar decretó la muerte de 866 españoles no prisioneros de guerra, casi neutrales, muchos de ellos canarios que acaparaban el comercio de las ciudades de Venezuela y que estaban recluídos prisioneros en las bóvedas de La Guayra y en las cárceles y hospitales de Caracas. Fué encargado de la ejecución el mulato Arizmendi, que al recibir el parte escrito de Bolívar de "con excepción de aquellos que estuvieran naturalizados", exclamó: "*El secretario del Libertador es un burro; ha escrito con excepción en vez de poner con inclusión.* El feroz margariteño dió principio á la bárbara matanza el 12 de Febrero de 1814, prosiguiéndola sin perdonar á los que yacían en los hospitales. Poca fué la pólvora que se gastó en ella: á bayonetazos y cuchilladas eran sacrificadas las víctimas por tandas, y muertos ó moribundos arrojados indistintamente á una pira. La siniestra señal de la matanza diaria la daba personalmente Arizmendi á un toque de corneta. El mulato era ¡gobernador militar de Caracas! Es un detalle que pinta la revolución americana, guerra de raza más que de principios. El arzobispo Coll suplica, clama por la vida de aquellos desgraciados; pero Bolívar no escucha sus generosos ruegos; quiere verle por una vez más y no es recibido. Entonces el prelado le escribe una carta llena de espíritu evangélico, entre cuyos conceptos se destaca éste: "*Crimina criminibus curantur.*"—"*No, no*—contesta Bolívar—; *uno menos que exista de tales monstruos es uno menos que ha inmolado ó inmolaría centenares de víctimas.*" Según los mismos

historiadores criollos, muchos de estos 866 españoles eran hombres buenos que habían amparado á los republicanos, defendiéndoles contra las demasías de los realistas.

Era el delirio de la impotencia, porque ya Boves venía arrollándolo todo en una marcha de cien leguas hasta topar con Bolívar, que estaba atrincherado en las líneas de *San Mateo*, en el valle de Aragua, un feudo de su propiedad; de modo que, como observa muy bien el historiador Mitre, Bolívar iba á combatir *Pro aris et focis.* Era ya muy comprometida la suerte del caudillo republicano, cuando Mariño, á marchas forzadas, logró librarle de Boves.

Episodio del combate de San Mateo fué la voladura de un polvorín cuya defensa estaba encomendada al capitán neogranadino Antonio Ricaurte, antiguo camarada de Girardot. Dice la leyenda que, viéndolo perdido, hizo retirar su gente y prendió fuego á la pólvora para que no cayese en poder de los asaltantes; pero no fué así. Escribe Perú de Lacroix, como dicho por Bolívar: "*Su muerte no fué como aparece. No se hizo saltar con un barril de pólvora en la casa de San Mateo, que había defendido con valor; yo soy el autor del cuento. Lo hice para entusiasmar mis soldados, para atemorizar á los enemigos y dar la más alta idea de los militares granadinos.* "*(Diario* de Bucaramanga.)"

Desistiendo de su campaña contra Boves, á quien no podía contrarrestar, Bolívar fué á buscar al ejército realista de Cagigal á *Carabobo*, venciéndole; pero amargó este triunfo otro encuentro con el terrible Boves en *La Puerta*, donde éste, con sólo

dos cargas, barré el ejército republicano, pasando á cuchillo hasta á los que rendían las armas. Comunicó á Cagigal la victoria con este sencillo parte: "*He recobrado las armas, las municiones y el honor de las banderas españolas que V. E. perdió en Carabobo.*" Cagigal, sin darse por ofendido, le felicita y le promueve al grado de coronel, pues el jefe llanero ni usaba divisas ni ostentaba ningún empleo de la milicia. Boves le devuelve el despacho, contestándole que él también hacía coroneles.

El desastre de La Puerta fué la tumba de la República. Cundió la deserción en las filas patriotas, y aunque Bolívar hizo lo imposible para contenerla, no pudo impedir la desbandada general. Además, con la noticia de que Fernando VII había recobrado el trono de sus mayores, se tenía por seguro que la metrópoli enviaría grandes refuerzos para someter á los insurgentes. Colmó el abatimiento de los patriotas la toma de Valencia por el mismo Boves, al mes de lo de La Puerta, alanceando la guarnición y á muchos vecinos, en contestación á la guerra sin cuartel decretada por Bolívar. Ante la noticia de que la horda llanera venía sobre Caracas, Bolívar, sin tratar de defenderla, abandonó la capital á su propia suerte, llevándose las alhajas de las iglesias para emplearlas en la prosecución de la guerra. El 7 de Julio (1814) empieza la célebre emigración de los caraqueños. Como diez mil personas, entre hombres, niños y mujeres, huyen en caravana, cubriendo la retaguardia Bolívar con los pocos soldados que le quedan. Pocos días más tarde, una de las avanzadas de Boves toma posesión de la ciudad sin disparar un tiro, y el 16 de

Julio hacía su entrada el feroz caudillo, que, más humano que Bolívar, se deja desarmar por el arzobispo, que, vestido de pontifical, salió á recibirle á las puertas de la población, implorando el perdón de sus diocesanos.

Por este tiempo Boves tenía un estado mayor como cualquier general, figurando en él Puy, Yáñez, Rosete, Quero y otros de sangrienta recordación en Venezuela; y como su lugarteniente, el canario *Tomás Morales*, que había sido pulpero en el país, luego agricultor y al fin se hizo militar, para defender su vida, llegando á ser el más intrépido auxiliar de Boves. Este Morales, persiguió en su fuga á Bolívar y á los caraqueños prófugos; derrotó en Aragua los tres mil soldados de que aquél disponía y alcanzando en su fuga á Valencia á los fugitivos, hizo con ellos una horrorosa carnicería. Degolló batallones enteros, y más de tres mil paisanos que se habían amparado en la iglesia de la población. Vengó al mismo tiempo los manes de los 800 españoles inmolados en Caracas y la Guaira, sacrificando otros tantos jóvenes caraqueños que habían salido á campaña y formaban una especie de batallón distinguido. Como se ve, el acto inconsiderado del Libertador, de proclamar la guerra á muerte, redundó en mayor perjuicio de los venezolanos, porque siendo éstos en mayor número que los peninsulares, habían de ofrecer más pasto á la venganza realista; de suerte que bien se puede asegurar que por un español, murieron cien hijos del país.

La estrella de Bolivar parecía eclipsada. Con pocos compañeros pudo llegar á la costa y em-

barcarse en Cumaná. En su retirada, junto con Mariño, había ido imponiendo tributos á fin de tener elementos para seguir la lucha, y todo el tesoro lo confiaron al capitán del buque que los recibió á bordo y que no era otro que el italiano Bianchi. Este aventurero, al verse custodio de tanto dinero y alhajas, quiso apropiárselo todo, adelantándose á lo que años después había de hacer Brown, que con bandera argentina se llevó del puerto de La Buenaventura del Chocó (Nueva Granada) un millón de pesos en dinero y prendas que le habían confiado los patriotas de Popayan, allí refugiados; y Cochrane, que con bandera chilena, se apropió las barras de oro y plata de los vecinos de Lima, ejemplos los tres del desinterés de los auxiliares extranjeros en la guerra de la independencia americana. Bolívar que había abandonado su gente para salvar la plata, pasó por el trance de oir á Bianchi decirle que, si no se la daba, nada le era tan fácil, como entregarle á las autoridades españolas. El corsario se dió aún aire de protector cediéndole una parte del botín y aviniéndose á desembarcarle en Carúpano. Aquí se sostenía con alguna fuerza el jefe patriota Rivas; pero se negó á obedecer á Bolivar, acusándole de desertor y cobarde que había abandonado la palestra en el momento de más peligro, al mismo tiempo que llegaba Piar con intención de hacer con el Libertador lo que éste hizo después con él en La Guaira: fusilarle.

Bianchi sacó de este avispero á Bolívar, llevándoselo á Cartagena de Nueva Granada.

Piar y Rivas continuaron la guerra por algún

tiempo en el Oriente, y en uno de los encuentros con Boves, consiguieron matarle en *Urica* (5 de Diciembre de 1814), en el momento que sus llaneros habían ganado la batalla. Tanta importancia se dió á su muerte, que no obstante haber sido Urica la pérdida de la República, se citó su nombre como nombre fausto en los anales de la guerra. Tras Urica vino *Maturín*, que ganó Morales, sucesor de Boves en el mando de los llaneros. El vencedor degolló más de tres mil víctimas, entre ellas al cabecilla Rivas, el héroe de Niquitao, que usaba un gorro frigio como emblema de libertad, con cuya cobertura se colocó su cabeza en una jaula de hierro en el camino de la Guaira á Cumaná. No quedaron más insurgentes en armas en Venezuela que Arizmendi y Bermúdez, refugiados en la isla Margarita.

***

¿Cómo juzgar hoy á Boves, el famoso caudillo de la guerra á muerte en Venezuela, desde 1812 hasta fines de 1814? *Fué* escribió Bolívar *la cólera del cielo que fulminó rayos contra la patria... Un demonio en carne humana que sumergió á Venezuela en sangre, luto y servidumbre.* Le faltó añadir que él había desencadenado este demonio y aquella furia. En la carrera de odios y venganzas á que ambos se lanzaron, si Boves destruía poblaciones, sacrificaba prisioneros é indistintamente hombres, niños y mujeres de los poblados, el aristocrático Bolívar asesinó á españoles probos é indefensos que no quisieron aceptar el gobierno republicano,

fusiló también á los prisioneros y ordenó la hecatombe de la Guaira. En este pugilato feroz no sabemos cuál de los dos caudillos se llevó la palma, por más que si Boves fué inhumano y vengativo por defectos de educación, Bolívar le enseñó el camino y lo fué por política y voluptuosidad de sangre.

Sin embargo, Boves tuvo tres virtudes propias de un alma grande: valor, desprendimiento y gratitud. Se batía como el último de sus llaneros; buscaba el triunfo de su causa antes que su provecho personal y abandonaba el botín á sus soldados. "*Desprendido*—escribe González, historiador venezolano—*él no tenía sino su caballo y su espada. En el testamento que había hecho, sólo pudo disponer en favor de la mujer con quien había contraído esponsales, de trescientos pesos que le debía D. Juan Vicente Delgado.* Como agradecido, lo prueba el cambio de su apellido, y que una recomendación de Jove, de Roscio ó de cualquiera de los benefactores que le ampararon en su época de comerciante, era para él un mandato que libraba de la ruina ó de la muerte á quien se le presentaba. Fuera de esto, no perdonaba más que á músicos y cirujanos, si bien obligándoles á rescatar sus vidas, sirviendo en su ejército. Este *demonio en carne humana* como lo pinta Bolívar, era de pelo rubio, grandes ojos pardos y blanca tez; alto de talla y bien proporcionado.

La fama de Boves ha quedado obscurecida en Venezuela por la de Páez. Como la causa americana triunfó, Páez es héroe nacional y Boves un bandolero. Con todo eso, véase la semblanza de Páez por O'Leary, primer ayudante de Bolívar: —"Sin método, sin conocimientos, sin valor moral,

era nulo en política, inconstante en sus amistades. Sin ser cruel, no economizaba la sangre y se le ha visto derramarla en ocasiones en que la humanidad, el patriotismo y la política aconsejaban ahorrarlas... Su ambición era desmedida; mas no la ambición sublime de las almas elevadas, que tiene por mira el engrandecimiento de la patria. Ambicionaba el poder del capricho y del abuso. Estas ambiciones y la codicia eran sus pasiones dominantes. Logró adquirir sobre los llaneros de que se componía su ejército, un influjo extraordinario, tolerando su propensión al botín y rebajando la disciplina militar."

Por igual manera, los bárbaros, las hordas salvajes de Boves son los "centauros de la libertad" cuando dejan de ser realistas. ¡Tales son los contrapesos de la balanza de la justicia en la Historia!

V.—La Expedición de Morillo.

Recordemos que en los comienzos de 1815, la reconquista de Venezuela por Boves y Morales, era ya un hecho y que sólo quedaba á los insurgentes la isla Margarita. En esta coyuntura, la metrópoli envía una formidable expedición al mando de don *Pablo Morillo*, que desde soldado de marina voluntario, había ascendido á los más altos grados de la milicia en la guerra de la independencia española.—No venía Morillo ni como capitán general de Caracas, ni como virrey de Nueva Granada, sino como general en jefe de ambas regiones y con poderes discrecionales para hacer la paz.

Fernando VII, al recuperar el trono, creyendo llegado el momento de sofocar la insurrección que desde el año X conmovía todas las colonias de América, armó esta expedición que en un principio se dispuso iría al Río de la Plata, pero que al saberse la caída de Montevideo zarpó para las costas de Venezuela.

García Camba, que formó parte de la expedición, nos cuenta en sus *Memorias*, que el mes que la escuadra estuvo detenida en Cádiz por el mal estado

de la mar, decidió aquel cambio de destino. De ello se lamenta, porque juzga hubiese sido de más eficacia el desembarco en el Río de la Plata que en Venezuela, para el triunfo de la causa española, fundándose en que este país estaba casi apaciguado y que lo que convenía era ahogar la revolución en Buenos Aires, que perturbaba Chile y el Alto Perú. Pero ni Venezuela estaba domada, como luego se verá, ni la reconquista del Río de la Plata era tan fácil; tal vez más ardua que la del virreinado de Nueva Granada. En primer lugar, faltaba la base de operaciones de Montevideo, y en caso que una expedición española hubiera desembarcado en otro punto del país, estaba Artigas en la Banda Oriental, al que sólo faltó una ocasión propicia para ser otro Bolívar, porque era un caudillo de fibra y de prestigio. Tocante á la Argentina, es difícil predecir lo que hubiese sucedido en ella; quizá no se hubieran dado las batallas que en el Norte, pero quedaban el desierto de las pampas y las quebradas de los Andes para inutilizar un ejército europeo, con tal que los naturales retiraran las caballadas é hicieran guerra de partidas. Con todo, el efecto moral de la ocupación de Buenos Aires y de Montevideo, habría sido enorme para la causa española, y ocupados los argentinos en apagar el incendio en su casa, no lo hubieran propagado en la vecindad, como lo hicieron cuando se quedaron con las manos libres. Por lo demás, Bolívar, demostró cumplidamente que ni una, ni dos expediciones como la de Morillo eran bastante contra él.

La expedición de Morillo salió de Cádiz el 18 de Febrero de 1815 y llegó á Cumaná el 7 de Abril.

Componíase de 60 buques de guerra, á saber: navío *San Pedro Alcántara,* de 74 cañones, fragatas *Efigenia* y *Diana*; corbeta *Diamante*, goleta *Patriota*, barca *Gaditana*, y doce cañoneras desarmadas; y los buques trasportes que á continuación se expresan por la curiosidad de los nombres: *La Primera, San Ildefonso, El Guatemala, Daoiz y Velarde, Ensayo, Eugenia, Júpiter, Cortés de España, Numantina, La Vicenta, Salvadora, La Palma, Socorro, San Francisco de Paula, Providencia, Héroe de Navarra, San Pedro y San Pablo, La Joaquina, Nueva Empresa, La Empecinada, San Ignacio de Loyola, Los Buenos Hermanos, La Preciosa, San Fernando, La Apodaca, La Elena, La Venturosa, La Coro, La Pastora, La Gertrudis, La Arapiles, El Aguila, La Parentela, La Unión, La Piedad, La Carlota, San José, Segunda Carlota, La Belona, San Enrique, San Andrés* y *La Alianza.* En estos sesenta buques venían 291 jefes y oficiales, y 10.600 hombres de tropas aguerridas, en la lucha contra Napoleón, divididas en dos brigadas compuestas de los regimientos "Victoria", "León", "Extremadura" (después "Imperial Alejandro"), "Barbastro", "Unión" (después "Valencey"), "Cazadores de Castilla", "Cazadores de Infantería" y dos regimientos de caballería con los nombres de "Dragones de la Unión" y "Húsares de Fernando VII". Venían además un escuadrón de artillería con 18 piezas, dos compañías de artillería de plaza, tres de zapadores y un gran parque de artillería provisto de todo lo necesario para sitiar una plaza de segundo orden.

Llegaba Morillo, cuando Bolívar estaba emigrado y sus compañeros prisioneros ó fugitivos, en tanto

que las guerrillas patriotas andaban como nómadas en las sabanas. Boves había muerto; pero Morales, su segundo, al frente de 5.000 hombres de fuerzas irregulares, mantenía el terror en los campos de Venezuela, desobedeciendo á Cagigal, so pretexto que el nombramiento de éste procedía de las Cortes y no del rey. Uniendo, pues, la gente de Morales al ejército de Morillo tendremos que la campaña se abría con un total de 16.000 hombres bien disciplinados y armados. Parecía que no había ejército contrario que combatir pero sucedía algo peor: se trataba de imponer la autoridad real á todo un virreinato que ya había proclamado su independencia. En este sentido, ni veinte mil hombres ni diez veces más, eran bastantes para contrarrestar este anhelo nacional, y el ejemplo estaba reciente con la guerra de España, que duró cinco años y costó á Francia trescientos mil soldados. Con este precedente es más de extrañar que el gobierno de la metrópoli apelara al expediente de las armas para poner en razón á sus colonias sublevadas, pues debía suponer que los criollos, á fuer de dignos representantes de la raza española, sabrían luchar por su independencia tan bien como los peninsulares por la suya.

Como unos tres siglos antes, en 1545, cuando la rebelión de Gonzalo Pizarro, tampoco faltaron quienes aconsejaran el empleo de la fuerza para vindicar el honor de la corona y sofocar la insurrección; pero el rey, con buen acuerdo, prefirió la opinión de los que optaban por medidas de conciliación, que se empleasen todos los argumentos persuasivos y se hiciesen todas las concesiones políticas para

conciliar los ánimos. Desde este punto de vista el rey "*envió una oveja, pues un león no aprovechaba*, y así escogió al licenciado Pedro Gasca" (1). Cuando éste llegó al Perú halló la colonia en rebelión con un jefe poderoso y popular; pero Gasca supo volver las armas contra Pizarro y con tino y perseverancia cambió los sentimientos del pueblo y España recobró la más hermosa de sus joyas.

Los consejeros de Fernando VII olvidaron sin duda este precedente, é hicieron lo contrario: enviaron el león, no la oveja.

Al llegar Morillo á las costas venezolanas nombró coronel á Morales luego que le hizo acatamiento al frente de sus llaneros. Tenían una mirada salvaje y feroz, en armonía con el uniforme que llevaban, el cual consistía para unos en una faja de lienzo atada á la cintura; para otros en un calzoncillo ó pantalón. Calzaban ó botas de potro ó sandalias, con una espuela. Cubrían la cabeza con sombreros de paja ó gorros de cuero de jaguar, adornado con una pluma ó con gasa blanca. Un sable largo ó machete, colgado al flanco, un trabuco viejo ó pistola sobre el anca del animal y una asta de ocho pies de largo con lanza chata, de dos filos, constituían las armas de estos soldados. Respecto de arneses, sillas, frenos, bocados, charnelas, estribos y riendas, cada uno sacaba partido de lo que encontraba. Sólo una cosa les uniformaba y era la *cobija* en cuadro, con abertura en el centro para introducir la cabeza. Al calársela el llanero, queda cubierto el cuerpo, dejando en libertad sus desnudos

(1) Gomara, *Historia de las Indias*.

brazos para manejar el caballo y la lanza, su principal arma de defensa y de ataque.

—¿Estos son los vencedores, señor coronel? ¿Este es el ejército de usía? preguntó Morillo á Morales.

—Estos son los vencedores; este es mi ejército, general—respondió Morales con altivez.

—Pero si todos estos hombres saldrían derrotados por una de mis compañías—replicó Morillo.

—Eso cree vuecencia, pero yo no lo creo.

—Es necesario licenciar inmediatamente este ejercito—añadió Morillo.

—¿Cómo es posible? arguyó Morales. Si tal cosa se hace, todos estos soldados se pasarán á los insurgentes.

—Pues hoy mismo se licencian—contestó Morillo, cortando la discusión.

Morillo se había olvidado del heroico comportamiento de los *caballistas* y guerrilleros de la independencia española contra las lucidas huestes de Napoleón, y Morales tuvo razón; á poco, casi todos los soldados y oficiales estaban en las filas republicanas. Los rotos de Boves, los lanceros sucios y andrajosos de Morales, despreciados por Morillo, habían de triunfar bajo el mando de Páez, del brillante ejército realista en las Mucuritas y Queseras del Medio.

El primer acto de Morillo fué la ocupación de la isla Margarita, frente á Cumaná, donde estaban los patriotas con los jefes Bermúdez y Arizmendi. Estos no opusieron resistencia; Bermúdez se fugó á Cartagena, y Arizmendi, autor, por orden de Bolívar, de la matanza de los españoles, se entregó á Morillo, que le trató con la mayor consideración ha-

ciéndole sentar á su mesa. Después de este triunfo pacífico, el general español se trasladó á la isla de Coche y en este punto le sucedió el serio percance de la voladura del navío principal *San Pedro Alcántara*, á consecuencia de un fuego lento que se había declarado en la bodega. Con él se fué al mar la caja del ejército, y Morillo, para suplir el tesoro perdido, tuvo que recurrir á empréstitos forzosos en todas las poblaciones de Venezuela. Con el dinero se fueron también al fondo del mar un magnífico tren de artillería de campaña y de plaza, ocho mil fusiles é igual número de monturas, espadas y pistolas; ocho mil vestuarios completos de paño, infinidad de útiles de ingenieros, cuatro mil quintales de pólvora, un sinnúmero de bombas, granadas y balas y todos los equipajes de jefes y oficiales. Menos mal que sólo murieron 38 hombres.

El tesoro del *San Pedro Alcántara* es tan famoso como el de los galeones de Vigo y ha ocupado por muchos años la atención de la prensa americana, porque, además de los dos millones de pesos que dicen llevaba á bordo, había recibido como depósito las alhajas de algunos templos y las prendas de más de doscientas familias, tanto de españoles como de venezolanos adictos á la causa española. En este punto dejaremos la palabra á Arístides Rojas, cuyo estudio *Episodio del navío San Pedro Alcántara*, basado sobre las *Memorias de un militar* (el coronel Rafael Sevilla y León, de la expedición de Morillo) es una brillante exposición del asunto:

"Grande ha sido el número de los exploradores, y aunque muchos han ocultado la verdad de los hechos, respecto al dinero extraído, puede asegurarse,

por los datos ó declaraciones que conocemos, que hasta hoy se han sacado de los restos del *San Pedro* como 517.000 PESOS FUERTES Y UNA SOLA ONZA DE ORO.

„Por el estudio de los documentos tomados en los archivos de Cádiz por el capitán Escandella, resulta que la expedición llevaba á bordo, en efectivo, *un millón de pesos fuertes en oro y millón y medio en plata* para raciones y gastos de aquélla. En la época en que se estudiaron los documentos se sospechaba por muchos habitantes de Cádiz que *todo el oro se había quedado en este puerto*. Todo quedaría en la categoría de sospecha si sucesos posteriores no hubieran confirmado la declaración de Catañez, uno de los médicos del ejército expedicionario, y de los documentos oficiales. En las últimas exploraciones que se han ocupado en sacar los tesoros del *San Pedro*, se han encontrado multitud de cajas con la marca 1.000 pesos, las cuales, abiertas, contenían piedras de chispa ó clavos. Tan cansados estaban los exploradores de este chasco, que los buzos, al tropezar con cajas iguales, tuvieron á bien dejarlas en el fondo del mar, persuadidos de que contendrían los mismos efectos.

„En prueba de estos hechos y de no haberse hallado hasta hoy, después de tantas exploraciones, *sino una onza de oro*, queda confirmado el dicho de que la mitad del tesoro destinado para la expedición fué robado en Cádiz y que á las costas de Venezuela no llegó sino una parte, la cantidad en plata: es decir, *un millón, quinientos mil pesos*.

„No habiéndose encontrado hasta hoy sino cerca de quinientos mil fuertes, es de presumirse que la

diferencia de un millón de pesos yace en el fondo del mar, en lugares más ó menos distantes del de la catástrofe. Pero si atendemos á que los oficiales españoles, á su arribo á Margarita, aseguraban que á bordo del *San Pedro* no había sino *trescientos mil* pesos, juzgamos que una gran parte del montante, en plata, fué también sustraído en Cádiz y que será muy difícil hallar más de lo que hasta hoy se ha sacado.

„De lo expuesto se deduce: que gran parte del tesoro del *San Pedro* fué robado en Cádiz; que el jefe de la expedición, Morillo, no conocía la cantidad que se encontraba á bordo en el momento de la catástrofe; que los autores del robo fueron varios de los oficiales empleados del gobierno español, y que la mayoría de los expedicionarios no vinieron á Venezuela inspirados por un sentimiento patrio, sino devorados por la codicia y por ambiciones innobles.“

VI.—La Patria boba.

Tras la ocupación de la isla Margarita entraba Morillo en Caracas y asumía el mando militar del virreinato.

Suponiendo que Venezuela estaba pacificada, resolvió trasladarse á la vecina Nueva Granada, donde seguía ardiendo la revolución, y de la que será preciso dar pormenores, porque en ella reaparece Bolívar.

El alma de la resistencia separatista en aquel país era *Santiago Nariño*, hombre de talento que con la pluma y la palabra venía colaborando por la emancipación americana desde muchos años atrás. Como es sabido, los neogranadinos, antes de consolidar su independencia se dividieron en bandos de unitarios y federales, cuya discordia trascendió del Congreso á las provincias y favoreció la reacción realista. Nariño era el jefe de los unitarios y se alzó con la presidencia de Nueva Granada. Dos meses después de esta elección la provincia de Cartagena se declaró contra él, convocando á nuevo congreso, el cual aprobó una constitución federal, y nombró presidente de la confederación á Manuel R. Torrices.

Con esto estalló la guerra civil, lo que dió tiempo á que los generales españoles después de apaciguar la sublevación de Quito, pasaran á entendérselas con los patriotas de Nueva Granada. A raíz de estos acontecimientos llegaba Bolívar á Cartagena donde le había desembarcado el marino Bianchi, y tomando parte en la contienda entre federales y unitarios proporcionando un triunfo á los primeros, que en agradecimiento le ofrecieron elementos para reconquistar Venezuela. Pero encontró inesperados obstáculos en Cartagena, que hasta entonces le había favorecido. Mandaba en esta plaza fuerte el coronel Castillo, prevenido contra Bolívar por Mariño y otros venezolanos refugiados, de suerte que al llegar aquél á Mompós, á medio camino entre Bogotá y Cartagena, fué conminado á no seguir adelante y se le negaron los auxilios votados por el Congreso. Resuelto Bolívar á obtenerlos por la fuerza, puso sitio á la ciudad con una parte del ejército federal, pero brotaron guerrillas contra él; y como al mismo tiempo supo que los realistas habían tomado á Mompós y venía sobre la misma Cartagena el general Morillo con la escuadra, renunció al mando y se embarcó para la Jamaica (8 de Mayo de 1815). En esta fuga debemos ver no al Bolívar patriota, sino al aventurero. Su deber en esta ocasión era ayudar á la defensa de Cartagena con los elementos de guerra que traía de Bogotá; á imitación de lo que hicieron los de la ciudad, que al verse asediados por Morillo, olvidaron sus discordias civiles y se unieron para una heroica defensa.

Morillo se presentó ante Cartagena con 56 embarcaciones de guerra y 5.000 hombres de des-

embarco, en su mayoría venezolanos de los que mandaba Morales, previendo la insalubridad de aquella costa y la duración del sitio. La plaza era considerada como la más fuerte de América, y entre sus defensores figuraban los venezolanos Bermúdez, Montilla y Soublette, y el alsaciano Ducoudray Holstein, coronel de la República. Duró el sitio por mar y tierra ciento ocho días entre un horrísono bombardeo. Los sitiados, para reducir el número de bocas inútiles, hicieron salir, entregándolos á la piedad del enemigo, hasta dos mil personas, entre inválidos, niños y mujeres, que fueron tratados generosamente por Morillo. Al acercarse el plazo concedido por éste para una capitulación ventajosa, el 7 de Diciembre, por la noche, otros dos mil emigrados útiles, restos de los habitantes de la ciudad, se hicieron á la mar escapando á los cañones enemigos, pero un recio temporal dispersó el convoy, y sólo seiscientos llegaron á Haití. Se calcula en seis mil víctimas las fenecidas en Cartagena por el hambre, la peste y los muertos en los combates por mar y tierra, y sin embargo, como en Zaragoza y Gerona, nadie hablaba de capitulación. El vencedor no tomó otra venganza que mandar colgar de la horca al gobernador Castillo, que estaba oculto, y á seis ciudadanos notables de la localidad, de los más señalados en la resistencia. Sin embargo, Morales y sus venezolanos, sobre los que había recaído todo el peso del sitio, se desquitaron cebándose en muchos indefensos, carnicería que los historiadores locales atribuyen á Morillo. La toma de Cartagena valió al general español el título de *Conde de Cartagena*, por la costumbre en las monarquías, tomada de la an-

tigua Roma, de dar á los vencedores el nombre de sus triunfos.

Conjuntamente con este éxito, el brigadier Calzada, atravesando los Andes desde Venezuela, derrotaba al granadino Francisco de Paula Santander en Ocaña, y uniéndose con Sámano, que á la vez venía de Quito batiendo al presidente La Madrid, ahogaban en un círculo de hierro á Nueva Granada. La revolución de este país, lo mismo que la de Venezuela, parecía estar perdida.

Pero nuevas tuvo Morillo que en este último país se había encendido nuevamente la rebelión, dando la señal Arizmendi, que recluído en la Margarita, bajo palabra de honor de no volver á tomar las armas, en cuanto tuvo ocasión tomó por sorpresa un puesto realista, pasando á degüello la guarnición española. Esto exasperó hasta tal punto al general español, que saliendo de los términos que se había impuesto, de moderación y concordia, resolvió apelar al terror. A este fin dejó establecido en Bogotá un tribunal de sangre, y cambiando al bondadoso virrey Montalvo por el rígido Sámano, él se trasladó á Venezuela, á ahogar el foco de la resistencia.

***

En poco tiempo Arizmendi había conseguido hacerse dueño de la Margarita, asegurando una importante base de operaciones á los independientes. Es curiosa la estratagema con que este guerrillero ganó adeptos entre los margariteños y que nos cuenta el erudito Rojas.

"En cierta noche, Arizmendi ordena con mucho

sigilo que el manto de la *Virgen del Valle*, cerca de Porlamar, sea cubierto de cadillos y espinas. Quería con esto exaltar la superstición del pueblo, y lo consiguió. Al abrirse el templo al siguiente dia, cunde la noticia en los poblados de que la Virgen había amanecido con el vestido cubierto de cadillos y espinas, y todos los moradores quieren ser testigos del hecho y se trasladan al templo. Avisado el general de lo que sucedía, pone el hecho en dudas, asegurando que la Virgen era incapaz de abandonar á sus queridos margariteños. Después de muchas súplicas, el general se dirige al templo, y con trabajo puede llegar á la mesa donde se había colocado á la Virgen para que todos los fieles la contemplasen. Llega Arizmendi delante de la Virgen, manifiesta sorpresa, se acerca, se aleja, la examina y dice:

—"Paseadora, ¿dónde has estado tú anoche? ¿Cómo es posible que abandones á tus hijos que tanto te aman? Dime, ingrata, ¿tú has visitado el campamento de los *godos*, pues de otra manera no estaría tu vestido tan lleno de cadillos y de tierra? Todo es inexplicable, paisanos—agrega Arizmendi. Temo que la Virgen quiera hacerse goda, nos abandone, y nos entregue á tantos verdugos.

—„No, no; de ninguna manera lo permitiremos, moriremos por ella y por la patria, gritaron los concurrentes.

„Desde aquel día, la vigilancia y actividad en el campo patriota fueron admirables."

De Arizmendi sitiador se cuenta también que el enemigo sacaba á una terraza la mujer de aquél, para que ella le hiciera ceder en el ataque, pero que

la noble matrona decía siempre: *Nunca conseguiréis de mí que aconseje á mi marido faltar á sus deberes.* Para honrar la tenaz resistencia que la isla opuso esta segunda vez á Morillo, el congreso decretó que se llamara en adelante *Nueva España*, resolución de muy mal gusto, por lo exótico del nombre y lo lejano del parangón y que únicamente perdura en la nomenclatura oficial, porque los insulares castizos siguen llamándose *margariteños* y por *Margarita* se conoce la isla en todo el mar venezolano.

Al mismo tiempo que Arizmendi se hacía dueño de la Margarita, aparecían en las márgenes del Orinoco los guerrilleros Monagas, Cedeño y Zaraza. Bolívar, que proyectaba nueva campaña en Venezuela, se había trasladado de la Jamaica á Haiti, cuyo presidente, el mulato Petion, le dió armas y recursos. No menos útil le fué el atraer á sus planes á Brión, rico armador de Curaçao que en adelante fué el mejor sostén de Bolívar. Empezó facilitando á la revolución siete goletas mercantes armadas en corso, y cada vez que los jefes republicanos se veían obligados á abandonar el continente, les ponía en salvo en sus buques ó les conducía de nuevo al teatro de nuevas operaciones. Fuera de estos auxilios en armas y pertrechos, otro beneficio trajo á la república la adhesión del rico aventurero, y fué la recluta que le proporcionó del primer contingente de ingleses, oficiales y soldados, que estaban demás después de la batalla de Waterlóo (18 de Junio de 1815.) Con ellos se formó la llamada *Legión británica*, para oponerla á los brillantes batallones peninsulares de Morillo.

Este importante refuerzo fué viniendo en fraccio-

nes, pero con el primer envío, el impaciente Bolívar, con 250 aventureros, zarpó de Haiti con rumbo á Margarita, donde se le unieron los patriotas de Arizmendi; con ellos, desembarcó en la costa venezolana, desde la cual expidió proclamas patrióticas de las que nadie hizo caso, porque el espíritu público había decaído mucho en estos últimos tiempos. El único que se dió por enterado, fué el brigadier D. Salvador Moxó, que había venido en la expedición de Morillo y ocupaba la capitanía general de Caracas, el cual, obrando de completo acuerdo con el general en jefe y comisario regio, expidió este famoso bando, muestra de los recursos á que se apelaba en aquellos tiempos para destruir á los jefes enemigos:

"A fin de poner término á las maquinaciones con que por todas partes intentan turbar la tranquilidad pública de las provincias de Venezuela los rebeldes españoles Simón Bolívar, José Francisco Bermúdez, Santiago Mariño, Manuel Piar y Autonio Brión, después de haber agotado los recursos que ofrece la compasión y benignidad para traer al verdadero reconocimiento de sus errores á todas las personas que siguen las detestables máximas de rebelión de que están empapados aquellos sanguinarios, que abandonados á la desesperación intentan por todos medios acaudillar gentes para sostenerse en su iniquidad, he tenido á bien decretar: Que cualquiera persona que aprehendiere viva ó muerta la de aquellos traidores, y cualquiera otro de su especie, como Juan Bautista Arizmendi en Margarita, será remunerado con la cantidad de diez mil pesos en que se tasa la cabeza de cada uno de ellos, cuya cantidad

se abonará por la real hacienda. Y para que llegue á noticia de todos, imprímase y circúlese. Dado en Caracas, á 25 de Mayo de 1816.—*Salvador de Moxó.*"

Grande fué la decepción de Bolívar, cuando vió que sólo disponía de las montoneras del Oriente y el país no respondía á su llamada; y mayor su desaliento cuando supo que venía á batirle el brigadier Morales; lleno de pánico se reembarcó precipitadamente con sus mejores amigos, abandonando en tierra á 650 hombres que les vieron partir con indignación. Resolvieron éstos entonces vender caras sus vidas y eligiendo por jefes al escocés Mac-Gregor y al venezolano Soublette, aquella gente, decepcíonada y falta de recursos, realizó una gloriosa marcha de 150 leguas por territorios ocupados por los realistas, rechazándolos en Quebrada Florida con fuerzas inferiores y logrando reunirse á las partidas de Monagas y Zaraza, en el Orinoco. Realizada esta brillante retirada, Mac Gregor tomó la ofensiva y ocupó la plaza de Barcelona. Morales trató de recuperarla, pero fué dispersado por Mac Gregor y Piar en la acción del *Juncal* (27 de Septiembre).

El acto incalificable de Bolívar concitó sobre éste la ira de los demás caudillos venezolanos, descontentos por otra parte por el título de *generalísimo* que aquél ostentaba desde 1813, por nombramiento del Congreso. No le conocían como á tal Piar y Mariño y ahora se le insolentó Bermúdez, á cuya partida fué á reunirse Bolívar en Cumaná. Bermúdez, sin querer oir los descargos del fugitivo, desconoció su autoridad, le llamó cobarde y traidor y

trató de atravesarle con la espada, lo que evitó la interposición de algunos oficiales.

No le quedó más remedio á Bolívar que embarcarse en las naves de su protector Brión y volver á Haiti á echarse en brazos del mulato Petion.

VII.—¡Él es la revolución!

Como se ve, al acabar el año 1816 podía considerarse sofocada la insurrección así en Venezuela como en Nueva Granada. Los realistas ocupaban las más importantes ciudades del virreinato, quedando únicamente sobre las armas algunas partidas patriotas en los llanos del Orinoco y de Casanave. Los años comprendidos de 1810 á 1817 es el período que en Historia colombiana se llama *La Patria boba*, y su terminación corresponde á la *Reconquista*, así llamada por los españoles.

A principios de 1817 dejó el conde de Cartagena el territorio de Nueva Granada y pasó á Venezuela para dar impulso á las operaciones militares, paralizadas durante su ausencia. Con esto volvemos á encontrarnos con Bolívar. La fortuna del noble caraqueño parecía enteramente eclipsada, pues en los dos últimos años no había tenido más que infortunios y desaciertos, y todo lo conseguido en este tiempo se había hecho sin su cooperación, lo cual redundaba en su desprestigio. Su nombre era el blanco de todos los odios, de todas las increpaciones...; pero también de las esperanzas.

Realmente, Bolívar era superior á sus émulos en todos conceptos. Por su nacimiento era el más noble y el más rico de su país natal. Había sacrificado su condición y su fortuna por los delirios de grandeza, trocando el blasón de faja de azur en campo de sinoples, con panelas sobre verde, de su marquesado, por el iris de Colombia. Unía al valor personal de los demás una actividad multiforme y una amplitud de miras, una grandeza de ideas, que para quien no las comprendía pasaban por locuras y febriles quimeras. Hoy mismo carecemos de documentos fehacientes para formular un juicio acertado sobre este hombre célebre; pero sean cuales fueren las faltas que sus compatriotas le atribuían, era el hombre necesario á la causa de la independencia, por sus amplias ideas políticas y su talento militar.

"Nada es comparable | ha dejado escrito el general español Morillo, su hábil contendor—á la incansable actividad de aquel caudillo. Su arrojo y sus talentos son sus títulos para mantenerse á la cabeza de la revolución y de la guerra; pero es cierto que tiene de su noble estirpe española y de su educación también española, rasgos y cualidades que le hacen muy superior á cuanto le rodea. *El es la revolución.*"

Así hubieron de reconocerlo por fin Mariño, Píar, Bermúdez, Arizmendi y otros que se disputaban la jefatura, porque ninguno de ellos quería reconocer superior. En estas circunstancias, el armador Brión, que seguía fiel á Bolívar, tomó á su cargo convencer á aquéllos de que sólo este caudillo podía dirigir la guerra, y no fueron vanas sus gestiones, pues

hasta el mismo Bermúdez se sometió, declarándose arrepentido de su arrebato. Tras esto, el fiel Brión desembarcó á Bolívar en Barcelona el 31 de Diciembre de 1816. Pero poco duró la avenencia entre el general y aquellos caudillos. Estos le toleraban nada más, siendo los primeros en producir el nuevo cisma Mariño y Piar, los cuales, para dar una forma legal á esta separación, promovieron la formación de un congresillo en el pueblo de Cariaco, el 8 de Mayo de 1817. Esta parodia de congreso, compuesta de representantes hostiles á Bolívar, entre los que figuraba el canónigo Cortés Madariaga, ya en libertad, nombró general en jefe á Mariño.

Al saber esto Bolívar, desconoció la autoridad del congreso y destacó fuerzas que se apoderaron de Mariño y de Piar, acusándolos de rebeldes y traidores. Mariño consiguió huir á la isla Margarita, y sus tenientes Urdaneta y Sucre se incorporaron desde entonces al ejército de Bolívar. Piar cayó preso, y sometido á un Consejo de guerra, fué fusilado á presencia de todo el ejército.

Mucho se ha criticado este acto de Bolívar; unos lo achacan á celos, porque Piar era, realmente, el mejor general venezolano, como lo había demostrado conquistando La Guayana; otros disculpan el hecho con la necesidad de afianzar la disciplina entre los patriotas. Fueron las dos cosas; fué un acto dictatorial del hombre que sabía imponerse á todos, políticos y militares, y un arrebato de la fuerza atávica de Bolívar, magnate criollo de pura cepa española que no podía consentir la supremacía de Piar y de la gente de color, cuyo caudillo era éste.

De todos modos, este acto de rigor impuso á los

demás caudillos, y desde entonces Bolívar fué el árbitro de la guerra.

Ya por esta época se había dado á conocer entre aquéllos un joven llamado *José Antonio Páez.* Era un humilde hijo de los Llanos, pero de raza blanca, lo que le daba cierto prestigio entre sus compañeros.

De mozo se alistó en las filas realistas, en las que siguió dos años, de 1810 á 1812, al cabo de los cuales, el general Monteverde le dió el grado de capitán. En vez de admitirlo, aprovechó la primera ocasión para luchar al lado de sus paisanos, y á las primeras de cambio fué hecho prisionero y condenado á muerte. Pudo evadirse y arrastrar en su fuga á otros cien patriotas compañeros de prisión. Desde 1813 no cesó de luchar como guerrillero, y en 1816, á la llegada de Bolívar, era ya teniente coronel. Era humanitario y noble en la guerra, por más que sus soldados fueran los antiguos voluntarios de Boves y Morales, los feroces llaneros á quienes tuvo que hacer ciertas concesiones, como lo demuestra este sucedido. En una de las refriegas con los realistas, los llaneros hacen prisionero á un joven de noble porte. Páez, queriendo salvarle, le propone una lucha sin armas. Comienza el reto, cuando á poco Páez cae; pero los centauros de éste, comprendiendo que el jefe se ha dejado caer voluntariamente, piden la muerte del gallardo prisionero. Páez no logra convencer á los suyos, se retira, y el mancebo es sacrificado.

La táctica de Páez era la primitiva, la de los indios contra los primeros españoles: agilidad, valor y astucia; aparecer de súbito antes que el contrario

se dé cuenta, dejar rastros de sangre y desaparecer para amagar en otra parte. En Macuritas, donde con fuerzas inferiores topó con la vanguardia de Morillo, mandada por el coronel Latorre, que mandaba 4.700 hombres, la víspera del combate por la noche lanzó sobre el campamento español caballos salvajes que llevaban atados de la cola cueros secos. Los animales partieron furiosamente, dispersándose por el campamento; los realistas, creyendo que se les venía encima una carga de caballería, rompieron el fuego; cundió el desorden, y los caballos hicieron más estragos en su impetuosa carrera que los bueyes que Aníbal lanzó sobre el campamento romano. Al día siguiente no pudieron los realistas ponerse en marcha, y perdieron dos ó tres días en organizarse. Llegó el día de la batalla y Páez prendió fuego á los pastizales de la sabana, impidiendo así á la infantería realista auxiliar á sus jinetes.

Pero á la astucia, el guerrillero venezolano juntaba mucho valor personal. Estando una mañana en el centro de la dilatada pampa apureña, acompañado de doscientos llaneros, divisó en el horizonte una hermosa *madrina* de caballos cerriles. En la necesidad que tenían de caballos, resuelve Páez apoderarse de la madrina, y al efecto sale con veinte lanceros en pos de ella. Estaban ya divididos en varios grupos, con el objeto de estrecharla, cuando son acometidos de súbito por un piquete de cuarenta lanceros realistas que habían salido de *Mata corta*, distante dos cuadras del lugar donde los lanceros de Páez acorralaban la madrina codiciada igualmente por los contrarios.

Al grito de alarma, dado en repetidas veces por los centauros de Páez, torna éste la cara, á tiempo que un oficial español, á caballo, á media vara de distancia, levantaba el sable sobre la cabeza de Páez. Este, sin sorprenderse y como si se tratara de un ejercicio de destreza, *saca el hueso*, como dice el llanero, es decir, se deja rodar por el lado derecho y abandona la silla, sobre la cual cayó el sablazo del oficial español, partiendo el asiento. ¡Hecho increíble! Con la rapidez del pensamiento, Páez hundía la lanza en el pecho de su contrario y lo levantaba en el aire, en el momento en que el sable, impulsado por la mano que lo dirigía, dejaba profundo surco en la silla del caballo. Después de doce ó más muertos entre ambos combatientes, Páez regresó á su campamento, distante tres leguas del lugar del choque. En el primer momento, sus tropas pusieron en duda el suceso, prodigio de agilidad, de fuerza, de valor; pero al enterarse de los pormenores, prorrumpieron en vítores á Páez y á los diez y seis hombres que se habían salvado de manera tan sorprendente.

. . . . . .

Físicamente era un hércules; domador de potros y nadador infatigable, ágil y musculoso, aunque algo grueso, de cabellera negra y crespa y de cara sombreada por un espeso bigote. La cautela y la desconfianza eran los rasgos distintivos de su fisonomía. Por entonces no sabía leer ni escribir, y no se diferenciaba de los demás llaneros sino en ser de raza caucásica más pura. Hízose su jefe por su energía y por su elevación moral. Adoraban en él, no le daban otro tratamiento que el de "tío" ó "com-

padre", y le consideraban superior á Bolívar, al que sólo obedecían por influencia de él. Páez, en cambio, si callado y tímido con los que respetaba superiores en ilustración y rango, se mostraba locuaz, chocarrero y hasta juguetón con los inferiores. Hombre epiléptico, en los combates en que encontraba una resistencia que no había imaginado, le asaltaban fuertes convulsiones que le privaban del conocimiento.

Tal es el hombre que conquistó para la revolución los llaneros del Apure, así como lo hiciera Boves con los pamperos del Guárico, y que llenó en las filas patriotas el vacío que dejó Piar. Páez y Bolívar se conocieron personalmente á principios del año 1817, y desde el primer momento el llanero se puso á las órdenes del segundo.

Juntando sus fuerzas contra Morillo que después del inútil ataque á la Margarita, dirigía personalmente la campaña en el interior de Venezuela, lograron sorprenderle en Calabozo, haciéndole encerrarse en esta población. Tan engreído se había vuelto Bolívar, que escribió al general español esta intimación: *Usted y toda la miserable guarnición de Calabozo caerán bien pronto en manos de sus vencedores y así ninguna esperanza fundada puede lisonjear á sus desgraciados defensores. Yo los indulto en nombre de la República de Venezuela y al mismo Fernando VII perdonaría, si estuviera como usted, reducido á Calabozo. Aproveche usted nuestra clemencia ó resuélvase á seguir la suerte de su destruído ejército.* Dada la situación de Bolívar en aquella época, tal jactancia recuerda la baladronada del portugués del cuento, que estando en un pozo per-

donaba la vida á un español que le miraba desde el pretil.

Morillo, que á consecuencia de una larga marcha se encontraba sin víveres y sin caballería, abandonó la población en imponente retirada de treinta horas, á través de una llanura de 104 kilómetros, quemada y sin agua, con ánimo de llegar á Sombrero, sobre la margen del Guárico. Contra sus 1.400 hombres nada pudo el ejército republicano, no obstante la magnífica caballería de Páez; lo contuvo en el camino y al llegar á Sombrero lo esperó á pie firme y rechazó dos embestidas. Siguiendo su retirada se incorporó con su segundo Latorre y con este refuerzo, toma la ofensiva y el perseguido se vuelve perseguidor. "La intrepidez con que Morillo efectuó esta retirada, dando personalmente el ejemplo de constancia en las fatigas de la marcha y de valor en los peligros, merecía los favores de la fortuna, que le fué tan propicia" *(O'Leary)*. Bolívar, adelantándose á Páez, esperó á Morillo en *La Puerta*, lugar así llamado porque es la salida del valle de Aragua á los llanos altos. Morillo en persona, cargó al frente de un escuadrón de artillería volante, y aunque mal herido de un balazo, tremoló una bandera tomada al enemigo y con su arrojo decidió la batalla. (15 Marzo de 1818.) Los patriotas dejaron en el campo mil hombres entre muertos y heridos, y el resto, que era otro millar, desapareció como el humo. Bolívar prodigó también su persona en esta batalla, pero hubo de huir, abandonando hasta la valija de sus papeles, que fueron los mismos que en 1835 cedió Morillo en la Coruña á O'Leary, para su *Vida del Libertador*. Esta bata-

lla llamada indistintamente de La Puerta ó del Semen, por el río que allí discurre, valió al vencedor otro título de Castilla, que fué el *marquesado de La Puerta*, ya que del Semen se hubiera prestado á un malicioso equívoco.

Días después (26 de Marzo), el general Latorre, encargado del mando por la herida del general en jefe, batió con fuerzas inferiores á Bolívar y Páez en *Ortiz*, los cuales habían logrado reunir dos mil ginetes y ochocientos infantes. Tan quebrantado había quedado el ejército republicano después de la batalla del Semen, que esta infantería que quedaba, formaba un sólo batallón, con el nombre de *Sagrado*, porque estaba compuesto de los jefes y oficiales sobrantes de los cuerpos destruidos. Bolívar tomó el título de coronel del batallón, los comandantes quedaron de capitanes y así sucesivamente los demás oficiales subalternos, en sargentos y cabos. Nuevamente separados los dos caudillos venezolanos, Latorre vuelve á batir á Páez en Cojedes, y una partida española de treinta hombres noticiosa del paradero de Bolívar, le sorprende de noche en Rincón de los Toros. Las balas pasaron por encima de la cabeza del durmiente que estaba en una hamaca. Huyendo en la obscuridad, vagó toda la noche solo y á pie, despojándose de su dormán para no ser conocido si le encontraban. Al apuntar el día, topó con unos dispersos de su división á quienes pidió un caballo y se lo negaron, menos un soldado que se lo cedió, quedándose á pie y sin dar su nombre, y al que el Libertador recompensó espléndidamente un año después, cuando por casualidad supo quién le había salvado en tan duro

trance. Así montado, procuró reunirse á Páez y anduvo errante con una pequeña escolta, refugiándose al fin en San Fernando, adonde llegó enfermo y triste, pero no desalentado.

El vencido de ahora no era el vencido de años antes que al final de una campaña desgraciada, tenía que huir por falta de elementos ó porque se veía solo; ahora si huye es para rehacerse; su inspiración le acompaña y nada le arredra. Así lo reconocía Morillo: "Doce batallas campales consecutivas en que han quedado muertos en el campo de batalla las mejores tropas y jefes enemigos, no han sido bastante para exterminar su orgullo ni el tesón con que nos hacen la guerra." Por estos días Bolívar había puesto en conflagración todo Venezuela y conseguido acreditar en el extranjero la causa de la independencia colombiana.

A esta época se refiere la llegada á Angostura, capital del distrito del Orínoco, donde Bolívar tenía su campamento, del agente diplomático de los Estados Unidos mister Washington Irving, el famoso historiador de años después. Fué tal el alborozo de los patriotas por lo que en sí representaba esa visita, que el generalísimo obsequió al diplomático con un espléndido banquete, y al influjo del vino generoso, se pronunciaron los más entusiastas brindis. Cuando le tocó hablar á Bolívar, arrancó al auditorio frenéticos aplausos. De pronto subió á la silla que ocupaba al extremo de la larga mesa y de la silla al tablado. Al verlo la concurrencia atónita, queda en suspenso, y silencio profundo sigue á los gritos del entusiasmo. Bolívar de uniforme, con botas jacobinas y espuelas, asumiendo toda la digni-

dad del caso—como escribe un cronista inglés de aquellos días—sigue hacia el extremo opuesto de la mesa del banquete, y sin darse cuenta de los diversos objetos de porcelana y de cristal que rompía, exclama: "Así como atravieso esta mesa de uno á otro extremo, así marcharé del Atlántico al Pacífico, desde Panamá al Cabo de Hornos hasta expulsar el último español." Entonces retrocede, y al llegar al extremo de donde había partido exclama: "Y así retrocederé sin hacer mal á nadie, excepto á aquellos que se opongan al cumplimiento de mi encargo providencial." El entusiasmo estalla entonces, se convierte en frenesí y Bolívar cae en brazos de sus admiradores (1).

Fué la llegada del enviado norteamericano al campamento patriota, a 22 de Julio de 1818. Para fines de este año, convocó Bolívar un Congreso elegido por los pueblos de Venezuela y Nueva Granada, en los que no dominaba de hecho la autoridad española: y antes de inaugurar la legislatura dió un manifiesto, afirmando la independencia de *Colombia* como nación soberana é independiente de España. Por Colombia, entendía llamar el conjunto del virreinato de Nueva Granada, á saber: Nueva Granada, Venezuela y Quito.

Esta declaración, que en realidad no era más que una vana jactancia, porque la parte ilustrada del país estaba dividida en opiniones y los recursos para la guerra dependían de la generosidad ó de la

(1) Esta escena figura en la obra inglesa titulada: *Tales of Venezuelá ilustrative of revolutionary men, manners and incidents.* London, 3, vol., 1832 (citada por A. Rojas).

avaricia extranjeras, produjo, sin embargo, consecuencias morales de mucha transcendencia. Deslumbró con una manifestación de fuerza á los que ignoraban el verdadero estado de los independientes y satisfizo el orgullo nacional.

Reunido, al fin, el Congreso de Angostura, eligió de presidente de la asamblea al neogranadino Francisco Antonio Zea, y para presidente de *Colombia* á Simón Bolívar, confirmándole en su cargo de generalísimo. Como reto á las gestiones de la *Santa* Alianza para auxiliar á España en la pacificación de sus colonias, el Congreso anunció su independencia, con el propósito de sepultarse en medio de sus ruinas, *si la Europa, España y el mundo se empeñaran en volverla bajo el yugo español,*

VIII.—Boyacá.

Bolívar pasó en la capital del Orinoco (Angostura ó Ciudad Bolívar), todo el tiempo que necesitó para organizar un ejército, equiparlo é instruirlo convenientemente. De mucho le sirvió para el caso el contingente extranjero, que como antes se dijo, le fué llegando hacia esta época.

Ya la guerra de Venezuela se había puesto de moda en Inglaterra y Alemania, de cuyos países salieron gruesos contingentes de voluntarios que vinieron á engrosar las primeras partidas extranjeras. O'Connor, que perteneció á la llamada "Legión irlandesa", que luego se sublevó y desbandó por la falta de las pagas, nos cuenta en sus *Recuerdos* que su enganchador fué Devereux, un irlandés emigrado de Norteamérica, que después de haber vendido á Bolívar un buque con cargamento de pertrechos de guerra, fué comisionado para el enganche en Irlanda, tierra de mercenarios, como Suiza. Por anticipo de esta comisión se le dió el despacho de general de división de Venezuela. Entre otros oficiales, se trajo consigo al hijo del célebre agitador irlandés Daniel O'Connel, y éste es el único nombre notable

que aparece en la lista de los auxiliares extranjeros de la guerra venezolana. Bolívar no contó como Washington, con europeos desinteresados, amantes de la libertad de los pueblos. La revolución de los americanos españoles, como se tomó al principio en Europa como una merienda de negros, le restó simpatías, pero no le faltaron mercenarios, porque entonces, más que ahora, era grande la fama de los tesoros de América, á lo que se unía el aliciente de las buenas pagas y del reparto de tierras como gajes de la victoria. Lo interesado de esta ayuda fué causa de que, no correspondiendo la realidad a sus esperanzas, muchos de estos jefes y oficiales se separaran del servicio de América, propalando en memorias y relaciones, porción de denuestos y calumnias contra los caudillos de la Revolución. Con San Martín se cebaron O'Cochrane y Brayer, por no citar otros; con Bolívar, Hippisley y Ducoudray-Holstein. Pero Bolívar necesitaba de esta gente para regularizar su ejército y contrarrestar la táctica de los veteranos de Morillo; así, pues, recibió á Hippisley y Wilson, que organizaron el primer plantel de caballería y á Campbell y Gilmour, que organizaron el de rifleros y el de artillería. A éstos siguieron el general English, camarada de Wellington, que trajo una división de 1.200 ingleses, y Ulzar, otra alemana. El enganche de éstos y otros voluntarios, hasta el número de más de 6.000, costó á Venezuela, ó al menos prometió, veinte dollars como anticipo, dos dollars diarios de soldada, raciones como en el ejército inglés, y al finalizar la guerra 500 pesos de premio y un terreno de su propiedad. Favoreció la recluta el estar demás toda

esta gente, por haberse declarado la paz europea después de la caída de Napoleón (1815) El espíritu mercantil inglés había amontonado, además, por este tiempo, en la isla Trinidad un arsenal de aprestos militares comprados en los mercados de Europa, y con ellos se municionaron y vistieron Bolívar y su gente.

El antes citado O'Connor, en sus *Recuerdos*, cita á este propósito el lujo de ropa de algunos jefes americanos, como un general Manrique, que todos los días se presentaba con un uniforme distinto; un día de infantería, otro de caballería; tanto de dragón, como de húsar, de lancero, como de carabinero. —"Empecé á sospechar que trabajábamos únicamente en bien del comercio inglés y francés, *y no me equivoqué*" – pone por comentario el narrador.

Consistía el vestido de Bolívar en este tiempo, en una chaqueta de paño azul con vueltas encarnadas, con tres hileras de botones dorados y pantalón azul, muy ordinario. Por sombrero tenía un morrión, como el que usaban en Londres, en aquellos días, los soldados de *Dragones ligeros*, por calzado sandalias ó alpargatas, y por arma una lanza liviana, con banderola, donde estaban bordados una calavera y dos huesos cruzados. Abajo se leía: *muerte ó libertad.*

A su imitación, fueron uniformándose el resto de sus jefes y oficiales, que hasta entonces vestían caprichosamente, sombrero de palma, adornado con pluma blanca. Casi todos estaban descalzos, pero usaban grandes espuelas de plata ó de bronce con rodajas de cuatro ó más pulgadas de diámetro. La mayoría llevaba debajo del sombrero pañuelos de

seda ó de algodón, para resguardarse de los rayos del sol, aunque podría creerse que los anchos sombreros eran suficientes para proteger la tez trigueña de la mayoría. El coronel Juan Gómez, usaba un morrión con el casco de oro amartillado, obra de algún joyero campesino. Otro, el que mandaba la guardia de honor, coronel José Carvajal, usaba morrión de plata, y muchos oficiales y soldados distinguidos cargaban vainas de plata, además de estribos y frenos del mismo metal. Muchos de los llaneros de Páez se vestían del botín tomado al enemigo, y así figuraban soldados con morriones de ribete, bronceados ó plateados, grandes sables con empuñadura de plata, sillas y frenos exornados con puntas y hebillas de plata y aun estribos sólidos del mismo metal (1).

También estos llaneros vestidos con los despojos del enemigo, llegaron á uniformarse, vistiéndose con el uniforme rojo de la Legión Británica.

Reunidos los auxiliares extranjeros, Bolívar les

---

(1) HIPPISLEY: *A narrative of the expedition to river Orinoco and Apure.* 1 vol. London, 1819. Hippisley era mayor inglés y pasó á Venezuela con el grado de coronel. Tuvo sus diferencias con Bolívar y se despidió en 1818.

Tomás Carlyle leyó seguramente este libro y lo tendría presente cuando en sus *Ensayos*, al tratar de Bolívar y del primitivo uniforme de su infantería y caballería, llama á esta indumentaria «conmovedora por su sencillez y originalidad, digna de los antiguos romanos». Se refiere, más que todo, á la *frazada* venezolana *cobija* en Colombia y *poncho* en la Argentina, que es el capote del campesino americano y su escudo para defenderse de los golpes de los contrarios.

dió por jefe de Estado Mayor á Mariano Montilla, ex guardia de corps en España, que había viajado mucho por Europa y hablaba los principales idiomas de este continente; y con el fin de mantener la disciplina y despertar la emulación de estas tropas, las disgregó, abriendo con ellas una nueva campaña. Con todo eso, los únicos éxitos que por el momento se alcanzaron fueron los del activo, sagaz y valiente Páez, á quien le tocó entendérselas con Morillo.

A esta época se refiere el combate de *Las Queseras*, que las historias americanas suponen ganado por el general llanero con sólo 150 jinetes contra todo el ejército de Morillo. Lo que hay de cierto es que Páez, á la cabeza de este escuadrón, atravesó el río Arauca á nado, dejando emboscado en la margen un batallón de infantería. Cuando los realistas salieron á parar la carga, Páez volvió grupas, los atrajo á la emboscada y, aprovechando la sorpresa, hizo volver caras á su escuadrón en pelotones de 20 hombres, conforme á la táctica llanera, y cargó por todos costados. Como la noche se venía encima, Morillo se reconcentró en un bosque inmediato y no fué molestado más. Tal es el fabuloso combate de Las Queseras del Medio. Tan poco entusiasmó á Bolívar este éxito, que, conociéndolo Páez, le dijo: *Paciencia, mi general, que tras un cerro está un llano.*—¿Paciencia?—contestó Bolívar—. *Si no me deserto, es porque no sé donde ir.*

Pero pronto lo supo; su radio visual se prolonga y, nuevo Aníbal, sueña en trasmontar los Andes con un puñado de hombres. Como el condor de la cordillera que domina el espacio y las nubes, re-

montando el vuelo sobre las cumbres, así él trepará las alturas para realizar su legítima ambición de gloria. Es su propósito invadir el territorio de Nueva Granada, burlar á Morillo, que le cierra el paso, y sorprender á los realistas al otro lado de la cordillera; un golpe de audacia que podía cubrirle de gloria ó llevarle á un desastre total. Dos años antes lo había intentado San Martín por los Andes chilenos y le salió bien.

Como preliminar, envió al granadino Santander á que tomara el mando de las partidas que quedaban en el Casanare, dándole armas y municiones y una proclama que empezaba así: *¡Granadinos! Ya no existe el ejército de Morillo; nuevas expediciones que vinieron á reforzarle tampoco existen. Más de veinte mil españoles han empapado la tierra de Venezuela con su sangre. Centenares de combates gloriosos para las armas libertadoras...*, etc. Todo al revés de lo que era. Y concluía: *El sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo vuestro territorio altares levantados á la libertad.*

Profecía que muy pronto había de realizarse.

*
* *

Esta campaña es admirable y la que más enaltece la figura militar de Bolívar. Atravesó los llanos venezolanos, inundados á la sazón, vadeó siete ríos caudalosos, entre ellos el Apure, conduciendo su material de guerra por entre ciénagas y torrentes, y para Junio de 1819 se juntó en Casanare con las avanzadas de Santander. En seguida escala los

Andes y llega al *páramo* ó altiplanicie helada de Tisba, donde su ejército tuvo muchas víctimas por el brusco contraste de las llanuras abrasadas con los hielos de los Andes. Para reanimar á los *emparamados* ó ateridos de frío se hubo de recurrir á los azotes, y dice O'Leary *que con muy buen resultado.* El ejército descendió al fin por el valle de Tunja con las municiones de boca y guerra abandonadas por falta de transporte, con la gente fatigada y el ganado medio perdido, y al llegar á la falda occidental (6 de Julio) Bolívar exclamó: *Lo más está hecho, pues hemos vencido á la Naturaleza.* Había dejado en el camino más de cien hombres, entre ellos cincuenta ingleses de la legión británica; pero le quedaban 2.500 soldados. Los dejó descansar y se proveyó de caballada, esquivando el encuentro con el general español Barreiro, que con 2.000 combatientes se le venía encima, y cuando le convino hizo frente al jefe realista en *Pantano de Vargas.* Dos veces se creyó perdida la batalla por los republicanos en este día; pero la legión británica restableció el equilibrio. Los dos bandos se atribuyeron la victoria, vivaqueando en el campo de batalla y regresando á sus posiciones de Bonza, de donde habían partido.

El 7 de Agosto abandona Barreiro de nuevo este paraje para incorporarse á Sámano, que venía de Bogotá, y al acercarse á Tunja le intercepta el paso Bolívar en el puente de *Boyacá,* desbaratando su ejército y haciéndole prisionero. El pundonoroso Barreiro tiró la espada al suelo para no rendirla. El batallón inglés fué el que decidió la batalla. "Un año después—escribe O'Connor—estos beneméri-

tos soldados se me presentaron, como á jefe de Estado Mayor del departamento, pidiéndome sus pasaportes para regresar á su patria sin un centavo de recompensa por sus importantes y gloriosos servicios." (*Recuerdos*, cap. II.) El triunfo de Boyacá fué el correspondiente al de Chacabuco, en Chile; ambos fueron consecuencia de un mismo plan: el asalto de los Andes por sorpresa; pero Boyacá fué Chacabuco y Maipú á un tiempo, porque aseguró la independencia de la república neogranadina. Dejaba libre el camino de la planicie á Bogotá, como la próxima victoria de Carabobo había de franquear el paso á Caracas.

Bogotá, abandonada por el virrey Sámano, que sólo contaba con la guardia de alabarderos, abrió sus puertas al vencedor, y éste encontró un millón de pesos en las arcas reales, grandes depósitos de provisiones... y la primera corona de laurel con que, á lo César, le ciñeron sus admiradores. Por de contado, que hizo lo mismo que afeaban á Morillo, es decir, confiscar los bienes de los enemigos, españoles y americanos, fugitivos de la ciudad, bienes que, por cierto, fueron mal empleados, porque los escamoteó de un modo escandaloso el intendente que debía administrarlos. Manchó la victoria de Boyacá la ejecución del general Barreyro y de los oficiales españoles prisioneros, con los repugnantes detalles que delata O'Leary.

"Cuando Bolívar llegó á Bogotá, aprovechó la primera ocasión para informar al virrey, que la suerte de la guerra había puesto en su poder aquellos oficiales y que aunque el derecho de la guerra le autorizaba á usar de represalias por los excesos

cometidos por el ejército español, prefería un canje de prisioneros: "individuo por individuo, grado por grado, empleo por empleo " Indicóle que si se accedía al canje, se cambiarían primero la oficialidad y tropa inglesa prisioneras en Portobelo en la derrota de Mac Gregor, segundo la oficialidad y tropa prisioneras en Santa Marta y Cartagena, y tercero los paisanos condenados á presidio por sus opiniones patrióticas. Este despacho fué confiado á tres padres capuchinos, que habían sido arrestados en Honda huyendo de Santa Fe Desgraciadamente las filantrópicas intenciones que dictaron esta noble cuanto generosa medida, quedaron frustradas por un hecho sangriento que emanaba de sentimientos diametralmente opuestos á los de Bolívar. Es verdad que los manes ensangrentados de Torres, Caldas y tantos otros mártires clamaban venganza; y es también verdad que la sangre inocente de Pola Salavarrieta pedía el castigo de sus verdugos y que millares de víctimas, cuyos huesos insepultos proclamaban la crueldad española desde Loja hasta La Guaira, parecían vedar toda compasión; pero también lo es, que si á esas ilustres víctimas hubiese sido dado elegir un vengador, ese vengador habría sido Bolívar, y que á él, y sólo á él, tocaba en las presentes circunstancias escoger el modo de vengarlas. Mas no sucedió así. Con sangre se vengó la sangre.

"Para atender á los asuntos de la guerra, tuvo Bolívar que ausentarse de la capital, y no bien había partido, cuando el general Santander, asumiendo la repugnante responsabilidad de un crimen cobarde é innecesario, hizo fusilar á Barreyro y á treinta y

ocho de sus desgraciados compañeros, en la plaza pública, á la vista del palacio de Gobierno que habitaba, en el mismo donde Sámano había firmado, hacía poco, sus inicuos mandatos. Pero lo que dió á este acto infame un carácter más vergonzoso y más indigno de la noble causa en cuyo nombre se perpetró, fué la manera brutal de la ejecución. En la noche del 10 de Octubre los prisioneros fueron conducidos con grillos de las cómodas habitaciones en que habían estado confinados á una casa en la plaza que servía de cuartel á un cuerpo de caballería. Tarde aquella noche, ó temprano en la mañana siguiente, se les notificó la resolución del vicepresidente, y poco antes de medio día, marchando de á cuatro en fondo, se les condujo al lado opuesto de la plaza. Barreyro, Jiménez y dos oficiales más, ligados con el primero por lazos de amistad y por deber, no obstante los pesados grillos que arrastraban, tuvieron que hacer á pie toda la distancia intermedia, inútil y doloroso tormento que debió haberse evitado, si no se hubiese sobrepuesto el espíritu de venganza á los nobles impulsos del corazón. Al llegar al punto fatal donde habían de terminar aquellos sufrimientos, Barreyro, que iba acompañado de un sacerdote, llamó al coronel Ambrosio Plaza, que mandaba la parada, le dirigió algunas palabras y tomando un retrato que llevaba en el pecho, de la joven con quien estaba desposado, le rogó que lo entregase al hermano de su novia, el cual servía en el ejército patriota en el cuerpo que Plaza mandaba. ¡Un momento después se le ordenó hincarse y se le hizo la descarga por la espalda! Muerte vil que no merecía el bizarro soldado que

en el campo de batalla siempre expuso el pecho á las balas enemigas.

"Igual muerte recibieron y en la misma forma Jiménez y los dos oficiales; pero el primero no mostró la serenidad y valor de Barreyro. La misma suerte cupo también á los demás prisioneros. El general Santander, á caballo y rodeado de su Estado Mayor, presenció la sangrienta escena desde la puerta del palacio. Después de la descarga que puso término á la existencia de Barreyro, dirigió algunas palabras impropias de la ocasión al populacho, y precedido de algunos músicos paseó las calles principales de la capital, entonando el coro de una canción alusiva al acto que acababa de cumplirse. Si Santander había descubierto peligros con la existencia de los prisioneros españoles en Santa Fe, peligros que se ocultaron á la aguda penetración de Bolívar; si había penetrado conspiraciones y planes demasiado profundos para la perspicacia de otros menos confiados que él; por último, si había juzgado que este sacrificio era de absoluta necesidad, nada, podría justificar la degradación del elevado puesto que ocupaba, atormentando é insultando la desdichada suerte de aquellos desgraciados, y presentándose él mismo á presenciar tan repugnante espectáculo y á tomar una parte activa y degradante en la celebración que concluyó con un baile en palacio.

"Conducta es ésta tan indigna de un magistrado como impropia de un soldado. Santander debió haber recordado que cuando terminó la batalla de Boyacá, no desdeñó extender su mano á Barreyro, brindar con él en la mesa, visitarle en la prisión, y

aún más todavía, inspirarle confianza tocante al resultado de las negociaciones que se habían propuesto á Sámano para el canje de prisioneros. Muchas, muchas circunstancias concurren á hacer su conducta indigna de un caballero, de un militar y de un hombre; y fué tanto más odioso su proceder, por el contraste que hacía con el que Bolívar había observado. Para honra del país debo hacer constar que esta medida de Santander fué generalmente desaprobada. En Venezuela no se le quiso registrar en los archivos de los actos públicos, y en las Antillas mereció la reprobación de todos y contribuyó á resfriar la alegría que el triunfo de la libertad en Colombia había producido allí. El señor Zea, vicepresidente de Colombia, que á la sazón se hallaba en San Thomas, de tránsito para Inglaterra, fué testigo de la indignación que causó allí, y escribió oficialmente al presidente reprochando á Santander el crimen que había perpetrado, y pidiendo explicación del acontecimiento.

En consecuencia, publicó éste un manifiesto para vindicarse, documento que ya se ha olvidado; pero el borrón que recayó sobre su autor se recuerda todavía con horror."

*
* *

Arbitro Bolívar de Nueva Granada, atendió á la organización republicana del país, nombrando vicepresidente al general Francisco de Paula Santander, leguleyo instruído, más á propósito para la administración que para la guerra; el menos militar de

los compañeros granadinos de Bolívar, pero el que sacó mejor tajada de todos.

Era el anhelo de Bolívar reunir Venezuela y Nueva Granada en una vasta confederación que abarcase todo el territorio del virreinato, incluso la presidencia de Quito. Los dos pueblos estaban hermanados por la común desgracia y por la común victoria, mucho más que por la continuidad del suelo, por el habla y el origen, así es que cuando Bolívar dejando su ejército en Bogotá se presentó en la capital del Orinoco para pedir al Congreso la fundación de Colombia, tema de sus deseos, los diputados la aceptaron por unanimidad, y en la mañana del 17 de Diciembre 1819 el presidente Zea proclamó de momento: *La República de Colombia queda constituída. ¡Viva la República de Colombia!*

La nueva entidad política comprendía la actual Colombia, Panamá, Venezuela y parte del Ecuador; un inmenso recinto de más de 630.000 leguas cuadradas de la América Central y Meridional. La capital de esta confederación debía ser la misma Angostura, en la que se reunió el Congreso, pero con el nombre de *Ciudad Bolívar*, denominación que aún conserva, y en homenaje al Libertador, como la capital Washington de Norte América. Las dos naciones unidas debían regirse en sus asuntos interiores cada una por un vicepresidente y Bolívar asumir la presidencia de ambas.

Tras este importante negocio, el incansable caudillo tornó á Bogotá, para combinar nuevos planes militares.

IX.—La retirada de Morillo.

La grandeza de la Confederación creada por Bolívar no correspondía á la pequeñez de medios con que contaba para afianzarla, y tal vez, ante esta consideración, agrupó esas nacientes nacionalidades para una defensa común.

En efecto, con ser grandes las ventajas que los independientes habían alcanzado hasta ahora, aún distaba mucho de hallarse despejada la situación. Los realistas seguían dominando en la presidencia de Quito *(Ecuador* actual), poseían el litoral de Colombia y ocupaban Caracas y otras ciudades importantes de Venezuela, con ejércitos pequeños, pero con jefes valientes y muy duchos en el arte de la guerra. Morillo esperaba refuerzos de España y con ellos pensaba despertar á Bolívar de su bello sueño de Boyacá.

En la misma época, como escribe Torrente —"*el Alto Perú* sobre el que había recaído todo el peso de la guerra en los primeros años de la revolución, quedó por entonces sin más atenciones que las de algunas gavillas que vagaban por los sitios más escabrosos, y continuó el mismo estado de tranquili-

dad, extendiéndose el benéfico influjo de la autoridad real hasta los puntos de Mojos, Tarija y Talina".

Los peruanos hacia estas fechas aún no habían sentido los estragos de la guerra. En el Río de la Plata, cansados los hombres de la revolución de los nueve años de anarquía, deseaban cambiar la forma de gobierno y tenían agentes en Europa encargados de buscar un infante español ú otro príncipe extranjero para estableeer una monarquía. En Chile, con dos años de independencia nada, se adelantaba, y los caudillos de la revolución se destrozaban mutuamente. El virreinato de Méjico seguía siendo español.

Esto sentado, se habrá de convenir—y así lo afirman testigos oculares de los sucesos de esta época—que sin los acontecimientos de 1820 en España, de que vamos á dar cuenta, un poder tan compacto no hubiera podido ser vencido fácilmente, y que si bien la América no podía volver al ser y estado en que estaba antes de 1810, pudiera al menos haberse conservado española, bajo una forma de gobierno más ventajosa para sus pueblos y para la humanidad entera.

En estas circunstancias estalla en Andalucía la revolución de 1820, promovida por el ejército que estaba destinado á guerrear en América, á pretexto de restablecer la constitución del año 12, aceptada y luego rechazada por el absolutista Fernando VII. Promovedores ostensibles de aquel golpe de Estado fueron el comandante Rafael Riego, Quiroga, Arco Agüero y otros jefes, pero ocultos y verdaderos autores las *Logias* ó Sociedades secretas, en las que

figuraban muchos americanos. Atendiendo á sus resultados, bien se puede decir que la revolución de 1820 fué en beneficio exclusivo de los rebeldes de la América española.

Véase si nó. El gobierno de Madrid mandó proclamar la constitnción en toda América y entrar en negociaciones con los independientes; lo que fué sembrar la discordia en el campo español. En todas partes los defensores de la causa de España se dividieron en dos bandos, unos partidarios del régimen absolutista, otros, del constitucional. Por su parte, los diputados americanos, coadyuvaban á la causa de su país de una manera eficaz, promoviendo en el seno de las Cortes españolas cuestiones de independencia y estímulos para hacerla. En Caracas, tan pronto como se recibieron las noticias de la metrópoli, los liberales españoles pidieron que se proclamase la constitución y una comisión de ellos se dirigió á Valencia, donde Morillo tenía su cuartel general, para obtener la orden de promulgarla. El conde de Cartagena pasó en dos días de Valencia á Caracas, deseoso de parar el golpe porque creía que las instituciones políticas contribuían á debilitar su autoridad militar en perjuicio del prestigio de España y que la suspención de hostilidades daba nuevos medios de acción á la intriga de los separatistas. Después de muchas discusiones, por no desobedecer las órdenes supremas que á mayor abundamiento le daba una prueba de confianza confirmándole en sus atribuciones de comisario regio, hizo jurar la constitución y comunicó á Bolívar las instrucciones para la paz, que eran: la incorporación de los generales, jefes y oficiales

americanos al ejército español con los mismos empleos que tenían en el suyo, y el reconocimiento de todos los derechos políticos en las proviucias de América, todo á condición de reconocer la autoridad del Rey de España.

Los comisionados de Bolívar contestaron que no era posible tratar sobre otra base que el reconocimiento previo de la independencia de Colombia. Propuso entonces Morillo un armisticio y aceptado por la parte contraria, firmóse una suspensión de hostilidades por seis meses. Desde este momento, Morillo se desanimó. Conocía el país, sabía lo que se tramaba en la Península y en América; previó que al cambio político deparado en la metrópoli trabaría sus esfuerzos militares y se preparó á dimitir su cargo. Antes, sin embargo, quiso conocer á su digno rival y propuso una entrevista á Bolívar. Este aceptó, y el 27 de Noviembre de 1820, los dos caudillos se vieron en el pueblo de Santa Ana, al frente de su Estado Mayor, ligándose con un ridículo abrazo entre los transportes del más efusivo afecto. Luego hubo un banquete en el que los dos anfitriones brindaron por los combatientes de ambos ejércitos y por la regularización de guerra. Quizá fué este último considerando lo que movió al general español á procurarla entrevista, halagando la vanidad del impresionable Bolívar. Los dos días que estuvieron juntos, durmieron en la misma habitación y cambiaron impresiones sobre el estado de América, designando los comisarios que debían proponer la paz en la Península y "llevar al pie del trono, los votos del pueblo de Colombia"; palabras de Bolívar. Morillo entendió que sobre la base constitucional española;

pero los comisionados republicanos llevaban instrucciones reservadas de no ajustar nada fuera de la base de la independencia.

Tal fué la entrevista de Santa Ana, tan melodramática como inútil, porque todo se redujo á que los protagonistas se embriagaron con sus propias palabras, y que al fin no pasó de una tregua. Tan prendado quedó Bolívar de la magnanimidad española que á poco escribió á Fernando VII este mensaje tan bajuno, como mal redactado, por lo mismo que no era sincero:

"Permítame V. M. dirigir al trono del amor y de la ley el sufragio reverente de mi más sincera congratulación por el advenimiento de V. M. al imperio más libre y grande del primer continente del universo. Desde que V. M. empuñó el cetro de la justicia para los españoles y el iris de la paz para los americanos, se ha colocado V. M. en todos los corazones. Desde aquel día entró V. M. en el sagrario de la inmortalidad.

„Paz, señor, pronunciaron los labios de V. M.; paz repetimos con encanto, y paz será, porque es la voluntad de V. M. y la nuestra.

„Ha querido V. M. oir de nosotros la verdad, conocer nuestra razón y sin duda concedernos la justicia. Si V. M. se muestra tan grande, como es sublime el gobierno que rige, Colombia entrará en el orden natural del mundo político. Ayude V. M. el nuevo curso de las cosas, y se hallará al fin sobre una inmensa cima, dominando todas las prosperidades.

„La existencia de Colombia es necesaria, señor, al reposo de V. M. y á la dicha de los colombianos.

Es nuestra ambición ofrecer á los españoles una segunda patria; pero erguida, no abrumada de cadenas. Vendrán los españoles á recoger los dulces tributos de la virtud, del saber, de la industria; no vendrán á arrancar los de la fuerza.

"Dignese V. M. acoger con indulgencia los clamores de la Naturaleza que por el órgano de nuestros enviados hará Calombia al modelo y gloria de los monarcas."

Pocas semanas después del abrazo de Santa Ana el general Morillo abandonaba la palestra.

Es de interés para los españoles el juicio que este caudillo ha merecido á algunos americanos. Para el historiador Mitre *(Historia de San Martín)* Morillo fué un general inhábil y de pocas luces; lo cual no tiene nada de extraño porque para Mitre no ha habido más general que San Martín. Bolívar es un cadete en comparación de éste. Y los soldados colombianos unas montoneras al lado del *Ejército de los Andes.* ¿Qué había de ser, pues, Morillo que no pudo vencer á un simple guerrillero?

El venezolano Arístides Rojas escribe esto: "Morillo era un hombre de honor, y su conducta en América, tan llena de absurdos, *provenientes de la ausencia absoluta de educación y de inteligencia*, no está manchada de peculado. Criminales y crueles fueron su segundo Enrile, Morales, Moxó y otros tantos aventureros y ladrones que no vinieron á América con el noble cargo de servir la causa de España, sino con la de satisfacer su codicia y malos

instintos. ¡Qué contraste entre estos especuladores políticos y Ceballos, Correa, Pereira, Cagigal, Pardo, Ureña, Rodríguez de Cosgaya y otros tipos caballerescos que, sin faltar á sus deberes para con España, dejaron, al retirarse de Venezuela, recuerdos de su buena conducta y de sus nobles sentimientos!" Es uno de tantos juicios apasionados y llenos de prejuicios de que gustan los historiadores criollos de la vieja escuela, por lo que desistimos de citar más, para dar lugar á la opinión de O'Leary, conmilitón de Bolívar y que conoció á Morillo, como que fué el intermediario de que se valieron los dos generales para procurarse la entre vista de Santa Ana.

"—Morillo había nacido para soldado, en el sentido común de esta voz. Sin la espada en la mano su varonil figura era desairada y sólo en el campamento se sentía en su verdadero lugar; fuera de él la vida debía parecerle insufrible. Si la administración de Morillo en los pocos meses que permaneció en Nueva Granada se manchó con actos de inútil rigor, no fué del todo estéril para el país. Ocupóse asiduamente de mejorar los caminos, que á su llegada no eran sino trochas casi en estado primitivo; hizo también construir algunos puentes sobre ríos cuyo paso era peligroso y frecuentado. Los medios que empleó para tan útil labor se consideraron vejatorios; pero tal vez las ventajas que produjeron superaron al desafuero de obligar á algunos individuos á hacer un trabajo á que no estaban acostumbrados. La apatía natural del neogranadino requiere un impulso extraordinario para ponerle en acción. En Venezuela derramó Morillo me-

nos sangre en los patíbulos, quizá porque encontró en los instintos belicosos del pueblo modo de emplear su inclinación guerrera en los campos de batalla. Pero por grandes que hayan sido los errores políticos de Morillo, no pueden negársele sus raros talentos militares, ni desconocerse que en su valor personal se revelaba la mezcla de la sangre ibérica con la del godo y del cartaginense. Los llaneros, que no son pródigos en sus alabanzas del valor ajeno, aplaudían con admiración la impávida intrepidez del general en jefe español, y decían *que era lástima que hubiese nacido en España y una vergüenza que no fuese patriota.* No cabe paralelo entre Morillo y Bolívar. Puedo decir de ellos con Voltaire, tratando de Carlos XII y Alejandro el Grande, que aquél habría sido el primer soldado del ejército de éste. Es probable que la historia falle sobre la conducta de Morillo con más rigor que justicia. porque acaso no se estimen las circunstancias difíciles en que desgraciadamente se vió colocado y la causa impopular que tuvo que defender."

NOTA.—En 1826, durante la residencia en París del general Morillo, se publicó por la casa editorial Dupart, un volumen en 8.° de 452 páginas, con este título: MEMOIRES DU GÉNÉRAL MORILLO, *comte de Carthagène, marquis de la Puerta, relatifs aux principaux événements de ses campagnes en Amérique de* 1815 *à* 1821; *suivis* DE DEUX PRECIS *de don José Domingo Díaz, secrétaire de la Junta de Caracas, et du général don Miquel de la Torre.* Traduit de l'espagnol par E. D. B.

El traductor francés, añadió en su Introducción, la biografía de Morillo, escrita por el conocido historiador

Sebastián Miñano. De todas maneras, aun siendo estas Memorias apócrifas de Morillo, una colección de los diversos folletos que tanto éste como el general Latorre, dieron á la estampa en Caracas, desde 1818 á 1821, tal acopio de documentos y apreciaciones es de sumo interés porque resuelve muchas cuestiones de la historia de la independencia colombiana. El traductor dice en la introducción que el general Morillo, *no mandó publicar tal obra, pero que contaba que no la rechazaría,* lo que equivale á decir, que Morillo no escribió tales *Memorias.*

Por lo demás, he aquí el contenido de estas *Memorias* con las observaciones bibliográficas del erudito Rojas

1.º *Manifiesto que hace á la nación española el teniente general don Pablo Morillo, conde de Cartagena, marqués de la Puerta y general en jefe del ejército expedicionario de Costa-Firme, con motivo de las calumnias é imputaciones falsas publicadas contra su persona en 21 y 28 del mes de Abril último en la Gaceta de la isla de León bajo el nombre de Enrique Somayor.* Caracas. 1820, un folleto en 8.º, de 101 páginas, impreso por don Juan Gutiérrez.

Este folleto fué mandado reimprimir por el general Morillo, á su regreso á España, y salió en Madrid en la imprenta de Cosme Martínez, 1820. En esta segunda edición, el autor agregó dos cartas de Bolivar y otros muchos documentos conexionados con sus campañas en América.

2.º *Manifiesto de la correspondencia que ha mediado entre los generales conde de Cartagena y don Miguel de la Torre, jefes del ejército de Costa-Firme, con el de los disidentes don Simón Bolivar, desde el restablecimiento de la constitución hasta la escandalosa é inesperada ruptura del armisticio por Bolivar.* Madrid, Espinosa, 1821.

Este opúsculo es una copia exacta del folleto que escribió y publicó en Caracas José Domingo Díaz en 1821, con el siguiente título:

Manifiesto que de orden de la junta de conciliación hace don José Domingo Diaz, su secretario, sobre todo lo ocurrido hasta la conclusión de los tratados de armisticio y regularización de la guerra, celebrados con S. E. el jefe del gobierno de Colombia. Caracas, 1821, un folleto en 8.º de 42 páginas, impreso por don Juan Gutiérrez.

3.º *Manifiesto que para satisfacer al mundo entero, de la conducta franca y exclusivamente generosa tenida por el gobierno español con el jefe de los disidentes de Venezuela, hace el general en jefe del ejército nacional expedicionario don Miguel de la Torre.*—Madrid, Espinosa, 1821.

Este folleto es una copia exacta del que se publicó en Caracas en 1821, imprenta de Gutiérrez, un cuaderno en 8.º, de 36 páginas, con el siguiente título:

Manifiesto que hace á los pueblos de Venezuela el mariscal de campo don Miguel de la Torre, general en jefe del ejército expedicionario de Costa Firme, sobre la continuación de la guerra.«

Por el momento la bibliografía más completa que tenemos en España sobre Morillo es el libro de Rodriguez Villa: *El teniente general D. Pablo Morillo.*

X.—Carabobo.

El armisticio de Trujillo sólo había sido un respiro; antes de cumplirse el plazo fué roto por Bolívar, alegando las necesidades de su ejército combatido por la peste en la provincia de Barinas, pero en realidad, porque á favor de la tregua lo había reorganizado, completando los batallones, municionando bien á los soldados y dándoles verdadera organización militar. Angostura había proveído de infantes; Apure, de jinetes del llano, y Cúcuta, de reclutas andícolas de Nueva Granada. En el intermedio, Maracaibo se había pasado á la causa patriota y Guayaquil se había declarado estado independiente.

Con seis mil quinientos de aquellos hombres salió en vanguardia Bolívar, contra el general Latorre, que había quedado en reemplazo de Morillo. La ofensiva del caudillo patriota cogió á aquél desprevenido. Además el estado del ejército realista tampoco era satisfactorio. Los cuadros de los batallones europeos que trajo Morillo habían sido llenados con reclutas del país, los cuales venían á constituir la mitad del contingente. Los soldados peninsulares que quedaban en filas estaban cansa-

dos de una guerra larga, continua y penosa; se les había prometido devolverles á España después de tres años de servicio y este plazo estaba cumplido desde 1818. Como si esto no bastase, era manifiesto el desacuerdo entre Latorre y Morales. Este aspiraba á sustituir al otro y renovaba con él la insubordinación que antes mostrara con Cagigal, y á la que puso término la autoridad y el prestigio del general Morillo. Hasta tal punto se había quebrantado la disciplina, que según Montenegro, jefe de Estado Mayor de Latorre, las tropas estuvieron á punto de venir á las manos, en el mismo campo de Carabobo, antes de darse la batalla.

En estas condiciones se encontraron republicanos y realistas en la llanura de aquel nombre, á catorce millas de la ciudad venezolana de Valencia. El éxito de la batalla estuvo dudoso en un principio y ya los patriotas cedían, cuando el regimiento británico, rodilla en tierra, resistió la avalancha, dando tiempo á que rehaciéndose los patriotas se interpusieran entre las divisiones realistas, batiéndolas en detall. Según los técnicos, tan mal táctico fué Bolívar como Latorre en esta batalla, pero éste peor, de suerte que el otro se aprovechó de la inferioridad de su contrario para ganarle la partida. *Carabobo* fué el triunfo de la disciplina europea; la legión británica decidió el triunfo, y *Valencey*, al mando del coronel Tomás García, salvó el honor español con una brillante retirada de más de 30 kilómetros, resistiendo á casi todo el ejército patriota, hasta que consiguió encerrarse en Puerto Cabello.

Morales apenas intervino en la pelea, porque la inepcia del general en jefe le había destacado el

mismo día de la batalla, á dos leguas del lugar del combate, de suerte que cuando llegó con su caballería, sólo pudo proteger la retirada. Sin embargo, pudo haber desplegado más iniciativa, como cuando Bolívar metió la caballería patriota por un desfiladero, donde debió quedar embotellada ó entre dos fuegos. De ahí la supuesta traición de Morales á Latorre, que dista mucho de ser verdadera, por cuanto el despechado Latorre no le exigió responsabilidad alguna.

Fué la batalla de Carabobo á 24 de Junio de 1821. Siete años antes, en 1814, Bolívar había derrotado en el mismo campo al brigadier Cagigal, y dícese que precisamente por esto, Latorre quiso buscar el desquite en el mismo lugar. Bolívar, pues, triunfó dos veces en Carabobo, como otras dos fué derrotado en La Puerta.

Consecuencia de la victoria fué la entrada libre en Caracas y á los pocos días la rendición de la guarnición española de la Guaira, quedando así abiertas las comunicaciones con el mar. ¡Con cuánta rapidez se suceden entonces los acontecimientos! Bolívar apenas se detiene en Caracas y sale para abrir su heroica campaña del Ecuador y el Perú. Todo Sur América es un campo de batalla. El 11 de Octubre se rinde la fortaleza de Cartagena al general Montilla y al almirante Padilla; el 21 de Febrero de 1822 las avanzadas del Libertador ocupan la ciudad de Cuenca en el centro de los Andes ecuatoriales; el 7 de Marzo vence Bolívar en *Bomboná*; el 22 de Abril el general Sucre en *Riobamba*; y el 24 de Mayo, Aymerich y su ejército se rinde al pie del *Pichincha*. Una nueva capital se incorpora á los

triunfos de Bolívar, la Quito, de los antiguos Incas.

En Venezuela quedaba todavía la provincia de Coro, que como la de Pasto en el Ecuador, siguió inalterable en su adhesión á la causa realista. Coro sirvió, pues, de base de operaciones á los españoles, con la gran ventaja de poder movilizar sus fuerzas á lo largo de la costa, por seguir siendo dueños de Cumaná y Puerto Cabello. Aprovechando todos estos elementos el intrépido Morales que al fin había conseguido el mando supremo de Venezuela, por el retiro de Latorre, intentó nada menos que la reconquista del país. En parecidas circunstancias, unido á Boves lo había conseguido el año 13, porque contaban con el inagotable recurso de los Llanos, en hombres y caballos. Ahora todo esto se había perdido para la causa española y la metrópoli, más que agotada, dividida en facciones de absolutistas y liberales, no se cuidó de enviar más recursos militares á sus colonias. Morales, sin embargo confiaba recibirlos de las vecinas Cuba y Puerto Rico, y esta confianza le alentó en su empresa. Demostró dotes militares poco comunes que asombraron á sus mismos enemigos. Sin más que dos mil soldados y en un país hostil hizo cosas increibles; se adueñó de Maracaibo, cruzó el lago é invadió las provincias de Trujillo y Mérida, pero no pudiendo guarnecer los puntos que ocupaba y no llegándole los auxilios que esperaba, hubo de capitular en Maracaibo el 3 de Agosto de 1823. Ya la guerra no tenía el carácter sangriento de antes, porque en el armisticio de Trujillo y en la conferencia de Santa Ana se había acordado hacerla en lo sucesivo con sujeción al derecho de gentes, canjeando los prisio

neros y respetando las capitulaciones. En virtud de esto el feroz guerrillero que tanto se había cebado en los venezolanos, pudo embarcarse indemne para Cuba. El último baluarte de los españoles en el país fué Puerto Cabello, defendido por el brigadier Calzada y que tomó Páez por asalto el 8 de Diciembre del 23.

XI.—Junín.

Vamos ahora á cambiar de escenario, siguiendo al Libertador, de Venezuela y Nueva Granada al Perú. Veremos á Bolívar en esta última etapa impetuoso y ardiente como siempre en la guerra, si bién no con tanta fortuna como en las campañas anteriores; árbitro de dos virreinatos por su prestigio militar y su fascinación personal, pero soñador, poco práctico y á la postre desgraciado, como político y organizador de nacionalidades.

Libertada Colombia con el triunfo de Boyacá, Bolívar sabiendo que se preparaba en Chile una expedición libertadora al Perú, envió una división colombiana al mando del joven general venezolano *Antonio José Sucre*, con orden de llegar á Quito y darse la mano con las tropas chileno-argentinas. Debido á este auxilio, es decir, á la división auxiliar de Santa Cruz, Sucre ganó la victoria de *Pichincha*, que le dió la posesión de Quito (24 de Mayo de 1822). Libre el camino de obstáculos, Bolívar llegó á esta capital, de donde pasó á Guayaquil, en la que fué su otra entrevista con el general San Martín, que después de contribuir en primera línea á

la liberación de la Argentina y Chile, había ido al Perú á herir el poder español en el centro de sus recursos. Como de este personaje hablamos por separado en otro EXAMEN, trataremos de los sucesos del Perú tal como los dejó él y los encontró Bolívar.

La retirada de San Martín después de la conferencia de Guayaquil, abrió nuevos horizontes á Bolívar. Dejaba á su espalda Venezuela, Nueva Granada y Quito libre de realistas y aspiró á sellar la independencia del Perú. Pero ido San Martín de Lima, las facciones políticas no se entendían. Fué el tiempo en que los aristócratas limeños cambiaban de opinión, como de camisa; tan pronto realistas como republicanos, según las fases de la guerra, dando la mayor campanada el presidente sustituto de San Martín, marqués de Torre Zagle, que se pasó á los españoles en ocasión que se dirá.

El año 23 fué de felices resultados para las armas españolas.

El 19 de Enero se señaló por la victoria de Torata. Dos batallones y tres escuadrones del general Jerónimo Valdés, batieron completamente á todo el ejército Libertador del Sur, mandado por el general argentino Rudesindo Alvarado. En esta batalla se señaló mucho el coronel Baldomero Espartero, que mandaba el batallón *Centro*, y don Cayetano Ameller, coronel de Gerona. Los soldados de Espartero sólo una descarga hicieron y cargaron á la bayoneta contra la legión peruana; Espartero dió muerte, en medio del batallón enemigo al jefe que lo mandaba, y recibió tres heridas

A los dos días (el 21 de Enero), reunida á Val-

dés, la columna de Canterac, que venía del norte, desde el valle de Huancayo, después de una marcha de más de 260 leguas, y atravesando los Andes en dos jornadas, se ganó la otra batalla de *Moqueguar*, que dejó reducido á la nada el ejército republicano que constaba de cuatro mil hombres.

Después de estas dos batallas no quedaron á los insurgentes fuerzas ni recursos para proyectar nuevas expediciones sobre las costas de Arequipa, y muy débiles para defender Lima, que aún seguía en su poder. Sin embargo, confiando con la adhesión de los habitantes del Alto Perú, Santa Cruz y Gamarra se encaminaron á estas provincias, al mismo tiempo que de Guayaquil venía Sucre con su división colombiana á guarnecer las fortalezas del Callao, donde estaban asilados los restos de los vencidos en Ica, Torata y Moquegua. Fué entonces cuando el general Canterac se presentó ante Lima, el 18 de Junio de 1823, intimando al Ayuntamiento que saliera á batirse con el ejército patriota, pues de lo contrario reduciría la capital á escombros. Se le contestó que las tropas republicanas estaban en el Callao y habían dejado desamparada la ciudad. En consecuencia, los realistas ocuparon Lima, quedando de gobernador el general Rodil que impuso al vecindario la contribución de cuatrocientos mil pesos, diez mil varas de brin, diez mil de paño y tres mil fuertes. Esto no obstante, los realistas se hicieron muy populares en este tiempo en Lima; dieron bailes en palacio, decretaron el comercio libre con el extranjero y anunciaron un perdón general que les valió muchos partidarios. Los milicianos cívicos se pasaron á las banderas del rey y lo mismo hicieron

muchos aristócratas limeños que habían formado la corte de San Martín.

Pero no estando en el ánimo de los españoles estacionarse en Lima, faltándoles la base del Callao, Canterac se volvió á la serranía de Cuzco, donde el virrey seguía organizando la resistencia, destacando previamente á la división Valdés, contra los caudillos Santa Cruz y Gamarra. Esta marcha del asturiano Valdés, de Lima á la Paz, de más de cuatrocientas leguas, hasta subir á la altiplanicie, andina, es célebre en la historia militar americana tanto ó más que la efectuada dos siglos y medio antes por Francisco Carvajal, casi por los mismos lugares, en su tenaz persecución contra Diego Centeno. El 30 de Junio de 1824, inició la marcha Valdés.

"El 28 llegó mi división á Andahuallas escribe él mismo en su *Diario de operaciones* con admirable sencillez—casi sin un enfermo y con los caballos más gordos que cuando salieron de Lima, no obstante la precipitada marcha por arenales ardientes, grandes despoblados y rígidas cordilleras, gracias á los párrocos, justicias y habitantes de los pueblos inmediatos que á porfía se empeñaron en proporcionar cuanto creyeron necesario."

El 16 de Agosto llegaba á Puno é incorporado á Carratalá que con su columna vino de Arequipa, encontraron al ejército peruano de Santa Cruz en Cepita, á inmediaciones del río Desaguadero, límite del Alto y Bajo Perú. Según el parte de Valdés, éste llevó la mejor parte en la batalla que aquí se libró (25 de Agosto). "Quedó la posición en mi poder, titulándose en vano victorioso Santa Cruz. Su pérdida fué doble que la mía y mi infantería no llegó nunca

á ser acuchillada, como fué la suya. Entrada la noche se retiraron los enemigos á Cepita y luego al Desagueadero." El triunfo que Santa Cruz se atribuyó en esta batalla, depende de que al principio su caballería dispersó á la de Valdés, pero antes de tres minutos aquélla lo fué por los batallones realistas que obligaron á los enemigos á dejar el campo, y no al general Valdés.

Después del suceso de Cepita, el virrey Laserna tomó el mando en jefe, acompañándole Valdés como jefe del Estado Mayor general. El ejército pasó el río Desaguadero, asidos los infantes de las colas de los caballos, y en tenaz persecución de muchos días obligó á desbandarse á la expedición peruana que dejó en su camino muchos pertrechos y rezagados.

Mientras tanto, Canterac se las entendía con Sucre y sus colombianos, que abandonando sus guaridas del Callao se habían movido al norte de Arequipa, para proteger la invasión de Santa Cruz y Gamarra. La batida de los tres caudillos republicanos fué á tiempo que una expedición chilena de 2.500 hombres, llegaba al puerto de Arica, pero informada de los desastres ocurridos, volvió la proa al sur, arrojando al agua los caballos que llevaba á bordo.

Dió el golpe final el motín del Callao que entregó las fortalezas á los españoles el 5 de Febrero de de 1824, y que sucedió de esta manera. En reemplazo de Sucre y sus colombianos que habían salido á la campaña de Arequipa, quedaron de guarnición en el Callao los restos del *Ejército de los Andes* de San Martín, deshecho en manos de Ru-

desindo Alvarado. Los sargentos Moyano y Oliva, á pretexto de que no se pagaban los sueldos á la tropa, en tanto que la oficialidad cobraba hasta el último centavo, sublevaron la soldadesca, redujeron á prisión á todos los galoneados y soltando á los prisioneros españoles se dieron por jefe al comandante español Casariego. Este aprovechó el momento para ofrecer á Moyano y Oliva el empleo de coronel, á nombre del rey, si entregaban las fortalezas á España. Hecho el convenio avisó Casariego al virrey para que tomara posesión de los castillos Real Felipe, San Rafael y San Miguel, que en seguida fueron guarnecidos por el brigadier Ramón Rodil, el que inmortalizó su nombre como último gobernador del Callao. A la vez se desertaron de las banderas de la patria el presidente Tagle, el ministro de la guerra Berindoaga, los principales funcionarios del Estado y 337 entre generales, jefes y subalternos del ejército peruano.

En estas circunstancias el congreso del Perú invistió con la dictadura á Bolívar, creyendo que este caudillo salvaría la situación. Pero el ejército estaba prófugo ó desmoralizado por los últimos reveses, y los patriotas desunidos por rivalidades banderizas. "La intimación de un trompeta bastará para que se rindan, entregándose gustosos los pueblos;" escribía por estos días un testigo de mayor excepción, el general chileno José Rivadeneyra *(Correspondencia de San Martín)*. También Bolívar estaba persuadido de lo mismo —. "El general San Martín dejó esto y se fué: ¡yo soy el llamado para salvar el Perú!, dijo, en esta ocasión.

Es curioso lo que O'Connor refiere como inciden-

te de estos mismos días: "Fuimos invitados á un gran banquete en el alojamiento del general Bolívar. Después de la comida empezaron los brindis, algunos muy largos y pesados. Yo estaba sentado á la izquierda del Libertador, pero no decía palabra, ni se me ocurría agregar un brindis más á los muchos que ya se habían pronunciado. El Libertador, volviendo hacia mí la mirada, me dijo -: "Vamos, O'Connor, usted que es poeta, por qué no nos hace oir un brindis?" Se expresó así S. E. sin duda acordándose de la carta que le escribí de Panamá, en la que le cité un pasaje del poema de Ossían. Probablemente por esta circunstancia me creyó poeta, lo que nunca he sido. Me ví, pues, comprometido, llené mi copa, todos hicieron lo mismo, y levantándola, pronuncié el siguiente brindis: "Hallándose reunido en estos campos el ejército de Colombia, destinado á libertar el Perú del yugo español, y según apariencias, *contra la voluntad de los mismos peruanos*, brindo porque si en el primer encuentro con el enemigo fuere nuestro destino vernos derrotados, por ser tan variable la suerte de las armas, no quede vivo uno sólo de nosotros para llevar el dolor y el luto á la patria." Apenas pronunciaba yo las últimas palabras, cuando el Libertador, lleno de entusiasmo gritó: "Éste es mi brindis". Saltó sobre la mesa, vació su copa y la estrelló contra la pared de la sala."

***

Hubiera podido creerse que todo estaba perdido para los patriotas en el Perú, y, sin embargo, se acercaba su repentino triunfo, como siempre, con

motivo de los sucesos políticos de España. Un ejército francés de 100.000 hombres (los cien mil hijos de San Luis), mandados por el duque de Angulema, fueron de los Pirineos á Cádiz, sin oposición alguna, y restauraron al absolutista Fernando VII, aboliendo la constitución que Riego había impuesto el año 20 con el ejército destinado á América. Causa esta última por la que los americanos que visiten la Península, verán en las principales ciudades, lápidas con el nombre de "Plaza ó Calle de Riego", y aun en el Congreso de los diputados, el medallón que le recuerda, siendo así que esta constitución ha costado á los españoles la pérdida de las colonias por la ocasión y el modo que escogió Riego para su pronunciamiento. Lo extraño es que los americanos no hayan levantado estatuas á este hombre que, instrumento de las lógias, ayudó en tal manera á la independencia de la América española.

La reacción absolutista en la metrópoli suponía un grave contratiempo para el partido constitucional español en el Perú, cuyo brazo militar era el nuevo virrey Laserna. Aparte la decepción que les traía el cambio del régimen, de que eran partidarios, comprendían el efecto deplorable que á los americanos ilustrados y adictos á España había de producir la caída de la constitución; por todo lo cual juzgaron necesario mantener las garantías de este código en el virreinato del Perú el más tiempo posible. Era el procedimiento al revés de cuando se implantó la constitución en tiempo de Morillo, de Pezuela y de Apodaca en los distintos virreinatos; cambios de postura, en fin, con que procuraba aliviarse el enfermo, herido ya de muerte.

El general Pedro Antonio Olañeta mandaba á la sazón las fuerzas españolas del Alto Perú. Viendo que el virrey Laserna, de quien dependía, no se daba por enterado del cambio de régimen operado en la metrópoli, lo hizo por su cuenta en el territorio de su jurisdicción; es decir, que proclamó al rey absoluto, desligándose de la obediencia del virrey, que mantenía las garantías constitucionales, alegando que Laserna era virrey por las Cortes y no por la libre elección del rey. Al lado de Olañeta, que era un vascongado comerciante de Potosí, que en 1812 sentó plaza como capitán de milicias y para 1823 era ya mariscal de campo de los ejércitos españoles, se pusieron algunos intrigantes criollos que creían facilitado con este cisma el logro de sus aspiraciones políticas. El virrey envió al general Valdés, el vencedor de Torata, para reducir á la obediencia á Olañeta, y con esto se encendió la guerra civil entre los militares españoles, cuando más necesitados estaban de unión para contener á Bolívar, ya en el Perú. El resultado fué sangrarse estérilmente Valdés y Olañeta, mermando las fuerzas realista. Como última avenencia, el virrey abolió la constitución en todo el virreinato del Perú; pero no por eso Olañeta se dió á partido. Exigió, y lo consiguió por el pacto de Tarapaya, quedarse con el mando supremo del Alto Perú, privando al virrey, que estaba en el Cuzco, de elementos en hombres y dinero que proporcionaban aquellas provincias.

Los patriotas debían aprovecharse de este desbarajuste y así lo hicieron. Bolívar tenía reunidos unos nueve mil quinientos hombres entre colom-

bianos, peruanos, chilenos y argentinos, á los que revistó en Cerro del Pasco, largándoles esta proclama: *¡Soldados! Los enemigos que debéis destruir se jactan de catorce años de triunfo, son, pues, dignos de medir sus armas con las vuestras.* La columna de Canterac le salió al encuentro en la llanura de Junín (valle del Jauja) y se entabló una lucha entre la caballería. Al principio llevó ventaja la realista, pero habiéndose dispersado antes de tiempo, en persecución de los fugitivos, el coronel Suárez, que mandaba el escuadrón peruano y había conservado la formación, restableció el combate, tornando la victoria realista en una derrota. Sabido es que en este combate no sonó un tiro: fué una tromba de escuadrones y de manejo de sables. Bolívar le había dado por tan perdido, que con la infantería estaba en retirada cuando por el general Miller supo la victoria. El secreto de Junín lo da O'Connor, en sus *Recuerdos.*

—"Desde Huancayo, en donde nos alcanzó el señor Monteagudo, éste hacía siempre las marchas conmigo. Yo le buscaba buen alojamiento y todos los días leche para su café, porque el general Lara hacía arrear á retaguardia de su división una vaca lechera. Después de acuartelar la tropa, iba á tomar mi taza de café con el eminente Monteagudo, á quien volví á ver en Huancayo, desde que nos separamos de Panamá. En una marcha de éstas, bajando una cuesta para llegar á un pueblo donde debíamos pasar la noche, Monteagudo, que venía silencioso y meditabundo junto á mí, se dió una palmada en la frente, exclamando:—Ya la he hallado.—¿Qué ha hallado usted?—le pregunté.—La

cifra—me respondió. Y siguió refiriéndome que en el valle de Jauja se había interceptado una carta en cifra del general Canterac al general Rodil, que defendía á favor del rey los castillos del Callao, avisándole el desastre de las armas españolas en Junín, y añadió: "Es la cifra más difícil que he encontrado en mi vida, pero ya la tengo toda aclarada. Cuando lleguemos al pueblo, yo se la dictaré á usted y me la pondrá en limpio." Después de disponer cuarteles para la tropa y alojamiento para el doctor Monteagudo, volví á su lado, saqué papel de mi alforja y me puse á escribir lo que él me dictaba con la mayor claridad y sin detenerse en una sola palabra. Era una relación exacta que hacía el general Canterac de su derrota. Parece que había reconocido de antemano el mal paso y el atolladero donde se encontró su caballería con la nuestra, y que contaba con una victoria completa. Y así hubiera sido tal vez si Canterac hubiera tenido la precaución de montar en ancas á una compañía de cazadores y seguido con todo su ejército, apoyando la carga de su caballería; pero Dios, que es el que dispone las cosas y el dispensador de todas las victorias, no quiso que así sucediese."

Parece ser que el virrey Laserna no dió gran importancia por el momento al desastre de Canterac, á juzgar por estos párrafos de su correspondencia.—"Mi estimado amigo Canterac: Considero á usted sumamente incómodo con la "cagada" y cobardía de la caballería, que á la verdad merecía se hiciera con ella un ejemplar, pero tengamos paciencia." "Bien sabe usted que en la guerra, los hombres de

más concepto tienen sus incidentes desgraciados, de consiguiente, no debe usted pensar en la ocurrencia del 6", etc. (*Cartas* del 13 y 20 de Agosto.) Sin embargo, el combate de Junín, que en otras circunstancias no hubiera pasado de escaramuza, por las pocas pérdidas de una y otra parte, fué por sus consecuencias una gran batalla; quebrantó el prestigio de la caballería de Canterac, nervio de las tropas realistas del Perú, y produjo algo más, que fué peor. Aquel Canterac que hasta entonces había tenido la fortuna de cara, perdió la cabeza, emprendiendo una retirada para reunirse en el Cuzco, tan desastrosa, que entre rezagados y desertores dejó más hombres que le hubiera costado una batalla.

***

Por todo esto, *Junín* (6 de Agosto de 1824), en los anales americanos figura entre los más señalados triunfos. Sabido es que el guayaquileño Olmedo debe su fama literaria á la oda *La victoria de Junín*. Todo puede decirse cuando está bien dicho y, por esto, los peninsulares no regateamos al vate el título de *Píndaro americano*, por más que celebrara triunfos contra España. Pero como asienta su gran admirador, el eminente crítico Menéndez y Pelayo, los únicos versos de la oda á Junín, prosaicos, desgarbados, pedestres, indignos del lenguaje de las musas, son aquellos en que se desata en injurias contra los conquistadores españoles:

Sí, ellos fueron, estúpidos, viciosos,
feroces y, por fin, supersticiosos.

....

Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
los sacramentos santos que trajeron!...

"Son, por castigo providencial, comenta con fina ironía el maestro español, los únicos versos malos de *La victoria de Junín.*"

XII.—Ayacucho.

A pesar de Junín, nadie preveía que estuviera tan próximo el desenlace del gran drama histórico en el Perú. Por envalentonados que estuvieran los republicanos, quedaban en las reservas realistas sobre unos diez mil combatientes, casi todos indígenas, pero con un cuadro de veteranos peninsulares vencedores en Ica, Torata, Moquegua, Cepita y demás batallas de la campaña de los dos años anteriores. Más aún. Al Callao habían llegado el navío *Asia*, de 72 cañones y el bergantín *Aquiles*, de 20, que reunidos á las fuerzas navales de Chiloé, en Chile, que aún se mantenía en poder de los españoles, daban á éstos el dominio del Pacífico desde la retirada de Cochrane del servicio de la Revolución. La escuadra peruano-colombiana venía obligada á refugiarse en Guayaquil; Lima se mostraba indiferente, á la expectativa, y en Chile nada hacían para ayudar al Perú. Bolívar estaba reducido á sus propios recursos, y tan comprometido, que mantenía en la sierra su ejército, sin buscar al enemigo.

En tal coyuntura, abandonó el teatro de la guerra, dejando al frente del ejército á su teniente Sucre. El virrey Laserna, que tenía su cuartel general en el

norte, oponiendo una capital á otra, Cuzco á Lima, concentró todas las fuerzas de que podía disponer, entre ellas las de Valdés, á quien ordenó suspender las hostilidades con Olañeta. El mariscal Valdés, con su acostumbrada diligencia, salvó en cuatro semanas una distancia de 250 leguas y fué incorporando á su división los destacamentos y guarniciones que encontraba á su paso. La división Canterac fué reorganizada lo mejor que se pudo, y habiéndose reconcentrado en el Cuzco todas las tropas realistas del Perú, menos las de Olañeta y las de Rodil que guarnecían el Callao, llegaron á formar un total de unos diez mil hombres, con mil caballos y doce cañones. Este ejército se había equipado y alimentado en el fértil valle de Jauja, á 60 leguas de Lima. Con él abrió Laserna la campaña, que había de ser la última de los españoles en América.

Este ejército se reunió desde sus respectivos cantones como por encanto. Su infantería estaba dividida en catorce batallones: el *Cantabria*, *Centro*, *Castro*, primero y segundo del *Imperial*, primero y segundo del *Gerona*, primero y segundo del *Primer Regimiento Infante*, *Victoria*, *Guías*, *Burgos* y *Fernandinos*. Su caballería en catorce escuadrones: cuatro de *Granaderos de la Guardia*, uno de *Alabarderos* del virrey, uno de *San Carlos*, tres de *Húsares de Fernando VII*, tres de *Dragones de la Unión* y dos de *Dragones del Perú*. Y es hecho notable que en esta campaña el ejército libertador no tenía más territorio que el que ocupaban sus gloriosas banderas; todo el resto del país parecía estar decidido por la causa del rey, y se puede decir que

aquél marchaba por un territorio enemigo para darle la libertad; considerando, además, que del efectivo que componía el ejército real, apenas seiscientos hombres eran españoles; todos los demás eran hijos del país, en armas contra la independencia y libertad de su propia patria.

Dicho queda que el ejército republicano lo mandaba Sucre desde que Bolívar abandonó el mando repentinamente y, por decirlo así, en presencia del enemigo. ¿Cómo explicar este hecho extraordinario? El erudito colombiano Aníbal Galindo dice haber sabido por un amigo del ex dictador de Chile, O'Higgins, que por este tiempo estaba en el cuartel general de Bolívar, que un consejo de guerra dijo al Libertador: "Señor, tenemos que emprender una retirada peligrosa en presencia de un enemigo aguerrido y valiente, que cuenta dos veces nuestro número, y que combatir no sabemos dónde ni en qué circunstancias. Si, por desgracia, fuésemos derrotados, lo que no es probable, pero no imposible, ¿quién, si á V. E. cupiera también el deshonor de esta derrota quedaría de pie para llamar de nuevo á los pueblos á la guerra? El Consejo es de opinión que el general Bolívar debe retirarse de este campo para servir de reserva á la América. V. E. sabe que, militarmente, el mando de toda reserva se confiere el día de la batalla al más digno y al más valiente..." Y que á Bolívar le pareció bien el acuerdo y se retiró.

Lo que confirma lo antes dicho: nadie prevía el rápido final que se avecinaba, y que Ayacucho fué un golpe de fortuna inesperado, ó como escribe el mismo Galindo: "Nosotros no nos hemos creído au-

torizados para seguir á ninguno de los eruditos del arte militar que ahora han venido á descubrir en la campaña de Ayacucho movimientos estratégicos, y en el campo de batalla operaciones tácticas de que los héroes de la epopeya no hacen mención".—(*Bolívar en el Perú.*)

Resulta que el ejército republicano iba de retirada, esquivando el encuentro con los realistas, y que durante algunos días maniobraron hábilmente uno y otro leguas y leguas por un terreno el más cortado y difícil del Perú. Los caminos, aun el de posta, que es el que se llamaba *real*, no eran más que unas veredas tan escabrosas que hacía necesario echar pie á tierra en muchos parajes, á pesar de ser prácticas las bestias en que se marchaba. El país está atravesado por multitud de torrentes y por tres ríos caudalosos que corren paralelamente de Oeste á Este, y son: el Apurimac, el Abancay y el Pampas, que discurren entre barrancos profundos de tres y cuatro leguas de bajada y otras tantas de subida. Conviene tener presente esta topografía para darse cuenta de las admirables maniobras de los ejércitos de Laserna y Sucre por aquellos parajes.

En Matará, una emboscada de Valdés, que mandaba la vanguardia real, quitó á los patriotas más de 300 hombres, un cañón de los dos de que disponían y toda la impedimenta; pero este contratiempo fué causa de la victoria final, porque viéndose Sucre acosado y con la retirada cortada se dispuso valientemente á volver cara al enemigo, tomando posiciones en el campo de Ayacucho, al pie de las alturas de Condorcunca. Las condiciones del terreno, cortado por barrancos y altos cerros hacía casi

imposible la retirada del ejército que fuera vencido. Esta consideración hace ver la temeridad del virrey, que á una suerte de dados se resolvía á jugar en aquella grieta de los Andes la suerte de España en el Perú. Las cosas habían llegado á tal extremo, que una serie de victorias del ejército real no resolvía la guerra, en tanto que una sola batalla que perdiera podía terminarla. Todo parecía indicar que en Ayacucho el triunfo sería de los realistas, que hasta entonces había llevado siempre ventaja, pero muy otro había de ser el resultado.

***

Sobre la batalla de Ayacucho hay muchas relaciones de testigos; pero daremos la preferencia á la de O'Connor, que era jefe de Estado Mayor del ejército americano, vencedor en la jornada. Dice así:

"El toque de diana en todos los cuerpos de los dos ejércitos beligerantes saludó á la aurora del 9 de Diciembre de 1824. Era aquél verdaderamente un momento solemne. Todos estábamos de pie y en formación. Habíamos pasado la noche como las anteriores, al raso. No había en todo nuestro ejército más tienda de campaña que una muy pequeña que yo había mandado hacer de brin de Rusia durante mi permanencia en Panamá, y que la había prestado á mi amigo el general Miller, quien, como comandante general de la caballería, acampaba siempre retirado de la infantería, y no era de bastante capacidad como para el general en jefe y los que le acompañaban, y dudo que éste se hubiera servido

de ella, viendo á nuestros soldados sin más abrigo que sus capotes y frazadas.

Después del toque de diana, de recibir los partes de las divisiones del ejército y de presentarlos al general en jefe, con la fuerza de 1.501 hombres del ejército de Colombia y 1.030 de la división del Perú, me dirigí al campamento del general Miller, situado al pie de la colina, á retaguardia del campo; y estando sentado sobre uno de los baúles de Miller, tomando una taza de té, pasó por encima de nuestra tienda una bala de cañón, y tan cerca que la sacudió. Acabé de tomar mi té, y diciendo á mi compañero que aquél era un aviso seguro de que venían á atacarnos, le estreché la mano diciéndole: hasta más tarde, y regresé al lado del general en jefe, cerca de unas paredes de una casa derruída, sobre el flanco derecho de nuestra posición. Allí estaba el teniente coronel Trinidad Morán, primer jefe del famoso batallón *Vargas* y favorito del general Sucre, con el anteojo en las manos, divisando en la dirección de la división *Villlalobos* y diciendo:—"Apuesto una onza á que esos cobardes no bajan de sus alturas hoy."—"Morán—le dije—, yo no he ganado ni perdido un peso en toda mi vida en apuestas ni en el juego (y él era el más jugador de todo el ejército), pero ahora apuesto con usted dos onzas que hasta dentro de dos horas estarán aquí peleando con nosotros y hasta dentro de tres estarán derrotados; y los que puedan, volviendo á subir á sus alturas." "¡Oh! no, mi coronel"—me dijo, y echando una mirada sarcástica al general Sucre:—El sabe mucho—agregó—para que aventure una apuesta con él.

Al poco rato sucedió como se lo había dicho.

El ejército realista se presentó en toda la falda de las alturas de Condorcunca; sobre su izquierda la división de *Villalobos*, la división *Monet* en el centro y la de *Valdés* formando la derecha. Su caballería había bajado primero al pie de la cuesta y se formó al frente de nuestro centro, que ocupó la división de reserva, al mando del general Lara. La del general Córdova sobre nuestra derecha y la división del Perú, al mando del gran mariscal. La Mar, sobre nuestra izquierda.

Los dos flancos de nuestra división eran defendidos y bien resguardados por quebradas hondas, aunque no intransitables. Momentos antes de empezar el combate, llegó el general Gamarra adonde estaba parado el general en jefe; antes de montar, y mirando las patas de su caballo, un hermoso *moro*, dijo: "Yo tengo mi seguridad en las uñas de mi caballo." Después de este dicho no le volví á ver en todo el día. El general quería dar principio al combate con un ataque de caballería. Se dirigió al pie de la altura (en donde se hallaba formada la caballería enemiga) con el teniente coronel Braun y los *Granaderos de la Guardia;* pero cuando llegamos como á unos ochenta pasos de la caballería formada, los granaderos dieron vuelta sin desordenarse y nos dejaron pasmados. Parece que ellos comprendieron mejor que no convenía ese movimiento, y vimos á los jefes españoles conteniendo á sus soldados y hablándoles. Entretanto, habían dejado sobre su fianco derecho bastantes batallones del enemigo, que debíamos atacar antes que bajasen más, pues éste era el plan en que habíamos conve-

nido. El general Sucre recorrió nuestras filas excitando el mayor entusiasmo, y colocándose en un punto céntrico, con aire imponente y lleno de emoción, dijo en voz alta:—"¡Soldados: de los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur!" Y luego, señalando á las fuerzas enemigas, que descendían á la llanura, agregó:—"Otro día de gloria va á coronar nuestra admirable constancia." El ejército libertador le respondió con estrepitosos vivas.

El combate se comprometió reciamente, con admirable denuedo por ambas partes.

El general Sucre se dirigió al general Córdova, que estaba cerca, y le dió la orden de atacar los batallones enemigos. Entonces el joven y heroico Córdova gritó con voz alta é imponente: —*¡Armas á discreción. Paso de vencedores. Marchen!*

Encontró á su frente á la aguerrida división *Villalobos*, con su artillería y caballería, toda la cual quedó completamente derrotada en menos de media hora. La división *Monet*, que bajaba del centro á apoyar á la de *Villalobos*, fué impetuosamente cargada por los cuerpos de la división de Córdova. Los granaderos de Colombia, con su teniente coronel Braun, teniendo que cargar pie á tierra por la escabrosidad del terreno, acabaron de destrozar los restos de aquella división, de la cual el escuadrón *San Carlos* quedó en esqueleto.

Viendo el general en jefe que el asunto estaba concluído sobre nuestro flanco derecho, se dirigió á galope hacia la izquierda. Á nuestra llegada allí, hallamos la división Valdés dentro de nuestras líneas y amenazando nuestra retaguardia. Inmedia-

tamente se hizo marchar al trote el batallón *Vargas*, y en seguida el *Vencedor*, á llenar el claro dejado por la división del Perú, que se hallaba dispersa; pero una vez que llegaron estos dos batallones de nuestra reserva, cargaron con la misma impetuosidad y denuedo que la división Córdova sobre nuestra derecha.

En este momento el general Valdés distinguió la bandera tricolor de Colombia, flameando en media falda de los altos de Condorcunca, frente á nuestro centro. Se persuadió entonces el jefe español de que todo estaba perdido, pero no emprendió su retirada hasta no ver su división completamente destrozada por una terrible carga del general Miller con los *Húsares de Junín* y el escuadrón de los Andes, en cuya última carga tuve el honor de hallarme.

Regresando con el general en jefe al ala derecha, me hizo esta interrogación: "Y bien, mi coronel, ¿no me dijo usted anoche que la victoria no sería completa (porque sería necesario atacar al enemigo antes de darle tiempo á que baje todas sus fuerzas); la quiere usted más completa?"

"Si, señor, le respondí; la quisiera aún más completa, pues, ¿no ve medio ejército de ellos subiendo y ganando las alturas, y todavía en suficiente número?" El capitán Jorge Brown, de la compañía de Granaderos del batallón *Pichincha*, fué el que clavó la bandera en media falda del Condorcunca, la misma bandera que yo había mandado hacer en Panamá para mi antiguo batallón *Istmo*.

Así terminó la memorable batalla de Ayacucho, en la que, según el parte del general Sucre al ministro de la Guerra en Colombia, los españoles presen-

taron un ejército de 9.310 hombres, y el ejército unido libertador era sólo de 5.780.

En este parte no se hace mención de un solo nombre extranjero, á excepción del nombre del coronel Sandes, del batallón *Rifles*, y del capitán Brown, de la compañia granaderos del *Pichincha*, por haber salido levemente heridos después de haber clavado la bandera republicana en la falda del Condorcunca. No hace mención de los valientes y meritorios capines del batallón *Rifles* Wright, Ferguson, Harris, Hallowes, ni del bravo teniente Gilmore Gregg, que había sido del regimiento *Lanceros* de la legión irlandesa, ni del intrépido teniente coronel Felipe Braun, del escuadrón *Granaderos de la Guardia*, ni de su jefe de Estado Mayor, que escogió la posición y trabajó durante todo el combate cuanto pudo.

Puedo decir, con toda verdad, que en aquella gloriosa acción todos cumplieron su deber. Ó vencer ó morir, no había remedio, y vencimos con un trabajo que apenas duró hora y media...

Cuando hubo cesado el fuego y pasado ya el combate, yo me ocupé, con partidas de diferentes cuerpos de nuestro ejército, de recoger á los jefes, oficiales y soldados heridos del enemigo y los fusiles y demás objetos arrojados en el campo de batalla. Hallándome en esta operación, llegó adonde yo me encontraba un capitán, Media-Villa, edecán del general Valdés, preguntando por el mariscal La Mar.—"¿Qué quiere usted con el mariscal La Mar? Él no manda aquí"—le dije.—"Eso lo sé—me respondió el capitán—, pero como sabemos que los colombianos no dan cuartel á nadie, tengo orden del

señor general Valdés de proponerle una capitulación, porque la tropa en lo alto está saqueando los bagajes de los generales y oficiales."

Pasó el capitán Media-Villa al pueblecito de Queñua, adonde se hallaban ya nuestros jefes, y al poco rato regresó con el mariscal La Mar hasta el alto, donde tuvo su entrevista con el general Valdés y los otros jefes realistas que allí se encontraban, y volvió antes de que yo hubiera acabado de desocupar el ya histróico campo de Ayacucho.

Los oficiales del Estado Mayor del general Canterac estaban echados á nuestros pies, en el suelo, unos roncando, otros quejándose. El general Miller hizo llevar su servicio de té al alojamiento del virrey La Serna, que se hallaba herido en una oreja. Tomaron su té y regresó el general á seguir escribiendo. Al siguiente día, temprano, llevé al alojamiento del general en jefe los partes de los muertos y heridos de ambos ejércitos y de los prisioneros, como también la razón de los pertrechos de guerra que resultaron de la victoria. Hallé al general Sucre dictando la capitulación de Ayacucho con el general Canterac, jefe del Estado Mayor general del ejército realista, y desempeñando las funciones del virrey, por estar herido La Serna. El general Carratalá escribía los artículos.

A este mismo tiempo entró en la salita el general español don Jerónimo Valdés, que venía desde el alto de Condorcunca, donde había pasado la noche. Estaba mojado y con mucho frío. Al entrar, el saludo que nos dirigió fué con estas palabras: —"Nos han fundido ustedes. Su posición había

sido una trampa número cuatro; los que en ella entraban no volvían á salir."

*
* *

Del general español Valdés en su *Exposición al rey:*

"La batalla de Ayacucho no fué perdida por la traición ó la ignorancia; la perdió la falta de valor de la tropa, su cobardía; esto es cierto, señor; pero también lo es que los generales, jefes y oficiales llenaron su deber. Dos de los primeros, heridos (*La Serna* y *Monet*), seis muertos y tres heridos de los segundos y una suma de los últimos excesivamente mayor de la que correspondía puestos fuera de filas, atestiguarán siempre esto mismo... La batalla de Ayacucho fué más sangrienta que la de Albuera, atendida la disposición de las fuerzas que concurrieron á una y otra; soy testigo de las dos, y comprueban además los documentos que tengo á la vista relativos á sus pérdidas... Cuando quedé solo, sin soldados, y después de haber procurado buscar la muerte, que habría sido inevitable si mi ayudante no me hubiera sacado de entre los enemigos, me replegué con ellos y algunos oficiales en la dirección que veía marchar algunos pelotones. A poco me encontré con los generales Canterac, Monet, Carratalá, Villalobos; brigadieres García Camba, Pardo y otros jefes y oficiales, haciendo esfuerzos para reunir los dispersos. Supe entonces que el virrey había sido herido y prisionero, recayendo por ello el mando en Canterac. El todo de los soldados que había podido reunir no pasaba de 200

(doscientos), y todos de caballería, sin un solo infante, y de aquéllos los que por tener peores caballos no habían podido huir. Reunidos los generales y jefes ya citados y brigadieres Atero, de ingenieros, y Cacho, de artillería, se conferenció sobre el partido que nos quedaba que tomar en tan críticas circunstancias, se tuvo presente la sublevación de los pueblos de retaguardia, el estado de fatiga é inutilidad de los caballos, la falta de infantería para abrirnos paso por el quebrado y fragoso terreno que teníamos que atravesar y la falta de armas, recursos y país para organizar nuevas tropas; mas entre todos los obstáculos y funestas ideas, ninguno se presentaba tan terrible como la forzosa necesidad de caer en poder de Sucre ó de Olañeta. Todos miraban en los dos otros tantos caudillos revolucionarios; pero el primero nos ofrecía capitulación por conducto del general La Mar, y nadie esperaba del segundo sino un fin trágico. Su crueldad en haber fusilado jefes y oficiales que no tenían otro crimen que el de obedecer al virrey, había hecho una terrible impresión sobre todos los espíritus. Las lanzas enemigas que teníamos á la vista y las balas que cruzaban en todas direcciones, sin tener nosotros un fusil, hicieron acelerar la resolución. Por esto se puede decir que la capitulación de Ayacucho fué igual á la de una plaza con brecha abierta que, hallándose el enemigo sobre la muralla, dijese al gobernador: "Ofrezco á usted capitulación, aunque está en mi mano pasar á cuchillo á usted y sus tropas." Así no es de extrañar, en mi sentir, que se vea al jefe principal, en unión con otro, ajustando la capitulación, ni que no se hayan sacado

más ventajas, cuando las pocas que nos concedieron deben mirarse como una gracia, ó tal vez un error de los enemigos, que es á lo que más me inclino, por conocer su carácter..."

En esta última apreciación Valdés se muestra injusto. En su parte de Ayacucho Sucre hace notar este concepto: "Aunque la posición del enemigo podía reducirlo á una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores á los rendidos, que vencieron catorce años en el Perú." Con todo, Valdés, en la *Refutación al Diario de Sepúlveda*, insiste en su afirmación y dice: "La capitulación (de Ayacucho) fué una concesión gratuita de los enemigos, motivada por un error de que se avergonzaron y arrepintieron cuando estaba ya hecha y no tenía remedio. El parte de Sucre al hablar de este particular lo expresa claramente, convirtiendo en generosidad la equivocación que se le había hecho concebir respecto á las fuerzas y recursos con que aún contaba el ejército del Perú."

***

La batalla de Ayacucho no debió perderse, como la otra de Lérida del célebre parte de Condé; de modo que el Perú vino á emanciparse cuando menos se esperaba.

Lo mismo sucedió en los demás puntos de América. Torrente ha escrito sobre esto los siguientes párrafos, que pueden servir de síntesis de la emancipación americana: "La plaza de Montevideo se rindió en 1814 á los independientes cuando los cuatro ó

cinco mil veteranos que la defendían y cuando una brillante escuadra, superior á la enemiga, daban, si no la esperanza de la victoria, á lo menos la de salvar aquellas fuerzas... El reino de Chile se perdió, en 1818, cuando más esperanzas había de que la derrota de los enemigos en Cancharrayada había de restablecer sólidamente la autoridad real. El reino de Santa Fe se perdió asimismo en el momento en que había menos elementos para producir este funesto resultado. El reino de Méjico (1821) pasó al poder de los rebeldes precisamente cuando había llegado á adquirir el dominio del rey tal pujanza, que los conductores de plata caminaban sin escolta en todas direcciones... Bolívar adquirió el dominio de las provincias de Venezuela en la batalla de Carabobo (1821), que fué seguramente la que empeñó con menos seguridades de victoria. El reino de Quito vió desaparecer como por encanto, en la batalla de Pichincha (1821), el gobierno español, cuando se creía, por el contrario, que los agresores maniobraban para hallar su salvación en los brazos de Bolívar, sobre Pasto... Se perdió el ejército de Morales en Maracaibo (1823) en el momento en que más esperanzas se habían concebido de que este digno jefe pudiese triunfar de todos los esfuerzos de los republicanos..." *(Historia de la Revolución hispanoamericana.)*

XIII.—Olañeta y los Ayacuchos.

Los vencedores se comprometieron, á cambio de la entrega del Callao y de la evacuación del Perú por los realistas, á respetar las vidas y haciendas de todos los españoles del virreinato y enviar á España á los que quisieran repatriarse. Ofrecieron igualmente á los jefes y oficiales realistas que quisieran servir en el ejército republicano su incorporación á él con el mismo grado. Esta última cláusula, según Valdés en sus *Memorias*, era ventajosa para los vencidos, por dos razones: por la dificultad de emplear en la Península oficiales de color y porque juzgando que la madre patria no dejaría de hacer nuevos esfuerzos para conquistar el Perú, se dejaba con estos oficiales una semilla que podría dar frutos abundantes.

El cuadro de los generales españoles comprendidos en la capitulación de Ayacucho fueron en el campo de batalla: D. José de Laserna, *virrey*.

D. José Canterac, *teniente general*.

Mariscales de campo: D. Jerónimo Valdés, D. José Carratalá, D. Juan Antonio Monet, D. Alejandro Villalobos.

Brigadieres: D. R. Bedoya, D. Valentín Ferraz,

D. Andrés García Camba, D. Martín Somocurcio, D. Fernando Cacho, D. Miguel Atero, D. Ignacio Landázuri, D. Antonio Vigil, D. Juan Antonio Pardo, D. Antonio Tur.

En el Cuzco: Mariscal de campo, D. Antonio María Alvarez. *Brigadieres:* D. J. Montenegro, el marqués de Valdelirios.

En Arequipa: Mariscales de campo: D. Pío Tristán, D. José de la Hera, D. Rafael Maroto.

En Puno: Brigadier, D. Pablo Echevarría.

En Potosí: Mariscal de campo, D. Pedro A. Olañeta.

*
* *

La capitulación no fué obedecida por Olañeta en el Alto Perú ni por Rodil, que se encerró en el Callao. Pudieron los vencedores dar por rotos los convenios de Ayacucho, puesto que se quebrantaban apenas firmados; pero se consideró que la fe colombiana los sostenía y se remitió á las armas la sujeción de los disidentes. La noble rebeldía de Olañeta y Rodil, que puso en grave aprieto la seguridad personal de los prisioneros de Ayacucho, motivó, sin duda, la bochornosa carta de Canterac á Bolívar, para hacérselo propicio:

"Huamanga 12 de Diciembre de 1824.—Excelentísimo señor Libertador, general D. Simón Bolívar. Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos de felicitar á V. E. por haber terminado su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse á sus órdenes y saludarle en nombre de los generales es-

pañoles, éste su afectísimo y devotamente servidor, que besa su mano, *José de Canterac.*"

Esta carta la negó posteriormente Canterac, pero los diarios de Lima la copiaron en facsímil para acreditar su autenticidad. La inserta Pruvonena en sus *Memorias y Documentos para la Historia de la Revolución del Perú* y O'Leary en su *Vida de Bolívar.* Canterac era francés, y el vencimiento de Ayacucho, si bien hirió su honor militar, no lastimó su sentimiento patriótico en el grado que sus compañeros de infortunio. El saludo á Bolívar está muy puesto en razón; la felicitación es una ignominia que ningún general español hubiera suscrito, y menos Valdés, el llamado Ballardo español de Ayacucho; "el que, por un exceso, si se quiere, de fortuna, venció con su división en el momento mismo que sucumbía el resto del ejército", como hace notar con legítimo orgullo su hijo, el conde de Torata. (*Memorias del general Valdés*, tomo II.) Otras circunstancias además desautorizan la felicitación de Canterac; el tono personalísimo de la carta; el no llevar la firma de Laserna, que era el de mayor graduación entre todos, y que el mismo Valdés se evadió á las cuarenta y ocho horas de firmada la capitulación y, de acuerdo con Laserna, García Camba y Ferraz, trataron de trasladar el teatro de la guerra á Arequipa ó á Chiloé, de lo que les disuadió la falta de buques. También Carratalá escribió á Rodil que no entregara el Callao si tenía medios de sostenerse, lo que sabido por Bolívar, que interceptó el pliego, mandó un edecán con orden de fusilar al general español donde le encontraran; pero ya éste navegaba con rumbo á Panamá. (*Esposición al rey del ge-*

neral Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú.)

Cuando por los dispersos se supo en Cuzco el desastre de Ayacucho una junta de jefes, en unión de la Audiencia, reconoció, en 16 de Diciembre, por virrey al mariscal de campo Tristán, retirado en Arequipa. Pero ante el oleaje de las tropas victoriosas que se dirigían á la ciudad, Tristán, en comunicación con Bolívar y Sucre, aceptó la capitulación de Ayacucho, en tanto que el general Alvarez, resignado á la suerte de la guerra abría las puertas de Cuzco á las legiones vencedoras.

Las primeras avanzadas del ejército de Colombia y Perú que entraron en la ciudad de los incas fueron las tropas de Gamarra y de Miller, en 24 de Diciembre de 1824. Al siguiente día debía entrar Sucre, el vencedor, de una manera incógnita; pero habiéndolo conocido la población vino á su encuentro y le condujo en triunfo en medio de aclamaciones de gratitud y de entusiasmo.

A los trescientos años de haber entrado Pizarro en la capital de los incas como adelantado del gran monarca Carlos V, entraba Sucre, el teniente de Bolívar, encontrando, entre otros trofeos, el estandarte de Pizarro, que guardaba la ciudad desde el año 1533. Como un tributo al Libertador, Sucre tomó este estandarte y cinco de las banderas que habían pertenecido á los ejércitos españoles y las envió al gobierno de Colombia en 1825.

"Tengo la honra—le escribió—de enviar á S. E. el vicepresidente en nombre del ejército cinco banderas de los más veteranos regimientos españoles que esclavizaron al Perú durante catorce años de

triunfos; ellas son las señales de obediencia y estimación que el ejército le ofrece, y que ruego se digne aceptar. EL ESTANDARTE CON QUE PIZARRO ENTRÓ, TRESCIENTOS AÑOS HA, Á ESTA ILUSTRE CAPITAL DE LOS INCAS, LO REMITO Á S. E. EL LIBERTADOR COMO TROFEO QUE CORRESPONDE AL GUERRERO QUE MARCÓ AL EJÉRCITO COLOMBIANO EL CAMINO DE LA GLORIA Y EL DE LA LIBERTAD DEL PERÚ."

El Libertador donó á la municipalidad de Caracas el trofeo histórico de tan valioso mérito, que todavía se conserva como una reliquia histórica.

Los "veteranos regimientos españoles" á que se refiere el parte de Sucre estaban compuestos, como antes se dijo, por indios y cholos del Perú, hasta el punto que en Ayacucho no pasaban de 500 hombres, del virrey abajo, los peninsulares combatientes. Interesa esta manifestación para que los americanos no se jacten de haber vencido á los españoles. Igual sucedió en el resto de las batallas que se dieron en América. El total de soldados que de España fueron á América desde el comienzo de la Revolución americana hasta 1820, sumaban un total de 42.000 y pico de hombres, centenares de los cuales fueron apresados en la travesía ó desertaron ó sucumbieron á los rigores del trópico. De todos modos, los soldados europeos eran de poca utilidad en aquella terrible guerra americana, en la que era necesario recorrer distancias enormes á través de desiertos, ásperas montañas y ríos caudalosos, experimentando en etapas de pocas leguas el brusco contraste del páramo helado y de la yunga ardiente. La mayor parte morían de pasmo ó de fiebre. Con este inconveniente hubo de tropezar también

Bolívar, que apenas pudo aprovechar una cuarta parte de los seis mil extranjeros auxiliares de Colombia. Las famosas marchas de resistencia del general Valdés en el Perú hízolas con los indios andícolas, los mejores soldados del mundo por su sobriedad y dureza para la fatiga.

***

Tres meses habían transcurrido de Ayacucho y aún quedaba el general español Olañeta, él solo contra todos, á título de *Defensor de la religión y del rey*. La conducta de este personaje le acredita de hombre intrigante, ambicioso y de no vulgares dotes políticos. Desde luego era militar acreditado; su última hazaña, antes de indisponerse con el virrey, había sido la destrución del ejército peruano de Santa Cruz y Gamarra, que habían llegado hasta la Paz y Oruro, y la derrota del guerrillero Lanza, en Falsurí (1823), el más antiguo y hábil de los de su clase, en el Alto Perú. Su ruptura con Laserna, hízola á pretexto de que éste no abolía el sistema constitucional en el virreinato; pero otras eran las causas de su resentimiento. Ya en 1817, acompañando á Laserna en su expedición á Salta, escribía al entonces virrey Pezuela una carta en la que se lee entre otras cosas: "El orgullo y la ignorancia del país en que se hallan algunos de los oficiales que han llegado en las nuevas tropas (*los llamados después Ayacuchos*), han puesto el ejército en un estado de abatimiento que hasta ahora no se ha conocido. Por su imprudencia han muerto algunos, sacrificando á varios soldados y dando á los gauchos

un engreimiento tal que se burlan de todos, como si fueran capaces de hacer algo... Sabe V. E. que soy enemigo de la adulación, pero permítame en esta ocasión que le diga que su ausencia del ejército cada vez es más sentida.“ Laserna acababa de reemplezar á Pezuela en el mando del ejército del Alto Perú, y Olañeta se refería á la importancia que el vencedor de Viluma daba al elemento criollo, al contrario de Laserna, que lo despreció en los primeros días de su generalato, dando la preferencia para los mandos de los cuerpos á los peninsulares que vinieron con él. De donde resultó que los oficiales criollos, que hasta entonces habían sido el mejor apoyo del rey en el Alto Perú y con los que Goyeneche y Pezuela rechazaron las invasiones argentinas, empezaron á disgustarse con la preterición y se entibió su entusiasmo por la causa española.

Olañeta tuvo la habilidad de hacerse suyos estos descontentos, reteniéndoles en su división y proveyendo en ellos los principales cargos militares y administrativos. No hay duda que si lo mismo hubieran hecho los demás gobernantes de América, la independencia se habría retardado, porque poco más podía ofrecer ésta á los hijos del país de lo que ya tenían. Por lo menos ahorraba á la metrópoli socorros personales, ya que oponía á la revolución americanos contra americanos. Olañeta era español, como se ha dicho, y sin embargo, á favor de esa política mantuvo la soberanía española en el Alto Perú cuando ésta se había derrumbado en el resto de América

Las provincias que gobernaba pertenecían en ri-

gor al virreinato del Río de la Plata, si bien fueron anexionadas al del Perú, *manu militare,* cuando la revolución de Buenos Aires. Olañeta aspiraba á reconstituir aquel virreinato, y tenía agentes en la corte que ya le tenían negociado el asunto, como que en 27 de Mayo de 1825 se le expidió título de virrey de las provincias del Río de la Plata, precisamente un mes antes de su muerte. Comprendiendo que el resto de América estaba perdido y lo imposible de contener á Bolívar en su bajada de Colombia tuvo la habilidad de hacerle creer que le ayudaría á última hora, lo que explica los amistosos calificativos con que el Libertador le condecoró; pero cuando llegó el momento de cumplir el compromiso, después de Ayacucho, Olañeta levantó la bandera del rey.

La noticia de Ayacucho le cogió en Tupiza, cerca de la frontera argentina, donde tenía su cuartel general. Tenía á sus órdenes cuatro mil *cholos* ó mestizos del país, muy aguerridos; disponía de elementos sobrados de guerra y no le faltaba dinero para hacerla, porque en su jurisdicción estaban las celebérrimas minas de Potosí y Oruro. Pero su situación era insostenible; estaba acorralado entre Sucre al norte y Arenales al sur, que venía desde Salta. Desechó, sin embargo, las proposiciones conciliatorias que le hizo el vencedor de Ayacucho, y animosamente corrió á Puno á cortarle el paso.

Aquí supo que las guarniciones de La Paz, Chuquisaca, Cochabamba y Santa Cruz se habían declarado por los patriotas; que Valdés (a) el "Barburucho", su mejor teniente, se había entregado. Perplejo, confundido, quiso acudir á todas partes, y

ninguna defendió. Con setecientos hombres que le quedaban optó por encaminarse al sur, y al llegar á Tumusla, se le sublevó la vanguardia, que mandaba el coronel Medinaceli. Olañeta le acometió furioso, y en la pelea recibió una mortal herida, de la que murió al día siguiente (3 Abril de 1825).

Olañeta, pues, no fué traidor al rey, no obstante que Bolívar le halagase con el dictado de "Protector del Perú". Lo que sí no puede negarse, es que su desobediencia á Laserna determinó la caída del Perú, suceso que vislumbraron sus allegados, por lo que procuraron ponerse á bien con los vencedores. Entre ellos el sobrino y secretario del general, D. Casimiro Olañeta, abogado potosino de mucho talento y elocuencia, que después de Ayacucho abandonó á su tío y fué el introductor del general Sucre entre sus paisanos, organizándole magníficos recibimientos en Potosí y Chuquisaca. Era un gran orador, como lo demostró en la asamblea constituyente de Bolivia, pero también un gran intrigante que supo sacar tajada en todas las situaciones políticas por los que atravesó su país, desde la dictadura de su tío hasta la del presidente Santa Cruz. Por de pronto, Sucre le agració con la prefectura de su país natal, Potosí, por el curioso motivo que cuenta O'Connor:

"Llegué á la prefectura de Potosí, en donde encontré al Dr. D. Casimiro Olañeta desempeñando la prefectura. Este me entregó una nota del general Sucre en la que me decía que me quedase en esa ciudad de prefecto y comandante general; que se vió obligado á mandar al doctor Olañeta á Potosí hasta mi llegada, por haber recibido parte de que

el general Urdininea, que desempeñaba el destino, atropelló la guardia una noche, en estado de embriaguez; que era necesario relevarle, que no había otro presente más que el doctor Olañeta, pero que éste hacía falta en la corte suprema, de que era ministro."

*
* *

Honroso epílogo de la dominación española en el Perú fué la resistencia en el Callao del general Rodil, quien por lo pronto se negó á recibir al edecán de Canterac que le llevaba el oficio de la capitulación de Ayacucho. Fué éste el comandante Ramón Gascón, muerto de mariscal de campo del ejército español en 1883.—"Que capitulen ellos — exclamó Rodil —, ya que se han dejado vencer. Mientras tenga yo pólvora y balas, no quiero tratos con el enemigo." Y lo hizo bueno defendiéndose diez y siete meses y medio contra los ataques de la escuadra y el ejército republicano, del hambre y de la peste. Sólo cuando faltaron los más repugnantes medios de subsistencia, cuando ya no le quedaba más que tres centenares de hombres de los dos mil novecientos que tenía al principio del sitio; cuando la traición había entregado dos rebellines al enemigo, y más que todo, cuando en una tregua que se le concedió supo por los buques mercantes anclados en la bahía que nada podía esperar de España, y que se había quedado solo en América, entónces capituló Rodil. Los españoles que tantas plazas del Callao tenemos en nuestras ciudades en recuerdo de un triunfo dudoso sobre Lima por nuestra escuadra. el 2

de Mayo de 1866, debiéramos trasladar esta dedicación á la defensa de Rodil, pues hay derrotas gloriosas, y la del Callao es tanto como la de Trafalgar, que tanto enaltecemos.

Con la rendición del Callao, que fué en 22 de Enero de 1826, acaecida por curiosa coincidencia en el mismo día que la del archipiélago de Chiloé, defendida también hasta el último trance por el valiente *Quintanilla*, entregaron los españoles sus últimos baluartes en la América del Sur. Un año antes, el 18 de Diciembre de 1825, se había perdido también el castillo de San Juan de Ulúa, en Méjico, defendido durante más de cuatro años por los generales *Dávila* y *Coppinger*. El último defensor, sin embargo, de la causa española y que no vemos consignado en ninguna historia, es el general *Francisco Aguilera*, uno de los tenientes de Olañeta, que en 1828, sublevó Mojos, Chiquitos y Santa Cruz (Bolivia), al grito de ¡viva el rey! Fué vencido en Valle Grande y pasado por las armas.

***

En Agosto de 1825 ya estaban en España los generales vencidos en Ayacucho. Fueron recibidos hostilmente por la opinión pública, por el estilo que en 1899 aquellos que perdieron Cuba y Puerto Rico. Entonces, como ahora, se culpó á los militares, que cumplieron con su deber, de lo que eran responsables los politicastros de Madrid, cuya ignorancia de las cosas de América, á pesar de estar dirigiéndolas, era supina. Sobre todo, los generales españoles del Perú, hicieron prodigios de audacia, de abnegación y patriotismo.

"La conducta de ustedes en el Perú como militares merece el aplauso de los mismos contrarios", escribió Bolívar contestando á Canterac.

Esto se fué reconociendo con el tiempo en España, y en 1827 empezaron á ser rehabilitados casi todos ellos y vueltos al servicio. Como vinieron jóvenes del Perú, tuvieron ocasión de figurar en la guerra de sucesión al trono de España (1833-39), llegando á escalar los más altos puestos militares y políticos.

José Laserna es el *conde de los Andes.* José Canterac, hecho *conde de Casa-Canterac,* llegó á capitán general de Castilla la Nueva, y en 1835 murió asesinado en un motín popular en la Puerta del Sol. *Jerónimo Valdés,* en este mismo año, era capitán general de Valencia, y del 41 al 43 lo fué de la isla de Cuba. Posteriormente, le hicieron *conde de Torata. Juan Antonio Monet* fué nombrado jefe de una brigada de Cataluña en la primera guerra civil, pasó luego á comandante del campo de Gibraltar y de aquí á ministro de la Guerra.

Andrés García Camba fué capitán general de Filipinas y ministro de Marina é interino de Guerra, en 1841.

José Ramón Rodil, el héroe del Callao, llegó á marqués y capitán general, el más alto grado del ejército español, y á presidente del Consejo de ministros, en 1841.

Quien más se encumbró fué *Baldomero Espartero,* que llegó á regente del reino. Este no estuvo comprendido en la capitulación de Ayacucho, porque en Marzo de 1824 había sido enviado á España con pliegos de Laserna. El virrey le dió esta comisión con preferencia á otros, porque Espartero era sobrino del ministro de Gracia y Justicia, García La Torre, y esta circunstancia facilitaba los trámites oficiales. En efecto, Espartero estaba ya de regreso en Quilca pocos días después de la

batalla en que sucumbieron sus compañeros de armas.

uando en 1841 subió á la Regencia, sus enemigos políticos designaron con el mote de *Ayacuchos* el bando que él acaudillaba, resucitando el recuerdo de la desgraciada campaña del Perú. Para ilustrar la opinión pública y que los españoles pudieran juzgar con mayor copia de datos los servicios y merecimientos de los leales defensores de España en aquella guerra, escribieron García Camba sus *Memorias para la Historia de las armas españolas en el Perú* y el general Valdés sus *Memorias.*

En tanto que así medraron los *Ayacuchos* españoles, ¿qué fué de los Ayacuchos americanos? Fueron éstos, como es sabido, Sucre, Gamarra, Córdova, La Mar, Lara Miller y O'Connor. Sucre fué muerto como un conejo en la barranca de Berruecos; La Mar, murió en el destierro, Córdova, fusilado como un faccioso, y Gamarra sucumbió en Ingavi de una bala boliviana. Miller, había dicho á O'Connor, el día de Ayacucho: «El último tiro de cañón dado hoy en este campo debe servir de aviso á todos los extranjeros para que salgamos de este país, pues no habrá cabida ya en él para nosotros.» Y no se equivocó.

XIV.—«Auctoris libertatis americanis in austro.»

En este tiempo Bolívar entró de lleno en los dominios de la Historia. El mundo entero le llamó el Libertador ó el WASHINGTON DE LA AMÉRICA DEL SUR, como fué el primero en llamarle Enrique Clay, en el Parlamento de los Estados Unidos.

En 1824 el congreso de esta república decretó facultar al presidente Monroe para que á nombre de la nación invitase al general Lafayette, uno de los héroes de la independencia norteamericana, á visitar la gran república. Lafayette, entonces en Francia, desembarcó en Nueva York, y su viaje por los Estados de la Unión fué un paseo triunfal. El congreso obsequió á su ilustre huésped con doscientos mil pesos oro y dos mil acres de terreno, como un pequeño tributo á sus servicios, y con un espléndido banquete al que asistieron más de seiscientos representantes del pueblo angloamericano. En esta fiesta Enrique Clay habló de Bolívar é hizo su consagración oficial en estos términos:

"Mientras gozamos en la paz abundancia y seguridad de los beneficios de las instituciones libres que fundaron el valor y patriotismo de nuestros padres y de sus valientes compañeros que ahora

están presentes, al recordar libre y satisfactoriamente la memoria de nuestra revolución, ¿podremos olvidar que nuestros vecinos y amigos en el mismo continente luchan ahora para completar aquella libertad é independencia, que, entre nosotros, fué tan felizmente recobrada? En su favor ninguna nación, ningún generoso y desinteresado Lafayette se ha mostrado; y solos y sin ayuda han sostenido su gloriosa causa, confiados en su justicia, y sin más auxilio que el que les proporcionan su valor, sus desiertos y sus Andes..." Clay siguió hablando de España y de su rey, durante aquella época, en términos algo fuertes, y al concluir propuso el siguiente brindis: POR EL GENERAL BOLÍVAR, EL WASHINGTON DE LA AMÉRICA DEL SUR, Y POR LA REPÚBLICA DE COLOMBIA.

La concurrencia, poniéndose de pie y elevando sus copas, gritó en un solo ritmo, delante de Lafayette: "Por Bolívar, el Washington de la América del Sur, y por la República de Colombia." Esta fué la frase cordial y elocuente con que la gran República saludaba á las jóvenes nacionalidades de la América del Sur que Bolívar acababa de crear.

Simultáneamente, la familia de Washington resolvió regalar á Bolívar con una medalla de oro en la que iba grabada la efigie del Padre de la patria con esta inscripción:

AUCIORIS LIBERTATIS
AMERICANÆ IN SEPTENTRIONE HANC IMAGINEM
DAT FILIUS EJUS
(PATER PATRIÆ)
ADOPTATUS ILLI QUI GLORIAM
SIMILEM IN AUSTRO ADEPTUS EST

(Este retrato del autor de la Libertad en la América del Norte, lo regala su hijo adoptivo á aquel que alcanzó igual gloria en la América del Sur.)

Fué encargado de remitírselo el mismo Lafayette, y con este motivo, entablaron correspondencia éste y Bolívar.

El 7 de Septiembre de 1825 partió Lafayette para Francia, después de haber permanecido por más de un año en la patria de Washington. El gobierno puso á su disposición una hermosa fragata de guerra de 44 cañones que acababa de construirse, y como un alto honor al distinguido huésped, la bautizó con el nombre de *Brandy wine*, para recordar á Lafayette el río de los Estados Unidos, en cuyas orillas había recibido el adalid su herida gloriosa en defensa de la libertad de Norte América.

Lafayette continuó desde Europa la correspondencia que desde los Estados Unidos había iniciado con Bolívar. En esta correspondencia, que se publicó en *Las Memorias de Lafayette*, aparecen las siguientes cartas (1) que servirán de enlace entre esta digresión y el asunto principal de nuestro estudio:

París, Diciembre 23 de 1827.

Presidente Libertador.

Los testimonios de vuestra estimación y benevolencia me han originado muchas peticiones. Los franceses que marchan para la América del Sur

(1) Traducidas por Arístides Rojas.

desean ser presentados á vos, dando con razón á esto el más importante precio. Ellos conocen mi respeto y mi adhesión al ilustre Libertador, al fundador abnegado de las instituciones republicanas en los vastos países, de los cuales podéis decir, con más verdad que M. Canning, que han sido llamados por vos á la existencia política y á la independencia nacional; pretensión inglesa que me ha parecido un extraño error de fecha, si se atiende á lo que vi y supe en Washington durante mi permanencia en los Estados Unidos. Ahora me complazco en hablaros de un hombre, y de un proyecto útil á la república colombiana.

.....

Vuestras últimas declaraciones sobre el republicanismo constante de vuestros sentimientos y acerca de vuestro justo desprecio de los poderes y dignidades, sólo convenientes á los ambiciosos de segundo orden y á los que no conocen la verdadera gloria, son una réplica á las malévolas insinuaciones de los adversarios de nuestra causa y de vuestra fama, al mismo tiempo que motivo de satisfacción para los amigos de la libertad y los vuestros. No puedo manifestaros, mi querido general, cuánto placer me causan las manifestaciones de vuestras patrióticas virtudes, y cómo me siento unido á vos por todos los sentimientos de mi alta consideración y de mi respetuoso afecto.

LAFAYETTE.

Lagrange, 1 de Julio de 1830.

General Libertador: Largo tiempo ha que no he tenido la honra de comunicaros mis sentimientos, pero me habéis hecho justicia. El mensaje de que habéis encargado á nuestros amigos Palacio y Salazar me ha conmovido profundamente, menos por el precioso testimonio de estimación vuestra que en él

he visto, que porque me complazco en encontrar una prueba más de vuestro apego á la verdadera gloria y de vuestra perseverancia en los principios de la libertad republicana.

No, mi querido general, yo no consentiré en deprimir el gran nombre de Bolívar y en descender yo mismo hasta el punto de imputaros los inconvenientes y los deseos de una ambición vulgar. La corona fué para Napoleón una degradación, así como su segundo matrimonio fué un enlace desigual; no conoció cuánto le elevaba sobre los tronos de Europa una magistratura popular, viniendo á estrellarse frente á una mezquina monomanía de poder los dones del carácter, del espíritu, del talento y la más bella probabilidad de una situación extraordinaria. Faltábale el entusiasmo abnegado que pide la causa de la humanidad y que os mantendrá á vos, en un hemisferio esencialmente republicano, á la altura del título de Libertador tan justamente discernido á vuestros nobles esfuerzos y á vuestros gloriosos resultados.

Con sobrada injusticia se procede cuando no se tienen en cuenta las dificultades especiales que os rodean en medio de los despojos del régimen colonial de España, de una población educada bajo la influencia del despotismo, de la aristocracia, de la superstición de la madre patria, que tenía por principio mantener en el aislamiento de la ignorancia á sus súbditos americanos. Los angloamericanos tenían ya todas las costumbres cívicas. Fueron hombres libres que desde las primeras tentativas de opresión se hicieron independientes, y han formado el más admirable sistema representativo que ha garantizado la dignidad, la libertad, la prosperidad humanas. Vos habéis comenzado bajo auspicios menos dichosos; pero por lo mismo es más glorioso haber libertado vuestra bella patria del yugo europeo, á fuerza de talento, de obstinación, de valor; haberla levantado, desde los primeros momentos, á a altura del sistema republicano, estado superior

de civilización hacia el cual tienden lentamente las poblaciones del Viejo Mundo.

A tan gran distancia no me corresponde juzgar de los obstáculos que habéis podido encontrar para la tranquila y completa ejecución de las formas legales y populares, ni de los embarazos que pueden suscitar en vuestras nuevas repúblicas la necesidad de mantener en pie, contra un enemigo amenazante y que nunca aparece, tropas y generales á quienes tal estado de cosas deja tiempo para maquinar proyectos da turbulencia y de ambición. Se ha podido temer, os lo confieso, que movido por un sentimiento, que no me es desconocido, de impaciencia contra la anarquía y la popularidad hipócrita y la incapacidad cívica, no hayáis atendido á la necesidad de reforzar el poder ejecutivo en las instituciones permanentes; y os lo diré con franqueza, mi querido general, que yo mismo, vuestro admirador y amigo, he creído ver en la *Constitución boliviana*, las trazas de esta disposición. Desde luego, es imposible que no os hayáis visto rodeado, como Napoleón, de hombres adictos, adoradores de vuestra gloria y persona, ambiciosos algunos, deseando de buena fe, para vos, para el país mismo, y pidiéndolo imprudentemente, lo que les parecía una especie de elevación; mientras que la elevación de vuestra alma, la superioridad de vuestro espíritu os advierten que sois grande sobre todo por vuestra incomparable individualidad en la igualdad cívica.

También es evidente que las monarquías y aristocracias europeas miran con despecho que no se cuente con ellas en las instituciones del otro hemisferio. Querríase introducir entre vosotros, desembozadamente, ó con astucia, aquellos invasores enemigos del *Self government* de los pueblos. Inglaterra, en particular, que durante largo tiempo ha pasado por el Estado mejor constituído, á causa de ser él sólo un poco representativo, se indigna y se inquieta de la evidente superioridad de las constituciones de la América del Norte, y cuando se observan estos

principios de derecho natural y social adoptados por los americanos de raza española. ¿No es de temerse en seguida, en la Gran Bretaña y en la Irlanda, el contagio del espíritu de imitación, á causa de las superfetaciones de una realeza dispendiosa, de un clero intolerante, de una aristocracia monopolizadora de todas las propiedades? He ahí, creo yo, un motivo más del origen de esas intrigas y de esos rumores que afligen vuestro noble corazón y vuestro invariable patriotismo. He ahí también por qué yo os felicitaba, hace algunos años, por aquel congreso de Panamá, que habría podido, así lo creía, alejar más y más la influencia heterogénea de la diplomacia europea, fijando una política americana enteramente nueva como vuestras instituciones.

Pero en la situación extraordinaria en que os han colocado vuestras grandes cualidades para la libertad y la gloria de la América del Sur yo no he vacilado; y á pesar de todo lo que tiene de lisonjero y amistoso para mí vuestro recuerdo, no tengo como mérito haberos defendido contra imputaciones que repugnan tanto más á mis sentimientos, cuanto que yo mismo, en mi esfera de acción, he sido víctima de calumnias del mismo género, y que una equivocación de mi parte acerca de vuestro bello carácter me habría llenado de color.

Las últimas noticias de Colombia, vuestro patriótico mensaje y las primeras resoluciones del congreso, han devuelto en Europa la confianza á muchos espíritus suspicaces. El principio de federación, por el cual mis hábitos y mi experiencia del Norte me hacen muy parcial, y el de centralización que aparecéis prefiriendo, son dos especies de combinaciones republicanas que, en mi ignorancia de las circunstancias locales, no me atreveré á discutir aquí, aunque á primera vista me parece que el sistema de los Estados Unidos, que establece muchos focos políticos con un lazo muy fuerte de federación nacional, sería un medio poderoso para

adelantar en la civilización constitucional. Ya veis, general Libertador, cómo vuestro último proceder, aumentando mi confianza, me anima á hablaros de cosas en las cuales, á causa de la distancia, no soy juez competente.

. . . . . .

. . . . . .

Si releyera mi carta general Libertador, me admiraría de las libertades que me tomo con tan pocos títulos para ser oído en esas cuestiones locales; pero la alta admiración que me inspiráis, el simpático sentimiento que constantemente me ha hecho vuestro defensor, como habéis tenido la bondad de reconocerlo; el afecto y la confianza cuya expresión os habéis dignado aceptar, así como mi gratitud á vuestras manifestaciones de estima y de amistad, he ahí la excusa que os presento con esta larga carta, que ya es tiempo de terminar, reiterándoos las veras de mis deseos públicos y personales por vuestra patria, por vuestra gloria y por vuestra felicidad. —*Lafayette.*

Lafayette no sobrevivió á Bolívar sino en muy pocos años, pues murió en 1834, tiempo suficiente para ser testigo de cómo se maldecía la memoria del Libertador de Colombia. ¡Cuánto no debió admirarse aquel hombre ilustre al comparar la manera cómo habían desaparecido las dos grandes figuras de América: Washington, que descendió á la tumba amado y bendecido de sus compatriotas; "el primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en el amor de sus conciudadanos"; y Bolívar, que fué empujado al sepulcro, en medio de un vendaval de maldiciones y de calumnias y que sólo con el tiempo, reparador de todos los males, debía tornarse en un himno de gloria!

XV.—El Ocaso del astro.

Las anteriores cartas de Lafayette describen al Bolívar que nos queda por ver; hábil para la guerra, pero incapaz para organizar la victoria.

La convocatoria del congreso de Panamá, ya nos dice Lafayette á lo que propendía: á establecer una política americana con prescindencia de toda intervención diplomática extranjera; era, en suma, la aplicación del lema del presidente Monroe: "América para los americanos", que el imperialismo yankee ha convertido en *América para los americanos del Norte*. Bolívar abrigó el proyecto amplio y trascendental de un areópago hispano-americano en aquel tiempo que era posible una intervención de la Santa Alianza en las colonias recién independizadas, pero no bastaba decretar esa autonomía diplomática, era preciso hacerla viable por el arraigo de las instituciones y por la independencia económica de la confederación. La llamada "Doctrina de Drago" en el Derecho internacional moderno, es la teoría de Bolívar, que ha necesitado casi un siglo para encarnar en la realidad. El Libertador, al lanzar el plan del anfictionado, lo hizo antipático por tomarse la parte del león, ofreciéndose como Protector ó

Director supremo de toda la América española. Chile, La Argentina, Uruguay y Paraguay rechazaron sus ofrecimientos, juzgándolos interesados, por lo que se negaron á enviar sus representantes al congreso de Panamá.

Bolívar no perdonó á la Argentina, promotora de esta disidencia, el desaire que le hizo en esta ocasión. Cuéntase que en tránsito á Bolivia, al pasar por Arequipa fué invitado á la mesa del gobernador Alvarado, general argentino. El Libertador, excediéndose en sus libaciones, anunció en su brindis que en breve entraría con la espada en territorio argentino. Como se le replicara por uno de los comensales, argentino y también acalorado por el néctar, que sus compatriotas no aceptaban dictadores, Bolívar trepó de un salto á la mesa del banquete, y rompiendo con furia copas y platos con el tacón de su bota, prorrumpió frenético: *Así pisotearé la República Argentina.*

Ante el fracaso del congreso de Panamá, el Libertador hubo de limitarse á consolidar su autoridad en Venezuela, Nueva Granada, Quito y Perú, países que aspiraba á unir con vínculo federativo, haciéndose él su presidente vitalicio. Al año de Ayacucho, asumía la presidencia de media América, reservándose al mismo tiempo el mando del ejército y la inspección suprema de todos los servicios. Delegó sus facultades, para Venezuela, en el general Páez; para Nueva Granada, en Santander; para Bolivia, en Sucre, y él se estableció en Lima, haciéndola centro y corte de su vasto directorio.

El Perú dividido, como sabemos, en Alto y Bajo, fué como blanda arcilla en manos de Bolívar. Li-

bertadas ambas regiones en Ayacucho, se entregaron de buen grado, como feudos del Libertador. No es que éste diera su nombre al Alto Perú; está probado que el autor de este cambio fué Manuel Martín, diputado por Potosí, uno de los 48 congresistas que formaron la Constituyente de la nueva nacionalidad en 1825.—"Sólo Dios tenía potestad para llamar esta tierra *Bolivia*"—dice el Libertador al final del Mensaje con que acompañó su proyecto de Estatuto.—"No hallando vuestra embriaguez, añadía, una demostración adecuada á la vehemencia de sus sentimientos, arrancó vuestro nombre (*Alto Perú*) y dió el mío á todas vuestras generaciones".

La nueva nacionalidad decretó, además, que el Libertador tenía el supremo poder ejecutivo en ella, en *todo tiempo, por todo el tiempo que residiera en el territorio.* La ciudad de Potosí se empeñó en cambiar su nombre por el de Bolívar, pero éste tuvo el buen gusto de no consentirlo, alegando el inconveniente de cambiar aquel nombre primitivo, símbolo de riqueza y de opulencia. "Para exceder al senado de Tiberio sólo le faltó nombrar segundo Libertador á su caballo", comenta el argentino Mitre.

En cuanto al Bajo Perú, el Perú propiamente dicho, la abyección llegó á tal grado de vileza, pidiendo al Libertador que no les desamparara y fuera su amo, que un dignatario del Estado se echó ante el ídolo y le pidió le pusiera el pie en el pescuezo, para poder decir "que había sostenido al hombre más grande del siglo". Rendido á tanta adulación, Bolívar les dió la *constitución boliviana*,

salida de su magín, que imponía un presidente vitalicio, con derecho á elegir su sucesor, con tres cámaras, una de ellas de censores, como los romanos; código autócrata é inquisitorial que fué sancionado en Lima y Chuquisaca, ciudad, entre parentésis, que cambió su histórico y nobiliario nombre por el del extranjero Sucre. Bajos y altos peruanos obraban así por atavismo. Sus antepasados dobláronse impasibles, como el buey al yugo, al poder de los incas y de los españoles; al cabo de tres siglos humillaban la cerviz al conquistador de la libertad. Ley ancestral que se repitió en el Paraguay con los antiguos doctrinos jesuíticos, obedientes á la férula del dictador Francia. Para estos países no merecía la pena haberse hecho la revolución; dejaban á un rey con corona y tomaban otro con gorro frigio.

¡Qué distinto fué el criterio de los hombres de Nueva Granada y Venezuela! "La constitución boliviana—dijo un senador de Bogotá—es el peor ultraje que ha podido hacerse á la razón humana en este siglo de luces y de libertad; es el conjunto de todas las tiranías, es un despotismo legal, es el oprobio y la degradación de los pueblos. Ella es el "monstrum horrendum" de Virgilio, ¡No! Antes federación que esclavitud; primero destierro que ser vasallo de nadie." Venezuela, con Páez al frente, se sublevaba contra el dictador y, por fin, Perú y Bolivia recobraban su autonomía á excitación de las tropas colombianas que tenían en su recinto y que poblaban los aires al grito de ¡Viva la Libertad!

Entonces fué (1828) cuando á José Antonio Sucre sus mismos colombianos le rompieron el brazo que había guiado á la victoria de Ayacucho, porque,

fiel á Bolívar, no se adhería al pronunciamiento general, y amargado, cedió el campo á Agustín Gamarra que aparecía por la frontera para federar Bolivia con el Perú, propósito que no se realizó pero que dió por resultado la emancipación de estos países de la tutela colombiana.

Faltándole el auxilio de las bayonetas, Bolívar vió venirse abajo todo su imperio republicano. Sus mismos tenientes se encargaron de deshacerlo: Páez en Venezuela, Santander en Nueva Granada y La Mar en el Perú. El Libertador partió á escape á Caracas y á Bogotá para parar los golpes; redujo por buenas á Páez, y Santander se le sometió porque tenía la seguridad de derribarle. En efecto, la famosa convención de Ocaña (9 Abril 1828) compuesta de 64 diputados, presentó en minoría sólo nueve bolivianos y el resto santanderistas, que pedían la reforma constitucional. El general Córdova, el de la proclama de Ayacucho, "á paso de vencedores", con su latiguillo en la mano, cruzado de piernas en una silla, fué en esta ocasión el más firme sostén del dictador, proponiendo que se le devolviese la plenitud del poder, lo que aceptó aquél dando un golpe de Estado, pretextando "que no podía tolerar el triunfo de la anarquía". Por su propia autoridad anuló la constitución de Colombia, quitó el cargo de vicepresidente para anular á Santander, amordazó la prensa y suprimió las cátedras de Derecho en las universidades y firmó deportaciones. Entonces se afiló el puñal de Bruto.

Estando una noche durmiendo Bolívar en el palacio de Bogotá fué sorprendido por los conjurados que, para abrirse paso, dieron muerte á los centine-

las. Salvó su vida en esta ocasión la presencia de ánimo de *Manolita*, su querida, la "Libertadora", como la llamaban el pueblo y los soldados, la cual, evitando que él abriera la puerta y se lanzara espada en mano contra los asesinos, hízole saltar por una ventana baja á la calle, á tiempo que ya estaban forzando la puerta. Hallaron el lecho vacío los conjurados, pero salieron gritando que habían muerto al *tirano*. Con esto las turbas vitorearon á Santander y dieron muerte en sus casas ó en la calle á algunos amigos de Bolívar; el cual, sin tiempo para más, había tenido que esconderse debajo de un puente, y en esto oyó pasar una patrulla de soldados que le buscaban para protegerle. El fugitivo se unió á ella y se volvió tranquilamente á la cama á pasar el resto de la noche. Un consejo de guerra sentenció á los autores de la conjuración á ser pasados por las armas, y de esta hecha murió el mulato Padilla, el héroe naval de Maracaibo, y fué anulado Santander, enviándole al destierro.

*
* *

El único que le restaba fiel á Bolívar era Sucre, contra quien, según dijimos, se pronunciara la guarnición de Chuquisaca. Acusado de complicidad en este hecho el gobierno del Perú, el Libertador, como presidente de Colombia, le declaró la guerra, y Sucre, por servir á éste, vióse obligado á combatir contra sus compañeros de Ayacucho, Gamarra y La Mar, á los que venció en Tarquí (1829), logrando con esta victoria que los caudillos Ovando y López, que instigados por los hombres del Perú se habían

sublevado en el Ecuador, volvieran á la obediencia de Bolívar. Por ahí le vino la muerte al *gran mariscal de Ayacucho*, como se verá. *Antonio José Sucre* había nacido en Cumaná (Venezuela) el 3 de Febrero de 1795. Su carrera, al principio, como la de sus compañeros de armas, encontró dificultades y reveses. Bolívar, hasta el año 1819, le había tratado poco y le conocía menos. Cuando el vicepresidente Zea ascendió á Sucre á general de brigada sin tener facultad para ello, Bolívar se disgustó mucho y aconteció que, bajando el Orinoco, después de la batalla de Boyacá, se encontraron las flecheras en que iban los dos. Al ponerse al habla las dos embarcaciones, preguntó Bolívar: "*¿Quién va en esta flechera?* —El general Sucre, le contestaron: —*No hay tal general*, replicó en tono enojado, y ordenó que atracaran á tierra ambas flecheras. Entonces Sucre le explicó que aunque había sido nombrado general porque tal vez sus servicios lo merecían, nunca había pensado aceptar el grado sin el beneplácito del Libertador. Comprendió al punto éste el reproche y desde entonces fueron amigos los dos hombres que más contribuyeron á dar libertad á la América.

La batalla de Pichincha fué la primera victoria de Sucre como general en jefe, y le dió la posesión de Quito, en cuya ciudad casó con la hija del marqués de Solando. Sobre este matrimonio refiere O'Connor la siguiente anécdota: "Vino mi paisano el coronel Arturo Sandes á visitarme, y estando en conversación con él, entró á mi cuarto el general Sucre y dijo al coronel Sandes que marchaba un oficial á Quito, y que él estaba escribiendo á un amigo suyo en aquella ciudad. "Sandes—le dijo—,

sé que usted tiene allí dada palabra de matrimonio á la hija del marqués de Solando; yo deseaba casarme con esa señorita y me permito proponer á usted que confiemos á la suerte nuestros deseos. Tiremos un peso al aire para ver quién gana la mano de la marquesita, y si usted la pierde, yo mando mi poder ahora mismo á Quito para casarme con ella." "Convenido—respondió Sandes—, y por otra parte quién sabe si volveremos otra vez á Quito ó si moriremos en alguna acción de guerra. Me nombraron entonces á mí por testigo; yo tiré el peso al aire y ganó el general Sucre, quien, efectivamente, se casó con la señorita de Solando, á su regreso á Quito."

He aquí cómo describe su muerte Posada Gutierrez en sus *Memorias:*

"Sucre con un amigo, dos asistentes y tres criados llegó á un tambo ó posada en despoblado, propiedad de José Erazo. Era este hombre de baja extracción, indio, de instintos salvajes, avezado al crímen, antiguo guerrerillo realista de los conmilitones de Obando, presentado á la república en 1827, rodeado de desertores y soldados licenciados del ejército, todos armados, calificado de salteador de caminos; era Erazo en aquel sombrío despoblado una amenaza para los pasajeros, que temían ser robados ó asesinados, compraban su seguridad con regalos, ya espontáneos, ya solicitados. Su aspecto siniestro, el de su mujer, que montaba á caballo á horcajadas como hombre, con sable ceñido y pistolas cargadas en pistoleras de cuero de tigre; el de sus compañeros, que llamaba sus jornaleros, negros ó indios, sucios, de tosco somblante y torvo mirar,

todo inspiraba en aquella forzada *pascana* un terror que quitaba el sueño al hombre más fatigado. Y ese Erazo era teniente coronel y comandante de las milicias de aquellos contornos, que se llamaban la "línea de Mayo" nombrado, sostenido y mimado por el general Obando.

„La aurora del 4 de Junio (de 1830) apareciendo clara, resplandeciente, disipó los temores de los viajeros; el sol mostrando su inmenso disco rojo, como un globo de sangre, no sobre el horizonte, que allí no hay, sino levántandose detrás del negro perfil de la funesta montaña derramó en su corazón una funesta confianza. Sucre, creyendo que todo peligro había pasado, se puso en marcha con sus compañeros, cerca de las ocho de la mañana, en este órden: delante, los arrieros con Francisco Colmenares y uno de los asistentes; seguían á éstos el Sr. García Trelles y su criado y tras ellos inmediatamente el general y su otro asistente, Lorenzo Caicedo. A poco más de media legua de camino del punto de donde habían partido, en una angostura barrealosa y difícil sale del enmarañado laberinto de corpulentos árboles y espinosas malezas un tiro de fusil: "¡Ay, balazo!", exclama el general Sucre, y no habían sus lábios acabado de pronunciar esta última palabra, cuando parten tres tiros más de un lado y otro del lóbrego sendero y el inmaculado gran mariscal de Ayacucho, á los treinta y siete años de edad, cae atrevesado el corazón sobre el hondo lodazal de aquel obscuro, tenebroso y solitario bosque, escogido por mano oculta, con fría y premeditada traición; sin odio, sin idea de venganza, y sólo por miras políticas, porque estas pasio-

nes en nuestra América, hacen de nosotros, antes tan mansos y benévolos, un pueblo de caribes."

La complicidad de Ovando fué tan manifiesta, que tiempo adelante, al ser enviado al Perú como ministro plenipotenciario de Colombia, el presidente Castilla se negó á recibirle. Pidió audiencia particular el desairado; se la concedió, y al preguntar Ovando los motivos que inducían al presidente á no aceptarle, éste le contestó secamente: *Por lo de Berruecos*. Y le hizo reembarcar en el Callao.

Casi por el mismo tiempo moría despedazado por las turbas en Antioquia el general Cordova, el de *Adelante, paso de vencedores,* de Ayacucho, que se había alzado en armas contra el Libertador por creer que aspiraba á coronarse.

*
* *

Por último, vino el derrumbe de Colombia. Arizmendi y Páez hicieron la separación de Venezuela respecto de Nueva Granada. Ya no quedaba á Bolívar más centro de poder que este último país; pero aquí también le armaron la zancadilla, y el 3 de Mayo de 1830 hubo de presentar su dimisión, y como al mismo tiempo la antigua provincia de Quito se declaró Estado soberano con el nombre de República del Ecuador, quedó disuelta Colombia, reduciéndose esta designación al antiguo Nuevo Reino de Granada.

Este último país fué el más generoso de todos con el héroe caído. Le votó una pensión vitalicia de treinta mil pesos, mientras Venezuela, su patria, exigía su destierro á Europa. Entonces escribió Bo-

lívar su última alocución, en la que sobresalen estas frases: "Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que es más sagrado, la reputación de mi amor á la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido á las puertas del sepulcro. Yo los perdono... Si mi muerte contribuye á que cesen las partidas y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro."

Así describe el general Posada Gutiérrez en sus *Memorias* (1) los últimos meses de la vida de Bolívar:

"No bien repuesto aún de sus males se determinó á ir á Cartagena (24 de Junio de 1830) para embarcarse en el paquebot inglés. Su entrada en la soberbia ciudad fué como en sus mejores días; los balcones y ventanas se adornaron, las tropas formaron honrando, no al jefe de la nación, si no al primero de los generales, al libertador y fundador de la República. Por la noche, espontáneamente, una espléndida iluminación dió muestra de la nobleza de carácter de los cartageneros. Bolívar caído, pobre, proscrito, inspiró más simpatía más respeto, más veneración que cuando poderoso y vencedor otras veces lo recibieran. En aquel tiempo los *paquebotes* eran unos pequeños buques de vela, sin comodidad para pasajeros. Los amigos del Libertador, las autoridades, los particulares, considerando esta circunstancia, le hicieron presente que embarcarse en el fatal estado de su salud era cometer un verdadero suicidio, y le instaban á permanecer algún tiempo más en Turbaco, antes que pudiera

(1) Bogotá, 1865.

embarcarse, sin exponerse á morir en el viaje. El general Montilla le dijo además estas precisas palabras: "¿Adónde vais, señor, con unos seis mil ú ocho mil pesos que os quedan? ¿Vais á presentaros casi indigente en un país extranjero?—Si no me muero en el viaje, los ingleses no me dejarán morir de hambre—respondió Bolívar."

Es que pensaba marchar á la Jamaica; pero su enfermedad no le permitió hacer el viaje y se trasladó á Santa Marta, en la costa neogranadina. Agravándose por momentos fué trasladado á la *hacienda* de San Pedro Alejandrino, propiedad del español Joaquín Mier, situada á orillas del Manzanares, á una legua de la ciudad, y el día 17 de Diciembre, á la una de la tarde, expiró asistido por el obispo de Santa Marta y con el crucifijo en las manos.

Tenía cuarenta y siete años. Murió, al menos, en tierra querida, en tierra americana, sin la amargura del proscrito, por la que habría pasado si vive algún tiempo más. Venezuela, su patria verdadera, no recogió hasta doce años después sus restos venerandos y los dió sepultura definitiva en la catedral de Caracas.

XVI.—El Libertador.

"Si Bolívar muere sin haberse ceñido una corona, será ante los siglos venideros una figura singular—escribía su contemporáneo y corresponsal, el célebre publicista francés Benjamín Constant—. Washington no tuvo nunca en sus manos en las colonias británicas del Norte el poder que Bolívar ha asumido entre los pueblos y desiertos de la América del Sur." Lo mismo qne insinuaba Lafayette en sus cartas.

Y en verdad, es extraño no lo hiciera, coronándose emperador de Colombia. Su carácter aristocrático, su desmesurada pero noble ambición, debía incitarle á ello no menos que las adulaciones de que se vió rodeado en sus días de apoteosis. No es cierto, sin embargo, lo que cuenta Baralt en su *Historia de Venezuela* que Páez ofreciera una corona á Bolívar en el año 1826. La carta en que se inserta el ofrecimiento es apócrifa, y el mismo Páez la desautorizó en vida del historiador. (Véase A. Rojas, *Recuerdos de Baralt.*) Esta era una de las calumnias que más indignaban á Bolívar.—"¿Me creerán tan insensato—decía en una proclama—que aspire á descender? ¿No saben que el destino de Libertador

es más sublime que el trono?" También, cuando su recepción en Potosí, fué coronado con un laurel de oro tachonado de brillantes, mas quitándoselo en el acto, la puso en la cabeza de Sucre, diciendo: "No á mí, sino á éste que dió la libertad al Perú en el campo de Ayacucho"; si bien este rasgo tuvo más de teatral que de desinteresado, porque ya no sabía qué hacerse con tantas coronas, llaves de oro de ciudades y caballos con arreos de oro que le habían sido ofrendados en el opulento Perú; tanto es así que O'Leary nos cuenta que todos estos presentes los repartía entre sus edecanes y algunos jefes de ejército, y que á él mismo le regaló las llaves de oro de la ciudad de Arequipa.

¿Cómo interpretar estas renuncias imperiales? Ahondando en la psicología de Bolívar no vemos en él ese desinterés republicano que muchos le atribuyen. No se coronó, porque no quiso; sus aspiraciones á la realeza son calumnias ó malas interpretaciones, todo esto es verdad; pero ¿por qué? Porque prefirió el título de *Libertador* al de *inca* ó *imperator* de los Andes ó de la Gran Colombia. Pisó una vanidad con otra mayor; arrogancia soberana, que demuestra su grandeza de ánimo y su talento político en no querer aparecer como un ambicioso vulgar. Por lo demás, el oficio de emperador estaba desacreditado en América. El negro Dessalines y el mulato Cristophe lo habían sido en Haití, con una corte bufa de condes, marqueses y duques, entre ellos uno con el título de "duque de la Mermelada"; é Itúrbide lo había sido en Méjico y murió fusilado (1824).

Pero si no quiso ser rey tampoco consintió que

otro lo fuera. Se ha comprabado que Bolívar sentía la necesidad de una monarquía en América para unificar los pueblos y oponer un dique á la anarquía de aquellas democracias primerizas (1). Esto lo pensó más que nunca cuando se vió combatido y anulado por sus contendores políticos. Si pues era monárquico teórico ¿por qué no implantó el régimen? Llana es la respuesta: por egoísmo, por la ambición de ser el primero de todos: el *Libertador*. Veía quebrantarse los resortes de su gobierno, bambolear los cimientos de su Gran Colombia, se consideraba incapaz de regimentar y ordenar personalmente aquel caos; pero él no cedía: *Cesar aut nihil*. Se creía el hombre necesario, ó por convencimiento honrado ó por soberbia. Creemos que más bien por lo segundo, pues él nunca se eliminó de buen grado y no dió lugar á nuevos ensayos.

¿Entonces, si no fué realista, si no ambicionó una corona tuvo que ser buen republicano? Es cierto que en las constituciones que ideó aparece como esencia invariable el principio democrático de la soberanía popular, pero entre una maraña de elementos monárquicos y republicanos. Este ideal político boliviano lo explican unos como calcado en la constitución inglesa, de la que Bolívar era ciego admirador; otros como un puente para pasar sobre seguro de la república á la monarquía. Caben los dos distingos; pero sobre ellos priva lo que antes decimos sobre el protagonista: Sentía la monarquía como necesidad política y quería la república como

(1) *Vide.* José Gil Fortoul, *Historia Constitucional de América.*—Carlos A. Villanueva, *La Monarquía en América.*—Jorge Ricardo Bejarano, *Bolívar legislador.*

pedestal de su gloria. Veía perecer su creación; él mismo se miraba morir; pero se mantenía olímpico é inalterable. *Aprés moi le deluge*, se diría, como el rey francés, él que era tan aficionado á citas clásicas, y si eran extranjeras mejor.

Como quiera que sea, su tema de que prevaleciese la presidencia vitalicia, semimonárquica, revela que había profundizado en el estudio de su América, educada en el vasallaje colonial; que vió lo que no alcanzaron á ver los republicanos que le rodeaban, y á los que era superior en comprensión y luces políticas, sin exceptuar á los leguleyos y congresistas de Caracas, Bogotá, Lima y Chuquisaca. Enemigo de la *Federación* en cada país, quería la *Confederación* panamericana, ideal que no pudo prevalecer por su arrogancia y la precisa dirección que él se arrogaba. No lo logró tampoco porque los políticos de entonces, contagiados con el ejemplo de los caudillos militares que se lanzaron al campo de las revoluciones y de las guerras civiles, revolvieron el país con sus intrigas y con sus discursos y escritos, sin dar tiempo á ensayar un plan de gobierno. Bolívar, y como él todos los magnates criollos, se vieron suplantados al poco tiempo de la independencia por hombres que antes miraban con desprecio; los caudillos de castas más numerosas, más fuertes, que se repartieron los empleos, como la hermana de Bolívar le escribía á éste, hecha ya la independencia: *En Caracas hay tres partidos: monárquicos, demócratas* y PARDÓCRATAS. En ninguna de las repúblicas creadas por Bolívar pudieron los hombres ilustrados gobernar el país. En vez de nombres de grandes estadistas y hombres políticos,

sólo suenan los de militares." En 1829—escribe Núñez en sus *Efemérides americanas*—todas las repúblicas del nuevo continente eran gobernadas por militares: *Estados Unidos,* Jackson; *Méjico*, Pedraza; *Guatemala*, Arce; *Colombia*, Bolívar; *Alto Perú*, Santa Cruz; *Bajo Perú*, La Mar; *Chile*, Pintos; *Buenos Aires*, Lavalle."

Y es porque el *gobierno del país por el país* se interpretó en todas partes de América como un parroquialismo político, como un gobierno local y autónomo, y la forma constitucional federativa iniciada por la gente ilustrada que proclamó la independencia, vino á resultar en provecho del caudillaje militar. La autoridad de Bolívar, aun en tiempo de su omnipotencia, no tuvo más garantía que la aquiescencia de cada general ó coronel de su ejército. Su mando era igual en un todo al de los reyes de la Edad Media en los tiempos del sistema feudal cuando los grandes señores ó jefes de mesnadas podían resistir impunemente á su señor. La campaña de Venezuela fué la lucha entablada entre el Libertador y los otros caudillos, empeñados éstos en localizar la guerra en sus provincias y persistiendo aquél en agrupar todas las fuerzas en un propósito nacional. Bolívar se impuso á todos con su carácter y sus triunfos militares, pero si pudo establecer la disciplina militar, le fué imposible mantener nacionalidades de artificio. La agrupación política á que él aspiraba se consideró por hegemonía personal; su gobierno vitalicio y concentrador, por tiranía. La lucha política de Bolívar, y en la que hubo de sucumbir, es la del estadista que busca la represión de la anarquía y la conservación de la patria contra el

predominio de las facciones, celosas de su preponderancia local.

Por esto el pueblo cantaba en aquel tiempo:

Bolívar tumbó á los godos;
y desde ese aciago día,
por un tirano que había
se han vuelto tiranos todos.

Atendiendo á la extensión del territorio y á la carencia absoluta de comunicaciones, bien puede decirse que el Libertador se vió obligado á reconocer como Estados federales á pueblos aislados en el desierto, con menos población que una capital europea de segundo orden. "No hay buena fe en Colombia—escribía en uno de sus opúsculos—.No hay buena fe ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles, las constituciones libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía, y la vida un tormento." No pudiendo dominar al caudillaje, hubo de asistir á la disgregación de su conquista y al triunfo del provincialismo, encubierto con el pomposo dictado de sistema federal, régimen sólo viable en países consolidados anteriormente por la unidad y fuertes por su población y riqueza. El nuevo régimen debía contener algo del antiguo, sobre todo en pueblos tan atrasados políticamente como los de América. Así lo hizo España manteniendo en sus Leyes de Indias multitud de ordenanzas dictadas por los príncipes indios, y así Napoleón afianzó sus conquistas, obrando á la romana, esto es, gobernando los reinos que adquiría con los funcionarios que encontraba, pero que sa-

biamente afrancesaba. Bolívar en vez de europizar la revolución con elementos coloniales que habían sobrevivido á la independencia y que ya no eran temibles, lo fió todo á una burocracia advenediza, improvisada y partidista. Al juicio de residencia á que estaban sometidos los virreyes españoles, sucedieron las responsabilidades constitucionales, con cámaras faltas de la necesaria independencia moral para exigirlas.

*
* *

Este error fundamental de querer gobernar sólo con elementos indígenas se agravó con el advenimiento político, con la intervención en el mando militar ó civil de los hombres de color, indios y negros, mestizos, zambos y mulatos, buenos auxiliares de la independencia, pero pervertidores de la organización social que había de venir después. Los hombres de todas las razas se hicieron ciudadanos electores y elegibles, y cholos, llaneros y zambos, aprovechándose de las lecciones que les daban los políticos y militares que hicieron la revolución, se empingorotaron en el poder, lo que no sucedió en la América inglesa ni aun después de setenta años de independencia. Bolívar, demócrata idealista, al cabo de cuatro años de independencia hubo de convertirse en absolutista para reprimir el socialismo práctico con que los hombres de color interpretaban los principios de libertad y de igualdad. Hasta entonces no comprendió la diferencia que había entre sus republicanos y los de los Estados Unidos y Suiza.

No habían pasado cuatro años desde la destitución de los virreyes y capitanes generales españoles, cuando la juventud criolla, con su orgullo y preocupaciones de superioridad de raza, tuvo que dar participación en las Asambleas y en el mando de los ejércitos á hombres que consideraban inferiores.

Cayó en el vacío la exhortación de Bolívar en el congreso de Angostura. "Es un oficio—refiriéndose al de legislador y magistrado civil—para el cual se deben preparar los candidatos, y es oficio que exige mucho saber. Todo no se debe dejar al acaso y á la ventura en las elecciones." Y consagrando al nuevo patriciado, compuesto por los que ayudaron á la independencia, hombres de color en su mayoría, sobre todo los militares, añadía: "Los libertadores de Venezuela son acreedores á ocupar un alto rango en la república que le debe su existencia... Si el pueblo de Venezuela no aplaude la elevación de sus bienhechores, es indigno de ser libre, y no lo será jamás." Por lo demás, ellos supieron encumbrarse por sí solos, quieras ó no. La mayor parte hicieron como Salaverry, futuro presidente del Perú. Siendo capitán, daba la guardia de honor al Libertador en Potosí, y Bolívar, complacido por uno de sus brindis, le dió un día el grado de sargento mayor. —"Bueno —dijo Salaverry cuando recibió su ascenso —que me hagan coronel y yo me haré lo demás."

El atraso de la América española ha dependido, más que todo, de esa exaltación indígena; así como su progreso más reciente, de la regresión á lo antiguo, es decir, al predominio de los criollos de sangre española ó europea.

¡Qué contrariedad la del aristocrático Bolívar! Casi todos sus tenientes fueron hombres de color, que ni para mayordomos de sus estancias los hubiera querido el "señor de Aragua" antes de hacerse la revolución.

¡Y qué hombres! El doctor Reverend, médico francés que asistió al Libertador en su última enfermedad, nos cuenta esta anécdota: "Habiendo ido el general Sardá en aquellos días (los postreros) á despedirse de Bolívar, éste, que estaba en su hamaca, le dijo pausadamente: "General, aparte un poco su asiento." Sardá se retiró un poco.—"Un poco más."Así lo hizo.—"Más todavía", repitió Bolívar. Algo alterado, dijo entonces Sardá: "Permítame V. E., que no creo haberme ensuciado."—"No tal, es que usted huele á diablo."—"¿Cómo á diablo?"—"Quiero decir á *cachimba*." (A pipa de fumar.)

Sardá era catalán. ¿Qué tal serían los de color?

Y hay que ver en el *Diario de Bucaramanga* cómo el Libertador trata á sus tenientes (1).

---

(1) El *Diario de Bucaramanga* es el título de un escrito del francés *Luis Perú de La Croix*, general colombiano y ayudante de Bolívar, el cual recogió y anotó varias confidencias del Libertador en la estancia de éste de sesenta días en aquella ciudad colombiana, en 1828. Perú escribió el *Diario* en 1835, y en 1912 lo dió á la estampa en París el escritor colombiano *Cornelio Hispano*, pseudónimo de Ismael López, copiándolo del ejemplar existente en la Academia de la Historia de Caracas. En todas partes del mundo, los manuscritos de las Bibliotecas son del dominio público desde el momento que se ha recabado el permiso para leerlos y tomar nota de ellos. La toma de notas trae aparejada la copia. Pues

A esta clase de hombres, á estos caudillos de razas, prestaron luego su apoyo los políticos ambiciosos, y no fué éste el menor de los inconvenientes con que tropezó Bolívar. Por otra parte, habiendo este mismo ensangrentado desde sus comienzos la revolución con sangre patricia y española, á fin de que el pueblo se despojara de preocupaciones, los caudillos de castas aplicaron los mismos principios, y los maestros fueron sus víctimas. Bolívar escapó de buena en Bogotá; pero no así algunos de sus amigos, entre ellos el noble y leal teniente Sucre, asesinado por los anarquistas del Ecuador. Sin duda esta infamia precipitó la muerte de Bolívar, enfermo, más que de tisis, de asco á la guerra civil que había desencadenado.

*
* *

¡Qué hombre Bolívar! Sólo él es el grande en el escenario de la revolución suramericana "*Yo*—gritaba en cierta ocasión al inculto Páez—, *yo soy como el sol en medio de todos: mis tenientes no tienen más brillo que el que yo les presto.*" No sólo sus tenientes ó compañeros de victoria fueron los eclipsados por él: fuéronlo igualmente cuantos hombres notables estuvieron á su lado. A todos los arrastró en su subida triunfal, y, por decirlo así, los anuló.

---

esto le ha valido á *Hispano* una de insultos de parte de algunos caraqueños, que le han puesto verde, como puede verse en *Alcance al Diario de Bucaramanga*, tratando de demostrar que la obra de Perú no es verídica; y no es verídica, porque en ella se pone en camisa á los tenientes de Bolívar. ¡Valiente criterio histórico!

Su carrera fué una gran vanidad puesta al servicio de una noble causa. ¡Pero cuántos obstáculos tuvo que vencer!

Desde el día en que principia su carrera hasta que la termina, vive en medio de una borrasca continua. En sus campañas tiene que combatir contra el poder español, contra las rivalidades militares y contra la apatía de los pueblos; la fuerza de voluntad es el talismán que le acompaña en todas las situaciones. Arriesgó media vida para dar independencia y libertad á un mundo, y dió la otra mitad para rehacerlo; fué dos veces el Libertador de América. Desde ciertos puntos de vista, es superior á Washington y á Napoleón: al primero, en genio militar, en la extensión de riqueza de los países que libertó, pues la acción de Washington no traspasó los límites de su patria, mientras que la de Bolívar abarcó cinco naciones; y en la alta estimación de sí mismo y fe constante en su misión, que le hizo morir fiel á sus destinos. Superior á Napoleón, porque, si como éste tuvo la espada en una mano y escribió códigos con la otra, Bolívar propagó la revolución cuando el otro la dejaba perecer en Europa, y una revolución, además, de una trascendencia social que ha evolucionado un mundo.

XVII.—El hombre.

En Bolívar halla un escritor—el venezolano Arcaya—muchos de los rasgos presentados por Lombroso como indicio de los orígenes y nexos psiquiátricos del genio, y apunta los siguientes: *Esterilidad:* El Libertador no dejó descendencia de su matrimonio, ni tampoco, que se sepa, hijos ilegítimos. *Delirio:* El convite en Angostura, ofrecido á W. Irving, cuando Bolívar sube de pronto á la mesa del banquete y va de un extremo á otro pisando cuanto en ella había, y exclama ante los circunstantes sorprendidos: "*Así iré del Atlántico al Pacífico, hasta acabar con el último español.*" *Hiperestesia psíquica:* Muchos sucesos prueban la vivísima sensibilidad de Bolívar, generadora de acciones impulsivas, instantáneas, provocadas por cualquier motivo que le chocase...; por eso también la inquietud de su carácter, la impaciencia que le dominaba, los accesos de melancolía precedidos y seguidos por períodos de anormal animación, verdaderas crisis nerviosas, en fin, que en los últimos años de su vida produjeron en él aquel raro estado de ánimo que él mismo describe en su correspondencia, análogo al de su primera juventud, después

de la muerte de su esposa, en 1802. Volviendo á esta época, vemos cómo, repuesto entonces por los consuelos de su maestro Rodríguez, pasa de la tristeza más profunda á los mayores excesos contrarios. "En Londres gasté 150.000 francos en tres meses. Me fuí después á Madrid, donde sostuve un tren de príncipe. Hice lo mismo en Lisboa; en fin, por todas partes sustenté el mayor lujo y prodigué el oro á la simple apariencia de placeres", escribía en 1804 á la baronesa de Tobriand, su prima. En esa misma carta habla de estar atormentado por vagas incertidumbres... *Locomotividad:* Desde muy joven se fué á Europa, y luego pasó largos años en viajes por aquel continente, y después en América. En la guerra de la independencia perdió varias campañas por esa ansia de movimiento, que á su vez, en parte, le impulsó á aquellas gloriosísimas expediciones á través de los Andes. *Agotamiento precoz:* Este rasgo indicado por Sergi se encuentra en Bolívar, quien á los cuarenta y siete años de edad, en que murió de tuberculosis pulmonar, representaba ser un sexagenario, según observaciones de testigos contemporáneos."

.....

.....

Tenía la frente elevada, olímpica, diadema de hombres de genio, y los ojos anchos, negros y vivos de las almas fogosas. Unía al valor personal que desprecia el peligro, la prudencia que mide éste y lo combate con éxito. El mozo calavera, frívolo y atolondrado hízose capaz para los más grandes designios. ¿Quién hubiera dicho que bajo el exterior amable, casi frívolo, de *Simon-*

cito, se encerraba el alma de un Alcibiades americano?

... Mozo
con aspecto feliz y amulatado,
de pelo negro y muy castaño el bozo;
inquieto siempre y muy afeminado.
Delgado el cuerpo y el aire fastidioso,
torpe de lengua, el tono muy grosero
y de mirar turbado y altanero.

Así retrataba á Bolívar, al principio de su carrera, un neogranadino realista (el Dr. Torres y Peña), semblanza por demás curiosa por la comparación con las apoteosis hechas del Libertador por Olmedo en su *Oda á Junín* y otros escritores americanos, que pintan al héroe como un Apolo délfico y algo más.

"La estatura del general Bolívar no es tan pequeña como generalmente se dice. Es delgado; pero tiene las más finas proporciones... De pelo negro, ligeramente rizado, y tan bien dispuesto por la naturaleza, que deja despejada su ancha frente. Ojos obscuros y vivos, nariz á la romana, boca notablemente bella; barba más bien puntiaguda." (Henderson, citado por Blanco Fombona).—"Tenía la frente alta; pero no muy ancha, y surcada de arrugas desde edad temprana... Las mejillas hundidas, desde que le conocí, en 1818, la boca fea... El pecho angosto, el cuerpo delgado, las piernas, sobre todo", contradice O'Leary, amigo y confidente del retratado. El pelo negro, fino y lustroso lo llevaba largo en los años de 1818 á 21 en que empezó á encanecer, y desde entonces lo usó corto. Los bigotes y

patillas rubias se los afeitó por primera vez en Potosí, en 1825, y así es como aparece en sus retratos.

Pero hermoso ó feo, gentil ó desgarbado, lo que no se puede negar es que fué un gran señor, puesto muy á tono con el papel que le tocó representar. Esto se ve en todos sus actos y se trasluce en su correspondencia.

Lo que no vemos en ésta ni en otros documentos oficiales por él firmados ó inspirados, es la confirmación de esta exageración patriótica del venezolano Blanco Fombona: "Bolívar es en punto á letras lo más alto de su época en lengua de Castilla. Con Bolívar se realiza la revolución de independencia en las letras... Fué también, en literatura, el Libertador". Lo cual es confundir el espíritu con la letra, porque el estilo de Bolívar será tan nervioso y vibrante como se quiera en proclamas y discursos improvisados; pero pseudo clásico, conceptuoso y amanerado, con todos los retoricismos del siglo de la Enciclopedia, en gran parte de su Epistolario y en casi todos sus documentos sociales y políticos. Por lo demás, Caldas y Andrés Bello, sin salir de Colombia y Venezuela, escribieron en prosa mejor y con más elegancia que Bolívar.

Hasta poeta resulta que fué también. Según el testimonio de O'Leary, Olmedo repetía con frecuencia y hasta llegó á escribirlo, que si Bolívar se hubiera dedicado á la poesía, *se habría elevado sobre Píndaro.*

La oratoria era el fuerte del Libertador. Esto se explica por la conciencia de su valer, por su cultura, que nadie le niega, por la naturaleza de los asuntos que trata y, sobre todo, por el encumbra-

miento político que da despejo al orador y fascina á los oyentes. En suma, la literatura de Bolívar vale por los tópicos en que se emplea, no por su enjundia artística. Algunas de sus proclamas son sobresalientes; pero su mérito queda anegado porque las prodigaba en demasía; bien es verdad, como escribe O'Leary, que fuera de su elocuencia poco tenía el Libertador que dar á su ejército: unos cuantos pesos á los jefes y oficiales y un real á cada soldado era lo único con que podía recompensarlos, porque se necesitaba todo el dinero que se recaudaba para la compra de armas.

En lo que también parece que se exceden los panegiristas del héroe es en hacerle superior á cuantos guerreros en el mundo han sido. Alejandro el Magno es nada comparado con él. Véase lo que escribe el chileno Vicuña Mackenna: "Desciende sobre la costa de Coro, y es el señor de Venezuela; pasa los Andes septentrionales, y se hace dueño por su propio derecho de Nueva Granada; pasa el Juanambú, y el Ecuador es suyo; pasa el Matará, y el Perú le pertenece; pasa el Desaguadero y da su propio nombre á Bolivia. Y todavía, de pie en las rígidas mesetas del Potosí, el aguila del Orinoco bate sus alas fatigadas, y mirando con sus dos ojos al Pacífico y al Atlántico, quisiera ir á posarse á la vez en los campos de Pudeto y de Ituzaingó para decir: *Toda la América es mía.*"

"La Historia—escribe á su vez Blanco Fombona—no conoce guerrero cuyo caballo de batalla haya ido más lejos y cuyo teatro militar fuera más extenso. Ni los capitanes europeos Gonzalo de Córdoba, Carlos XII, Federico el Grande, ni los gue-

rreros fabulosos del Asia, Gengiscán ó Tamerlán, han recorrido triunfantes tantas tierras como él." Y en otra parte: "Cuando él (Bolívar) toma 3.400 hombres y con ellos tramonta los Andes, no es que se reduce á pasar una montaña con un puñado de éstos, como se pudiera creer considerando las cosas en abstracto... Salva, además, un obstáculo natural como los Andes, considerado insuperable, y ensancha su radio de acción guerrera en 90.000 leguas cuadradas, extremo desconocido para cualquier otro capitán." *(Bolívar, escritor).*

Estas apologías abrazan lo extenso á lo poético; pero no penetran en lo profundo. Más juiciosa nos parece la opinión del uruguayo Rodó: "Sus campañas no son el desenvolvimiento gradual y sistemático de un plan de sabiduría y reflexión que proceda por partes, reteniendo y asegurando lo ya dejado atrás y proporcionando las miras del arrojo á la juiciosa medida de las fuerzas. Son como enormes embestidas, como gigantescas oleadas, que alternan en terreno desigual, con tumbos y rechazos no menos violentos y espantables.."

Y mejor que nadie César Cantú: "Con estrategia particular guió á su ejército por desiertos y sabanas sin límites ni caminos, ya bajando á las pampas del Orinoco, ya subiendo hasta los ventisqueros de los Andes, renovando los portentos de la conquista española."

No se puede decir más en menos palabras. *Renovando los portentos de la conquista española*, es decir, estableciendo semejanza entre la odisea de Bolívar y la de los conquistadores hispanos en Indias, paladines éstos y aquél de dos causas inmortales,

aunque separados por siglos. Idea que hace suya Rodó, aunque con su énfasis acostumbrado... "Se representa en la imaginación como si el genio de aquella misma sobrehumana gente que puso por sus manos el yugo, despertase tras el largo sopor del aquietamiento colonial, con el hambre de la aventura y del ímpetu en que acaba el desperezo felino. El Libertador Bolívar pudo llamarse también el Reconquistador."

Esta es la equitativa semblanza heróica de Bolívar, sin que sea necesario hacer de él otro Napoleón en lo militar.

Lo que sí tuvo, como Napoleón el Grande, fué su playa solitaria, su árbol triste, bajo cuya sombra y encorvado por la tristeza debía contemplar los rayos del sol moribundo, como su vida. Pero el hombre que así muere en la soledad de una estancia, expulsado y poco menos que maldecido de su patria, simboliza el genio de la libertad americana, y porque todo lo hizo, todo se le ha perdonado.

ANTONIO NARIÑO

ANTONIO NARIÑO

I. - Los afrancesados de Bogotá.

La revolución de Nueva Granada, hoy *República de Colombia*, empezó como en las demás partes de América: una junta que se instala, á imitación de las que se crearon en España después del *Dos de Mayo;* un virrey que no sabe qué partido tomar, porque esa junta alardea de mantener la soberanía del rey cautivo y deja gobernar al cabildo y al pueblo; el engreimiento de los criollos, la conciencia de su poder en estas circunstancias, y, por último, la revolución franca y manifiesta. La junta de Cartagena fué la primera que depuso á la autoridad española, lanzando en seguida un manifiesto federal á las demás provincias del virreinato de Nueva Granada. Santa Fe de Bogotá siguió el ejemplo; depuso al virrey Amar y lanzó otro manifiesto, pero en sentido unitario. De modo que en vez de armarse para constituirse en nación y hacer frente á las eventualidades de una guerra con la metrópoli, se sembraban gérmenes de discordia con esta excitación entre federales y unitarios.

La causa unitaria estaba representada por la capital, Bogotá; la federal, por Cartagena y otras provincias marítimas. No se contaba con el resto del país, como Popayán y Quito, porque en estas provincias dominaban, sin contradicción, las armas realistas.

Alma de esta contienda civil y jefe de los unitarios era *Antonio Nariño.*

La historia de este personaje es el ejemplo más acabado de la ilustración á que llegaron los criollos en tiempo del coloniaje español, de las facilidades que éstos encontraron para conseguirlo, iguales, si no mayores, á las que en la misma época se disfrutaban en la metrópoli, y de lo que se hubiera conseguido si una buena política hubiese agrupado todas estas fuerzas en una autonomía provincial, en vez de buscarles quisquillas y depararles persecuciones, á título de sospechosos y laborantes. Con lo que salieron perdiendo todos; España, porque concitó contra sí todo este elemento prócer intelectual, y aquellos hombres, porque al hacerse revolucionarios, desfilarán, no coronados con el olivo y el laurel de las musas, como merecían, sino como fantasmas, arrastrando sangrientos sudarios.

El primer mártir y jefe también de la revolución neogranadina es Antonio Nariño. Era hijo de español y nació en Bogotá en 1760. Apenas salido de las aulas universitarias, fué nombrado alcalde ordinario y en seguida tesorero de diezmos del arzobispado, por iniciativa del virrey Ezpeleta, prendado del talento y despejo del joven criollo. En este último destino ganó mucho dinero. Con los fondos sobrantes de tesorería emprendió vastas es-

peculaciones comerciales, exportando quina, tabaco y cacao para las Antillas y España. Aprovechando este tráfico y el trato con sus corresponsales de España, se hacía traer de contrabando libros que entonces estaban prohibidos, en especial las obras de los enciclopedistas franceses. A favor de éstas y de una vasta librería que consiguió reunir, adquirió Nariño vastos conocimientos. Pasaba por sabio en Bogotá, y lo era, á lo menos para su tiempo, porque sabía algunas lenguas vivas, era perito en agricultura, y en medicina sobresalió tanto, que recetaba con éxito notable. De 1789 á 94 encabezaba uno de los círculos literarios bogotanos creados bajo los auspicios de los últimos virreyes. La Revolución francesa, que acaeció por estos años, fué el paráclito de este círculo. Nariño cometió la imprudencia de traducir y aun imprimir en una imprenta de su propiedad los *Derechos del Hombre.* Por esto y por los planes separatistas que empezaba á propalar, se le siguió causa y fué condenado, con otros compañeros, á presidio en Cádiz. Aquí consiguió evadirse, y cruzando de incógnito la península, arribó á París, donde se avistó con los convencionalistas franceses para inclinarlos á la independencia americana. Nada consiguió de ellos, como tampoco de los liberales ministros ingleses, á quienes fué con la misma pretensión. Verdad es también que la ocasión era la menos propicia para que en París y Londres se cuidaran de los asuntos de ultramar.

Desengañado de estos escarceos patrióticos, volvió contrito á su país natal, poniéndose bajo la protección del arzobispo de Bogotá, quien negoció su

indulto con el nuevo virrey Mendinueta, á cambio de una declaración instructiva de sus planes revolucionarios. Nariño satisfizo la exigencia del virrey, delatando á sus compañeros de conspiración, según Restrepo en su *Historia de Colombia;* denunciando sólo á los que estaban fuera del alcance de la policía del virrey, según Vergara y Vergara en su *Historia de la Literatura en Nueva Granada.* De una ú otra manera, ello es que, puesto en libertad, se retiró á un fundo suyo para entregarse á explotaciones agrícolas con que rehacer su caudal, mermado por las confiscaciones y el destierro. Un nuevo virrey, señor Amar y Borbón, más suspicaz que su antecesor, y con razón, pues en su tiempo se desencadenó el ciclón revolucionario, volvió á tomar preso á Nariño en su retiro; pero también se escabulló en el río Magdalena. Con todo, al llegar á la costa de Santa Marta fué denunciado, cogido de nuevo y encerrado en el castillo de Bocachica, en donde permaneció hasta que la revolución de Cartagena de 1810 le puso en libertad.

A los compañeros de conspiración de Nariño del año 1794, que, como él, fueron llevados á Cádiz, no les dieron más que el susto. Después de dos años de prisión se les puso en libertad, y algunos de ellos disfrutaron de la protección del omnipotente Godoy, ministro de Carlos IV. De uno de ellos, *don Francisco Antonio Zea*, da los siguientes pormenores el historiador Vergara:

"La Corte, con el fin de mantenerlo lejos de Nueva Granada, donde se le juzgaba peligroso al gobierno, lo envió á Francia, encargado de una misión científica, y con sueldo de 1.200 pesos anua-

les. Tres años permaneció en París dedicado á las ciencias; de regreso á Madrid solicitó que se le dejase volver á su patria; pero en vez de este permiso, le concedió el gobierno el nombramiento de adjunto, y en seguida de director del Gabinete Botánico de Madrid. El 17 de Abril de 1805 tomó posesión de la cátedra de Botánica, pronunciando un discurso que mereció la honra de la impresión por cuenta del gobierno, y que afirmó la fama de que ya disfrutaba en la corte. De 1804 á 1807, en que residió en Madrid, fué nombrado miembro de las Sociedades españolas tituladas *Sociedad médica de emulación*, *de Farmacia*, *Filomática* y de la de *Los observadores del hombre*, y de la sociedad francesa llamada de *Ciencias*, *Artes y Literatura*. Redactó en aquel período el *Semanario de Agricultura* y *El Mercurio de España*; escribió algunas *Memorias sobre las quinas de la Nueva Granada*, y una *Descripción del Salto de Tequendama*. Por aquel tiempo contrajo matrimonio con una señorita madrileña. La revolución de Aranjuez (1807) interrumpió sus tareas científicas y el dulce reposo de su vida, enrolándolo en sus filas. Zea pertenecía al partido llamado entonces *de los afrancesados*, y podía hacerlo moralmente, puesto que no era hijo de la península. Creía que favoreciendo los intereses de ese partido se conseguiría la independencia de su patria. Sin embargo, era descendiente de esa generosa familia española, y su sangre de hidalgo habló alto al presenciar la vil matanza del 2 de Mayo de 1808, ordenada por ese soldado de fortuna, el duque de Berg. Entonces, y en un arranque de entusiasmo, escribió la vehemente poesía que inserta-

mos aquí, no sólo como pormenor biográfico, sino como muestra de su pluma:

¡Odio á todo francés! No haya ninguno
que no se lance contra Francia en guerra;
¡la cuchilla empuñad! ¡No quede uno!
¡Truene el cañón por la anchurosa tierra!
¡Gloria á todo español, á todo bravo
que sostenga un fusil con brazo fuerte!
¡Su noble sien coronarán al cabo
lauros que en sangre empapará la muerte!
Sangre, sí; ¡y sangre de extranjeros ruines
hartará vuestra sed, canes rabiosos!
No esperéis á que os llamen los clarines;
¡sangre vais á beber, bebedla ansiosos!
¡Romped contra esa turba de traidores
con asombro y vergüenza del tirano!
¿Querían dominar como señores?
¡Jamás, mientras aliente un castellano!
¡Seamos siempre lo que siempre fuimos!
¡Que nadie vuelva atrás pies ni cabeza!
¡Sus! ¡No empañéis cuanto brillante hicimos
con manchas de deshonra ó de torpeza!
¿No hay fusiles? ¿No hay lanzas? ¿No hay cañones?
¡Qué importa, vive Dios, sobra el aliento!
¡Todo el poder de cien Napoleones
No bastará á sofocar nuestro ardimiento!
¡Guerra al conquistador envilecido
y á tu odiosa altivez, Francia villana!
¿Ves tu soberbio ejército aguerrido?
El lobo aulla en pos, ¡ay del mañana!
De la fortuna te encumbró el capricho.
Mas tiembla de ella, ¡oh Francia! en tus reveses.
Españoles, ¿qué hacéis? ¿*Allons* han dicho?
Pues bien, *allons*, á degollar franceses.

"¿Cómo puede aliarse un españolismo de tan buena ley con su conducta posterior?—se pregunta el supradicho Vergara.

Al leer esas valientes estrofas, uno mismo se siente ardiendo contra la "odiosa altivez de Francia villana". El que las hizo debió arder mucho más, como que fué testigo presencial del *2 de Mayo*, y vió la infamia del asesino y contó el número de las indefensas víctimas. Sin embargo, Zea siguió en el partido de los afrancesados, es decir, volvió *pie* y *cabeza*, cosa muy disculpable si se atiende á que en la desgobernada España, muchos personajes de valía, inclusive el rey Fernando, aceptaron el reinado francés. Las intrusas cortes que se celebraron en Bayona debían constar de 144 diputados españoles y seis americanos, según el decreto de Murat. De los seis representantes que se le asignaron á América uno fué D. Ignacio de Tejada, nativo del *Nuevo Reino*, y el otro Zea. Terminó aquella efímera corporación, y Zea fué nombrado director de una de las secciones de la Secretaría de lo Interior, y posteriormente prefecto de Málaga, cuyo puesto ocupaba cuando ocurrió la revolución de 1810 en su patria."

Al hablar de Bolívar, vimos cómo este Zea fué presidente del congreso de Argentina y uno de los más eficaces auxiliares del Libertador.

II.—Una siega de doctores.

Volvamos á Nariño. La libertad que el gobierno patriota le había dado era condicional, bajo fianza. Indignado Nariño por esta acción, se retiró á su fundo, y desde allí fustigaba en *La Bagatela* á los nuevos gobernantes, oponiendo á los planes federales de éstos, los suyos unitarios. Logró imponerse, y el voto popular le llevó á la presidencia del Estado de Cundinamarca en 1811. En frente de él se puso Camilo Torres, juriconsulto popayanés, rival de Nariño en ilustración y prestigio político. En lucha los dos partidos, los federales fueron vencidos en batalla campal, y Nariño, árbitro de la situación, fué nombrado general en jefe, pues los realistas habían invadido ya la República. Entonces fué cuando Simón Bolívar, nombrado brigadier por la Junta de Cartagena, operó en Nueva Granada, acabando por ausentarse con la idea de guerrear en Venezuela.

Nariño, improvisado en general, ganó al brigadier Sámano, gobernador de Quito, las batallas de Palacé y Calibio y recobró á Popayán, sin resistencia. Perdió algunos meses en inacción, lo que dió tiem-

po á que se reforzaran los realistas. El 10 de Mayo de 1814, el brigadier Melchor Aymerich deshizo el ejército patriota en Pasto. Nariño se encontró solo y por algunos días vagó por la montaña, desesperado y hambriento. Optó por entregarse á un destacamento español en Pasto. Puesto en prisión, las turbas, enteradas del suceso, fueron á pedir á gritos la cabeza del vencido. Era Nariño de fisonomía hermosa y de aspecto distinguido; de labios y nariz borbónicos y ojos de mirada penetrante. Su voz, de agradable timbre, y hablaba con mucha afluencia. En aquel apuro, pidió al oficial de guardia le permitiera salir al balcón de la cárcel para dirigir la palabra á la multitud. Se asomó, habló, y estuvo tan persuasivo, que los pastusos se retiraron aplacados y silenciosos.

*
* *

Pasto y Patía son el ejemplo de lo que hubiera sido la contienda entre realistas y republicanos, de igual á igual; es decir, si los realistas hubieran tenido la ayuda del país como los patriotas. Estas dos provincias, fanáticas por la causa del rey, auxiliadas por un pequeño contingente militar mandado por jefes peninsulares, fueron la barrera en que se estrellaron durante diez años los republicanos. Los vencedores de Boyacá allí hicieron alto, y hasta el invencible *Albión* desapareció casi por completo en las quebradas de Pasto. Fué necesario para que aquellos montañeses cedieran, que el obispo de Popayán, Jiménez de Padilla, que los acaudillaba con la cruz y con la espada, les persuadiese de que

debían deponer las armas, después de la capitulación de Quito, tras Pichincha.

Se les concedió el privilegio de formar milicias urbanas sin la obligación de tomar parte activa, en ningún tiempo, en los ejércitos de la República, para no forzarlos á combatir contra su voluntad á favor de Colombia. Hubo más aún. Después de esta aparente sumisión, ya para cuando las armas colombianas habían llegado á Guayaquil y sojuzgado todo el Ecuador, todavía los pastusos volvieron á insurreccionarse al mando de un sobrino de Boves, el desolador de Venezuela. Al grito de *¡viva el rey!* todo el territorio entre el Guáitara y el Juanambú, ó sea el norte de Pasto, se alzó en armas, hasta que vencido Boves en Yacuanguer, escapó al Brasil por las cabeceras del Marañón. Esto sucedió en 1822.

Queriendo Bolívar escarmentar de una vez á los indómitos montañeses, ordenó enrolar los vencidos al ejército colombiano. Confió esta comisión al general Salom, quien cumplió su cometido de una manera asaz villana; publicó un bando invitando al pueblo de Pasto á reunirse en la plaza para jurar fidelidad á la constitución y recibir cédulas de garantía del gobierno. Acudieron los pastusos á centenares, y cuando más desprevenidos estaban, entró en la plaza una compañía de soldados que redujo á prisión á 1.000 de los concurrentes, que en seguida fueron despachados á Quito y enrolados en el ejército. "Muchos de ellos perecieron en el tránsito, resistiéndose á probar alimento y protestando en términos inequívocos de su odio á las leyes y al nombre de Colombia. Muchos, al legar á Guayaquil, pusieron fin á su existencia, arrojándose al río;

otros se amotinaron en las embarcaciones en que se les conducía al Perú, y sufrieron la pena capital impuesta por la ordenanza en castigo de su insubordinación. De todos los hombres que se sacaron de Pasto, ningún provecho obtuvo la República, como que nada pudo jamás reconciliarlos con el servicio de las armas en favor de la independencia." (O'Leary, *Memorias.*)

No acabó en esto la protesta de los pastusos.

Poco después el cacique Agualongo, volvió á levantar el pendón real, proveyéndose de armas con las que quitó á la guarnición de Quito. Fué necesario que Bolívar en persona acudiera á combatirlos y les venciera en Iborra para que Quito respirara tranquilo. Con razón se ha llamado á Pasto la *Vendee realista*, como que para mayor semejanza, el mismo Salom cometió mil infamias en el país, llegando á atar á los prisioneros de dos en dos, espalda con espalda, despeñándoles por los barrancos del Guaira. A estas ejecuciones de paisanos pastusos, se las llamó *matrimonios*. Finalmente, el gobernador Ovando, el asesino de Sucre, concertó una estratagema para acabar con los restos realistas del país. Encomendó á un tal Paredes, que antes había servido á la causa del rey, que invitase á los antiguos guerrilleros que andaban sueltos y disgregados, á que abrieran nueva campaña, y cuando los tuvo reunidos, Paredes los entregó á Ovando, que los hizo fusilar.

*
* *

A Nariño, prisionero, el general Aymerich tenía orden de fusilarle; pero muy caballeresco, aplazó el apremio, y eludió su responsabilidad remitiéndole á Quito, de donde fué trasladado á Lima. Aquí el virrey Abascal, le envió á España bajo partida de registro. Le embarcó en vísperas de la llegada de Morillo á Bogotá, siendo probable que al implantar éste el régimen del terror, hubiera derribado la cabeza de Nariño.

Don Pablo Morillo había encontrado la revolución cansada y combatida por discordias intestinas; á favor de estas circunstancias, más que por la fuerza de las armas, dominaba en Caracas y Bogotá. Parecía lógico, por consiguiente, tantear una política conciliadora, aflojar la rienda y dar expansión á los espíritus; es decir, hacer todas las concesiones posibles á unos pueblos que anunciaban su pubertad como nación, y ganarse el afecto del patriciado criollo, compuesto de hombres inteligentes, si que también de acción. Desgraciadamente para España, el general Morillo no era el más indicado para esta misión. En estos momentos difíciles se necesitaba un Gasca, no un duque de Alba. Un virrey americano hubiera podido quizá dominar la situación, halagando al mismo tiempo la vanidad regional. Morillo, por el contrario, destituyó al virrey Montalvo, que era cubano, por demasiado contemporizador, y afrontó la situación con el feroz apremio de la persecución. El *Pacificador*, como le llamaban los realistas, mandó examinar los archivos de la revolución neogranadina para rastrear culpabilidades, é instauró en Bogotá el régimen del terror.

Bogotá, ó sea *Santa Fe*, era en aquella época una de las ciudades más aristocráticas de la América española, por la distinción y cultura de la clase acomodada. Tuvo la suerte de haber tenido los mejores virreyes que la metrópoli envió á aquellas partes, y bajo sus auspicios se habían puesto en movimiento las aspiraciones sociales de la colonia. Los gobiernos de Messía de la Cerda, Caballero y Góngora y Ezpeleta (1790-1800), nacieron el primer periódico, el teatro, la imprenta, una escuela de pintura y academias de artes y ciencias. En 1801, el sabio Humboldt, remontando el Magdalena, llegaba á Bogotá, y se encontró con una corte científica en la capital del virreinato, destacando entre todos un grupo de naturalistas, alumnos de Mutis (1). Y como Bogotá, eran centros de ilustración también, Cartagena, Popayán y Calí. En esto

(1) El gaditano José Celestino Mutis es poco conocido aún de muchos españoles ilustrados, sin duda porque el campo de operaciones de este botánico fué el Nuevo Reino de Granada; pero Mutis merece ser distinguido como uno de los sabios que más honraron á España en el siglo XVIII. El talento de Mutis, sus conocimientos en diversas ciencias, cautivaron en tales términos a Humboldt, que éste no sólo prodigó al sabio gaditano los mayores elogios en vida, en una noticia que sobre él publicó, sino que confirmó la alta idea que de él tenía dedicándole su *Geografía de las Plantas*. En la dedicatoria llama á Mutis «ilustre patriarca de los botánicos». Si á esto se añade que Linneo le calificó de «príncipe de los botánicos americanos, cuyo nombre nunca borrará el tiempo», hay sobradísimos motivos para juzgar de la celebridad que el botánico español gozaba en el mundo científico.

influiría el nativo genio granadino, apto para las bellas artes como ningún otro pueblo hispano-americano, como que los modernos colombianos llevan el cetro de la literatura en la América del Sur.

Al estallar la revolución, toda aquella brillante juventud se desparramó, quién ciñendo el casco guerrero, quién lanzándose á la escena política, y casi todos ellos fueron segados por la espada realista. Uno á uno fueron cayendo los ilustres proscritos en manos de sus perseguidores y llevados ante el consejo permanente de guerra instalado en Santa Fe. Presidía este tribunal sangriento el coronel Cansano, y firmaba las sentencias el general Pascual Enrile, gobernador militar de la capital. El asesor era un oficial hijo del país y verdugo de sus hermanos. Las primeras víctimas, según el índice del "Pacificador", fueron Villavicencio y Montúfar, comisionados por la Regencia española para poner paz en el virreinato, pero que habían añadido combustible al incendio con sus excitaciones al separatismo; siguieron Tadeo Lozano, primer presidente de Cundinamarca; Antonio Baraya, primer general de la Unión; Liborio Mejía, el último defensor de la bandera granadina, y otros que se dirán después.

Un ejemplo, por todos, servirá para dar á conocer la entereza de aquellos próceres, mártires de la independencia colombiana. Compareció ante el tribunal José Miguel Montalvo, poeta y abogado, que había figurado como oficial en el ejército de Nariño. Oída la acusación de traidor al rey empezó su defensa y la fundó leyendo el manifiesto del Consejo de Regencia de Sevilla, que decía: "Desde este

momento, españoles americanos, os veis elevados á la dignidad de hombres libres; no sois los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro, mientras más distante estabais del centro del poder."

—Eso no viene al caso—interrumpió el presidente Cansano.

—"Os miraban con indiferencia, vejados por la codicia y destruídos por la ignorancia."

—Eso no viene al caso—gritó Cansano.

—"Vuestros destinos no dependen ya ni de los ministros, ni de los virreyes; están en vuestras manos..."

—Tampoco viene al caso—volvió á gritar Cansano.

—Lo que no viene al caso—contestó Montalvo—, es haber dado esa proclama, para enviar luego á ustedes. Una de las dos cosas estaba por demás.

Cansano le hizo callar, y al retirarse el juez, le dijo airado:

—Advierto á usted que ha faltado al consejo.

—Pues, métanle otra bala al fusil—replicó el valiente patriota.

Pocos días después fué pasado por las armas con otros compañeros, entre ellos Francisco José Caldas, el mejor discípulo de Mutis, y como éste botánico, geodesta, físico y astrónomo, que había aceptado de la revolución el cargo de coronel de ingenieros, y como tal prestó buenos servicios á los republicanos. Juzgado militarmente confesó todos sus trabajos en favor de la independencia; pero pidió la vida para mientras concluía los trabajos de

la expedición botánica, aunque fuera en un calabozo y con cadena. No le fué concedido (1).

Y como Caldas, murieron fusilados Gutiérrez Ulloa, Pombo, Torices, Torres, Valenzuela, y por no citar más, puesto que fueron más de ciento las víctimas, don Pedro Felipe Valencia, *conde de Casa Valencia*, natural de Madrid, venido de treinta y siete años á Nueva Granada á arreglar los intereses de su casa solariega en Popayán. El de Casa Valencia, renunciando á su título de Castilla, ayudó á dar al país de sus padres independencia y libertad. Reducido á prisión en 1816, dirigió á Morillo enérgicas

(1) Los miembros del Consejo se conmovieron, pero no podían deliberar; la orden superior era la de pronunciar sentencia de muerte, y fué pronunciada. «Aún se añade, no sabemos si calumniosamente, que D. Pascual Enrile puso, á la solicitud de prórroga para su vida, este bárbaro decreto: *Negada; España no necesita de sabios.*« (Vergara y Vergara; obra cit.) La apostilla de Enrile, que bien interpretada quiere decir que España no necesitaba de sabios teniéndolos en casa, ha hecho fortuna y se prodiga en todas las historias americanas como muestra de la barbarie española. Pero de este mismo Enrile hemos husmeado, en el mismo Vergara, este otro dato que contradice la nota de inculto que se cuelga al jefe español: es la *Historia de la Revolución Neo-granadina*, en octavas reales, poema histórico del doctor García Tejada, hijo del país: «Esta era la obra de su predilección—escribe Vergara—, en tanto extremo, que desechó 2.000 pesos que el general Enrile le ofrecía por el manuscrito». (García Tejada era redactor de la *Gaceta de Santa Fe*, pagado por las autoridades españolas; emigró á España después, y se dió á conocer como bonísimo poeta.)

representaciones, negándole como general en jefe, autoridad para juzgar á un grande de España; pero el conde de Cartagena no se paró en barras y midió al de Valencia por el mismo rasero que á los demás insurgentes. Se ve que no todos los españoles combatían la indepeneencia, ni todos los hijos del país eran partidarios de ella, sino que en ambos campos peleaban indistintamente americanos y españoles, por lo que se da más idea de la verdad llamando "independientes" ó "patriotas" á los que aspiraban á la separación y "realistas" á los que deseaban la unión con España.

A su salida de Bogotá dejó Morillo como virrey

En cuanto al famoso *Herbario*, de Mutis y Caldas añade Vergara que se perdió, *yendo á pasar como despojo de brutales soldados, á un rincón de España.* Este *rincón* no es otro que el Jardín Botánico de Madrid, al que Morillo hizo trasladar la colección de la célebre expedición botánica, promovida y costeada por el gobierno español, por lo que tenía derecho á disponer del fruto de esa labor; y no se ha perdido, sino que se conserva como una gloria de nuestro pasado en América.

Para rematar la suerte, nuestro Menéndez y Pelayo escribe sobre Caldas: «Víctima nunca bastante deplorable de la ignorante ferocidad de un soldado (Morillo), á quien en mala hora confió España la delicada empresa de la pacificación de sus provincias ultramarinas» (*Antología de poetas hispano-amaricanos.* Tomo III). Esto, dicho á distancia de tiempo y mirado el hecho á través del prisma literario, puede pasar, aunque opinamos que, para vindicar á Caldas, se bastan sus paisanos. Nadie, en cambio, ha protestado de la ejecución del sabio catalán Sentenach, por los revolucionarios argentinos en 1812.

al general Sámano, nombre que en los fastos granadinos va unido al de la joven *Policarpa Salavarrieta*. Como á todas las heroínas se le representa como un ángel de hermosura, romántica y sensible; pero aparte este aspecto novelesco, lo que engrandece su figura es que fué una leona para el martirio y una víctima del amor, que la muerte dignificó, oblándola á la patria. Era la amante de un oficial patriota que, degradado de su empleo, estaba sirviendo como soldado en las filas realistas. Policarpa le comprometió á desertarse, dándole el estado de las tropas de Sámano para los guerrilleros del Casanare, únicos que sostenían la causa republicana en el territorio granadino. Sorprendidos en su fuga los dos amantes y comprometida Policarpa con los papeles de que era portadora, ambos fueron condenados á ser pasados por las armas. Mientras su amigo desfallecía, ella le animaba, gritando que su sangre sería vengada. La muerte de *Pola*, como se llama á esta mujer, hizo más contrarios á la causa española que los 125 doctores y personas de posición que fusiló Morillo; porque si éste tuvo razones que aconsejaban la severidad, ya que la traición no puede tratarse con lenidad, sin hacer correr al Estado gravísimo riesgo y animar á la reincidencia ó al mal ejemplo, el castigo de una mujer rodeó su figura de una aureola novelesca que impresionó profundamente al pueblo granadino, en el fondo tan sentimental.

Es donosa la explicación que Morillo dió al rey de su conducta en Nueva Granada: "¿Que había pasado por las armas á todos aquellos doctores y letrados, *que siempre son los promovedores de las re-*

voluciones." Lo mismo repitió á Bolívar en su entrevista de Santa Ana, según se desprende de esta carta de Páez. "Usted (Bolívar), no puede figurarse los estragos que la intriga hace en este país, teniendo que confesar que Morillo le dijo á usted una verdad en Santa Ana, sobre lo que había hecho en favor de la república en matar á los abogados. Pero nosotros tenemos que acusarnos del pecado de haber dejado imperfecta la obra de Morillo, no habiendo hecho otro tanto con los que cayeron por nuestro lado; por el contrario, les pusimos la república en las manos."

III.— Ostracismo, ingratitudes y muerte.

Dejamos á Antonio Nariño embarcado para España. Fué á dar con sus huesos á Cádiz y encerrado en el presidio de la Carraca, donde llevaba dos años gimiendo el caraqueño Francisco Miranda. A Miranda le libró la muerte; á Nariño el pronunciamiento de Riego en 1820; de modo que estuvo preso en Cádiz cuatro años, fuera de los meses de encierro en las cárceles de Quito y Lima.

Al salir de la Carraca llevaba bajo el brazo un proyecto de constitución para su patria, suponiendo que algún día los dos serían libres. Las noticias que tenía era que los españoles habían hecho la reconquista de Venezuela y Nueva Granada, y que el general Morillo había *pacificado* el país. Creyendo que por el momento sería más útil á la causa de la independencia propagándola entre los liberales españoles, se estableció en la isla de León, de cuya *Sociedad patriótica* fué nombrado presidente. A esta sazón publicó, con el pseudónimo de *Enrique Somoyar*, dos cartas contra el general Morillo, de tal trascendencia, que el sindicado se vió obligado á publicar un manifiesto para defenderse (1).

(1) Véase en el estudio de Bolívar.

Con la reacción absolutista que á poco sobrevino, Nariño hubo de ponerse en salvo huyendo á Gibraltar, y de aquí á Londres. Luego pasó á París, y en todas partes fué pulsando la opinión de los hombres políticos, tratando de inclinarlos á favor de la causa americana. Todos le acogieron con distinción, pero ninguno soltó prenda. Salió de Francia y se encaminó á su patria en 1822. ¡Cuántos cambios en seis años de ausencia! Sus compañeros de revolución habían desaparecido al filo de la cuchilla de Morillo; las cabezas de Torres y Torices, sus rivales políticos, pero hermanos en la causa patriota, habían sido puestas en jaulas de hierro en la alameda de Bogotá, é *indultadas*, es decir, sepultadas, en un cumpleaños de Fernando VII, á los nueve días de su exposición; el terror había paralizado los ánimos, y, sin embargo, Bolívar había reanimado la guerra, invadido Nueva Granada y ganado la independencia con la victoria de Boyacá. Por último, el congreso de Angostura había proclamado la formación de la *Gran Colombia*, sancionando esta declaración los triunfos de Pichincha y Bomboná.

Todo lo encontraba hecho quien todo lo había dejado por perdido. Le ofrecieron á Nariño la vicepresidencia de Nueva Granada; pero si en un principio la aceptó, la renunció acto seguido, juzgándose superior á esta recompensa. Sintióse doblemente amargado por no haber sido él quien coronara la obra de la independencia patria y por verse desposeído del legítimo orgullo que de ella dimanaba. Santander, un letrado con suerte, era el prócer de la independencia patria, y Bolívar, el ve-

nezolano Bolívar, el sol que eclipsaba á todos. Nadie se acordaba de los primeros pasos que dió Nariño, de sus triunfos militares en Palacé, Calibio y Juanambú, y cuanto más, se le remembraba como un agitador civil, como faccioso.

Es célebre la enemiga que encontró en el senado. Tacharon su elección y le acusaron de que no podía ser senador porque era deudor á los fondos públicos y había estado ausente, *por su gusto*, de la patria. En el primer caso se referían al alcance que le impusieron como castigo las autoridades españolas cuando fué preso la primera vez, y en el segundo, al tiempo que estuvo preso en Cádiz.

Nariño salió á la barra y leyó esta memorable defensa:

"Hoy me presento, señores, como reo ante el senado, de que he sido nombrado miembro, y acusado por el congreso, que yo mismo he instalado, y que ha hecho este nombramiento; si los delitos de que se me acusa hubieran sidos cometidos después de la instalación del congreso, nada tendría de particular esta cuestion: lo que tiene de admirable es ver á dos hombres, que no habrían quizá nacido cuando yo ya padecía por la patria, haciéndome cargos de inhabilitación para ser senador, después de haber mandado en la república, política y militarmente en los primeros puestos, sin que á nadie le haya ocurrido hacerme tales objeciones. Pero lejos de sentir este paso atrevido, yo les doy las gracias por haberme proporcionado la ocasión de poder hablar en público sobre unos puntos que daban pábulo á mis enemigos para sus murmuraciones secretas; hoy se pondrá en claro, y deberé á

estos mismos enemigos, no mi vindicación, de que jamás he creído tener necesidad, sino el poder hablar sin rubor de mis propias acciones. ¡Qué satisfactorio es para mí, señores, verme hoy, como en otro tiempo Timoleón, acusado ante un senado que él había creado, acusado por dos jóvenes, acusado por malversación, después de los servicios que había hecho á la república, y el poderos decir sus mismas palabras al principiar el juicio: *oid á mis acusadores*, decía aquel grande hombre, *oidlos, señores; advertid que todo ciudadano tiene derecho de acusarme, y que en no permitirlo, dariais un golpe á esa misma libertad que me es tan glorioso haberos dado.*

„Tres son los cargos que se me hacen; como lo acabáis de oir.

„1.° De malversación en la tesorería de diezmos ahora treinta años.

„2.° De traidor á la patria habiéndome entregado voluntariamente en Pasto al enemigo, cuando iba mandando de general en jefe la expedición del Sur el año de 14.

„3.° De no tener el tiempo de residencia en Colombia que previene la constitución, por haber estado ausente por mi gusto, y no por causa de la república.

„No comenzaré, señores, á satisfacer estos cargos implorando, como se hace comúnmente, vuestra clemencia y la compasion que naturalmente reclama todo hombre desgraciado; no, señores; me degradaría si después de haber pasado toda mi vida trabajando para que se viera entre nosotros establecido el imperio de las leyes, viniera ahora al fin de mi

carrera á solicitar que se violasen en mi favor. Justicia severa y recta es la que imploro en el momento en que se va á abrir á los ojos del mundo entero el primer cuerpo de la Nación y el primer juicio que se presenta. Que el hacha de la ley descargue sobre mi cabeza si he faltado alguna vez á los deberes del hombre de bien, á lo que debo á esta Patria querida, ó á mis conciudadanos. Que la indignación pública venga tras la justicia á confundirme, si en el curso de toda mi vida se encontrare una sola acción que desdiga la pureza de mi patriotismo. Tampoco vendrán en mi socorro documentos que se pueden conseguir con el dinero, el favor y la autoridad; los que os presentaré están escritos entre el cielo y la tierra, á la vista de toda la república, en el corazón de cuantos me han conocido, exceptuando sólo un cortísimo número de individuos del congreso que no veían, porque les tenía cuenta no ver. Así mí vindicación, sólo se reducirá á recordaros compendiosamente la historia de los pasajes que se me acusan, acompañada de los documentos que entonces existían, y de algunas reflexiones nacidas de ellos mismos...

. . . . . .

„El tercer cargo que se me hace es la falta de residencia que exige la constitución, por haber estado ausente, dice... *por mi gusto, y no por causa de la república.* Nada más bello, señores, nada más conforme con las ideas del acusador... que este cargo. Sí, señores, él acaba de correr el velo á esta maldita intriga; él os descubre las intenciones, las miras, la razón y la justicia con que se me han hecho los otros cargos Por mi gusto dejé de ser Presiden-

te dictador de Cundinamarca; por mi gusto dejé de ser general en jefe de los ejércitos combinados de la república; por mi gusto perdí veinte años de sacrificios hechos á la libertad, las penalidades de ocho meses de marchas, y el fruto de las victorias que acababa de conseguir; por mi gusto abandoné mi patria, las comodidades de mi casa, la compañía de mis amigos y mi numerosa familia, por mi gusto desprecié el amor de los pueblos que mandaba, para irme á sentar con un par de grillos entre los feroces pastusos, que á cada hora pedían mi cabeza; por mi gusto permanecí allí trece meses sufriendo toda suerte de privaciones y de insultos; por mi gusto fuí transportado, preso entre doscientos hombres, hasta Guayaquil, de allí á Lima, y de Lima, por el Cabo de Hornos, á la real cárcel de Cádiz; por mi gusto permanecí cuatro años en esta cárcel encerrado en un cuarto, desnudo, y comiendo el rancho de la enfermería, sin que se me permitiese saber de mi familia. ¿No os parece, señores, que es más claro que la luz del día, que yo he estado ausente por mi gusto, y no por causa de la república?...

„Y á vista de semejante escandalosa acusación, comenzada por el primer congreso general y al abrirse la primera legislatura, ¿qué deberemos presagiar de nuestra república? ¿Qué podremos esperar para lo sucesivo si mis acusadores triunfan ó se quedan impunes? Por una de esas singularidades que no están en la previsión humana, este juicio, que á primera vista parece de poca importancia, va á ser la piedra angular del edificio de vuestra reputación. Hoy, señores, hoy va á ver cada ciudadano lo que debe esperar para la seguridad de su

honor, de sus bienes, de su persona; hoy va á ver toda la república lo que debe esperar de vosotros para su gloria. En vano, señores, dictaréis decretos y promulgaréis leyes llenas de sabiduría, en vano os hábréis reunido en este templo augusto de la ley si el público sigue viendo...

. . . . . .

.....En vano serán vuestros trabajos y las justas esperanzas que en vuestra sabiduría tenemos fundadas. Si vemos ejemplos semejantes en las antiguas repúblicas, si los vemos en Roma y Atenas, los vemos en su decadencia en medio de la corrupción á que su misma opulencia las había conducido. En el nacimiento de la república romana vemos á Bruto sacrificando á su mismo hijo por el amor á la justicia y á la libertad; y en su decadencia, á Clodio, á Catilina, á Marco Antonio sacrificando á Cicerón por sus intereses personales. Atenas nació bajo las espigas de Céres, se elevó á la sombra de la justicia del Areópago y murió con Milciades, con Sócrates y Foción.

„¿Qué debemos, pues, esperar de nuestra república si comienza por donde las otras acabaron? Si vosotros, señores, al presentaros á la faz del mundo como legisladores, como jueces, como defensores de la libertad y la virtud, no dais un ejemplo de la integridad de Bruto, del desinterés de Foción y de la justicia severa del tribunal de Atenas, nuestra libertad va á morir en su nacimiento. Desde la hora en que triunfó el hombre atrevido, desvergonzado, intrigante, adulador, el reino de Tiberio y el de la libertad acaba“ (1).

(1) *Obras de Nariño*, tomo I, Bogotá, 1905.

Concluyó de leer su defensa y fué absuelto por unanimidad. Tras esto el noble varón se sintió morir, y á ello se preparó. Escogió para retiro la villa de Leiva, y al tiempo de irse se despidió de cada una de las personas de su familia y de sus amigos.

—*¿Hasta cuándo?*

—*¡Hasta nunca!*—respondió á todos.

Pero cedamos la palabra á Vergara, que muy sentidamente nos cuenta los últimos momentos del gran hombre:

"—Apenas entró en el apacible clima de Leiva, se sintió mejor en su salud, tan mejor, que sus amigos que le acompañaban le creyeron salvado. "Ahora que estoy bueno, voy á buscar y señalar el sitio en que quiero ser enterrado, porque pienso morirme pronto", les dijo. Ellos rieron, y él también; y con risa y chistes les señaló el lugar que había escogido.

El martes 9 de Diciembre de 1823, tuvo un ataque muy fuerte, y arrojó sangre por la boca; el 10 se hizo administrar, y el 12 ponerse el santo óleo, anunciando que después de "este acto amigable con Dios, iría á practicar actos amigables con los hombres," y que le tuvieran ensillado su caballo. Montó, en efecto, y recorrió los alrededores, deteniéndose pocos momentos en cada casa, y despidiéndose con la más cordial urbanidad...—¿Para dónde se va usted? le preguntaban.—Para la eternidad; y no pido órdenes, porque no se me ocurre qué puedan mandar á decir allá—les contestó.

Al volver á la casa, se sentó en un sillón, y pasó la noche discurriendo largamente con el médico sobre el carácter y fin de la enfermedad que *había*

tenido y de cómo iba á morir. Viendo á algunos de los circunstantes muy afligidos, los consolaba con palabras festivas.—"¡Qué chasco el que voy á jugar á los españoles! les decía: me voy al cielo antes que ellos!" Al aparecer la aurora, bellísima y radiante, dijo: "¡Qué buen día me va á hacer!" En seguida oró largo rato, y meditó. Mientras hablaba, observaba con el reloj en la mano el estado de su pulso: hizo notar á los médicos que ya había terminado la pulsación, y les decía: "¡he muerto ya! ustedes hablan con un cadáver." Pidió que le hicieran venir algunos músicos para que le cantasen los salmos penitenciales. Mientras llegaban, discurrió sobre la muerte y sus diferentes formas según las creencias y las costumbres de los pueblos.

Su confesor, el doctor Buenaventura Sáenz, Cura de Sáchica, le decía, hablándole de su próxima muerte, "que no tuviera cuidado."—"Jamás lo he tenido"—le replicó blandamente. A las doce del día dijo que avisaría cuando llegase el momento; y poco después, cerrando el reloj y poniéndolo entre el bolsillo dijo: *¡ya es tiempo!* y cubriéndose con la señal de la cruz expiró...

Murió el 13 de Diciembre.—La víspera, hablando de su vida pública había dicho:

"Pónganme este epitafio:

Amé á mi patria; cuánto fué ese amor lo dirá algún día la Historia. No tengo que dejar á mis hijos sino mi recuerdo; á mi patria le dejo mis cenizas."

IV.—Nariño, Miranda y Bolívar.

Los colombianos, llevados por un justo entusiasmo patriótico, pretenden comparar Nariño con Bolívar, pero la semblanza es muy vaga, y no puede ser de otra manera. Cuanto más, se reduce el paralelo á que ambos fueron de ilustre cuna y de distinguido talento; á que fueron dictadores en sus respectivos países, á su elocuencia tribunicia, á sus iniciativas patrióticas... y al mismo género de enfermedad. Pero de ahí no pasa.—¿Cuándo Bolívar hubiese cedido el campo á sus rivales, ni se hubiera entregado voluntariamente al enemigo, ni resignado á obscurecerse en el seno de las Asambleas?

Con el que tiene más parecido Nariño es con Miranda; en sus prisiones, en su peregrinación por las cortes europeas en demanda de apoyo á la independencia; en su apostolado patriótico y en sus comunes reveses. Ambos hubieron de luchar contra el predominio de los federalistas congresales; y á los dos les perjudicó en extremo la ausencia de sus respectivos países en circunstancias que un mes, un año, era bastante para que se levantara una nue-

va reputación, haciéndose necesario contrarrestarla, emulándola ó superándola.

Pero si Nariño es inferior á Bolívar en genio, en audacia y en gloria, le aventaja en abnegación personal y política y en ardentía de un apostolado que le costó tres prisiones y que en mucho contribuyeron á agotar sus energías. Fué, sobre todo, el *Precursor* de la República de Colombia.

JOSÉ SAN MARTIN

JOSÉ DE SAN MARTIN

I.—Los Lautaros.

A principios del año 1812 navegaba en una fragata inglesa con rumbo á Buenos Aires, un grupo de jóvenes americanos, prófugos del ejército español, con objeto de prestar sus servicios á la revolución de su país. El de más edad y graduación era *San Martín*, joven de treinta y cuatro años y teniente coronel de caballería en España, tipo marcial y arrogante; de mirada severa, como de quien está acostumbrado á mandar; de carácter adusto y reconcentrado. Dábanle vaya sus compañeros de á bordo, entre ellos, *Carlos Alvear*, alférez de carabineros reales, y *José Miguel Carrera*, comandante de húsares españoles; ambos de aspecto señorial y distinguido, de desenvueltas y nobles maneras; de dicción fácil y hasta elocuente, como troquelada eu discreteos de salón y peroratas de club. Los demás eran *Chilavert*, *Zapiola* y otros.

El grupo solía disputar sobre asuntos políticos y militares, con vistas á la independencia del Río de

la Plata Ante la proa del navío veían Alvear y Carrera y cortaban ya á su medida, el manto rojo de los virreyes que la revolución había dejado colgado en el guardarropa nacional; en tanto que San Martín, oyéndoles hablar, acariciaba el puño de su *corvo* y les redargüía que "espadas son triunfos."—*San Martín* · decíale Alvear, guiñando el ojo á Carrera—*usted no será nunca más que un buen sargento de caballería.* —*Y ustedes serán fusilados un día de éstos*,—contestaba San Martín.

Una franca risotada de los compañeros subrayaba estas mutuas chanzas; pero todos abrigaban *in petto*, la convicción que los que harían más adelantos al servicio de la república, serían Carrera y Alvear, porque iban á cosa hecha, como se verá, en tanto que ellos y San Martín andaban á tientas á probar fortuna.

Pero el *tu Marcelus eris* es de dudoso vaticinio, porque el destino burla el juicio de los hombres.

***

José San Martín y Matorras era hijo de un capitán español de infantería colonial del Río de la Plata. De muy niño marchó á la Península, y tras un aprendizaje literario en el *Seminario de Nobles de Madrid*, ingresó como cadete en el regimiento de *Murcia*. Peleó en Melilla y en Orán, en la guerra del Rosellón, y estuvo trece meses embarcado, asistiendo á dos combates navales contra los ingleses.

Cuando la invasión de los franceses, pertenecía al ejército de Andalucía, y en su estancia en Cádiz se encontró con un núcleo de americanos que ha-

bían formado la *Logia Lautaro* ó de *Caballeros Racionales*, cuyo objeto era ayudar á la emancipación de la América del Sur sobre la base del dogma republicano. A esta sociedad secreta se afilió entonces el joven oficial San Martín, á la vez que Carlos Alvear y José Miguel Carrera. Esto no impidió que terciara en la lucha de la independencia española, asistiendo á la batalla de Bailén, y ascendido por méritos en esta batalla á teniente coronel. Estuvo después en la otra gloriosa jornada de Albuera, en 1811, y á poco de esto se trasladó á Londres, embarcándose para Buenos Aires en Enero del siguiente año. Como dejó escrito en una de sus cartas, "sacrificó la juventud al servicio de los españoles".

Jose Miguel Carrera era el primogénito de una rica familia chilena, enviado á España para corregirle de sus calaveradas. Ingresó en el ejército, en el que prestó buenos servicios á la independencia española, guerreando contra la invasión francesa. Su padre tenía gran influjo en la Junta revolucionaria de Chile; su segundo hermano, Juan José, era comandante del ejército patriota, y su hermana doña Javiera, dama de gran belleza é inteligencia, estaba emparentada con las principales familias de Santiago por su primero y segundo matrimonio. En época de revolución, eran éstas grandes ventajas para un rápido encumbramiento, sobre todo, tratándose de un hombre como José Miguel, de inteligencia despierta y de singulares dotes personales. De él se dice que era hombre singularmente hermoso, aficionado al lujo y á los placeres, por lo que se le ha llamado el duque de Buckingham chileno. Tenía ahora veinticinco años.

En parecido caso se hallaba *Carlos Alvear* respecto de Buenos Aires.

Lo mismo que San Martín, había nacido en *Misiones*, territorio así llamado por ser la parte del territorio argentino donde estuvieron enclavadas algunas de las antiguas redacciones jesuíticas del Paraguay. San Martín nació en Yapeyú, y Alvear en Santo Angel Custodio, porque sus respectivos padres ejercieron cargo en estas localidades.

El de Alvear lo fué el capitán de fragata D. Diego, comisario en Misiones para el tratado de límites de la frontera luso-española en aquellas partes, y en el que intervino con igual empleo el teniente de navío D. Félix de Azara, que había de ilustrarse como naturalista de esta expedición. A su paso por Buenos Aires había casado ese D. Diego con una hija del rico comerciante aragonés Balbastro, y de este matrimonio fué el cuarto hijo Carlos Alvear y Balbastro. En 1804 se embarcó toda la familia para España, y en la travesía ocurrió la alevosa agresión de una escuadra inglesa contra la española, en la que iba de mayor general D. Diego. En este ataque, perpetrado en plena paz y con el exclusivo objeto de robar los caudales que venían de Lima y Buenos Aires, perdió el marino su mujer y sus hijos, á excepción de Carlos, que por entonces tendría quince años, y que apenas llegado á Cádiz ingresó como cadete en carabineros reales.

Para 1810 vivía en la isla de San Fernando, de la que su padre tenía el gobierno político y militar. Se había casado con una joven gaditana y pedido su separación del servicio del rey, porque simpatizaba con el movimiento separatista de América é

imaginaba ya trasladarse á Buenos Aires. Con estos planes facilitó su embarque para Inglaterra el asunto de la fuga del coronel francés Vigo Roussillon, que hizo depositario de su dinero á Carlos Alvear y otro cómplice de su evasión. El coronel fué descubierto al ir á embarcarse, y el joven Alvear partió para Plymouth, llevándose veintitrés guineas del francés que éste le diera en depósito (1).

Hemos hecho hincapié en Carlos Alvear porque, según iremos viendo, fué el de más inmoderadas ambiciones entre el grupo emigrado, y todos sus servicios á la Revolución se los cobró con usura, pretendiendo los principales cargos políticos y militares apenas llegado á su país; en tanto que los demás compañeros se limitaron á sus deberes mili-

(1) «Es muy natural que Alvear esperase al coronel á bordo hasta el último momento y, no viéndole llegar, siguiese viaje á Londres con el ánimo de devolverle allí los ciento y tantos pesos depositados. No sería tampoco crimen capital (poniéndose en lo peor), que el joven expatriado, quizá escaso de recursos para el viaje á Buenos Aires, donde tenía la herencia materna, ó para ayudar á compañeros menos ricos que él, y conociendo la situación holgada de Vigo Roussillon, hubiese dispuesto provisionalmente de esa pequeña cantidad, prometiéndose devolverla más tarde«. (P. Groussac, *Anales de la Biblioteca;* tomo I, Buenos Aires, 1900).—Este mal alegato no desvirtúa el abuso de confianza hecho por Alvear. A Groussac le ha pasado lo que á los hombres graciosos, que por un chiste son capaces de sacrificar un amigo; ó lo que es lo mismo, por exhibir una cita sepultada en la *Revue des Deux Mondes,* mancilla la fama de un héroe argentino.

tares, sin ambiciones puestas en el gobierno, salvo Carrera, que figura en Chile.

Llegaron, pues, los argentinos á Buenos Aires y tuvieron buena acogida en el Triunvirato formado por Chiclana, Paso y Sarratea. Según nos cuenta el propio San Martín, fué recibido por uno de los triunvirros con mucho favor (sería Sarratea, con el que mantenía correspondencia muchos años después); por los dos restantes, con una desconfianza muy marcada. "Por otra parte, añade, con muy pocas relaciones de familia en mi propio país y sin otro apoyo que mis buenos deseos de serle útil, sufrí este contraste con constancia, hasta que las circunstancias me pusieron en situación de disipar toda prevención" (1).

Se le autorizó, por de pronto, para formar un regimiento de granaderos de á caballo, del que se le dió la coronelía.

Muy otra fué la situación de Alvear, que se encontró con parientes ricos, con una buena herencia materna y con sinnúmero de amigos que le llamaban *Balbastrito* y le ponían en los cuernos de la luna.

Figuraba entre sus parientes un su tío, D. Gervasio Posadas, notario muy rico y aspirante al poder y que, como se verá, hizo con el sobrino un pacto de ayuda mutua. Así que llegó, ascendió el alférez de carabineros reales á sargento mayor (comandante) de granaderos de á caballo, siendo de justi-

---

(1) *Correspondencia de San Martín*, carta á D. Manuel Sarratea. (Museo Histórico Nacional, Buenos Aires.)

cia consignar que renunció al sueldo que le correspondía por este empleo, cediéndolo á beneficio del Estado.

Presentados y ya instalados estos personajes, veamos el escenario en el que van á figurar.

II.—Los Mayos.

La revolución de Buenos Aires fué, entre otras revoluciones de América, la que se hizo del modo más franco, y por lo mismo, la que dió más prontos resultados.

El rechazo de los ingleses en 1806-1807, halagó el orgullo de los porteños, porque les hizo ver de lo que eran capaces; á poco vino la invasión francesa en la metrópoli, y conociendo la impotencia de España para defender sus colonias, prepararon la independencia.

A favor de la socorrida teoría que las colonias americanas no eran dependencias de la nación española, sino del rey, cautivo éste en Francia, quedaban aquéllas en libertad de darse nuevo soberano, y como es natural, propendieron á un gobierno autónomo. Una conmoción popular derribó el *25 de Mayo de 1810* á un virrey, imagen de un poder ilusorio, y los revoltosos se agrupan alrededor de un jefe. Este fué *Cornelio Saavedra*, natural de Potosí (distrito perteneciente entonces al virreinato del Plata); uno de los hombres más ricos de Buenos Aires y, por esto, coronel de la milicia ó "cuerpo

de patricios". Tan pronto como el virrey Hidalgo de Cisneros fué embarcado fuera del país, Saavedra asumió la presidencia de la junta patriota.

Tuvo por auxiliares á Rodríguez Peña, Belgrano, Vieytes, Azcuénaga, Larrea, Castelli, Berutti, French y otros ciudadanos, jefes casi todos de las milicias de la capital; y por secretario á *Mariano Moreno*, dirigente y propulsor del movimiento.

Un año antes que en Buenos Aires, había estallado en Chuquisaca (hoy ciudad Sucre, en Bolivia) la voz de insurrección. Un grupo de jóvenes distinguidos encabezó el motín, que dió por resultado la deposición del presidente de aquella Audiencia, D. Ramón García Pizarro, por "afrancesado" ó partidario del rey José Bonaparte, en España, traidor, por consiguiente, al cautivo Fernando VII. Bajo esta aparente fidelidad, los revoltosos iban á su negocio, que no era otro sino hacer la revolución. Relator de la Audiencia y el hombre de confianza del presidente, por su saber y despejo, era el bonaerense Mariano Moreno, á la sazón joven de treinta y un años, ido á Chuquisaca á doctorarse en su célebre Universidad y luego agraciado con el lucrativo empleo en el alto tribunal. Dado el golpe, Moreno se trasladó á su país natal á preparar otro análogo contra la autoridad española, lo que sucedió el 25 de Mayo del año 10. Era hombre doctrinario, empapado en la lectura de los enciclopedistas franceses, pero tan religioso, que se pasaba semanas enteras en ejercicios espirituales, dándose fuertes disciplinazos. Aspiraba á la gloria mundana, que creía merecer por su talento; y aunque secretario de la Junta, era su alma y el fiscal de sus compañeros. Su espí-

ritu jacobino se imponía á todos, y desde el primer momento, apasionado y voluntarioso, amenazaba ser terrible dictador para un conflicto supremo. Comprendía que un momento de indecisión haría fracasar la obra ya iniciada y de ahí los reproches á sus compañeros y las medidas extremas y terribles que demandaba.

—*¿Dónde está el pueblo?*— había preguntado el síndico del cabildo Julián de Leiva el día que se pidió la destitución del virrey en nombre del pueblo, no viendo en la plaza más que á cuatrocientos vecinos. Una conmoción y gritería en el cuartel de patricios impuso la renuncia de Cisneros para dar lugar á Saavedra (1). Desde entonces se impone la fuerza y Moreno puede implantar su sistema terrorista, porque es el caso que en las demás provincias argentinas persistía la obediencia á las autoridades españolas, y hasta en el mismo Buenos Aires muchos nativos no se adhirieron al movimiento por considerarlo prematuro ó inoportuno.

A instigación de Moreno se lanzó un reto á todo cuanto era español ó europeo, con una autoridad más absoluta que la que ejercieron los virreyes; se suprimió el comercio con el extranjero, se dieron todos los cargos públicos á los criollos y se dictó una ley de sospechosos. Pero Buenos Aires no era toda la nación; así que, por lo que pudiera acontecer, al paso que la Junta directiva negaba obediencia á la Regencia de España, daba cuenta á las demás ciudades del cambio efectuado, invitándolas á

(1) Memorias inéditas de Gervasio Posadas, citadas por Lucas Ayarragaray, en *La Anarquía argentina y Caudillismo*.

que entraran en posesión de sus derechos, entendiendo: "*Conservar nuestra santa religión, la observancia de las leyes que nos rigen, la común prosperidad y el sostén de estas posesiones con la más constante fidelidad y adhesión á nuestro amado rey don Fernando VII y sus legítimos sucesores en la corona.*" Esto decía la proclama del 25 de Mayo á los pueblos, siendo así que en la mente de quienes la expidieron existía la tendencia separatista.

Para acelerar este resultado se convocó á un Congreso y se envió una expedición de mil hombres, á fin de garantir la libre elección de los representantes del pueblo á las provincias del norte, en las que se había anunciado la reacción militar española. La columna expedicionaria, llevando cintas blancas y celestes en las banderolas de los fusiles, se puso en marcha el 9 de Julio de 1810, al mando del coronel Ocampo, y se encaminó directamente á Córdoba, porque en esta ciudad estaba *Don Santiago Liniers*, el héroe de la Reconquista de Buenos Aires contra los ingleses, premiado por este hecho con el título de conde de Buenos Aires, y ascendido á virrey del Río de la Plata. Al salir Cisneros para Canarias, había mandado poderes para sustituirle á este personaje, ídolo un día del elemento criollo, de suerte que Liniers, por agradecimiento monárquico, se dispuso á resistir á la Junta revolucionaria, contando con la cooperación del gobernador Juan Gutiérrez de la Concha, otro marino que también se había distinguido en la *Defensa* de Buenos Aires, y con la de otros significados realistas de la ciudad de Córdoba.

Figuraba entre estos últimos, el canónigo de

aquella catedral Gregorio Funes, ascendido á deán por haber pronunciado un adulador panegírico á la muerte del rey Carlos IV. Se daba por tan exaltado realista, que Liniers le confío todos sus proyectos y le hacía sentar en junta de autoridades. Ese hombre despreciable, estaba en comunicaciones con los revolucionarios de Buenos Aires y les avisó de los propósitos de los mandones de Córdoba, es decir, delató á sus confidentes. Liniers, al que no faltaba valor, y que disponía de mil hombres, al saber que venía la columna de Ocampo, en vez de atacar, emprendió la retirada hacia el norte, quedándose al poco tiempo abandonado de sus soldados y sólo con algunos compañeros. El coronel Ocampo despachó á Balcarce con doscientos hombres, y en Piedrahita, pueblo de la provincia de Santiago del Estero, los apresó sin resistencia.

La Junta, apremiada por Moreno, mandó que se fusilara á los prisioneros. Causó esta orden tanto asombro en Córdoba, que el coronel Ocampo no se atrevió á ejecutarla.

Según dice Núñez (1), el deán Funes y su hermano encabezaron una manifestación del vecindario para salvar á los presos, que ellos habían traicionado y vendido, cita que aducimos en el deseo de ser imparciales; pero, ¿cómo habían de salvarse estando ya en poder del Marat de la revolución argentina, de Mariano Moreno, que exhortaba á "*cor-*

(1) Don Ignacio Núñez es el autor de unas *Memorias* interesantes, porque fué testigo ocular de la *Revolución de Mayo*. Las publicó en el año 1840, y aunque se muestra patriota, dice lo que tiene que decir. Las hemos de citar más de una vez.

tar cabezas, verter sangre y sacrificar á toda costa, aunque este proceder nos aproxime á los antropófagos y caribes".

El gobierno revolucionario confirmó su acuerdo y envió para ejecutarlo al vocal de la junta Juan José Castelli, el cual salió de Buenos Aires con poderes para relevar al coronel Ocampo y con una escolta mandada por Domingo French, antiguo mozo de correos. Los prisioneros eran, además del ex virrey Liniers, el gobernador Concha, el obispo Orellana, el asesor Rodríguez, el coronel de milicias Allende y el oficial de rentas Moreno. Como de Córdoba habían sido reexpedidos á Buenos Aires, en el camino se los encontró Castelli, quien con el aplomo de un convencional, dió orden de fusilarlos en el acto, menos al obispo Orellana, que había sido sentenciado á presenciar la ejecución de los otros cinco reos. Las lágrimas del obispo suspendieron por dos horas la ejecución de este asesinato en plena pampa, entre las dos postas de Cabeza del Tigre y Lobatón. Al fin fueron fusilados, y sepultados los restos en la Cruz Alta, una miserable aldea en las márgenes del Río Tercero.

"A los pocos días de esta ejecución extraordinaria—añade el citado Núñez—, apareció en un árbol de la Cruz Alta una inscripción con letras grandes que decía CLAMOR, formada con las primeras letras de los apellidos de los reos, Concha, Liniers, Allende, Moreno, Orellana y Rodríguez. Fácil es de advertir que si en aquellos lugares desiertos hubo quien levantase la voz para conmover la sensibilidad de los pueblos, sobrarían exclamaciones contra esta catástrofe sangrienta en Montevideo, en el

Perú, en el Paraguay y aun en Buenos Aires. El gobierno de la capital fué acusado por todas partes de ingrato, de sanguinario y aun de sacrílego."

La Junta premió la delación infame del clérigo Funes nombrándole diputado al congreso con 3.000 pesos anuales (1), pero los manes de sus víctimas se vengaron: el virrey de Lima, al saber la desaparición de Liniers, agregó á su jurisdicción las provincias de La Paz, Charcas y Potosí, dependientes hasta entonces de la gobernación del Río de la Plata, y que nunca más volvieron á ser argentinas.

Hacia estas provincias siguió expedicionando la columna libertadora de Balcarce y Castelli, que teniendo la fortuna de derrotar las tropas del general realista Nieto en Suipacha, propagó el movimiento revolucionario por todo el Alto Perú. En esta correría, Castelli, el convencional de la junta porteña, provocó una escena bufa en el ejercicio de sus fun-

(1) Para concluir con este personaje. Es conocido más que todo, por su *Ensayo histórico*, cuyo primer tomo apareció en 1816. En 1820 una publicación de Fortunato Lemoine, señalaba su desprestigio, anotando: «Odiado por su país (Córdoba). En 1826, se leía una nota suya al congreso anunciando que por haber admitido el deanato de La Paz, quedaba vacante su plaza de diputado. No se votó la aceptación; con desdén apenas disimulado, el presidente manifestó que le bastaba al congreso quedar enterado de que la diputación estaba vacante. Groussac, de quien tomamos estas noticias, no lo trata mucho mejor: «Ha conquistado (Funes) su fama de legislador sin haber cometido en su larga vida de enredos y tramoyas más delito constitucional que el plan de estudios de la Universidad cordobense».— (*Anales de la Biblioteca*, tomo II.)

ciones, y que hemos de traer á cuento para amenizar el relato, hasta aquí sombrío. Llamó á asamblea á los indios aimaráes de La Paz, y á la vista de los monumentos ciclópeos de Tiaguanaco, restos de una civilización precolombiana en aquellos parajes, les habló de los sacrosantos principios de la revolución y de los derechos del hombre, de su redención como ciudadanos, etc., etc. *La Revolución es vuestra madre*—vino á decirles—, *yo, su enviado. ¿Qué queréis de ella? ¿Qué queréis de mí?* — AGUARDIENTE. *¡tatay!* — le respondió la indiada. En cuanto á los criollos de distinción, los escandalizó con sus ultrajes á la religión católica y sus atentados á la moral. En plena Semana Santa dió banquetes y saraos; la soldadesca tiraba cohetes dentro de la iglesia, desde la puerta, ó bien los oficiales se paseaban en camisa, con la demás ropa bajo el brazo, entre las mujeres entregadas á sus devociones.

El país había respondido á las excitaciones de las juntas de Chuquisaca y La Paz, en tal medida, que Abascal, virrey del Perú, hubo de mandar tropas para dominar el alzamiento. Goyeneche y su primo Domingo Tristán, arequipeños los dos y jefes del ejército realista, lo sofocaron á sangre y fuego, secundados por Nieto, que había reemplazado á Pizarro en la intendencia de Potosí, y que también extremó los rigores contra los insurgentes. Estos escarmientos, unidos á los escándalos de los "libertadores" argentinos, operó un cambio de opinión entre los altos peruanos, que Castelli hubo de contrarrestar con sangrientas ejecuciones de los más significados realistas que caían en sus manos. En-

tre ellos á los generales Nieto y Córdoba y al intendente Sanz, apresados en Potosí; y es circunstancia notable que este Sanz, á quien con tanta saña perseguió y ultimó Castelli, había sido el protector de éste, llevándoselo de Buenos Aires al Alto Perú, donde le costeó la carrera de abogado en Chuquisaca. La máxima robesperiana, que era preciso sacrificar á los hombres de alto rango para llevar el terror á los demás, era la norma del procónsul argentino.

Pero Goyeneche le paró los pies. Llegado Castelli en unión de Balcarce, jefe militar de la columna libertadora, al Desaguadero, que era el límite entre el Alto y Bajo Perú, topó con aquel general realista allí apostado, para cerrarle el paso. Los dos ejércitos pactaron un armisticio, que Goyeneche, muy sagaz, supo ajustar con todas las ventajas para él. El documento de compromiso redactado por él y ratificado por Castelli y Balcarce, con aclaraciones de mera forma "acusan tanta imprevisión en el representante (Castelli), como olvido de los preceptos más elementales de la seguridad en la guerra por parte del general (Balcarce)". —(Mitre, *Historia de San Martín*).

A favor de estas ventajas, Goyeneche sorprendió en Guaqui á los patriotas, poniéndolos en precipitada fuga. "Debe decirse en honor de la verdad, que los primeros que violaron el armisticio fueron los patriotas—añade Mitre—, extendiendo sus correrías al norte del Desaguadero, y atacando un destacamento realista que observaba pacíficamente los caminos de la costa". Resulta, pues, que Goyeneche no fué el felón y violador de armisticios que

nos pintan las historias criollas, y que Guaqui no fué una sorpresa, sino una verdadera batalla en la que se batió el cobre por ambas partes. (20 Junio 1811.)

El ejército realista, compuesto sólo de soldados peruanos, en especial cuzqueños, contaba apenas 6.100 hombres de todas armas, bien instruídos y disciplinados; los enemigos eran más superiores en número, sobre todo en caballería, compuesta de 2.800 jinetes cochabambinos. Tanta importancia se dió á este hecho de armas, que la corte de Madrid expidió título de *conde de Guaqui* al general vencedor (1).

En cuanto Castelli, no paró en su fuga hasta Buenos Aires, donde murió en Octubre de 1812, durante el proceso que se le siguió por la sorpresa de Guaqui, á consecuencia de habérsele cancerado la lengua, que se quemó con el cigarro.

Para reorganizar el "ejército del Norte", como le llamaban los argentinos, tan maltrecho en Guaqui, que á duras penas pudieron salvarse 800 hombres, si bien en la retirada robaron en Potosí 800.000 pesos, que les costó alguna sangre, pues el vecindario les hizo resistencia, se envió desde Buenos Aires á otro militar improvisado, *Manuel Belgrano*.

*
* *

Había hecho sus estudios en España, y á la edad de veintisiete años regresó á su país con el cargo

(1) *Huaqui*, como se escribe en geografía boliviana, es un cantón de Pacajes, á 18 leguas de la ciudad de La Paz, á orillas del famoso lago Titicaca. En quichua significa: «dame un poco».

de secretario del *Consulado* ó Tribunal de Comercio. Cuando el ataque de los ingleses á Buenos Aires, en 1806, hubieron de improvisarse milicias para la defensa, siendo una de ellas la "Legión de Patricios porteños (1)", de la que era coronel Saavedra y mayor Manuel Belgrano. Desempeñando este cargo, había adquirido algunos conocimientos militares, de suerte que al tomar parte en la revolución de Mayo, sus compañeros de Junta le creyeron en condiciones para mandar un ejército. Confiáronle algunas fuerzas para que llevara el movimiento revolucionario al Paraguay; pero su dirección militar no fué nada brillante, y tras una honrosa capitulación en Tacuary, hubo de retirarse. Los historiadores argentinos proclaman como gran mérito de Belgrano en esta ocasión que sembró en el Paraguay los gérmenes de libertad; así sería, pero no es menos cierto que este país, despertado de su sueño colonial, se separó no sólo de España, si que también de Buenos Aires; de modo

(1) *Porteño*, el natural de Buenos Aires y su provincia, por el nombre que lleva la ciudad de *Puerto de la Santísima Trinidad de Buenos Aires*. Es un curioso caso de antinomia llamar *porteños* á los hijos de una ciudad que no ha tenido puerto verdaderamente tal, hasta 1889 (el Madero); así como llamarse *Río de la Plata* al estuario, cuando ni el río lleva plata, ni el país la tiene en su moneda. Río de la Plata á lo poético, es *La Argentina*, nombre con que el extremeño Barco de Centenera bautizó un poema en el que relata la historia del país, y el paraguayo Ruiz Díaz de Guzmán, su crónica sobre lo mismo. El nombre fué adoptado al hacerse la independencia, y de ahí los nombres de República *Argentina* y *Argentinos*.

que la expedición de Belgrano, trajo como resultado indirecto, otra amputación á la soberanía argentina.

A todo esto, el virrey Elío amenazaba desde Montevideo, y la Junta no tenía otro general que Belgrano. No hubo más remedio que confiarle otro ejército y enviarle á la Banda Oriental; pero cuando se hallaba á la vista de Montevideo, fué bruscamente relevado del mando por un cambio de gobierno acaecido en Buenos Aires, y del que hablaremos luego. Dicen que vaciló entre obedecer ó marchar con sus tropas sobre Buenos Aires, donde, á mayor abundamiento, se le llamaba para un juicio de residencia; como quiera que sea, optó por lo último. Se sintió más abogado que general, y prefirió defenderse ante sus acusadores á imponérseles por las armas, hacerse dictador y encauzar la revolución, entregada, como hemos de ver, á una caterva de ambiciosos. Ello se achaca á falta de ambición personal; pero esta es una virtud negativa con que se quiere dorar muchas veces la falta de genio. Belgrano dictaba mucho de tenerlo, y por esto no era ambicioso.

Pero este patricio tuvo un momento feliz que le ha hecho inmortal en la historia argentina. Al encargarse, poco después de su rehabilitación, del mando del ejercito del norte, hizo jurar á sus hombres la bandera celeste y blanca, como enseña de la patria.

Fué éste un acto suyo, libérrimo, casi contrariando la voluntad del gobierno, que creía prematura esta demostración; pero la fortuna, que como se ha dicho, siempre ayuda á los atrevidos, favoreció

el único atrevimiento de Belgrano, otorgándole á seguida dos victorias como trofeos de la enseña por él creada: Tucumán y Salta.

La batalla de Tucumán vino á consecuencia de la invasión del general realista Pío Tristán, primo de Goyeneche, y jefe de la vanguardia del ejército que éste mandaba en el Alto Perú. Pacificadas estas provincias, Tristán adelantó hasta la ciudad de Tucumán, unas 283 leguas distante de Potosí, residencia del cuartel general, con el objeto de distraer á la Junta de Buenos Aires y privar al enemigo de los cuantiosos recursos que sacaban de las remesas de mulas al Perú. Esta expedición, más atrevida que calculada, tuvo un desenlace de funestas y muy trascendentales consecuencias para la causa realista. Tristán, en lo mejor de su edad, y justamente engreído con el mando de una división hasta entonces vencedora, marchó rápidamente al Norte de la Argentina, con total desprecio de Belgrano, á quien encontró en el llano en que está situada la ciudad Tucumán, rodeada de arboledas y con espesos bosques muy inmediatos. En uno de estos *montes* se mantenía oculta la caballería tucumana, que dió la victoria á Belgrano cuando éste menos lo esperaba; pues á punto que los peruanos de Tristán, avanzando á la bayoneta le habían tomado ya tres cañones y rechazado su infantería, salieron los gauchos de su emboscada, y cogiendo por retaguardia á los vencedores, los dejó sorprendidos y aterrados con el extraño aspecto que ofrecían á caballo con sus lanzas y el *guardamonte*, que es una guarnición de cuero crudo bien sobado que se pone en la delantera del arnés para resguardar las pier-

nas del jinete y el pecho del caballo de la maleza del monte. De lo que resulta que una caballería corriendo con tal aditamento hace de ella y del jinete una sola pieza, un verdadero centauro.

La acción no fué todo lo decisiva que debiera, porque esa rústica é indisciplinada caballería, en vez de perseguir á los intimidados y confusos dispersos, cargó sobre los equipajes, retirándose muchos jinetes á poner en salvo el botín que habían hecho. Con la inesperada conducta de la caballería vencedora, Tristán volvió á formar sus batallones antes de que anocheciera y marchó de nuevo contra la ciudad entrando en las primeras calles é *intimando la rendición.* Belgrano le contestó que no era quién para hacerle esta intimación, porque carecía de municiones para este intento, por haber perdido el parque y ocho cañones de los diez que llevaba, como también las municiones y demás pertrechos que iban á retaguardia, pues engañados los conductores con la noticia de que las tropas reales ocupaban la ciudad, se dirigieron á ella sin precaución y cayeron en poder del enemigo. La batalla se había dado el 24 de Septiembre, festividad de la Virgen de las Mercedes, á la que se complicó en el triunfo, y el 25 aún seguía Tristán en los arrabales sin ser molestado, de suerte que en el descanso que le ofrecía la inacción de Belgrano, curó los heridos, recogió parte del armamento y destruyó la fábrica de fusiles establecida en la ciudad, incautándose de los tornos y herramientas que encontró en ella. "Unico fruto, y muy caro, que proporcionó la campaña." (Relación del virrey Abascal, marqués de la Concordia.) Hubo más aún: en las 93 leguas que

median de Tucumán á Salta, Tristán no vió una vez al enemigo, á pesar de que hubo de replegarse sin caballerías de transporte y sin municiones de guerra. Despréndese de todo esto, que la victoria de Tucumán tuvo sus más y sus menos, y que todos sus pormenores abonan el poco tino y excesiva prudencia del Belgrano, que dejó escapar al enemigo, haciendo necesaria otra batalla para aniquilarlo.

Esta fué la de *Salta,* 20 de Febrero del año siguiente (1813). Ya Belgrano se había convertido de perseguido en perseguidor y atacó á Tristán en aquella ciudad, donde estaba reponiéndose para nueva invasión á la Argentina. Esta batalla fué más reñida que la de Tucumán y la decidió el cuerpo de negros del Río de la Plata. Refugiado Tristán con los restos de su tropa en la iglesia y las casas de la población, hubo de pasar por la capitulación que Belgrano tuvo á bien concederle, pero en condiciones tan exorbitantes, que el virrey se negó á sancionarlas. Estos desastres de su vanguardia movieron á Goyeneche á presentar la renuncia de su jefatura del ejército, siendo reemplazado por el brigadier Pezuela, el cual compensó *Tucumán* y *Salta,* con *Vilcapugio* y *Ayohuma.*

Aprovechando el nuevo jefe realista la inactividad y poca estrategia del caudillo argentino, á pesar de las facilidades que le daba la insurrección otra vez reanimada en el Alto Perú, que había invadido, le buscó las vueltas, y el 1.º de Octubre (1813) le presentó batalla en el llano de Vilcapugio, provincia de Oruro. En un principio la tenía ganada Belgrano, por el mayor calibre de su artillería y el

vigoroso empuje de sus 600 libertos del Río de la Plata; hasta la reserva realista se había declarado en fuga; pero restablecieron el combate el primer batallón realista del Cuzco, mandado por el arequipeño Picoaga y el escuadrón de dragones americanos del comandante salteño Saturnino Castro. La intervención de este último, sobre todo, apareciendo en el momento crítico, cargando resueltamente y acuchillando al enemigo en medio de su triunfo, fué tan decisiva que acabó la batalla. Perdió Belgrano la mitad de su ejército, la artillería, compuesta de 14 cañones, y más de 400 tiendas de campaña.

No obstante este descalabro, volvió á reunir en el partido de Chayanta como 4.000 hombres de sus derrotadas tropas. "Esta pronta reunión hace honor al enemigo; la mayor parte de los soldados de Belgrano, rotos y dispersados en Vilcapugio, se dirigían á sus hogares cuando el activo caudillo, valiéndose de buenos comisionados, de los subdelegados de los partidos y de las cortas guarniciones con que había cubierto los pueblos del camino de las provincias de abajo, logró detener los fugitivos y reunir aquella fuerza en el punto de Macha, del partido de Chayanta." (*Relación del gobierno del virrey Abascal.)* Hacia esta parte le siguió Pezuela, teniendo la suerte de derrotarle segunda vez en Ayohuma (14 Noviembre). Aquí perdió Belgrano cuanto le quedaba, hasta su equipaje y papeles. En su fuga, extrajo de Potosí cuanto le fué posible y aún tuvo el bárbaro intento de volar la Casa de Moneda, que hubiese arruinado la mayor parte de la población. Evitó este atentado un oficial que apagó la mecha así que el fugitivo salió de la ciudad,

porque venían siguiéndole los alcances, tanto, que ocho horas después de su salida entraba en Potosí el segundo de Pezuela, general Ramírez de Orozco, con la división de vanguardia.

Con Vilcapugio y Ayohuma se estableció el equilibrio de la guerra entre realistas y republicanos. Estos tuvieron que abandonar el Alto Perú, pero á su vez habían hecho evacuar antes el norte de la Argentina á los otros, por Tucumán y Salta. La campaña del año 13 en Alto Perú es memorable por la topografía del terreno en que se desenvolvió, á lo que hay que añadir la nieve y frío, la escasez de combustible de la altiplanicie andina. La víspera de Ayohuma, uno y otro ejército lo pasaron sin fuego para calentarse ni cocinar el rancho. A juicio del adversario, Belgrano mostró en esta guerra valor probado y constancia inquebrantable. Con estas cualidades y contando además con el apoyo y los recursos de un país tan rico como el Alto Perú, pudo haber llevado la revolución hasta Lima, adelantándose siete años á San Martín. Pero no era general, él mismo lo reconocía, y por esto resignó el mando gustosamente en José de San Martín, nombrado en su lugar.

III.—Morenistas y Saavedristas.

Belgrano dice en sus *Memorias* que cuando aceptó el mando de ejército, fué "para que no se creyera repugnaba los riesgos y que sólo quería disfrutar la capital, y también porque entreveía una semilla de discordias entre los vocales (de la Junta) .." Ese germen de discordia no era otro que la pugna entre el elemento civil y el militar; el primero representado por Moreno, el segundo, por el presidente Saavedra, y más que todo, la ojeriza personal entre uno y otro representante.

El presidente Saavedra no tenía más prestigios que su actuación en las guerras de 1806 y 1807 contra los ingleses, y ser jefe de los regimientos de *Patricios*, ó jóvenes más decentes de la capital, que lo adoraban. No entró de lleno en la revolución, sino forzado; y agrega el cronista Núñez: "Era el único amigo de los españoles y radicado entre la clase más vanidosa, y llevaba, como presidente, coche, lacayo, escolta, honores, llamando la atención del pueblo. Su papel era llenado con el puesto. Moreno, más austero y radical, criticaba en público y privado estos actos aparatosos de Saavedra, pro-

vocando distanciamientos. El 5 de Diciembre de 1810 celébrase la victoria de Suipacha con un banquete y fiesta en el fuerte, pero sólo se permitió la entrada á los militares y personas de distinción. Moreno, no conocido, fué obligado á retirarse, y criticó estas distinciones, pues la entrada debía ser libre; y su enojo llegó al colmo al saber que en la fiesta un atolondrado brindó por el *emperador de América*, y cometiéronse otros excesos que desnaturalizaban el carácter de la revolución. Presentó por ello un decreto, despojando al presidente de los honores de virrey que llevaba, y desterrando al comensal imprudente. Saavedra firmó este decreto, recibiendo con disimulo el ataque y la lección. En el ínterin, los diputados de las provincias para constituir el congreso habían llegado, entre ellos, el dean Funes, pagado de sí mismo y creyéndose superior á todos. Intentó escribir en la *Gaceta*, hallando dificultades por parte de Moreno. El desaire hecho al presidente fué motivo para quebrar la influencia de Moreno, al que se le creía precipitaba la revolución, y Funes, en inteligencia con Saavedra y otros, propuso una Junta de gobierno en la que entraran los diputados de los pueblos, lo que aceptóse el 18 de Diciembre contra la opinión de Moreno y Passo. Las razones del deán Funes para ello fueron: que los diputados debían reclamar el derecho que les correspondía para incorporarse á la Junta y tomar una parte activa en el gobierno de las provincias hasta la reunión del congreso; que el gobierno había quebrado su crédito, y existían descontentos, siendo necesaria esa incorporación de putados. Negóse que los diputados nombrados

para un congreso intervinieran en el gobierno, y no creían existian conflictos por la sola resolución ó pedido de quitar á Saavedra las preeminencias de virrey; y en votación, aunque era contra derecho, resolvióse admitir á los diputados. Moreno renunció el cargo de secretario..."

Triunfante la oposición, trató de deshacerse del peligroso demagogo, y al efecto le desterraron simuladamente, so pretexto de una misión diplomática á Inglaterra. Se embarcó enfermo, y murió en alta mar el 4 de Marzo de 1811.

Los *morenistas*, aunque privados de su jefe, no se dieron á partido y trataban de imponerse nuevamente en la Junta; pero anticipándoseles los *saavedristas*, promovieron un motín popular para pedir la destitución de los vocales demócratas de la Junta y el nombramiento de Saavedra para el mando superior del ejército. Se aceptaron ambas imposiciones. El 6 de Abril (1811), con ayuda de las clases bajas y al grito de *¡cabildo abierto!*, los vocales saavedristas toman presos á sus colegas Rodríguez, Peña, Larrea, Azcuénaga y Vieytes, como también á French, Berutti y otros cabecillas populacheros de la revolución del año 10. Fueron todos ellos embarcados y deportados al extranjero, y en un momento desaparecen de la escena los principales revolucionarios del 25 de Mayo, acusados de sediciosos y anárquicos. Habían sembrado vientos y recogían tempestades. Curiosa, por demás es la descripción que de esta "pueblada" nos da el citado Núñez, refiriéndose á la víspera del cambio gubernamental:

"De la ciudad se saltó á los arrabales en busca de máquinas para ejecutar el movimiento, como enton-

ces se decía; se apeló á los hombres de poncho y chiripá contra los hombres de capa y de casaca... Al anochecer del día 5 de Abril de 1811 empezaron á reunirse hombres emponchados y á caballo en los Mataderos de Miserere, á la voz del alcalde de barrio D. Tomás Grigera, cuyo nombre, sólo conocido hasta ese día entre la pobre clase agricultora, principió á ser histórico para este país; á media noche penetraron por las calles de la ciudad, y antes de venir el día, ocuparon la plaza mayor como mil quinientos hombres, pidiendo á gritos la reunión del Cuerpo Municipal, para elevar por su conducto sus reclamaciones al gobierno."

Después de haber dado cuenta de la petición y de lo que resolvió el gobierno, continúa el mismo autor, testigo ocular, en estos términos:

"Los miembros de la *Sociedad Patriótica* que se habían retirado de las sesiones en la noche anterior, empapados en sus tareas patrióticas y literarias, tranquilos con la aprobación de sus estatutos y con el orden y la publicidad de sus trabajos: los jóvenes decididos ó exaltados en ideas, pero todavía incapaces de prever y apreciar las funestas consecuencias *de una primera sedición brutal y vengativa, todos la tomaron como la representación de una farsa*, cuyo desenlace sería tan ridículo en la parte moral *como lo era en lo personal de su composición.* Ellos entraban á la plaza en pequeños grupos, se interpolaban en los círculos de los hombres emponchados: —¿Qué hay, paisano?, les preguntaban, ¿con quién han venido? ¿qué buscan? ¿qué están esperando? Y así como el alcalde Grigera se había referido al pueblo, los paisanos se referían al alcalde

por toda contestación. Con los resultados de estos y de otros interrogatorios, salían de la plaza, corrían por las calles, entraban á los cafés, ocupando la mañana en comentar y ridiculizar sin embozo y á carcajadas las ocurrencias y las grotescas actitudes de estos desvalidos *soberanos.*"

Núñez, uno de los jóvenes elegantes de aquella época, escribió sus *Noticias* treinta años después, y todavía no estaba, según parece, convencido de que en 1811 los mil quinientos campesinos hicieron uso de un derecho de los que la revolución había proclamado, y que lejos de ser *desvalidos soberanos*, eran ciudadanos y de la clase más fuerte y más numerosa y que debía dar, y en efecto dió, la ley á la nueva República en tiempo de Rosas.

Parecía haber quedado Saavedra árbitro de la situación; pero quedaba pendiente la segunda petición de los amotinados: que tomara el mando del ejército desmoralizado, á la sazón en manos de Castellí, y, á la postre, deshecho en Guaqui. Salió Saavedra de Buenos Aires, como huído, á cumplir su compromiso, y al llegar á Salta, se encontró con la noticia de haber sido depuesto de la presidencia y sustituído por un triunvirato formado por Chiclana, Larratea y Paso (1).

(1) Feliciano Chiclana, intendente que fué de Potosí, y que por sus manejos clandestinos é intrigas con los españoles había sido conducido de aquella ciudad á la cárcel de Buenos Aires, en donde iniciósele un proceso; consiguió, por medio de un motín militar, ser el presidente ó director de este triunvirato.—Maeso, en nota, página 119, tomo I, París; *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata.*—B. A. 1852.

Secretarios del nuevo directorio fueron *Bernardino Rivadavia* y Vicente López, autor el segundo del *Himno nacional*, al que puso música el catalán Blas Parera. ¡Catalán había de ser! (1). Pero el que nos importa es Rivadavia, propagandista de la revolución, como escritor y tribuno, si bien postergado cuando influía Moreno, hasta el punto de haberle desterrado como sospechoso. Lo más cierto es que Rivadavia era mulato, y esta mancha original constituía un estigma en Buenos Aires, la ciudad de toda la América española menos bastardeada por el cruce de castas. Según todas las referencias,

---

(1) Este himno empieza así:

Oíd, mortales, el grito sagrado,
¡Libertad, libertad, libertad!;
oíd el ruido de rotas cadenas,
ved en trono la noble igualdad.
Se levanta á la faz de la tierra
una nueva gloriosa nación,
coronada la sien de laureles
y á sus plantas rendido un león.

El león de Iberia no lo rindieron los argentinos, porque la independencia de este país fué la más barata en pólvora y se afianzó por el curso de los acontecimientos; y parece mentira que un español pusiera en solfa este desahogo patriótico. Está visto que los españoles tenemos buenas tragaderas. Cuando el gobierno cubano pasó una circular convocando á un concurso internacional de escultores para la estatua de Maceo, la *Gaceta de Madrid* publicó las bases del concurso, y no fué esto lo peor, sino que hubo escultores españoles que á él concurrieron. Por fortuna, el proyecto aceptado en la Habana fué el de un italiano.

Rivadavia era el prototipo de lo que en la Habana llaman un "negro catedrático", hombre de empaque, solemne, de gesto teatral, de tono sentencioso; tan formulista como Moreno, si bien menos exaltado. Sin embargo, las circunstancias le obligaron á mantener el terrorismo de su predecesor. En Mendoza 40 españoles se imponen á 16.000 habitantes y reponen la autoridad realista; mientras Vigodet, gobernador español de Montevideo, lanza su escuadrilla por los ríos, poniendo en sobresalto á la revolución.

Acusados de un complot con los realistas de Montevideo, fueron reducidos á prisión en Buenos Aires varios peninsulares, entre ellos el rico vizcaíno Martín Alzaga, que como alcalde de la ciudad se había distinguido en la reconquista contra los ingleses, en 1807. Las pruebas de la acusación eran débiles, pero el castigo fué terrible. El juez Tagle, apremiado por el gobierno, sentenció á muerte para calmar la intranquilidad pública, y sin oir defensas, y con todo apresuramiento se ahorcó á Alzaga y demás conjurados, entre los que se contaba Felipe Sentenach, sabio catalán, director de la Academia de matemáticas. Muchos más fueron deportados á presidio, y el gobierno patriota decretó la confiscación de toda propiedad española cuyo dueño residiera fuera del país, que era lo mismo que confiscar todos los bienes á los españoles, porque con el buen trato que á éstos se daba, pocos ó ninguno quedarían en el Río de la Plata. En ninguna parte de América se cometieron más crímenes á sangre fría que en la Argentina; en un país en el que los españoles no hicieron resistencia á la revolución y,

por tanto, no dieron motivo á represalias, sobre todo, la sangre de Liniers y de Alzaga, héroes populares de un alzamiento que causó la admiración del mundo, es una mancha del sol de la bandera argentina.

Fomentador y panegirista de estos odios y de estos castigos sangrientos, como el medio más seguro para hacer respetar la revolución, era *Bernardo Monteagudo*, que con Mariano Moreno y Bernardino Rivadavia compone el triunvirato intelectual y dirigente de la revolución de los pueblos del Plata.

Era natural de Chuquisaca (hoy Sucre) en el Alto Perú, hijo espúreo de una india esclava y de un canónigo de la localidad. Un soldado español, licenciado del servicio, se casó con ella, y con los productos de una pulpería ó bodega de que era dueño, costeó á su hijastro la carrera de abogado. El zambo chuquisaqueño había hecho ya sus ensayos como revolucionario en su tierra natal, al mismo tiempo que Moreno, cuando la deposición del presidente Pizarro el año 9; pero lo que más le importaba era darse á conocer en Buenos Aires. Habiendo llegado tarde para poder figurar en los primeros puestos de la revolución de Mayo, trató de ganar el tiempo perdido, con talento, con perseverancia y astucia. Hízose orador y panfletista; en la *Gaceta* asestó venenosos dardos á Moreno y á Rivadavia, tachándolos de reaccionarios, flojos é incapaces, y por último, fundó la "Sociedad Patriótica", en la que, invocando los nombres del obispo Las Casas, del escocés Robertson y del abate francés Raynal, furibundos hispanófobos, como es sabido, vituperaba el régimen colonial; sostenía el principio de la sobe.

rauía popular y los principios de libertad, igualdad, y fraternidad, con citas del *Contrato social*, de Rousseau, del *Sentido común*, de Paine y de las máximas de Volney. Esta Sociedad, convertida después en *Logia Lautaro*, como filial de la de Londres y Cádiz, tuvo mucha influencia en el desenvolvimiento de la revolución.

Monteagudo conoció á San Martín y á Alvear cuando éstos vinieron de Europa, y como á los tres les unía un vínculo común: el ser advenedizos y el deseo de medrar, fomentaron la *Logia Lautaro*, siendo secretario Monteagudo y presidente Carlos de Alvear. Era éste de naturaleza ardiente y ambición desmesurada, diestro, elocuente y de fácil entendimiento; pero falto de reserva, experiencia y caracter, lo que vale decir que el secretario que tenía los más, sin los menos del presidente, lo manejaría á su antojo. En cuando á San Martín ya iremos viendo el ascendiente que en toda su carrera pública tuvo sobre él la *Logia Lautaro* y el compañero Monteagudo.

IV.—San Lorenzo.

Habíamos dejado á San Martín atareado en la organización de un regimiento patriota de granaderos de á caballo.

Aprovechando la autoridad de este empleo la *Logia Lautaro* le complicó en un complot para derribar al triunvirato, acusado de dar poco impulso á las operaciones militares y de ilegalidad en la formación de la asamblea. Una "pueblada" apoyada por la tropa de San Martín y Alvear, al grito, como siempre, de "Cabildo abierto", echó abajo á los triunviros y los reemplazó por Juan José Paso, Nicolás de la Peña y Antonio Alvarez Fonte, citándose á nueva asamblea, que al fin vino á constituirse con candidatos de la Logia, de Alvear y Monteagudo.

El nuevo gobierno dió un impulso enorme á la revolución, y ni que decir tiene que en lo tocante á asuntos de guerra, empleó de preferencia á San Martín y á Alvear, deparándoles ocasión para lucirse. El primer hecho de armas de San Martín al servicio de la causa patriota, se lo proporcionó la

correría de la escuadrilla realista de Montevideo por el río Panamá.

Esta escuadrilla, compuesta de tres buques con 350 hombres de desembarco entre soldados y marineros, á las órdenes del comandante Zabala, tenía entre otros objetos el de apoderarse de las baterías de Punta Gorda en el río Paraná, cerca de la ciudad de Santa Fe, emplazadas por el barón Holemberg, que como coronel de ingenieros había llegado de Europa en unión de San Martín y Carlos de Alvear. A ese auxiliar extranjero le llamaban sus subordinados santafecinos *Cincuenta Palos*, porque por la menor falta aplicaba cincuenta palos de castigo.

Sabedor el gobierno de Buenos Aires de esta incursión naval, mandó al coronel San Martín que con una compañía de granaderos y 140 de á caballo siguiera sus movimientos. San Martín, disfrazado de paisano, pudo ver la escuadrilla de San Lorenzo, que hacía preparativos de desembarco. La misma noche llegó la caballería patriota al convento, y al amanecer del 3 de Febrero (1812) el enemigo desembarcó á unas 15 cuadras del edificio, único punto en que podía verificarlo, pues el resto de la barranca era muy escarpada. San Martín había hecho desmontar con anticipación 12 granaderos, únicos que tenían carabinas, á fin de que barricando la puerta, la defendiesen. El resto del destacamento se hallaba formado detrás de las altas tapias de la huerta.

En esta disposición atacó de frente al enemigo, mientras la otra mitad atacaba el flanco izquierdo. La carga, dada de frente, los desconcertó y huyeron

á embarcarse, protegidos por los fuegos de los buques. Esta batalla, si así puede llamarse, la ganó San Martín con sólo sus jinetes, porque la compañía de granaderos no llegó hasta el día siguiente.

Perdió veintinueve hombres entre muertos y heridos, mientras el enemigo, treinta y seis y cuarenta prisioneros.

Esta relación la tomamos de la *Correspondencia* de San Martín. Véase ahora cómo la describe Guillermo Parish Robertson, en sus *Cartas sobre el Paraguay:* "San Martín, con 150 hombres, hallábase en el patio del convento mientras con anteojo militar dábase cuenta del número y movimiento de la fuerza enemiga que desembarcaba. En número de 320 los españoles desembarcaron á tierra, y descuidados dirigiéronse hacia el monasterio. San Martín preparó su gente en dos mitades, ocultas detrás de cada ala del edificio, y al estar á cien yardas de distancia cayeron inopinadamente sobre los españoles á todo escape, flanqueando al enemigo, comenzando un degüello tan instantáneo como espantoso. Los españoles no tuvieron tiempo de hacer sino una descarga, en la que cayeron cinco granaderos, y al pronto fueron sableados por éstos y perseguidos en desorden hacia el río, en medio de una carnicería que *sólo permitió que se salvaran cincuenta de los trescientos veinte.* San Martín sólo perdió ocho hombres."

Así se escribe la historia; eso que el tal Parish Robertson fué testigo ocular de la escaramuza por haber encontrado á San Martín en una parada del camino y acompañádole hasta San Lorenzo.

El historiador Mitre, en su *Historia de San Mar-*

tín describe la acción con gran lujo de detalles, de los que resulta que el verdadero héroe de San Lorenzo fué un obscuro paisano, Celedonio Escalada, comandante general del Rosario, que con cincuenta y dos milicianos y un cañoncito, se opuso al desembarco de la escuadrilla y tuvo el atrevimiento de hacer frente al primer desembarco de cien hombres que iban al convento á proveerse de víveres. Este Escalada mandó aviso tras aviso á San Martín, que venía rezagado de dos jornadas, y le facilitó caballos de refresco la víspera del combate. Un paraguayo que por la noche se había fugado de la escuadrilla, enteró á San Martín del número de hombres que contaba la expedición (350) y de sus propósitos de desembarco con el objeto de registrar el monasterio, donde se suponían ocultos los caudales de la localidad. Porque este es otro de los aspectos curiosos del combate de San Lorenzo: la escuadrilla estaba compuesta en su mayor parte por corsarios, á los que se dió por gaje de la expedición las presas que capturaron en aquellos ríos.

Esto explica que siendo las pérdidas casi equilibradas en muertos y heridos, pues los prisioneros se hicieron en la fuga, y á pesar de haber quedado fuera de combate el coronel San Martín á los primeros tiros, á consecuencia de una caída de caballo, aquella gente se apresurara á ponerse á salvo, anteponiendo su seguridad personal á la honra militar.

Como quiera que sea; la escaramuza de San Lorenzo fué de tanta eficacia, que por ella quedaron los ríos del litoral libres de realistas. El gobierno premió este buen resultado ascendiendo á San

Martín cuando este bajó á Buenos Aires y enviándole en Enero de 1814 á rehacer el ejército del Norte ó del Alto Perú, por considerar estas provincias como argentinas, aunque el virrey de Lima las había incorporado á su jurisdicción.

De ahora en adelante se llamará el *general San Martín.*

V. – Carlos Alvear.

Otro fué el adelanto de su compañero Alvear, quien de presidente de la *Logia Lautaro* ascendió al mismo cargo en la asamblea que celebró su primera sesión el 31 de Enero de 1813. Bajo la dirección única de su presidente, esa asamblea consolida la revolución de Mayo, con la obligación de ser ciudadanos los empleados públicos, la libertad de esclavos, la libertad de exportación y comercio de cereales, la supresión del servicio personal y encomiendas de indios, la aceptación del himno patrio, creación de escuelas militares, planes de enseñanza en la facultad de medicina y otras disposiciones generales que cambian en absoluto el antiguo estado de cosas del virreinato, preparando las bases de una nueva nación.

Un año después, en 22 de Enero de 1814, creyéndose necesario una marcha gubernamental más firme y restringida, desde el poder ejecutivo se elige un *Director*, recayendo este nombramiento en la persona de Gervasio Posadas, tío de Alvear.

A la sazón se llevaba con empeño el ataque á Montevideo, último baluarte español en el Río de

la Plata, defendido por dos mil soldados españoles y una escuadrilla bien armada. Los argentinos no la tenían, pero se la procuraron por medio de William Brown, marino inglés, que de capitán mercante fué improvisado por la revolución en comodoro ó jefe de la división naval que se iba á crear. Corrió con la contrata de Brown y con el encargo de la compra, armamento y tripulación de los buques el renegado español Juan Larrea, ex ministro de Hacienda de Buenos Aires. Brown armó y tripuló sus buques á la sordina, sin que las autoridades españolas lo estorbaran, y cuando formó su escuadra, Montevideo se vió comprometido por mar y tierra.

Copiaremos aquí á Gil Gelpí, que trató personalmente al ilustre aventurero: "Con fuerzas inferiores se apoderó de dos corbetas y un bergantín de guerra, que montaban juntos 79 cañones y estaban tripulados por 500 hombres; la corbeta *Neptuno*, el queche *Jena* y el falucho *Fama*, huyeron cobardemente de los buques del intrépido aventurero. Tan sólo una goleta armada por los catalanes del Río de la Plata y tripulada por pilotos particulares y marineros de Cataluña, se batió heroicamente y escapó. El primer buque que huyó fué el que arbolaba la insignia de jefe. La historia debe dar estos tristes detalles á fin de hacer conocer las causas de nuestro desprestigio en América. Los buques menores que mandaba el capitán de navío D. Jacinto Romarate, se batieron bien algunos días después y se salvaron; pero la plaza de Montevideo no podía resistir mucho tiempo después de la desdichada derrota de la escuadra. El Padre Cirilo Almeida y

otros hombres de los más comprometidos, salieron de aquel baluarte de la lealtad española en un buque ligero; D. Gaspar Vigodet capituló no teniendo ya víveres ni gente. El enemigo encontró en Montevideo *trescientas piezas de artillería*, sin contar las de los buques, y un arsenal bien provisto de fusiles y pertrechos. Este triunfo, el más importante de cuantos habían conseguido los rebeldes de América hasta 1814, lo debieron *exclusivamente* á los auxiliares extranjeros.

Cuando el general D. Gaspar Vigodet, que hacía largo tiempo defendía la importante plaza de Montevideo, llegó á bordo del *Hércules*, en cuyo buque enarbolaba el jefe enemigo su insignia, se encontró que sólo tenía una onza y ocho duros. El honrado ex gobernador de Montevideo se vió obligado á confesar su miseria al afortunado Mr. William Brown, quien le entregó treinta onzas de su bolsillo" (1).

---

(1) Y sigue Gil Gelpí: «Brown fué nombrado almirante de la República Argentina y hasta fué gobernador interino de Buenos Aires; puede decirse que siempre tuvo para vivir, pero siempre le conocimos pobre. Cuando murió, ya muy viejo, se le hicieron funerales, aprovechando el catafalco que había servido para los de Rivadavia. Los residentes ingleses honraron al mirante de Buenos Aires porque recordaban que Brown cuando Rosas declaró la guerra á la Gran Bretaña, aunque hacía cerca de cincuenta años que estaba al servicio de la República, y aunque había batido españoles, portugueses y brasileños en distintas guerras, renunció su puesto y su grado por no servir contra el país de su nacimiento.« (*Estudios sobre América*, Habana, 1870).

Fueron condiciones expresas de la capitulación que el gobierno de Buenos Aires había de conservar como en depósito la plaza de Montevideo, hasta el regreso de Fernando VII al trono de sus mayores, el que se había verificado ya en aquella época, y remitir las tropas españolas á la Península con todo su armamento. "Fácil era á los independientes otorgar concesiones que no habían de cumplir; su principal objeto se dirigía á tomar posesión de la plaza, y buenos y plausibles eran para ellos los medios que condujeran al deseado fin. Así la capitulación no tuvo efecto más que en permitir al gobernador, D. Gaspar Vigodet, y á algunos oficiales de plana mayor, su regreso á España; toda la guarnición de Montevideo fué conducida á Buenos Aires como prisionera de guerra, y en esta ilustrada capital fué muy de notar la manera cómo un populacho descompuesto recibió á nuestros prisioneros en odio manifiesto del nombre español." (García Camba, *Memorias.)* En efecto, fueron insultados los presos al desembarcar y obligados después á barrer las calles de Buenos Aires. Creyéndoles más útiles como hombres de armas, se formó con ellos después el batallón número 9, de 700 plazas, con destino al Alto Perú, y es digno de notar que estos "blanquillos", como llamaban á los españoles prisioneros de Montevideo, al marchar á su destino trataron de sublevarse en Jujuy, desarmar el número 2, que allí se hallaba de guarnición, é incorporarse á las tropas de Pezuela; mas descubierto el intento, fué prevenido por la prisión de los cabezas del motín, desarmada seguidamente la tropa y remitida á Tucumán. A los dos años de esto se

formó otro batallón con 300 que quedaban, á los que se anunció que, tratándose de avanzar al Perú, se deseaba saber si se podía contar con ellos, y que al efecto dieran un paso al frente los que estuvieran por la afirmativa, á cuya prevención sólo cuatro hombres se movieron. Como la otra vez, fueron desarmados, despojados del vestuario y puestos en prisión.

El general argentino que se llevó la gloria de la toma de Montevideo (23 de Junio de 1814), fué don Carlos Alvear, ascendido por su tío el director Posada á este rango, para que se encargase del mando del ejército sitiador, relevando á Rondeau, que llevaba muy adelantadas las operaciones. Este hecho de armas llevó al colmo el prestigio del joven general, quien por su parte se infatuó hasta el grado de pretender con un ejército de 700 (setecientos) hombres llegar á Lima y ceñirse la corona de Libertador. Con este intento salió apresuradamente de Buenos Aires contando con la defección en Salta del coronel criollo Saturnino Castro, que era la mejor lanza del ejército español del Alto Perú, y con la adhesión de un poderoso cacique peruano.

Pero esta ida al norte importaba otro nuevo desaire á Rondeau, al que se le había dado el mando de esta región en desagravio de lo que se hizo con él en Montevideo; del cual Rondeau se conserva una carta á su mujer en la que la escribía: "Que rechazaría á Alvear, pues no estaba para madurar peras y que otros se las coman; que una basta y no más." Así, pues, antes de que llegara Alvear sublevó el ejército del norte y se dispuso á resistirle. Ayudáronle de buen grado sus oficiales, disgusta-

dos con el orgullo y la súbita elevación de un joven, que en menos de dos años era general y árbitro de los ascensos en el ejército. Cogió la nueva de este contratiempo al viajero en Jujuy, y regresó á Buenos Aires, donde se encontró con que la amenaza de Rondeau había ocasionado la renuncia del director Posadas.

El 9 de Enero de 1875 renunció éste su cargo, y en el mismo día fué electo director supremo su sobrino Alvear.

El general San Martín, al encargarse antes de estos sucesos del ejército del norte, se había dado cuenta de la desproporción de las fuerzas con las que tenía que combatir y que iba á un fracaso seguro. Con mil quinientos hombres que le entregaba Belgrano, mal organizados y peor armados, era imposible contrarrestar al ejército español del Perú.

Por todo esto se limitó á atrincherarse en la ciudadela de Tucumán, dejando que las *montoneras* ó partidas operasen en detalle contra las vanguardias realistas. En esta clase de guerra se distinguía Martín Güemes manejando los gauchos de Salta y Jujuy, con los que logró contener las marchas de la vanguardia realista por el norte de la Argentina.

Por este tiempo, las relaciones entre San Martín y Alvear distaban mucho de ser cordiales. El omnipotente "Balbastrito" miraba con prevención á un militar de la talla de San Martín, que no le quemaba incienso, ni se le ligaba con favores políticos.

Temió, pues, San Martín que á favor de esta sorda hostilidad y que, so pretexto de la obligada inacción á que se veía reducido en el norte, se le quitara el mando en jefe; con esta cautela se fingió

más enfermo de lo que realmente estaba y pidió su relevo para restablecerse, haciéndose conceder al poco tiempo el cargo de gobernador de la intendencia de Cuyo, creada por el trinvirato de 1813, con las provincias de San Juan, San Luis y Mendoza. Desde este puesto, aparentemente obscuro, proyectaba preparar con todo cuidado y sigilo la expedición á Chile y á Lima.

El paso de los Andes en Febrero de 1817; las victorias de Chacabuco y Maipú en 1818, y la entrada en Lima en 1821, fueron las consecuencias de este plan que á todos ocultaba, en especial á su rival de Buenos Aires, el director Alvear.

Algo traslució éste, sin embargo, de los preparativos de San Martín en Cuyo y, recelando de él ó celoso de antemano de lo que pudiera hacer, decidió relevarle; pero el cabildo de Mendoza se negó á recibir al sustituto, y como Alvear no contaba con fuerzas suficientes para imponer su autoridad, hubo de resignarse.

El nuevo director adoptó las maneras y usos de los virreyes, con guardia de honor y una corte de aduladores. Dictó un decreto imponiendo pena de muerte á los que asistieran á concilábulos y sociedades secretas, divulgaran especies contra el gobierno y *callar en lo que supieren*. En Buenos Aires se vuelven todos contra él; abandona la capital y desde su campamento de los Olivos pretende amenazarle. Pero al mismo tiempo, el caudillo oriental Artigas se declara también en contra suya, asumiendo el dictado de jefe de los orientales y "Protector de la Confederación de los Pueblos libres". Alvear envía contra él un regimiento con el coronel

Alvarez Thomas, quien se pronuncia á favor de Artigas y pide la destitución del director. El cabildo porteño, asume el mando entonces y nombra comandante de armas al general Soler, que aprisiona al ex director y le embarca para los Estados Unidos (1815). Le sucedió en el directorio el general Rondeau para no tener en contra el ejército del norte, del que el electo era jefe, y por suplente á Alvarez Thomas, ascendido á general por su traición!...

A los cinco años vuelve á aparecer Alvear, pero como un vulgar faccioso, en las contiendas civiles entre unitarios y federales. Aliado con el emigrado chileno José Miguel Carrera y el santafecino Estanislao López, y vencedores los tres en Cañada de los porteños, fué electo gobernador de Buenos Aires por una parte de la campaña, mas rechazado por la ciudad, no tomó posesión del cargo. Vuelto á reunirse con el caudillo López le hizo una trastada (la de San Nicolás), que por poco le fusila aquél. contentándose, al cabo, con desterrarle á Montevideo.

En 1825 vuelve á preponderar en Buenos Aires el elemento directorial, que elige presidente á Bernardino Rivadavia, quien duró en el poder año y medio, lo suficiente para rehabilitar á Alvear, confiándole el mando del ejército argentino oriental, que en la banda cisplatina luchaba contra el invasor brasileño. El 20 de Febrero de 1827 tuvo Alvear su gloria más pura con el triunfo de *Ituzaingó*, precisamente en la llanura á la que da sombra el arroyo descrito en su *Diario* por el padre del héroe, el antiguo comisario D. Diego de Alvear, retirado por

este tiempo en Montilla (Andalucía), con el empleo de brigadier de la armada, y muerto octogenario en el año 1830, no sabemos si satisfecho ó contrariado con la carrera del hijo pródigo en América.

El presidente Rivadavia arrastró en su caída al general de Ituzaingó, que después de esto se obscurece definitivamente relegado á agente diplomático de la Argentina en Bolivia y en los Estados Unidos.

En 1837, el general San Martín decía de él: "Este es un hombre que no es digno de llamar la atención de toda persona que se respeta un poco. Sin el anuncio que usted me hace de su situación, estoy muy persuadido que él acabará como ha vivido, es decir, con la execreción de sus conciudadanos" (1).

La posteridad no se muestra tan severa con Alvear. Fué turbulento y revoltoso porque su ambición hubo de reducirse á los estrechos límites de una lucha política. Eran demasiados los hombres notables que se encontró en el Río de la Plata para que un joven pudiera imponerse á todos sólo por su ímpetu y por la intriga; aun así lo logró, si bien por un período harto breve. Tiene mucho parecido con Bolívar, por su dominio señorial, por su genial ambición, por sus pujos de cruzado libertador. Si no llegó á ser émulo de aquél, más que todo se debe á que las circunstancias de su país no le ayudaron; tanto es así, que si San Martín alcanzó á serlo es porque fué á buscar la gloria allende las fronteras nacionales huyendo del horno político de la Argentina, donde hubiera quemado sus alas. De todos modos, Alvear tiene en su haber la toma de

(1) *Correspondencia*. Carta á D. Manuel de Sarratea.

Montevideo y la batalla de Ituzaingó, dos victorias que sus enemigos políticos trataron de deslustrar con reparos que fueron trascendentales para la Argentina, sobre todo la primera. Faltándole á España aquella base naval en el Río de la Plata, desvió su expediciones militares en otros rumbos, como la de Morillo, que estaba destinado allí y que por esto se mudó á Venezuela; de suerte, que á excepción de las batallas de Tucumán y Salta, la independencia argentina vino á hacerse sin el aparato de grandes batallas y siendo su resultado obligado de los sucesos. Sin esta base sólida, no le hubiera sido posible á San Martín su ida á Chile y al Perú.

VI —Manuel Belgrano.

Volvamos al general Belgrano, cuya historia final resumiremos en este capítulo para en seguida seguir sin más interrupción con San Martín, objeto preferente de este Examen.

Al entregar el uno y recibirse el otro del mando del ejército del Norte, sellaron las bases de una profunda amistad, cual convenía entre dos hombres verdaderamente patriotas, más preocupados de la suerte de su país que de la suya. Tan abnegado fué Belgrano que, al asumir San Martín el mando en jefe del ejército, se puso á sus órdenes como simple jefe de regimiento y dió el primero el ejemplo de disciplina de ir á recibir humildemente las lecciones de táctica y disciplina que dictaba el nuevo general. Por fin el gobierno de Alvear envió al general cesante, en unión de Sarratea y Rivadavia, en comisión á Londres, para que la corte de Inglaterra cooperase en una intervención pacífica con España y luego gestionaran en Madrid, según el semblante de las negociaciones. Tras ellos siguió Manuel García, comisionado á Río Janeiro, donde estaba refugiada la familia real portuguesa.

Los comisionados á Europa creyeron desempeñar bien su cometido buscando un rey para el Río de la Plata, y García, procurando la incorporación de este país á la dinastía portuguesa antes que á la española. Todas estas negociaciones fracasaron por ridículas y llevadas sainetescamente, como alguien ha dicho. "Cuando una revolución apela á la diplomacia, buscando en ella la salvación, es señal evidente de que empieza á perder la fe en sus propios recursos." (Mitre, *Historia de Belgrano.*)

Vuelto Belgrano á Buenos Aires, se le volvió á encargar del ejército del norte, que ya había dejado San Martín por la intendencia de Cuyo, y que estaba peor que nunca desde que últimamente fuera derrotado por Pezuela en Sipe Sipe (28 Noviembre 1815) ó *Viluma* en los anales españoles, por lo que se dió al vencedor el marquesado de este nombre peruano. Tres años estuvo Belgrano en el Norte sin atreverse á tomar la ofensiva contra el español y dejando al guerrillero Güemes que defendiese la frontera con sólo sus gauchos. A bien que para indemnizarse de tal dejadez y aislamiento, Güemes se declaró autónomo, semi-independiente del gobierno de Buenos Aires.

Será preciso decir algo acerca del campo de maniobras tan funesto á Belgrano, ó sea el Alto Perú.

*
* *

Vista en el mapa, Bolivia representa un vasto paralelógramo formado por los Andes y el Perú al oeste; los afluentes nortes del Madera, al septentrión; los ríos Itenes y Paraguay al Oriente, y el río

Bermejo al sur. El *divortium aquarum* del Plata y del Amazonas divide este paralelógramo en dos cuadros. El cuadrado mayor del norte contiene á su vez dos regiones cortadas por la diagonal de los Andes; la altiplanicie al Norte, inmensa terraza colgada entre la cordillera, que valió á Bolivia el antiguo nombre de *Alto Perú*, y la región amazónica al este, tan baja y tan llana, que por ella desaguan todas las arterias fluviales que van al Amazonas. Si variadas son la topografía y climatología del país, no son menos heterogéneos sus habitantes. En la altiplanicie, los indios serranos *quichuas* y aimaráes; en los valles y llanos del Oriente, un *laboratorium gentium*, como llamaba el obispo Orfila á la antigua Escandinavia.

La raza española se había establecido con preferencia en la altiplanicie, por el beneficio de las minas de plata y cobre que allí se descubrieron. Así se explica la existencia de ciudades como Potosí, Chuquisaca, Oruro y la Paz, á más altura sobre el nivel del mar que el pico del Montblanc en Europa y la despoblación relativa de las yungas ó tierras calientes, aptas sólo para la agricultura y el pastoreo. Mezcla de los indígenas con los españoles son los *cholos*, que forman el proletariado de las ciudades, y que como sus homólogos del Perú, fueron el más firme sostén de la causa realista, por odio á las clases superiores, que habían hecho la revolución. Debido á esta ayuda personal y á la defensiva de su territorio, tan agreste y empinado, como es el Alto Perú, éste fué la ciudadela de los realistas en la guerra de los quince años. Los generales realistas comprendieron, lo mismo que los republicanos, el

valor estratégico de este páís; pudiéndose decir que la guerra de la independencia, desde el Guayas hasta el Plata, no se redujo á otro empeño que á la posesión de Bolivia. En el principio el hombre de la montaña venció al del llano: Goyeneche dispersa la primera expedición argentina y Pezuela á Belgrano y Rondeau, conservando el territorio á la causa española.

Mucho ayudaron á este resultado las antipatías locales entre el Alto Perú y las provincias argentinas. En el despoblado que divide la provincia de Potosí de la de Salta, ó sea en lo que se llama la *Puna de Jujuy,* principia la gran división de provincias, en las cuales son distintos los habitantes, la lengua indígena, los frutos y la configuración del terreno. En la sierra los hombres son sucios, feos, torpes, desconfiados y mezquinos; pero valientes, sufridos, fuertes, sobrios, humildes y por lo tanto muy buenos soldados. El norte de la Argentina era entonces un vasto desierto poblado de ganados, en el que las capitales de provincias, únicos pueblos que merecían el nombre de tales, estaban separadas por soledades inmensas. Las gentes que habitan estos valles y campos desiertos, y hablamos en presente porque poco ha variado aquello á pesar de la corriente inmigratoria y de las comunicaciones ferroviarias, están diseminadas á manera de hordas, sin más ocupación que el cuidado de sus rebaños; viven habitualmente á caballo, tiran el lazo y las bolas con una habilidad singular, lo cual les hace no sólo los mejores jinetes, sino los más diestros quizá que hay en la tierra. Son los gauchos de Jujuy, Salta y Tucumán. Los habitantes de las po-

blaciones participan más ó menos de estas costumbres, según la calidad y la distancia de sus haciendas, que llaman *estancias;* pero unos y otros son en general, robustos, ágiles, bien formados, generosos, francos, alegres y tienen el orgullo y el espíritu de independencia de los pueblos á medio civilizar. Hablan el español, desprecian á todo el que no monta bien á caballo, y de los peruanos que ellos llaman *cuicos*, tienen la idea más miserable. Se alimentan de carne medio asada; pasan á nado con su caballo los ríos más caudalosos; sus diversiones son el salto y la carrera, en las que hacen las pruebas ecuestres más bárbaras que puede imaginarse. Van siempre armados de un cuchillo del largo de una bayoneta, que les sirve para matar y desollar las reses, y que juegan admirablemente, á lo cual debe atribuirse el desprecio con que miraban las armas blancas en la guerra de la independencia. En suma, es también un pueblo hecho, criado y educado para la guerra.

Conocidas todas estas diferencias, se comprenderá que ellas fueron el secreto de las derrotas que Goyeneche y Pezuela infligió á los hombres de Buenos Aires, como á su turno, el de los desastres de los peruanos invasores de Salta y Tucumán, y que, á pesar de ligar á estos pueblos una causa común, se resistieran á ponerse en contacto, dejando que maniobrase en el claro el poder realista.

Después de los reveses de Vilcapugio y Ayohuma, vino el de Sipe Sipe ó Viluma, el 29 de Noviembre de 1815, por el que perdieron los últimos restos del ejército argentino del norte. Los altos peruanos que aún seguían en armas contra el rey, confiando

en los auxilios de Buenos Aires, quedaron desde entonces entregados á sus propios recursos, apelando al sistema de las montoneras ó guerrillas sueltas. De 1816 á 1823 fueron los cabecillas principales Padilla, Lanza, Ravelo, Mercado, Camargo, Warnes y cien más, de los que fueron dando cuenta sucesivamente los realistas Tacón, Ramírez Orozco, O'Reilly, Ricafort, Maroto, Espartero, Olañeta y Aguilera (1). Un historiador del país, Muñoz Ca-

(1) Algunos de estos apellidos son familiares al lector español. *Miguel Tacón* se había distinguido en el archipiélago filipino y luego en la guerra de Quito, donde con un puñado de reclutas hizo frente á los republicanos neogranadinos que habían invadido el territorio. Cansado de esta lucha desigual y poco lucida, pidió su pase al Perú, y Pezuela le envió á la presidencia de Charcas, que gobernó con brazo de hierro. Tacón es famoso más que todo, por su gobierno en Cuba (1834-38), despótico, pero provechoso al país. Entre otros beneficios, inauguró el primer ferrocarril de la isla (Habana á Güemes), antes que lo tuviera España.

Rafael Maroto debe su celebridad á la primera guerra carlista, que concluyó con el abrazo de Vergara (1839). Vino al Perú en 1814 mandando el famoso batallón de Talavera, vencedor en Viluma y vencido en Chacabuco. Reemplazó á Tacón en la presidencia de Chuquisaca, y en esta ciudad aún se acuerdan de él. A nuestro paso por ella, apuntamos esta copla, que á él se refiere:

¿Dónde está Maroto?
Bajo de la silla.
Búsquenlo con vela
como á maravilla.

Refiriéndose, sin duda, á uno de tantos eclipses de su presidencia, por lances de la guerra ó por haberle ex-

brera *(guerra de los quince años)*, calcula en 5.375 los hechos de armas de todo este tiempo. Los patriotas hicieron de cada provincia una republiquita y de cada desfiladero unas Termópilas, pero el vecindario de las ciudades era realista, como lo prueba el que á pesar de estar ocupadas por pequeñas guarniciones, éstas se bastaban para sostener las autoridades españolas. Con todo eso, la tenaz oposición de los guerrilleros, era la rémora que impedía avanzar al ejército realista hacia la Argentina, porque en cuanto éste se movía hacia el Sur, aquéllos invadían las posiciones á retaguardia, cortando las comunicaciones de las columnas con los cuarteles generales. Ese jaque continuo de unos caudillos, casi innominados, hizo más por la independencia argentina que las batallas de Tucumán y Salta, que tanto suenan; sin él, los ejércitos realistas del Perú y de Chile se hubieran dado la mano en el corazón de la Argentina, como lo tenía pensado el virrey Abascal, y el general San Martín habría tenido que atender á su país, en vez de divertir su ocio en las empresas de Chile y el Perú.

---

pulsado de allí Olañeta. Durante su gobierno venció á Hoyos en Potosí (1822) y luego á Camargo, fusilando á éste y sus oficiales. Operaba en este tiempo en combinación con Espartero, que ascendió á brigadier en Torata, al paso que Maroto lo era por Viluma. El día de *Junín* (1824) mandaba una división del ejército de Canterac, y fué comprendido en la capitulación de Ayacucho como comandante general de la provincia de Puno. Estuvo, pues, en el Perú diez años cabales, de los que uno en Chile, donde dirigió y perdió la batalla de Chacabuco (1817).

Tanta importancia se dió á aquel foco de resistencia, que la metrópoli tenía un delegado especial en el territorio con el título de general en jefe del ejército del Alto Perú. Se sucedieron en este empleo don Joaquín Goyeneche, don Joaquín de la Pezuela, don José Laserna, don Juan Ramírez de Orozco, y por último, *don Pedro Antonio Olañeta*, que tanto figura en la historia del Alto Perú.

Olañeta era un boticario español que en 1812 sentó plaza de capitán de milicias y llegó á brigadier por méritos contraídos en la batalla de Viluma (1815), al frente de sus famosos *cazadores* y *partidarios*, cholos en su mayoría, potosinos y chuquisaqueños. Imperito en el arte militar, pero de valor temerario, fué el azote de los patriotas en muchos encuentros, y en una invasión al Norte de la Argentina tomó por sorpresa la ciudad de Salta, dando muerte al caudillo Güemes, "un gaucho indecente", como le llamaba Olañeta en el parte de su expedición.

Con esto hizo un gran favor á la Argentina, porque el tal Güemes no reconocía superior en su provincia, y hasta tal punto había llegado su disidencia con el gobierno de Buenos Aires, que enzarzado con Rondeau, que mandaba el ejército nacional del Norte, amenazó unirse con su gente al ejército real si el segundo lograba sobre él alguna ventaja. Así lo anunciaba Olañeta al virrey Pezuela, al hablarle de los sucesos de la frontera argentina, agregando que las provincias del Estero y Tucumán se iban cansando de la anarquía de Buenos Aires.

***

Hay que tener presente las circunstancias por las que atravesaba entonces la Argentina (año 1816). Un gobierno centralista en Buenos Aires, juguete de la oligarquía, cambiando de director cada año; en pugna con las demás provincias, por el orgullo y fatuidad del elemento porteño; desobedecido de todos y perdiendo sucesivamente dos provincias del antiguo virreinato, el Paraguay libre y la Banda Oriental (Uruguay), en manos del caudillo Artigas y del extranjero. El Alto Perú se había abandonado después del desastre de Sipe-Sipe, distrayendo el ejército en las revoluciones locales, y el otro ejército de Cuyo iba en una aventura guerrera al otro lado de los Andes, vencedor ó no, á perderse para la nación. Buenos Aires quedaba aislado, con su puerto, con el orgullo de su núcleo aristocrático, creyéndose suficientemente fuerte para desafiar todos los males, pero, en realidad, poniendo al país al borde de la ruina y fomentando con sus desaciertos la independencia local de las demás provincias. Sin rumbo fijo, sin un plan determinado de gobierno, los hombres de Buenos Aires dejaban pasar el momento más oportuno para organizar el caos de la revolución de Mayo y plantear las bases de un sistema político, en armonía con las aspiraciones provinciales y la necesidad de una dirección general interna y externa.

Pero en el ejército era donde existía el mayor desorden. Desde un principio se habían puesto al frente de los batallones á jóvenes sin más mérito que el compadrazgo ó su distinción personal. Las tropas, reclutadas aprisa y en montón, no tenían ni disciplina, ni un ideal generoso por qué combatir.

En el primer momento el entusiasmo lo sostenía todo; se abultaban pequeñas escaramuzas, y cada jefe militar, con su logia de oficiales, despreciaba á los demás y se improvisaba en caudillo. En tales condiciones, á Belgrano le pedía el gobierno de Buenos Aires que viniera con sus tropas del Norte á terciar en las contiendas locales, Belgrano contestaba, recordando la indisciplina de aquel ejército "que hacía odioso hasta el nombre de patria", que convenía reorganizarlo y destinarlo á mayores y más elevados fines. Reargüían desde la capital, pidiéndole "pusiera todo su ejército al sostén del concepto en que estaba empeñado el gobierno, resuelto como estaba á disponer de todas las fuerzas para concluir una guerra civil desastrosa, que amagaba la vida del Estado" La misma intimación se hacía al general del ejército de Cuyo. San Martín se resistió resueltamente á estas órdenes del gobierno; Belgrano, más débil, obedeció y marchó á comprometerse, con la íntima convicción de su insuficiencia. No se equivocó; al fin, descorazonado y enfermo, hubo de retirarse á Tucumán, dejando el teatro de la guerra civil del litoral.

A poco de llegar á aquella hermosa ciudad estalló una sublevación militar en inteligencia con los vecinos, acaudillada por Abraham González y Bernabé Araoz, coroneles de las milicias provinciales. Esta revolución tenía su foco en Córdoba; sus ramificaciones en Catamarca, Santiago del Estero, La Rioja y Cuyo, y por auxiliar, á la oficialidad de Belgrano. Era un reto de federales contra los centralistas de Buenos Aires. Envuelto en estos odios de partido, Belgrano vió su vida amenazada la noche del

11 al 12 de Noviembre de 1819 en que estalló la conspiración. Fué una patrulla á sorprenderle en su alojamiento so color de protegerlo de un atentado. *¿Qué queréis de mí?*—dijo al oficial. *¿Es necesario mi vida para asegurar el orden público? Ved ahí mi pecho; arrancádmelo.*—Le dejaron marchar á Buenos Aires, adonde llegó en Marzo de 1820, en el furor de la anarquía, y, al poco tiempo, cayó gravemente enfermo. Pocos días antes de morir dijo á los que le rodeaban: *Pensaba en la eternidad, donde voy, y en la tierra querida que dejo. Espero que los buenos ciudadanos trabajarán para remediar sus desgracias.* ¡Palabras de un hombre bueno y de un buen patriota! Esto y nada más fué el general Manuel Belgrano, cuya larga actuación de diez años (1810-1820), en la revolución argentina hemos tratado de reseñar, dejando para lo último tratar de su labor parlamentaria.

El 9 de Julio de 1816 se reunió en Tucumán el congreso que proclamó la independencia argentina. Era ya unánime el deseo de llamar las cosas por su nombre y proclamar de derecho lo que de hecho existía. San Martín, desde Mendoza, y Belgrano como diputado asistente, exhortaron más que nadie á dar este paso trascendental. Roto el lazo de dependencia con España, tratóse de la forma de gobierno más conveniente, inclinándose los más de los diputados á la forma monárquica, optando unos por un príncipe europeo y otros por un descendiente de los incas del Perú. Belgrano, que sabía por experiencia propia las dificultades que había para encontrar el primero, defendió la candidatura segunda; pero ni una ni otra se tomaron en consideración por el

momento, aplazándose el acuerdo, que al fin no llegó á realizarse, porque los acontecimientos afirmaron las instituciones democráticas en el país.

¿Era conveniente la monarquía argentina que defendían, entre otros, San Martín y Belgrano?

A raíz de la *Revolución de Mayo*, no sólo era conveniente, sino necesario un rey, que pronto se hubiera hecho nacional, por interés propio y por el porvenir de su dinastía, según vemos en todas las monarquías nuevas; era el más indicado para refrenar la caterva de ambiciosos que bullen en todas las revoluciones.

Hubiera también acreditado al país ante las Cortes europeas de entonces, recelosas de las repúblicas, pero prontas á tratar con un monarca. De este inconveniente ya se percató Bolívar cuando negociaba el reconocimiento de la Gran Colombia por Francia é Inglaterra. ¿Qué más? Ahí estaba el ejemplo del Brasil, tranquilo y próspero bajo los regímenes real é imperial con que inició su independencia. Ya para cuando se estudiaba la forma monárquica en el congreso de 1816 era pasada la oportunidad. Los instintos democráticos habían predominado, los caudillos acechaban desde sus feudos, y un rey argentino hubiera tenido el trágico fin de Itúrbide en Méjico. Sólo un rey disimulado, como el tirano Rosas, que vino después, podía imponerse. Y este es, sobre poco más ó menos, el proceso evolutivo político-social de las demás repúblicas américoespañolas, que, fascinadas por el ejemplo de la gran hermana del Norte, quisieron organizarse constitucionalmente como ella, sin tener en cuenta la diversidad de elementos y aun de tara ancestral.

VII. El hombre de Cuyo, O'Higgins y Carrera.

En el año 1816, año al que retrogradamos como punto de partida de la futura actuación de San Martín, éste era ya considerado como el mejor general de la revolución argentina, no por sus hazañas, pues sólo se había apuntado hasta entonces el lance de San Lorenzo, propio más bien de un guerrillero, sino por sus dotes de organizador y técnico; Alvear, el conquistador de Montevideo, había caído al peso de su vanidad, y Belgrano, el héroe de Tucumán y Salta, estaba desconceptuado en la opinión por sus reveses posteriores. San Martín había tenido la habilidad de guardarse, de no exponer su reputación militar en aventuras problemáticas, y en su intendencia de Cuyo maduraba el proyecto de trasladarse á Chile, donde, según todas las probabilidades, el golpe contra el español era seguro.

Los panegiristas, juzgando este plan de San Martin por sus resultados, la llaman *intuición genial*. El paso á Chile era una necesidad obligada desde que la entrada al Alto Perú estaba obstruída por el afortunado general Pezuela. Ni siquiera fué idea original de San Martín, puesto que el virrey Abas

cal, del Perú, entre las instrucciones que daba á los generales que tenía en Chile, y eran públicas, una de ellas consistía en franquear la cordillera y darse la mano con Pezuela en el Norte de la Argentina, propósito que no se realizó por la merma del ejército de Chile, enviado por la costa al Perú para sofocar la insurreccion del Cuzco. El plan de San Martín era el del virrey Abascal, sólo que á la inversa. Intuición genial fué la de Bolívar, que de un ímpetu y por su propio impulso, salvó mayores obstáculos al tramontar los Andes de Colombia. Además, la invasión de Chile contaba con una base de operaciones de mucha importancia, cual era el haberse alzado ya en armas este país contra el dominio español, y esto debe tenerse muy en cuenta.

Podríamos comparar el escalo de Bolívar á la carrera de un atleta griego que, al llegar á la valla, se afianza, la pasa de un salto y, cayendo de pie, sigue su carrera de obstáculos; el de San Martín, al salto de trampolín de un artista de circo, que cae sobre mullido colchón. De todos modos, el paso de los Andes por uno y otro caudillo no es ningún hecho de titán; los españoles estaban cansados de escalarlos, no ya en tiempo de la conquista, sino durante los posteriores de la independencia americana. "Cruzaban en todos sentidos las cordilleras del Perú con la facilidad y arrogancia que se emplearían en un campo de instrucción", escribe el chileno Bulnes (*Historia de la expedición libertadora*), refiriéndose á las tropas de Canterac y Valdés.

***

Tribuno de la revolución Chilena había sido el mendocino *Juan Martínez de Rozas*; faltaba el soldado, y por un momento pareció serlo *José Miguel Carrera*, el camarada de San Martín y Alvear. Des de que llegó á Santiago á ofrecerse á la revolución, se mostró impetuoso y fantástico, vano y ambicioso; pero muy patriota, muy chileno. Viéndose desairado por la junta de gobierno, en la que dominaban los amigos de Rozas, tomó pretexto de la lenidad que mostraban los gobernantes y desunió la junta, unido á sus hermanos Juan José y Luis, formando un partido *carrerista*, con cuya ayuda se proclamó dictador de Chile. Con este carácter da una vuelta de guante al país; deroga las pragmáticas españolas, echa abajo escudos y blasones de rancios solares, inventa el pabellón de la estrella solitaria, funda el primer diario, dicta una constitución que de hecho consagraba la independencia, y, encargado de la defensa nacional, reúne en veinte días nueve mil hombres, y en dos meses limpia de realistas el Sur de Chile hasta el río Maule.

Compañero suyo de armas, pero su rival en política, era *Bernando O'Higgins*, chileno también, hijo de uno de los emigrados irlandeses que en el siglo XVIII y á principios del XIX escogieron á España para rehacer patria y hogar, casi todos con fortuna, como el padre de Bernardo, que llegó á ser virrey del Perú. Junto á Bernardo de O'Higgins figuraba también Juan Mackena, irlandés de nacimiento, pero naturalizado chileno y señalado como jefe militar de la revolución antes de la aparición de Carrera.

O'Higgnis y Mackena que, por patriotismo, se habían puesto á las órdenes de Luis Miguel, aprove-

charon la mala dirección que éste dió á la campaña de Chillán, y confabulados con los anticarreristas de Santiago le despojan del mando. Para más desgracia de Carrera es hecho prisionero por una partida realista, pero una dama española procura su evasión. Reacciona entonces, arma una contrarrevolución y vuelve á hacerse señor de Chile. Coincide con este suceso la llegada del general Osorio con tropas españolas del Perú, y todos los patriotas se unen contra el común enemigo. O'Higgins se reconcilia con Carrera y pide el mando de la vanguardia para batirse el primero contra el invasor. El resultado fué no entenderse los dos; Carrera, porque no se ajustaba á un plan fijo, y O'Higgins, porque, llevado de su arrojo, quiso obrar por su cuenta. Ello es que, el uno por el otro, perdieron la batalla de Rancagua (14 de Octubre de 1814), donde O'Higgins hizo prodigios de valor. Acorralado en la población, sostuvo durante cuarenta y ocho horas una lucha incesante, resistiendo calle por calle, casa por casa, y cargando los cañones con pesos fuertes, cuado se acabó la munición; por fin pudo salvarse, espada en mano, tremolando con la otra la bandera, que el enemigo atravesó de un balazo. De esta hecha el territorio chileno volvió al poder de los realistas. El vencedor Osorio entró en Santiago, restableció la Real Audiencia é inició sus funciones de capitán general de Chile, desterrando á la isla de Juan Fernández muchos patriotas distinguidos. Unos dos mil ciudadanos se agregaron á los seiscientos hombres que quedaban á Carrera, y en tropel tomaron el camino de los Andes con intención de aislarse en Mendoza. No era tiempo de la travesía; las nieves

aún no se habían derretido, y muchos de los desdichados fugitivos perecieron de frío. En esta huída llegó primero á Mendoza O'Higgins, y días después Carrera. En aquella ciudad tenía su sede San Martín, como intendente de Cuyo, y aunque conocía por igual á los dos emigrados del tiempo en que juntos concurrían á los conciliábulos de Londres, hizo distinta acogida al uno que al otro. Entre O'Higgins, más valiente que Carrera, pero menos dominador, y José Miguel, de la clase de hombres que, felices ó desgraciados, no se dejan imponer de nadie, la elección no era dudosa. Además, Carrera, como no daba por perdida la causa de su patria, no se despojó de su jefatura al pisar la Argentina, pensando así, con ese carácter, recabar auxilios y volver á la reconquista. Todo esto, unido á las intrigas de O'Higgins, otros anticarreristas que estaban en el campamento de Mendoza, perdieron á Carrera en el concepto de San Martín, quien, como tenía pensado servirse de Chile para auxiliar de su plan de guerra, creyó más conveniente la alianza con el sumiso O'Higgins que con el indómito Carrera.

En consecuencia, éste fué mal recibido por San Martín, sufriendo, entre otros agravios, que se le registraran los equipajes, por creer que en ellos venían cargas de plata, que no se encontraron. Por último, resuelto San Martín á acabar con un hombre que le hacía sombra, prevaliéndose de que en Mendoza no mandaba nadie más que él, arrojó la máscara y negó á Carrera el reconocimiento de su investidura oficial, y armándole una celada le quitó su guardia chilena y le extrañó del territorio de Cuyo. José Miguel pasó á Buenos Aires y

aquí se encontró con que Carlos Alvear estaba de gobernador. Ambos eran amigos por inclinación y por afinidad, y juntos trabajaron para quitar su ínsula á San Martín; pero sin resultado, porque éste se hizo fuerte á favor de un plebiscito apoyado por las bayonetas del ejército, y porque, últimamente, cayendo Alvear del directorio, Carrera se encontró aislado. Pero no perdió el tiempo en Buenos Aires, pues provocó y mató en desafío á Mackenna, cómplice de O'Higgins en sus manejos con San Martín. Después de inútiles empeños para buscar auxilios en Buenos Aires en favor de Chile, se resolvió á obrar por sí solo; partió á Norte América á proporcionarse hombres y barcos, con lo que trabajó para otros, como se verá.

VIII.—El ejército de los Andes.—Chacabuco.

Con la subida al directorio argentino de Pueyrredón, favorecedor de los planes de San Martín, por más que éste le había derrocado años atrás como triunviro, el general se dió de lleno á los preparativos de su expedición trasandina. Sobre la base de su cuerpo de granaderos, que ahora mandaba Zapiola, y de los auxiliares argentinos, que al mando de Las Heras, combatieron en Chile y volvieron después del desastre de Rancagua, llegó á organizar con mucho celo y constancia un ejército de las tres armas, cuyo cuartel general estaba en Mendoza. Este ejército tenía que vivir sobre el país, de modo que el general hubo de gravar bienes y personas con fuertes contribuciones.

Las provincias de Cuyo constituían una población compacta y morigerada que se prestaba á ser, civil y militarmente, disciplinada. "Tenían operarios hábiles en todas las artes mecánicas, desde el herrero que forjaba sus arados y herraba sus mulas y caballos, y el talabartero que preparaba los aparejos de sus arreos ó las *petacas* en que envasaban sus mercancías, hasta el mecánico que montaba las rue-

das de los molinos de agua, y el ingeniero práctico que nivelaba las aguas de regadío y reglaba su curso por derivación, no faltando mineros que tenían nociones de metalurgia, servidos por una raza de zapadores, completada por otra de arrieros, conductores expertos de cargas en las montañas. Sus mujeres eran industriosas y económicas; hilaban tejidos de lana y algodón, preparaban las pastas y dulces, que eran una especialidad cuyana, y concurrían á la labor común de aquella colmena sanjuanina-mendocina." De esta exposición, hecha por un historiador nacional (Mitre, *Historia de San Martín*), se desprende que no estaban tan atrasadas las colonias americanas como otros quieren hacernos creer; menos las libertades políticas lo tenían todo y estaban al nivel de la metrópoli. Persuadiendo á esta gente que los *godos* de Chile arrasarían con todo y les reducirían á la esclavitud, San Martín sacó hombres, armas y dinero en la cantidad que necesitaba para armar su máquina de guerra que, según su historiador, "fué la obra de un general concreto y limitado, más práctico que teórico, más metódico que inspirado, más previsor que audaz y que todo lo basó en el cálculo y nada fió á la fortuna, y que suplió con la observación y la paciencia las dotes del gran capitán y del gran organizador..." Estas apreciaciones de Mitre prevalecen porque el éxito coronó la obra de San Martín. Lo que éste hizo en Cuyo hízolo también en Jauja el último virrey del Perú, con la desventaja de serle hostil el país y tener que valerse sólo de indios; Laserna, en este último rincón de los dominios españoles en América, convirtió los campamentos en

maestranzas, en los que se batía el hierro para hacer herraduras, pernos, espuelas y bayonetas, y se curtía el cuero para zapatos y mochilas; completó el ejército real con indios tomados á la fuerza, instruídos y guardados por los últimos soldados peninsulares que quedaban, y con estos elementos alargó la guerra tres años, venciendo en Ica, Torata, Moquegua y el Desaguadero; pero como al fin sucumbió en Ayacucho, los historiadores no dan importancia á los preparativos de Jauja, que es lo que le hubiera pasado á San Martín, si no vence en Chacabuco.

El Arquímedes del ejército de San Martín fué un fraile franciscano, hijo de francés, y natural de Mendoza, fray Luis Beltrán, que entendido en las artes manuales dirigió los trabajos de la maestranza fundiendo cañones, balas y granadas con el metal de las campanas de las iglesias, forjando herraduras y bayonetas y elaborando otros artefactos de guerra. Concluyó por colgar el hábito y vestir el uniforme de teniente de artillería. Como ingeniero, figuró el renegado español Domingo Arcos; como auditor de guerra, un escribano chileno á quien la emigración había convertido en pulpero en Mendoza, José Ignacio Zenteno, que por mote tenía el "Filósofo", y que justificó la elección que de él hizo el general, cuando llegó á ministro en Chile. Como capellán de la tropa, un fraile dominico, borracho y disoluto, de triste memoria en los fastos argentinos, fray Félix Aldao. Al empezar el año 1817, el "Ejército de los Andes", como se le llamó, tenía en filas cuatro mil hombres, bisoños en su mayor parte, pero bien equipados, disciplinados y,

sobre todo, entusiastas por la causa que iban á defender, como que entre ellos figuraba una legión de libertos negros cuya libertad estaba vinculcada á la patria nueva. Jefes y oficiales adiestrados en la escuela del general, que era un ordenancista rígido y severo, aparecían bien instruídos y marciales, casi fanfarrones, con el precepto que tenían de mirar con la cabeza erguida por encima la línea del horizonte, y á los que San Martín sometía á pruebas, y al que demostraba debilidad de nervios le destituía. Uno de los ensayos á que recurrió para poner á prueba el temple de ánimo de sus oficiales, fué echarles de lidiadores en una corrida de toros. Haciéronlo bien, y al aplaudirles por su arrojo, exclamó: *Estos locos son los que se necesitan para derrotar á los españoles.* El último toque fué hacer Patrona del *ejército de los Andes* á la Virgen del Carmen y jurar bajo sus auspicios la bandera blanca y azul inventada por Belgrano.

En vísperas de la partida escribía el general al gobierno de Buenos Aires: "Las medidas están tomadas para ocultar al enemigo el punto de ataque; si se consigue y nos dejan poner el pie en el llano, la cosa está asegurada. En fin, haremos cuanto se pueda para salir bien, pues si no, todo se lo lleva el diablo." En efecto, el éxito de la expedición dependia en gran parte de encontrar franco el paso de la cordillera, ocultar el verdadero punto de ataque y caer como un rayo al Occidente sobre el punto débil del enemigo. A este fin, el general tuvo buen cuidado de despistar á los de la otra banda con una porción de ardides, dejándoles en la persuasión que atacaría por el Sur cuando él pensaba ha-

cerlo por el centro; y el que mejor resultado le dió fué un parlamento con los indios pehuenches, de quienes solicitó el paso por sus tierras para atacar al español y entrar por otro lado.

El ejército de San Martín salió de Mendoza con 10.600 mulas de silla y carga, 1.600 caballos y 700 reses, y á pesar de un cuidado indecible, sólo llegaron á Chile 4.300 mulas y 171 caballos, dos obuses y diez cañones de á cuatro, que se transportaron en zorras y mucha parte del camino á brazo, con el auxilio de cabrestantes. Los víveres, para veinte días, pues desde Mendoza hasta Chile, por el camino de los Patos, no hay ningún poblado. Se pasó mucho frío, murieron algunos soldados, pero reinaba en el ejército gran confianza y unión y emulación en los cuerpos. El desfiladero de los Patos, que sale al valle chileno de Putaendo, es uno de los cinco que hay en la cordillera chilena en una extensión de 140 leguas, y un mal reducto' con cincuenta hombres lo hubiese hecho inexpugnable. Como el gobernador de Chile, dudoso del punto de ataque, había extendido la línea de defensa en una extensión de 934 kilómetros, los hombres de San Martín encontraron el paso franco, y no bien pisaron en territorio chileno, el vecindario les dió su apoyo material y moral en caballos y en espías.

Al general Osorio, el vencedor de Rancagua, había sucedido Maró del Pont, militar de guante blanco más que de espada, como si la gobernación de Chile fuera cosa de poco cuidado. Aparte de los deseos de independencia, había muchas personas en el país que habían llegado á un grado de impor-

tancia que no estaban dispuestos á abandonar; de tenderos, mercaderes y leguleyos que eran, se habían convertido en hombres de Estado, legisladores y jefes de ejército; la revolución había creado nuevos intereses, y por tanto, un nuevo orden de cosas. Todos estos intereses creados tendían la mano á San Martín. Al otro lado de la cordillera, con antelación á su llegada, el guerrillero chileno Manuel Rodríguez y otros, tenían en diversión continua á las columnas realistas, de suerte que el general argentino pudo hacer la concentración de las tropas en el punto estratégico señalado por él de antemano, que era la planicie de *Chacabuco*. Agentes secretos de la capital, Santiago, le transmitían las órdenes expedidas por Maró del Pont, copiadas en su misma secretaría, y le daban el número exacto de los soldados realistas que iban á Chacabuco. Con estas premisas, más la imposibilidad del enemigo de agolpar sus fuerzas con la premura del caso, todas las probabilidades del triunfo estaban á favor de San Martín, y en verdad que lo merecía por los acertados preparativos y combinación del plan. Dicho de una vez: salvo un azar, la batalla estaba ganada antes de darse. En *Chacabuco*, pues, se encontraron patriotas y realistas, éstos en número de 3.000 hombres más ó menos, con cuatro piezas de artillería de campaña. A última hora se dió el mando de esta división al coronel de Talavera, D. Rafael Maroto, quedándose Marcó del Pont en la capital con una reserva. Como á las tres de la tarde del 12 de Febrero (1817) empezó la batalla, la vanguardía republicana, mandada por O'Higgins á quien San Martín le había dado el comando de

los chilenos emigrados y de los dos batallones de negros libertos. Soler, con un batallón argentino le auxilió valientemente, y aunque al principio se vieron tan acosados que tuvieron que mandar en busca de refuerzos, antes de que les llegaran, los realistas se habían desbandado en todas direcciones.

Según Brayer, ex general de Napoleón y jefe de Estado Mayor de San Martín en Chacabuco, el auxiliar inglés Ambrosio Cranmer "á la cabeza de su regimiento, decidió la acción que parecía estar perdida y que, en efecto, iba á serlo sin su experiencia, su tenacidad y su valor, unido al de otros brazos... Y como cada ejército tiene su crónica, la del que mandó San Martín, recuerda que luego que Cranmer le avisó que había forzado al enemigo en su posición, y que por consecuencia eran vencedores, se encontró al héroe á una distancia enorme, á retaguardia, y en un estado que prueba que, si es verdad que ha leído el gran Federico se hubiese aprovechado en esta circunstancia, á lo menos, del capítulo de la *temperancia!*... "Y—añade el historiador Pruvonena—también el general Soler, que mandaba una división en Chacabuco, aseguró en una exposión haber encontrado á San Martín á media legua á retaguardia del campo de batalla." Acota, por último, María Graham en su *Diario*, por relación verbal de O'Higgins, que á San Martín apenas se le vió en Chacabuco.

Pongámonos en un término medio (1). San Mar-

(1) Miguel Brayer se distinguió en las campañas napoleónicas de Prusia y España y en Waterlóo. Perseguido por la reacción borbónica emigró á los Estados Unidos, de donde le trajo Carrera á Buenos Aires, y de

tín, según su biógrafo Mitre, estaba aquejado el día de Chacabuco de un ataque reumático nervioso que apenas le permitía mantenerse á caballo. Ganó la batalla con la cabeza, no con el brazo. La espada

---

aquí pasó á Chile. En el ataque de Talcahuano se le tildó de mal estratégico, y en Cancha Rayada de poltrón, epítetos con que le regalaran O'Higgins y San Martín, verdaderos causantes de los dos desastres. El choque final con San Martín fué horas antes de Maipú. Brayer pidió licencia al generalísimo para irse á los baños de Coloma. *Con la misma licencia con que el señor general se retiró del campo de batalla de Talca, puede hacerlo á los baños*, le contestó San Martín; *pero como en el término de media hora vamos á decidir de la suerte de Chile, y Colima está á trece leguas y el enemigo á la vista, puede V. S. quedarse si sus males se lo permiten.* Brayer contestó: *No me hallo en estado de hacerlo, porque mi antigua herida de la pierna no me lo permite.* San Martín repuso en tono airado: *Señor general, el último tambor del ejército unido, tiene más honor que V. S.;* y volviendo su caballo dictó la orden de que se hiciese saber al ejercito que Brayer quedaba suspenso de su empleo por indigno de ocuparlo.

Así paga el diablo á quien bien le sirve. Es posible que las inspiraciones de Cachabuco y Maipú las debiera San Martín á Brayer, puesto que era su jefe de Estado Mayor y había asistido á muchas grandes batallas, pero ya no hacía falta y se le despedía. Lo mismo hizo Bolívar con los jefes extranjeros que se daban tono: Ducoudray-Holstein, Wilsson, Hippilex y otros. A bien que todos ellos se vengaron poniendo en la picota á uno y otro, como vemos hace Brayer con San Martín.

En cuanto *Pruvonena* es el anagrama de *un peruano* bajo el cual ocultó su nombre el redactor de unas *Memorias y documentos para la historia de la independencia*

de Chacabuco fué el chileno O'Higgins, que mandando la vanguardia hizo prodigios de valor.

Los vencedores marcharon en seguida sobre Santiago, donde se le juntaron todos sus amigos y los que creyeron conveniente pasar por tales. Se ofreció al general San Martín el puesto de supremo di-

---

del Perú (París, 1858), libro muy curioso por los documentos que contiene, pero como levanta ronchas, dicen los críticos criollos que está dictado por el resentimiento y la pasión.

María Graham es una escritora inglesa que llegó á Valparaíso en 1822, acompañando el cadáver de su marido, capitán de la marina de guerra inglesa, muerto al doblar el Cabo de Hornos. Se quedó en Chile patrocinada por lord Cochrane, lo cual explica su parcialidad por este personaje. Su *Diario* sería un documento precioso, histórico si la autora, como los demás extranjeros factores de Memorias americanas, no se hubiera empeñado en mezclar paja con grano, esto es, historia retrospectiva con datos personales. Como muestra de la historiografía de la Graham, véase esta nota que pone á San Martín, cuando gobernando en Mendoza, recibió á los fugitivos de Rancagua. »Nunca he podido averiguar con exactitud, ni el lugar de su nacimiento, ni su verdadero parentesco. Estuvo en España agregado á la policía militar, y *es una persona distinta del valiente general San Martín, con quien muchas personas lo han confundido*» Lo singular es que los editores del libro en Santiago de Chile y en Madrid, no hayan apuntado á ese gazapo que aparece tan campante en el claro de una nota.

Dadas estas noticias acerca de Brayer, Pruvonena y Graham, el lector desapasionado juzgará como tenga por conveniente, de lo que ellos atribuyen á San Martín en Chacabuco.

rector, pero él se excusó y recomendó la elección de O'Higgins, reservándose el mando del ejército aliado, al que dirigió esta pomposa proclama: *Al ejército de los Andes queda la gloria de decir: en veinticuatro días hemos hecho la campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluimos con los tiranos y dimos la libertad á Chile.* Creía haber acabado la guerra de un golpe, sin prever la resistencia realista, que aún le obligaría á dar otra batalla. De más alcance fué el manifiesto de O'Higgins, dirigiéndose á las naciones extranjeras, dándoles cuenta de su elevación al gobierno de Chile bajo los auspicios de la victoria de Chacabuco: *Elevado por la voluntad del pueblo á la suprema dirección del Estado, anuncia (Chile) un nuevo asilo en estos países á la industria, á la amistad y á los ciudadanos todos del globo.*

Gaje de la victoria fué la captura del gobernador Marcó del Pont, que en vez de organizar la resistencia con los elementos de guerra que le quedaban, se había fugado á Valparaíso y llegó tarde para embarcarse. San Martín se mostró magnánimo con él. Cuando se lo presentaron le recibió de pie, diciéndole con semblante risueño: *¡Oh, señor general! Venga esa blanca mano.* ¡Irónico saludo y única venganza que merecía un general de salón. Pruvonena asienta que San Martín trató con dureza y rigor á Maró del Pont: "Después de haberlo tenido preso como al hombre más despreciable, con una barra de grillos, lo envió confinado á la Punta de San Luis, y permitió que al salir por las calles de la capital se cometiesen los más irritantes insultos contra aquel desgraciado general. Conducta innoble y

altamente reprensible entre pueblos que se jactan de refinada ilustración." Esto debe referirse á O'Higgins, que efectivamente obró así con Maró, sorprendido en el momento que se fugaba al Perú.

Para este tiempo, que era al mes de Chacabuco, San Martín había repasado los Andes con sólo un edecán y un *baqueano* (guía) para ponerse al habla con el gobierno de Buenos Aires, sobre sus futuros planes del Perú, dejando al frente de Chile á su buen amigo O'Higgins.

IX.—Cancha Rayada y Maipú.

Las fuerzas realistas se habían reconcentrado al Sur del territorio chileno, haciendo base de sus operaciones la península de Talcahuano, obra maestra de la ingeniería militar española en las costas del Pacífico, como Valdivia y El Callao. Mandaba allí el joven coronel José Ordóñez, perito militar y de valor acreditado en las guerras de España. En dos meses, á contar del día de Chacabuco, tiempo en que los patriotas se durmieron sobre sus laureles, se dió prisa en organizar 1.000 hombres de milicia del Sur, que reforzados con 1.000 soldados de los fugados en Chacabuco y reexpedidos desde el Perú por el virrey, formaron un pequeño ejército, con el que el animoso Ordóñez se aprestó á la reconquista de Chile.

A prevenir esto se dispuso O'Higgins saliendo á campaña, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles para rendir Talcahuano. Las naturales defensas de los castillos, protegidas por una escuadrilla, hacían inexpugnable la península. El 6 de Diciembre (1817) fué la última tentativa; tras un asalto que costó á los chilenos muchas pérdidas, hubieron de levantar el

sitio, que había durado ocho meses. A esta sazón, los beligerantes recibieron sendos refuerzos; San Martín, que vuelto de Buenos Aires acampaba con una fuerte división en el centro de Chile, y el general español Osorio, que por mar traía del Perú 3.000 soldados. Era este general yerno del virrey Pezuela; fué ascendido á brigadier por Rancagua, y aunque Ordóñez también había ascendido á este empleo por su heroica defensa de Talcahuano, aquél asumió el mando del ejército por su mayor antigüedad. Juntos los dos salieron de Talcahuano y abrieron campaña.

El momento era crítico para los patriotas. El mal éxito de Talcahuano y el refuerzo realista venido de Lima era para comprometer seriamente el éxito de la revolución; sin embargo, O'Higgins retempló los ánimos haciendo proclamar la independencia nacional desde su campamento de Talca, la que fué jurada en todas las poblaciones no intervenidas por los realistas, el 12 de Febrero de 1818, primer aniversario de Chacabuco. Ante el avance realista, operó su retirada al Norte para unirse con San Martín, y el ejército chileno argentino volvió caras al enemigo, que venía á marchas forzadas. Fué entonces cuando los dos caudillos lanzaron esta proclama, sobresaliente en su género, por lo breve é intencionada: *¡Soldados! Tenemos que daros una agradable noticia. Nuestros enemigos los "maturrangos" preparaban una expedición con el objeto de visitaros. Mucho tiempo hace que estamos parados sin hacer nada de provecho. Amigos, vamos á tener otro Chacabuco.*

Por el momento les falló el vaticinio. Viéndose

Osorio inferior en fuerzas, se escurrió á Talca, fortificándose en la población. San Martín y O'Higgins, picándole la retaguardia, acamparon en la próxima llanura de Cancha Rayada, dispuestos á atacar la plaza al día siguiente. Aquella misma noche, un consejo de guerra de los jefes españoles votó por la proposición de Ordóñez de no esperar el ataque del enemigo, si no hacer una salida y sorprenderle en medio de las tinieblas; teniendo en cuenta además, la oportunidad de que en el campamento republicano se ocuparían en celebrar el día de San José, festividad de San Martín y estarían descuidados. El éxito coronó la atrevida tentativa. La confusión fué tal en el campo republicano, que se fusilaban unos á otros; O'Higgins fué herido en un codo, y á San Martín le faltó poco para caer prisionero. Los realistas hicieron terrible matanza. Sólo se retiró con orden la división argentina de las Heras, que había de servir de núcleo para el ejército de Maipú.

La sorpresa de Cancha Rayada (19 Marzo 1818), fué dirigida personalmente por Ordóñez, ya que Osorio se había quedado en Talca, dicen los historiadores patrios, no sin cierta sorna, "que rezando á la celestial Patrona de las armas españolas para que enviase la victoria." Aunque así fuera, lo religioso no quita á lo valiente; sólo que la ironía no resulta, habido cuenta que los generales republicanos no eran menos supersticiosos. San Martín tenía por capitana generala de su ejército á la Virgen del Carmen, y Belgrano, en la jornada de Tucumán, sacó al frente de banderas la otra Virgen de las Mercedes, poniéndose el escapulario él y su gente

al entrar en fuego. Tal fué el pánico que, hubo en Santiago al saberse lo de Cancha Rayada, que como dice un historiador, 50 realistas hubieran rendido la población y ¡oh veleidad política! algunos notables santiaguinos de los que figuraban en la tertulia de San Martín, se apresuraron á entrar en negociaciones con el vencedor realista, y uno de ellos mandó preparar un caballo de gala con herraduras de plata para que Osorio hiciera su entrada triunfal. El vecindario pasó las mismas zozobras que el día de Rancagua; familias enteras tomaron el camino de los Andes para pasar á Mendoza y se quemó el Archivo público para que el vencedor no rastreara culpabilidades. No sabiéndose de O'Higgins ni de San Martín, el guerrillero Rodríguez se hizo dictador provisional y preparó la resistencia.

Sin embargo, contra lo que se esperaba, los realistas retardaron su avance á Santiago, porque también habían tenido sus quebrantos en Cancha Rayada, y así dieron tiempo á que los dispersos republicanos se reunieran, los despavoridos se presentaran y que, á cobrando ánimo todos y depositando su confianza en San Martín, Balcarce, Las Heras, Freire y otros jefes, salieron á cubrir el camino de Santiago. Quince días después de Cancha Rayada, el 5 de Julio, volvían á encontrarse los dos ejércitos en las lomas de Maipú, á un día de camino de la capital. La fortuna fué contraria aquí á los realistas. Osorio, al verse perdido, huyó á uña de caballo con su escolta, quedando sólo el valiente Ordóñez que siguió resistiendo al amparo de las tapias de una hacienda, hasta el anochecer, que se rindió, viendo imposible la retirada. Más afortunado que él, el co-

mandante Rodil, futuro héroe del Callao, pudo salvarse con su batallón Arequipa. Las fuerzas de ambos bandos subían á 5.000 realistas y 7.000 republicanos, número harto exiguo en proporción al trofeo de la victoria, que fué el afianzamiento de la independencia chilena; que si bien Talcahuano, Valdivia y Chiloé quedaron todavía resistiendo á los patriotas, el resto de Chile quedó enteramente perdido para los españoles.

Jefes y oficiales españoles prisioneros en Maipú fueron respetados por el vencedor, quien se contentó con desterrarlos á San Luis, al otro lado de los Andes argentinos, á hacer compañía á Maró, al general de la "blanco mano", deportado allí un año antes. Se exceptuó de la gracia de la vida á varios oficiales criollos, desertores de las filas republicanas y que pelearon en Maipú, entre ellos, *Vicente Benavides*, cuya vida daría argumento para una interesante novela. Era hijo del alcaide de la cárcel de Quirihue (Concepción), y se alistó en el primer ejército patriota. Hecho prisionero por los realistas se vió obligado á militar en sus filas, siendo á su vez capturado por los republicanos. A punto de ser fusilado como traidor, logró escaparse prendiendo fuego al rancho donde le tenían preso y volvió á reunirse al ejército real, en el que prestó servicios importantes. Prisionero por tercera vez en Maipú, fué sentenciado á ser pasado por las armas, siendo ejecutado juntamente con un hermano suyo. Este quedó tendido sin vida, mientras que Vicente, mortalmente herido, y á quien dejaron por muerto en el sitio de la ejecución, al quedarse solo vendó sus heridas con retazos de ropa de su hermano, y á

rastras ganó la montaña. Apenas convaleciente, tuvo la osadía de presentarse como un fantasma á San Martín, quien asustado al verle, le apuntó con su pistola, la que desvió Benavides, diciéndole que se tranquilizara, que no pensaba asesinarle, sino ofrecérsele por el conocimiento que tenía en las provincias del Sur. San Martín pareció aceptar sus servicios; pero Benavides comprendió que se desconfiaba de él y trataban de meterle preso otra vez. Escapó, y desde entonces fué el más implacable enemigo de sus compatriotas. Cuando ya no quedaba ningún español armado en Chile, organizó partidas en el Sur y logró ponerse en comunicación con el virrey del Perú, que le remitió armas y municiones y el despacho de coronel español. En 1820 obtuvo las señaladas victorias de Jumbel y El Pangal, y sorprendió en Tarpellanca al general Alcázar, al que hizo matar á lanzadas, incorporando los soldados prisioneros á su ejército. Su mayor deleite era invitar á los oficiales prisioneros á un suntuoso festín, y después que habían comido y bebido, los hacía conducir á un patio para ser fusilados allí mismo, presenciando él desde una ventana la ejecución. A algunos á quienes les había prometido la libertad, entregábalos á los indios, cuya cruel conducta con los prisioneros de guerra era bien conocida.

Cuando el general Prieto le escribió para informarle de la caída de Lima y de que era inútil que perseverara en su campaña, él le contestó que "mientras le quedara un soldado vivo lucharía contra Chile, por más que el rey reconociera la independencia".

Alistó un corsario para piratear contra toda ban-

dera á fin de proporcionarse víveres y municiones. Acorralado por el ejército chileno de Freire, se embarcó en una lancha con intención de pasar al Perú, y en la travesía le traicionaron sus compañeros, al recalar en Topocalma á hacer aguada. Remitido á Santiago, el 23 de Febrero (1822), fué sacado de la prisión, amarrado á la cola de una mula y ahorcado luego en la plaza del palacio; en seguida se le cortaron la cabeza y las manos para ser expuestas en las ciudades del Sur, que había asolado, y "tales fueron las indignidades que se hicieron con sus restos, que más parecen obra de la vengaza de salvajes que castigo impuesto por un gobierno justo del siglo XIX." (Graham).

Esta era, sin embargo, la justicia que con los traidores púbilcos se mandaba hacer en aquel tiempo, y esto deben tenerlo muy en cuenta los americanos que tanto despotrican contra España por el descuartizamiento de Tupac-Amara, en el Perú (siglo XVIII.)

X.—Asesinatos legales de los Carreras y de los prisioneros de Maipú.

La victoria de Maipú selló la independencia de Chile; pero esto que se dice *á posteriori*, no era de toda evidencia en aquellos días: era el principio del fin, porque aún faltaba mucho para llegar á la meta. Quedaba el Sur de Chile en poder de los realistas, con una temible base de operaciones en Chiloé, con recursos del país, tanto que en el Perú se distinguía por el mismo tiempo el célebre batallón *Castro*, compuesto de chilotes; quedaba el virreinato de Lima, íntegro y prepotente, y allá en Ultramar, la metrópoli que amenazaba con una formidable expedición. Curándose en salud, los amos de Chile, O'Higgins y San Martín, giraron desde Santiago al banco de Londres una respetable cantidad de dinero á nombre de cada uno de ellos. *La liga de oro se alió al bronce heroico del Libertador*, escribe Mitre, después de revisar este dato. Por lo demás, no era vergüenza entre los prohombres de la revolución americana enriquecerse á expensas del tesoro público. "El general Santander (de Colombia) consignó por escrito, sin empacho

alguno, que no se avergonzaba de haberse enriquecido *en servicio de la república...* Y aconsejaba al Libertador (Bolívar) en sus cartas, que aprovechase y guardase dinero, poniéndole como ejemplo de imprevisión la pobreza de Temístocles." (Blanco Fombona, nota á las *Memorias de O'Leary; La Honradez de Santander*).

Lo peor era que al mes cabal de Maipú ya no se entendían chilenos y argentinos. *Nada debe Chile al ejército de los Andes, porque se ha salvado por el esfuerzo de sus propios hijos*, estampaba la *Gaceta* del gobierno. De estos celos nacionales participaba la mayoría de los chilenos, menos O'Higgins, entregado por completo á San Martín, al que debía su exaltación al poder, y que se sostenía con la ayuda de las bayonetas argentinas. Sus enemigos pusiéronse al habla con los emigrados Carreras. Para este tiempo había vuelto de los Estados Unidos José Miguel, con buques armados y un buen cuadro de oficiales extranjeros, al servicio de Chile. De ello estaba avisado Puigrredón, enemigo suyo á instigación de O'Higgins y San Martín, que se lo anunciaban como perturbador de la alianza chileno-argentina.

Puigrredon, haciéndoles el juego, escribía á San Martín. "Dentro de pocos días estarán aquí (Buenos Aires) cinco buques armados que vienen con Carrera para su empresa; éstos quedan á mi disposición y saldrán á recibir órdenes de usted en Valparaíso... Carrera no irá á Chile por más que haga." Y cumpliendo estas ofertas, así que le tuvo á mano, le embargó los buques y le encarceló. En su prisión recibió la visita de San Martín, en su viaje á Buenos

Aires, después de Chacabuco. Fué la entrevista del zorro con el león. El taimado argentino tendió su diestra al arrogante chileno, que la despreció. Hízole San Martín proposiciones de paz, y llegó á ofrecerle la embajada de los Estados Unidos. El dilema de Carrera fué "ó César ó nada", y que en Chile sólo debían dominar los chilenos. Después de esta entrevista, José Miguel quedó sentenciado en el ánimo de San Martín. A los pocos días, Carrera logró evadirse á Montevideo, desde donde tendió sus redes políticas contra los gobiernos de Buenos Aires ó de Santiago, en unión de Alvear y otros emigrados.

Estando en esto, sus hermanos Juan José y Luis, que seguían en Buenos Aires, recibieron invitaciones de gente de Chile, descontenta de la tutela argentina sobre O'Higgins, para que encabezaran una revolución. Los dos Carrera concertaron el viaje por los Andes, enviando por delante tres emisarios, á uno de los cuales se le descubrieron cartas y proclamas subversivas en el registro de la frontera chilena. Avisadas las autoridades de Mendoza, ó sea del antiguo feudo de San Martín, fueron apresados en el tránsito Juan José y Luis y puestos en prisión. Se les instruyó sumaria por tentativa de conspiración, acumulándoseles la violación de la correspondencia de la posta de La Rioja y el asesinato de un muchacho que llevaba por guía Juan José. El primer cargo era cierto. Temerosos de que se conocieran sus planes en Chile, habían abierto la correspondencia de este país, sorprendiendo al postillón de la Rioja; pero el asesinato del chico era falso; Juan José y su guía fueron sorprendidos por una tempestad de nieve en la sierra, y la suerte de los

dos presos parecía depender de si se les enviaba ó no á Chile, desde donde O'Higgins había fulminado sentencia de muerte contra ellos.—"Desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carrera—escribiera al gobierno de Buenos Aires—, júzgueselos y mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de América".

La causa estuvo estancada ocho meses por competencia de jurisdicción, debido á las gestiones de la hermana de Carrera, mujer singular, que era el alma de la familia y la inspiradora de los tres; pero en un pronto se presentó en Mendoza Bernardo Monteagudo. Este personaje había corrido la suerte de Alvear. Desprestigiado por completo en Buenos Aires, hubo de refugiarse en Chile, y aquí la influencia de la *Logia Lautaro* á la que estaban supeditados O'Higgins y San Martín, le colocó como auditor en el ejército unido en Mayo de 1818. A últimos de este mes fué el desastre de Cancha Rayada, y los amos de Chile temieron con fundamento que el partido carrerista aprovechara la ocasión para proclamar á su candidato. Resolvieron, pues, exterminar la odiada familia, y puesto tenían en sus manos á Juan José y Luis, por ellos empezaron. Monteagudo fué el agente de que se valieron para deshacerse de ellos. Como la causa de los presos estaba pendiente del director de Buenos Aires, á cuya jurisdicción se había abocado para sentencia, se necesitaba un pretexto legal para dar el golpe. Monteagudo lo encontró, haciendo caer á los presos en el engaño de una evasión; les sentó la mano en la fuga y atribuyéndoles el propósito de alzarse en Cayo para imponerse luego en Chile, los juzgó su-

marísimamente. En dos horas los hermanos Carrera fueron sentenciados y pasados por las armas, el 8 de Abril de 1818, en el mes de Maipú.

Es inútil averiguar si la noticia de esta victoria llegó á Mendoza horas antes ú horas después de este asesinato, toda vez que se aducen testimonios de cómo San Martín y O'Higgins habían dado orden de sacrificarlos, fuese cual fuese el resultado de la batalla. Diéronse estas víctimas, como se ha dicho, en holocausto de la alianza argentino-chilena.

Un mes después de la muerte de Juan José y de Luis Carrera se eliminaba también á Manuel Rodríguez, abogado y guerrillero, que como dictador de un día en Santiago, había salvado la patria cuando Cancha Rayada. Como tratara de organizar una poblada al grito "Cabildo abierto y constitución nueva", fué reducido á prisión y en su traslado, el oficial de la guardia que le conducía, le mató de un pistoletazo en la quebrada de Tiltil. ¡Un rival menos de O'Higgins y San Martín!

Al saber José Miguel Carrera la suerte de sus hermanos, lanzó desde Montevideo una proclama de rebelión; fundó diarios contra el gobierno de Buenos Aires, y aspiró á pasar á Chile, de cualquier modo. Procuró, además, hacer todo el daño posible á los argentinos, agriando con su intervención la guerra civil del Plata, aliándose con Alvear y Estanislao López, contra los unitarios de la capital. La vida de José Miguel en todo este tiempo fué la de un frenético, atormentado por el odio ó la furia de venganza. Al frente de una horda de indios pampas asoló el centro de la Argentina, y convencido de su impotencia, buscaba el camino de Chile,

por la cordillera, en Agosto de 1821, en medio de toda clase de peligros y fatigas. En la Punta del Médano fué capturado y entregado á las autoridades de Mendoza, que le sacrificaron en el mismo lugar donde cuatro años antes fueron victimados Juan José y Luis. Los amos de Chile se vieron libres, pues, de la zozobra que les daba esta activa y poderosa familia, y hay que repasar las gacetas de entonces para ver la ferocidad y el espíritu de venganza con que aquéllos daban cuenta de este suceso.

San Martín le dedicó este epitafio póstumo en su *Correspondencia:* "Con mucho talento de asesino, hombre inmoral por educación y carácter, hacía alarde de sus vicios, dejándose dominar por sus pasiones, ambicioso por vanidad y no por un objeto noble". (*Carta á Manuel de Sarratea en 1837*, es decir, diez y seis años después de muerto José Miguel). Este insulto á sangre fría, á la memoria de un rival ilustre, da la medida de la grandeza de ánimo de San Martín. No hay que acumular, sin embargo, á éste la desaparición de los Carreras; en ella intervino más principalmente O'Higgins, ó más bien, su ministro Zenteno, que manejaba el teclado político con la argucia y sagacidad que su antigua escribanía en Concepción, cuya semblanza nos pinta una escritora que le trató: "Zenteno ha leído un poco más que lo que es de uso entre sus conciudadanos, y piensa ese poco más; como San Martín, dignifica con el nombre de filosofía el escepticismo en religión, el relajamiento en moral y la frialdad, si no crueldad de corazón; y si bien no dejaría de mostrar cierta ostensible sensibilidad por la suerte de

un gusano, sería capaz de juzgar la muerte ó la tortura de un adversario político como un motivo de congratulación". *(M. Graham).*

*
* *

Tratando *Pruvonena* de los asesinatos de los Carreras (Juan José y Luis) y de la intervención que tuvo Monteagudo en ellos, añade: "Varias veces se valió de él San Martín para dorar con formas legales procedimientos que él mismo, con todo su descaro, se avergonzaba de reconocer por suyos. El asesinato de los oficiales españoles confinados en San Luis, puede servir de ejemplo de lo que es capaz de ejecutarse por un monstruo y de defenderse por otro".—En efecto, en el drama que vamos á relatar aparece la siniestra figura del zambo Monteagudo, pero con un papel secundario por esta vez; mas en cuanto á San Martín, hablando en verdad, es completamente ajeno al asunto.

Los prisioneros españoles á que se hace referencia, son los procedentes de Maipú, entre los que figuraban el brigadier Ordóñez, el coronel Primo de Rivera, Morgado, Carretero y otros. Se les había confinado á San Luis, ciudad argentina rodeada por el desierto, y de la cual era difícil la fuga. Por esto mismo estaban sueltos y vivían hasta resignados, gozando de la hospitalidad del vecindario, hasta que llegase el momento de su rescate. Su vigilancia estaba encomendada al gobernador de la ciudad, el coronel Dupuy, que sólo tenía á sus órdenes un piquete de milicianos, lo que sugirió á los presos la idea de fugarse. Era su plan desarmar el pi-

quete, armarse ellos y luego escapar al Perú en montonera. Para dar el golpe se proporcionaron unos cuchillos de cortar carne que el capitán Carretero compró en una pulpería. En seguida se repartieron en grupos y pusieron manos á la obra, empezando por soltar á los presos por delitos comunes que estaban en la cárcel pública. Uno de éstos, Facundo Quiroga, tan famoso después en los fastos argentinos, en vez de unirse á sus salvadores, tomó un hierro y la emprendió contra ellos, dando la voz de alarma. El vecindarío se echó á la calle y batió en detall á los militares españoles, rematándolos á golpes y estocadas. Monteagudo, que por entonces vivía en la localidad, dió forma legal á esta matanza abriendo sumaria, por lo que se fusiló á los pocos de aquéllos que quedaron vivos. Sólo se salvó Marcó del Pont, debido á que sus compañeros no habían contado con él y pudo probar la coartada. Este hecho tuvo mucha resonancia en la Argentina, Chile y el Perú, por la calidad de las víctimas, y más que todo, por tratarse del valiente Ordóñez, cuyo valor era legendario en uno y otro campo; pero como se ve, no tuvo en ello San Martín arte ni parte, y muy indirecta su demonio familiar Monteagudo. Aconteció lo de San Luis el 5 de Febrero de 1818.

XI. La expedición libertadora al Perú.

El plan de San Martín se había realizado en su primera parte con la conquista de Chile; faltaba ahora la segunda, ó sea la expedición naval al Perú.

Como todos los elementos de guerra los sacaba de Chile, esta nación hubo de proporcionarle los barcos. La escuadra chilena se formó primeramente con el *Aguila*, buque español apresado en Valparaíso, en cuyo fondeadero fué engañado con la bandera española, que los republicanos izaron en los fuertes. Se le cambió el nombre por *El Pueyrredón*, en homenaje al director de Buenos Aires, que tanto había contribuído á la formación del ejército de los Andes. A este buque siguió una fragata inglesa comprada en parte con donativos de los comerciantes de Valparaíso, y que fué bautizada *La Lautaro*, en honor de la Logia que dirigía secretamente la política de Santiago y Buenos Aires.

La tripulación de estos buques era mixta de marineros chilenos y de chusma de todas nacionalidades. Jefes y oficiales eran todos ingleses ó norteamericanos, y como ninguno sabía el español, las

voces de mando se daban en inglés. Jorge O'Bryen era el comandante naval, y Guillermo Miller el de la infantería de desembarco.

La primera hazaña de estos aventureros fué la sorpresa en alta mar de la fragata de guerra española *La Esmeralda*, poniéndose al pairo con ella, cambiada la bandera chilena por la inglesa. A favor de este engaño, la metieron el bauprés, la dispararon una andanada de sus cañones y saltaron al abordaje. Salvó la fragata la presencia de ánimo del comandante Coig, que logró rechazar á los asaltes, matando á O'Bryen, que por lo visto fué almirante de un día. *La Esmeralda*, si bien desmantelada, logró refugiarse en la bahía de Talcahuano (1818).

Este puerto debía ser el teatro de otra hazaña por el estilo, de la marina chilena, ya reforzada con *La Coquimbo*, *El Araucano* y el *San Martín*, corsarios ingleses y norteamericanos comprados por el gobierno de Chile tal como estaban, con sus hombres y cañones. Se dió el mando de toda la escuadra á *Manuel Blanco Escalada*, hijo de Buenos Aires, pero chileno de adopción y ex oficial de la marina de guerra española, al que se encomendó la captura de la fragata española *Reina María Isabel*, que convoyando nueve transportes con dos mil soldados, había pasado el Estrecho de Magallanes y fondeado en Talcahuano, pero que ya venía vendida por la Trinidad, cuya tripulación, sobornada por dos sargentos, se vino á entregar á Buenos Aires, descubriendo la ruta y las fuerzas del resto de la expedición.

Con estas noticias, que desde Buenos Aires se

transmitieron por un correo á Chile, Blanco Escalada fué á buscar la *María Isabel* en Talcahuano, cuyas fortificaciones había desmantelado seis semanas antes el general Osorio en su retirada al Perú, sin esperar la llegada de esa expedición naval española, que de la Península habían anunciado. *Es necesario que la marina chilena señale con gloria el día de su nacimiento*, proclamó Escalada á sus marinos al darse á la mar; pero esa gloriosa aurora fué bien pálida, como se verá. Los buques chilenos fueron acercándose á Talcahuano con bandera española, con cuya estratagema sorprendió un bote de la costa que vino á entregarles las instrucciones selladas dejadas por el capitán de la *María Isabel*, para los capitanes de los transportes á quienes prevenía se reunieran en Talcahuano. Con estos antecedentes, Escalada hizo fuerza de vela, y enarbolando ahora bandera inglesa en sus buques, se puso á tiro de fusil de la fragata española, á la que por todo saludo lanzó una andanada. Contestó la *María Isabel*, pero viéndose una contra toda la escuadra chilena, fué á varar á la costa, cortando los cables y ganando tierra su tripulación en botes y aun á nado. Era preciso desencallarla si querían llevársela los patriotas, y en este trabajo fueron fogueados vivamente por los "huasos" (campesinos) realistas, desde unas tapias con que se cubrían. En esto llegó el coronel Sánchez á marchas forzadas, lo que puso á los marinos chilenos en tal aprieto, que ya iban á quemar la *María Isabel*, cuando una fresca brisa la puso á flote, arrimándole fuera de la bahía. Dueños de la *Maria Isabel*, en el transcurso de una semana fueron apresando siete transportes,

que como veían izada bandera española en todos las buques chilenos, obedecían la señal de anclar á popa de la capitana, con la que habían salido de Cadiz. "A medida que llegaban—escribe en sus *Memorias* Miller, mayor entonces de la escuadra chilena —, se vió á los oficiales apresurarse á vestir su uniforme para cumplimentar á su jefe á bordo de la fragata, y una porción de soldados, mujeres, y niños, asomarse desde los transportes llenos de gozo, congratulándose recíprocamente por haber terminado una larga y penosa travesía de seis meses. Así que anclaban, un tiro de fusil, disparado del navío que montaba el jefe de la escuadra, servía de señal para sustituir la bandera española por la patriota. Al descubrir su error, un grito espantoso y la mayor confusión reemplazaba á la alegría, tanto más cuanto que todos creían que los patriotas no daban cuartel." El precio de esta felonía, digna de un corsario, fué bien escaso, porque de los 2 800 hombres del regimiento *Cantabria* que formaban la expedición, una cuarta parte había muerto en la travesía; la *María Isabel* había desembarcado en Talcahuano 800 hombres, incluso su tripulación, y tres transportes se salvaron en el Callao. La mayor pérdida fué la *Maria Isabel*, hermosa fragata de 50 cañones y muy velera, á la que los chilenos cambiaron el nombre por *O'Higgins*. Tal fue la suerte de la llamada *Expedición Cantábrica*, que en los anales de la independencia americana viene á ser algo así como el *buque fantasma* de la leyenda holandesa popularizada por el estro de Wagner.

Más gloriosos son, hasta épicos, los otros hechos navales de la marina chilena al mando de Cochrane, que en el mismo año 1818 vino á Chile, y al que Encalada cedió su almirantazgo.

Tomás Cochrane, conde de Dundonald, era uno de los más arrojados marinos ingleses: en 1800 ya mandaba una fragata de guerra inglesa, y tomó parte en las grandes guerras marítimas, distinguiéndose por espacio de doce años por su valor y conocimientos. Su tentativa contra la escuadra francesa fondeada en Rochefort en 1809 y el valor heroico con que llevó una máquina infernal, conteniendo 15.000 barriles de pólvora, centenares de bombas y 2.000 granadas, hasta el punto donde, según sus cálculos, debía colocarse con las mechas encendidas, dejó asombrados á los amigos y á los enemigos. "Encendió las mechas por su propia mano, dice un historiador francés, y se arrojó á una lancha con sus ayudantes. La explosión, precipitada por la violencia del viento, se verificó algunos minutos antes de lo que él había contado, y mató á su teniente. Al mismo tiempo, atacó Cochrane vigorosamente en medio del desorden la escuadra francesa, á la que hizo perder tres navíos de línea. Este acto de audacia fué recompensado con la condecoración de la Orden del Baño."

Cochrane era el ídolo del pueblo y de la marina. En 1814 se vió comprometido en un negocio de bolsa y fué condenado como estafador á una multa y á la exposición en la picota. Fué expulsado del Parlamento y borrado de los cuadros de la marina y de la Orden del Baño. El pueblo le pagó la multa por suscripción y le reeligió diputado por el distri-

to de Westminter; pero Cochrane, espíritu genial y aventurero, renunció su acta y se puso á disposición de los insurgentes americanos. O'Higgins y San Martín necesitaban un hombre como él para la empresa del Perú y le atrajeron á él y á sus marinos con el cebo de las buenas pagas y del tanto por ciento de las presas hechas á la marina española. El 22 de Diciembre de 1818 izó su insignia de almirante á bordo de *La O'Higgins* (antigua *Reina María Isabel*). Según el historiador Bulnes, en la escuadra chilena de Cochrane había 147 europeos, para un total de 918 hombres.

Cochrane, que desde el primer momento aspiró al mando de la expedición al Perú, para el que estaba indicado San Martín, trató de herir la imaginación de los chilenos con hazañas que metieran ruido, siendo la primera la empresa que hizo en el Callao, en la que por poco captura al virrey Pezuela que en un buque ligero cruzaba la bahía en un simulacro naval.

Al abandonar Cochrane el Callao dejó á Encalada para que sostuviera el bloqueo, mientras él hacía rumbo al Norte en busca de presas marítimas, que era lo más conveniente á los aventureros de su escuadra. En este recorrido apresó miles de pesos' sacándolos de las pequeñas poblaciones de la costa y buques neutrales que navegaban con cargamentos españoles, siendo el botín más considerable una partida de 120.000 pesos que conducía por tierra una escolta de infantería española. Un tal mister Smith, americano del Norte, reclamó el dinero como propiedad particular suya; pero como venía bajo la custodia de una escolta del gobierno, el tesoro fué

mandado á bordo del *O'Higgins*. Smith se encolerizó tanto, que en la cámara del *O'Higgins* sacó su pistola y se la puso en la frente á lord Cochrane, quien la apartó con la mano diciendo: "Guárdese su pistola, Mr. Smith, y haga de ella un uso más prudente", y prosiguió fríamente en su trabajo sin prestar la menor atención al encolerizado comerciante. Al regreso de estas piraterías se encontró Cochrane con que su segundo Encalada había abandonado el bloqueo volviéndose con la *Lautaro*, *San Martín* y *Chacabuco* á Valparaíso. Encalada no era Cochrane y sabía que del Callao podían salir de un momento á otro la *Venganza* y la *Esmeralda* y ponerle en grave aprieto; fué, pues, arrestado al llegar á Valparaíso y sometido á un consejo marcial, presidido por el propio almirante, que salvó el honor chileno, aceptando que la retirada fué por falta de víveres.

Otra aventura muy sonada realizó el marino inglés, en tanto se preparaba la expedición al Perú, y fué la toma de Valdivia, plaza fuerte considerada como inexpugnable. Su bahía la forma el estuario de un río de cuatro leguas de ancho que se estrecha en su desembocadura, defendido entonces por cuatro fuertes con más de cien cañones, que cruzaban sus fuegos. Lord Cochrane, navegando con bandera española, se impuso por el práctico del puerto del estado de la guarnición, y entrada la noche, empezó el desembarco sin que nadie le incomodara, porque todavía en tierra creían que eran buques españoles. A la mañana siguiente uno de los fuertes hizo una señal reservada, y no habiéndola podido contestar Cochrane, se rompió el fuego, pero ya era tarde

para los españoles, que viéndose sorprendidos por ataques simultáneos, en poco más de quince horas hubieron de entregar los fuertes y la ciudad, con un abundante material de guerra. Cayó prisionero el coronel Hoyo, con 66 hombres de la expedición Cantabria, salvándose en la fuga el resto de 1.600 hombres de que constaba la expedición. Explicará la temeridad de Cochrane decir que atacó con sólo 400 hombres. La toma de Valdivia llenó de júbilo á Chile. Zenteno, ministro de marina, que se había dejado decir que lord Cochrane merecía perder la cabeza por la temeridad de atacar por su cuenta y riesgo aquella plaza y haber expuesto á los soldados patriotas á los peligros de semejante aventura, hubo de cantar la palinodia en el decreto por el que se recompensó á los captores de Valdivia, expresando que "fué el feliz resultado de un plan admirablemente ideado y de la más atrevida y valiente ejecución." (14 Agosto 1820.) Exaltado Cochrane con el triunfo que acababa de conseguir, puso la proa á San Carlos, en Chiloé, atacando la plaza por mar y tierra; pero aquí mandaba el valiente Quintanilla, que con dos compañías veteranas y una de milicias, todas naturales del país, le dió una severa lección. Contrabalanceó este triunfo de la fidelidad chilota, la toma de Osorno, por un destacamento de Cochrane, mandado por Beauchef.

A todo esto, el lord y sus marinos europeos, á quienes no guiaba mayor estímulo que el interés, reclamaban las pagas y parte de las presas. Al almirante se le concedió por lo de Valdivia una hacienda de más de 4.000 cuadras de superficie en tierras confiscadas de Concepción y una medalla de

oro, pero esto no era bastante, y según Stevenson, su secretario, autor de unas *Memorias*, el lord trató de abandonar la palestra, pero que O'Higgins y San Martín le disuadieron de ello con el espejuelo de la expedición al Perú, cuya riqueza era proverbial. Parece ser que entonces ambicionó la dirección de esta campaña, cuyos prolegómenos trazara en sus incursiones al Callao y Guayaquil; mas comprendiendo que esto no era posible, porque hería la dignidad de los americanos, trabajó por la candidatura del general Freire, que en el Sur de Chile seguía la guerra contra los realistas. Son detalles precursores de la final ruptura del lord con San Martín. Este, que necesitaba de él porque era el amo de la escuadra y sin escuadra no se iba al Perú, trató de ganárselo por el interés: *Milord*—le dijo en una entrevista—*nuestro destino es común y yo le protesto qne su suerte será igual á la mía.*

***

Era tiempo ya de emprender la expedición proyectada, y hechos todos los preparativos, la escuadra de Cochrane zarpó de Valparaíso, llevando á bordo el ejército chileno-argentino, capitaneado por San Martín (20 de Agosto de 1820). La expedición se hacía con la bandera de Chile, con sus buques y su dinero y con la mayoría de los reclutas; pero el nervio principal eran San Martín y sus veteranos de Chacabuco y Maipú. Tanto el director de Chile, Bernardo O'Higgins, como el general en jefe, San Martín, renovaron solemnemente en esta ocasión

las protestas en favor de la libertad del Perú, lanzadas anteriormente á la circulación.

"Peruanos—decía la de O'Higgins—he aquí los pactos y condiciones con que Chile, delante del Ser Supremo y poniendo á todas las naciones por testigos y vengadores de su violación, arrostra la muerte y las fatigas por salvaros. Seréis libres é independientes, constituiréis vuestro gobierno y nuestras leyes por la única y espontánea voluntad de vuestros representantes; ninguna influencia militar ó civil, directa ó indirecta, tendrán estos hermanos en vuestras disposiciones sociales; despediréis la fuerza armada que pasa á protegeros, en el momento que dispongáis, sin que vuestro peligro ó vuestra seguridad sirva de pretexto si no lo halláis por conveniente; jamás una división militar ocupará un pueblo libre, si no es llamada por sus legítimos magistrados; ni por nosotros ni con nuestro auxilio se castigarán las opiniones ó partidos peninsulares que hayan precedido á vuestra libertad."

Más larga y más pomposa era la de San Martín, por lo mismo que estando en sus miras no cumplir nada, no le importaba soltar prenda en vana palabrería.

Al embarcarse el "general de los Andes" para el Perú, lo aventuraba todo: su prestigio militar y su carrera en la Argentina. Había empezado en este país el período de la anarquía, caracterizado por la preponderancia de los caudillos regionales y la disolución de la unidad nacional. Desde Buenos Aires le llamaban para que con su espada inclinara la balanza del lado de la autoridad central, pero él desobedecía. O no creyó que la guerra civil determi-

nara la pérdida de la independencia, ó no quiso dejar el proyecto por el que tanto trabajó, ó quiso alejarse del foco del incendio. Desde la rada de Valparaíso escribió al cabildo de Buenos Aires, que por la acefalía del poder ejecutivo representaba á su nación: "...Desde el momento en que se erija la autoridad central de la provincia, estará el ejército de los Andes subordinado á sus órdenes superiores, con la más llana y respetuosa obediencia." Pero mientras tanto, se iba.

La expedición libertadora desembarcó en Pisco, 45 leguas al Sur de Lima, el 8 de Septiembre, á los diez y nueve días de navegación, y lo hizo en este paraje, porque el plan de San Martín era, por el momento, insurreccionar el país, aumentar su ejército con los negros esclavos, muy numerosos en aquella zona, operar por la sierra y ligar sus operaciones según las circunstancias lo exigieran. Como él mismo lo declaró años después: "nunca entró en mi ánimo atacar á viva fuerza la capital del Perú." (*Correspondencia*, carta á Miller.)

XII.—El Virreinato del Perú.

Este Virreinato se había mantenido con relativa tranquilidad, gracias á las medidas de don Fernando Abascal, marqués de la Concordia del Perú, que reprimió con energía los primeros alzamientos. Fué el más sonado el que estalló en el Cuzco en 1814, encabezado por Pumacagua, indio puro, pero que tenía el empleo de brigadier del ejército español por sus servicios contra la sublevación de Tupac Amara, en 1780, y luego contra los altoperuanos, en los primeros años de la revolución. Era, ó se decía, descendiente de los incas, y á última hora se propuso alzarse con el imperio peruano y redimir la raza indígena, tan castigada por él cuando servía á los blancos. A los pocos días de lanzar su proclama en Cuzco se vió al frente de más de treinta mil indios, con los que formó dos divisiones para propagar la revolución por distintos rumbos. Una de ellas la encomendó á Muñecas, natural de Tucumán, de la Argentina y cura del Sagrario del Cuzco, convertido en Pedro el ermitaño de la cruzada, quien se encaminó con su horda al Alto Perú. Pu-

macagua se quedó con la otra para operar en el Bajo.

El cura Muñecas pasó el Desaguadero, límite de los dos territorios, tomó La Paz y degolló la guarnición. En esta ciudad corrió sangre española en abundancia. La voladura del polvorín de los insurrectos, que ocasionó terribles destrozos en la población, se atribuyó al vecindario español, y la plebe salió á caza de blancos, sacrificando á cuantos cayeron en sus manos. Por su parte Pumacagua, después de haber batido algunos destacamentos realistas, tomó Arequipa, fusilando al gobernador Moscoso y al general Picoaga, vencedor en Suipacha en tiempo de Goyeneche, y antiguo camarada del cacique del Cuzco. Cuéntase que al entrar el cacique en la ciudad y presentarse ante el cabildo, convocado en honor suyo, sólo pudo pronunciar estas palabras, que dan la medida de su caletre: *No poder hablar; me palpita mucho la colazon.* La sublevación iba en auge y tomaba un aspecto de guerra de raza, por más que Pumacagua aparentaba servir á la causa patriota.

Tamaños sucesos cogieron desprevenido á Abascal, que tenía sus tropas atendiendo á Chile y á la frontera argentina, al mando, respectivamente, de Osorio y Pezuela. Estando más á la mano éste último, le comunicó órdenes para conjurar el conflicto. Pezuela, á su vez, se veía también muy comprometido, porque los argentinos estaban engreídos con los triunfos de Tucumán y Salta, y si bien ellos estaban contrabalanceados por las derrotas de Villapugio y Ayohuma, el equilibrio permanecía inestable y más bien se inclinaba del lado de los republi-

canos, que tenían en su favor el gauchaje y enredados en sus tejes manejes á muchos criollos realistas.

Era el más significado de éstos el coronel salteño Saturnino Castro, que mandando los dragones americanos había tendido la jornada de Vilcapugio el año 13. A este hombre le perdió el amor de una salteña, de la que estaba tan enamorado, que no pudiéndola ver, porque Salta estaba ocupada por los republicanos, se pasó al bando de éstos, más que nada por satisfacer su pasión amorosa. Aprovechó para ello la ocasión de la rebelión del Cuzco. En el ejército de Pezuela había un regimiento de cuzqueños tan adictos á la causa real, que no bien Castro les hizo proposiciones para pasarse al bando de Pumacagua, fué entregado por ellos á su general Pezuela, pidiéndole por gran favor ser ellos los ejecutores de la sentencia que se le había de imponer. Castro, pues, fué fusilado por una compañía de cuzqueños, de la que era capitán *Agustín Gamarra*, cuzqueño también y mestizo de una india y un fraile español. Es el Gamarra futuro presidente del Perú.

Quedándose, pues, Pezuela vigilando la frontera argentina, destacó á su segundo Ramírez de Orozco, con 1 200 hombres, entre cuzqueños y altoperuanos, con los que avivó una campaña de pocos meses, que fué un prodigio de inteligencia, valor y actividad. En 2 de Noviembre de 1814 recobra La Paz, y á las pocas jornadas se presenta en Arequipa, donde Pumacagua le intimó á que rindiera las armas "al poder irresistible de la patria". La contestación de Ramírez fué hacerle salir precipitada-

mente de la ciudad y, siguiéndole los alcances, derrotarle en Humachiri (11 Marzo 1814), una de las batallas más sangrientas que se han dado en el Perú. Pumacagua presentó más de veinte mil indios, que fueron destrozados con pérdida de 37 piezas deartillería, y él mismo entregado por sus parciales cuando se fugaba. Fué pasado por las armas y enviada su cabeza al Cuzco, que antes de este regalo había ya apresado á los mandones del cacique ó "capitán general inca", como se titulaba, de los que Ramírez hizo el merecido castigo en represalías de las muertes de Picoaga, de Moscoso y de los españoles de La Paz.

Después de estos acontecimientos, reseñados á la ligera, el orden reinó en el Perú, y Abascal, cargado de años y de merecimientos, pidió su relevo. Ascendió entonces al virreinato D. Joaquín de la Pezuela. Este, que como general en jefe del Alto Perú tanto se había distinguido, no dejando meter nunca baza á los hombres de Buenos Aires, enterado de los planos de invasión de San Martín al Perú, procuró mantenerse á la defensiva sin desplegar aquellas dotes de iniciativa y de acometividad, bases de su reputación. No pareció ser el mismo hombre al frente del virreinato, como si el manto carmesí del virrey le embarazara para el manejo de la espada. Verdad es que las circunstancias no eran las mismas que en el período de su antecesor Abascal; el sol de la revolución estaba ya muy alto, refulgía con las aureolas de las victorias de Chile y Colombia, y en torrentes de luz inundaba ya el Perú; en prueba de ello, que Pezuela tenía á pocas leguas de Lima el enemigo que había ba-

tido á 440 leguas en Viluma, el año 15. Con todo eso, la metamorfosis republicana de este país se anunciaba muy lenta y difícil, casi problemática.

Los criollos peruanos, los limeños sobre todo, eran altamente aristocráticos, muy españoles, por raza, por educación y por halagos del favor real. Sólo en Lima, en la representación de los vecinos á Pezuela para que transigiera con San Martín, á fin de evitar la ruina de la capital que se suponía iba éste á entrar á saco, aparecen las firmas de los marqueses de Casa-Dávila, de Villafuerte, de Casa-Rosa y los condes, de Saavedra, de San Juan de Lurgancho, de Vistaflorida, de San Isidro y de la Vega del Ren, además de los marqueses de Torretagle, de Montemira, de Valleumbroso y otros aristócratas que se mencionan en los anales de la época. Muchos de ellos, sirviendo á la metrópoli en el ejército, en la armada y en la diplomacia alcanzaron altos empleos, como puede verse en los estados de la época; y el resto de la aristocracia se daba á lucir en las carreras literarias y artísticas. En el *Diccionario* de Alcedo figuran á centenares los obispos, generales, magistrados, escultores y otros hombres eminentes salidos de los colegios del Perú. "Cuando en 1795, Mr. Joseph Skinner publicó en Londres algunos artículos del *Mercurio Peruano*, encontrados en el galeón *Santiago* que apresaron los ingleses al dirigirse del Callao á Cádiz, los sabios de Londres no querían creer que aquellos escritos fuesen de hijos del Perú. Skinner se vió obligado á depositar en la redacción del *Monthly Magazine* los originales-*richly stored with intelectual treasures*, son sus pa

abras -, que acababa de traducir y publicar. En 1805 el mismo autor publicó un libro titulado *The State of the Peru*", con cuya lectura ya los ingleses debieron cambiar de opinión." (Gelpi, obra cit.)

El americano Pruvonena afirma que *á principios del siglo XIX, los peruanos estaban más adelantados que los españoles europeos, en letras y ciencias*, lo cual favorece á España más que la ofende. En el resto de América casi era lo mismo. ¿Cómo si no pudo dar la revolución del año 10 tantos oradores jurisconsultos, legisladores y publicistas? Así se explica que al bambolear la dominación española, los grandes recursos que había proporcionado la cultura de la metrópoli, excitara la ambición de muchos hombres que se creían capaces de gobernar su país; resultó que los elementos de bienestar y de progreso que dejara el gobierno colonial se convirtieran en elemento de desorden, y que los hijos de la América española que no supieron aprovechar el rico patrimonio que heredaron, á fin de vindicarse, atribuyan sus desgracias al gobierno colonial que en trescientos años convirtió pueblos salvajes y los desiertos en provincias ricas y florecientes.

En el Perú, la libertad que faltaba en las leyes sobraba en las costumbres, que eran muelles y corrompidas, por influencias del clima, por los tesoros minerales del país y por la institución de la esclavitud negrera. Estas comodidades de la vida explican la apatía del pueblo peruano en lanzarse á la lucha de la independencia y la moral de casi todos los prohombres del país, que sólo se declararon francamente patriotas cuando vieron que la revolu-

ción podía más que el virrey; sin perjuicio de volverse realistas cuando éstos vinieron pegando en Ica, Torata y Moquegua. Así el marqués de Torretagle y Portocarrero y Berindoaga, no obstante haber sido hechos generales por la revolución, y el primero presidente de la república. Los militares peruanos fueron desde un principio acérrimos realistas; los revolucionarios de la Argentina y Chile no tuvieron peores enemigos que ellos; díganlo si no Goyeneche, Tristán, Picoaga y Aguilera. Con estos generales y otros jefes criollos y con tropas del país, se bastó Abascal para contener la ola republicana, al revés de lo que ahora acontecía á Pezuela, que veía cundir la deserción en torno suyo ante la aproximación de San Martín, debido á que el general de los Andes había implantado en su cuartel general de Pisco su célebre máquina de Mendoza, reforzándola con elementos del país y desplegando sus guerrillas de emisarios y espías á la vanguardia de su ejército.

A poco que se reflexione en la pasividad de San Martín y de Pezuela, estando como quien dice frente á frente uno de otro, ocurre la persuasión que los dos se temían como la gallina y la rana de la fábula. ¿Quién embestirá primero? Los compañeros de San Martín, Cochrane sobre todo, creían que, preparado como se hallaba el Perú, se les llevaría inmediatamente al ataque de Lima; pero al general le parecía aventurada la empresa y no se movió de Pisco en cincuenta días. A su vez, el virrey Pezuela, obsesionado con la idea de defender la capital, acumulaba en ella todos los elementos de combate, en lugar de ir al encuentro del invasor;

de lo que resultó que el enemigo montó su caballería, aumentó las filas de sus tropas con los negros de las haciendas é internó en la sierra una expedición de mil hombres en procura de más partidarios y elementos de guerra. Al virrey, sin embargo, le pasaba lo que á Morillo en Venezuela: sentía paralizado su brazo con las órdenes llegadas de España para que se jurase la constitución de América y se contemporizara con los disidentes. En virtud de ellas, se creyó obligado á entrar en negociaciones con San Martín y este fué el origen de las conferencias de Miraflores.

XIII.—Trabajos de la zapa.

Sabido es que el restablecimiento de la constitución española fué debida al pronunciamiento del ejército de Andalucía, el año 20; suceso conocido en la historia con el nombre de *movimiento de Riego*. Esta constitución contenía un artículo catalógico de las provincias que componían la monarquía española, entre las que se enumeraban las de Ultramar, sin percatarse los legisladores que estas provincias habían sido, ya no eran; estaban en franca revolución y sólo vencidas por las armas entrarían en el concierto constitucional con que se les brindaba. Lo menos que pretendían era la autonomía, según el plan de sus diputados á Cortes, ó sea un gobierno autóctono con un delegado de la metrópoli, á semejanza de lo que se practicaba en la América sajona antes de la emancipación. Era el plan del conde de Aranda, en tiempo de Carlos III, que de haberse aceptado cuando se propuso, hubiera retardado la independencia americana; ahora venía retrasado. Las proclamas de las Cortes liberales sólo servían ahora para atizar el incendio revolucionario, y las amnistías y medidas conciliado-

ras, para dar alas á la impunidad. Así se comprendía en el Perú, como en los demás virreinatos, alegrándose los separatistas de un acontecimiento político que facilitaba el logro de sus planes. Parece ser, sin embargo, que se estableció una corriente de simpatía entre los americanos y la España liberal, pues á este tiempo se refiere el empréstito de 20 millones de pesos que, por iniciativa de Rivadavia, presidente de la Argentina, se debía negociar en toda América para ofrendarlo á los liberales de la metrópoli, en oposición á otros 20 millones dotados por el gobierno francés para instaurar el régimen absolutista en la Península. Si bien la oferta americana no llegó á realizarse, la intención es lo que se señala.

Las conferencias de Miraflores entre los delegados de Pezuela y de San Martín no dieron resultado, porque los realistas exigían el juramento de la constitución aprobada por las Cortes, mientras los republicanos insistían en el reconocimiento de la independencia de Chile y el Perú. Fracasadas las negociaciones y roto el armisticio, San Martín embarcó de nuevo su ejército y se dió á la vela, no directamente á Lima, como todos pensaban, sino con rumbo á Ancón, haciendo escala de un día en el Callao, lo suficiente para satisfacer su curiosidad con un vistazo á los castillos y á las torres de la ciudad del Rimac.

Esta incertidumbre de San Martín en atacar la capital, como en lanzar su ejército tierra adentro, retrasó la independencia del Perú, en opinión de un cronista contemporáneo: "Si hubiera procedido así desde un principio, hubiera asegurado el éxito,

porque en todo el país estaba la gente muy bien dispuesta para recibir al ejército libertador con los brazos abiertos; pero él dejó correr el tiempo.

"Algunos se declararon muy temprano en su favor, y fueron desterrados ó aprisionados ó castigados corporalmente por el virrey; otros, al acercarse las tropas de San Martín, pusieron dificultades para proveerlas y fueron tratadas por éste con todo rigor militar; de aquí que la gente se fastidiara y se sintiera tan hostilizada que llegara á mirar como opresores á ambos bandos y perdiera el amor á la independencia nacional, cuya introducción desvirtuaba la violación de la libertad civil. La conducta del general parece guiada por la idea de que con sólo presentarse en la costa atemorizaría al virrey hasta la sumisión, y que hostilizando á las pequeñas poblaciones de la costa llegaría á apoderarse de las fortalezas del Callao." (Graham.)

Mientras el ejército estaba inactivo, lord Cochrane con sus buques lo hacía todo. El 29 de Septiembre se presentó ante el Callao y envió una espeluznante comunicación al virrey, amenazándole con el fuego devorador de sus cohetes incendiarios, y proponiéndole una lucha naval con fuerzas iguales. Contestó Pezuela que no podía aceptar semejante desafío, y que los daños de los cohetes serían de la responsabilidad del autor de la criminal agresión. Y como postdata: *No más correspondencia.* Los terribles cohetes del lord no produjeron ni el daño ni la impresión que imaginaba, y tanto los buques como los castillos españoles contestaron con prontitud al ataque, causándole algunas pérdidas. Tanta importancia se dió en Lima á este rechazo de

Cochrane, que el virrey lo celebró con la llamada "promoción de la servilleta", así llamada porque los invitados á su mesa en este día, se encontraron en el plato los despachos de su ascenso. Figuraban entre los agraciados, Rodil y Gamarra, ascendidos á coroneles; el cual Gamarra era ahora ayudante de Pezuela y es el capitán cuuzqueño del año 13. Dos meses después, en la noche del 6 de Noviembre, en ocasión que la oficialidad de la fragata de guerra española la *Esmeralda* festejaba con un banquete á bordo, otro ataque de la escuadra chilena, el lord con 240 marineros voluntarios, vestidos de blanco, yendo cada hombre armado con un cuchillo y una pistola, gobernó catorce botes hacia la fragata, abordándola á un mismo tiempo por babor y estribor. Cochrane fué el primero que saltó á bordo é inmediatamente fué herido de un balazo en el muslo derecho por el centinela del portalón. Cogió por las piernas al agresor, lo tiró al mar y se sentó tranquilamente en un cañón dando órdenes á su gente. La tripulación de la *Esmeralda*, con la sorpresa consiguiente, se lanzó al zafarrancho, dispuesta á defenderse; pero sólo los soldados de marina pudieron ocupar los puestos que les correspondía, y en el castillo de proa se defendieron valientemente, aguantando tres embestidas. En el castillo de popa la lucha fué débil, porque la mayor parte de la marinería quedó encerrada en la bodega. Al ruido de esta contienda, los castillos empezaron á vomitar metralla en la obscuridad de la noche; entonces Cochrane mandó cortar las amarras á la fragata; sube su gente á las cofas, despliega velas, y á favor del viento sale su presa fuera del puerto. La *Esmeralda*, que antes sal

vara el arrojo del comandante Coig, se perdía ahora por un descuido del mismo. Quedó incorporada á la marina chilena, con el nombre de *Valdivia*, en homenaje á otra hazaña del lord.

La conducta de la marina de guerra española en el Pacífico durante todo este tiempo, es una pura vergüenza nacional. Estaban allí la *Esmeralda*, la *Venganza* y la *Prueba* fragatas de primera clase, con otras fuerza sutiles, y de nada aprovecharon, porque como buques fantasmas, navegaban sueltos de fondeadero en fondeadero, huyendo más bien que buscando al enemigo. Faltó allí un plan fijo y faltó, sobre todo, un buen jefe de escuadra. Fresco como estaba aún el recuerdo de Trafalgar (1805), y el valor de los marinos españoles, mucho le extrañaría á Cochrane no encontrar en aquellos mares un Gravina, un Churruca ó un Alcalá Galiano, y sí unos comandantes alebronados que perdían sus buques por la sorpresa ó por la traición, que este fué el final de la *Venganza* y *Prueba*, vendidas á los insurrectos de Guayaquil. Y *¡cosas de España!* como dicen los extranjeros; un Dionisio Capaz, uno de los incapaces marinos de aquel tiempo, el que perdió la *María Isabel* en Talcahuano, llegó á ser con el tiempo capitán general.

Abierto, pues, el mar á los republicanos, su escuadra paseó toda la costa del Perú, y en pocos días todo el litoral Norte quedó en poder suyo. En Guayaquil el brigadier Vivero, español peninsular, manchó sus canas pronunciándose á favor de ellos, y en Trujillo hizo lo mismo el marqués de Torre Tagle, que había sido diputado en las cortes de Cádiz, representando á Lima en unión de Baquijano, mar-

qués de Valleumbroso. Simultáneamente se pasó al enemigo el batallón *Numancia*, compuesto de venezolanos y neogranadinos, con jefes y oficiales de la misma nacionalidad. En premio á su defección, le confió San Martín la bandera del ejército libertador. Este batallón había sido enviado de Venezuela á Lima por el general Morillo, con la nota de sospechoso, y si se quiere, ésta fué la causa de su envío á 1.500 leguas de sus hogares. Lejos de ser disuelto, lo destinaron á vanguardia, cuando la invasión republicana, é hizo lo que debía esperarse; con la particularidad que el primero que alzó el grito fué un jefe al que el virrey acababa de ascender á teniente coronel y merecía su más distinguida consideración: Tomás Heres, citado más de una vez en este libro por sus *Informes*.

Culminó estos éxitos de los patriotas el paseo triunfal de la división destacada á la sierra, al mando del renegado español Arenales, que en Pasco (6 Diciembre) hizo prisioneros al brigadier O'Reilly y al coronel *Andrés Santa Cruz*, que después de este descalabro se pasó al bando republicano, siendo el mismo que fué más tarde presidente de las nacientes repúblicas de Perú y Bolivia.

Dondequiera que el virrey volvía la vista, no veía más que traición y reveses, motivados en gran parte por los trabajos de zapa de San Martín. Entre las personas sospechosas que rodeaban á Pezuela cuando se verificó la invasión republicana, figuran el marqués de Montemira, mariscal de campo y gobernador de Lima; el mariscal La Mar, subinspector del virreinato; Llano, subinspector de artillería; Palomeque, oidor de la Audiencia y consejero privado

del virrey; corenel Landa, gobernador de Moquegua; coronel Portocarrero, comandante general de Arica; Andrés Santa Cruz, gobernador de Chorrillos; Agustín Gamarra, ayudante del virrey; Beringoaga; Domingo Tristán, etc. Todos ellos hijos del país que se pasaron al enemigo uno en pos de otro, en cuestión de pocos meses. Los jefes peninsulares del ejército real no salían de su asombro viendo que San Martín, sin moverse de la costa, agrandaba la base de sus operaciones con la correría de su teniente Arenales y los triunfos marítimos de Cochrane, en tanto que el virrey no tomaba ninguna decisión enérgica. Este parecía esperar la solución del otro lado del mar, de las negociaciones entabladas con la metrópoli; pero ello era que sin aventurar un golpe militar, dejaba tranquilo á San Martín, quien á su vez esperaba arma al brazo que la breva de Lima cayera sola de puro madura. En estas circunstancias, los jefes peninsulares acantonados en el campamento de Aznapuquio, próximo á Lima, se confabularon contra el virrey y con fecha 29 de Enero (1820) le entregaron este manifiesto:

"Excmo. Señor: Los jefes del ejército nacional, cuando ven desmoronarse el edificio político en esta parte de América, cuando notan un aumento progresivo en el enemigo y una decadencia rápida en los de defensa; cuando la falta de recursos en el centro mismo de ellos deja nulos los planes más bien combinados; cuando las providencias del gobierno, que exigen un profundo silencio en las circunstancias actuales, son sabidas del enemigo y del público antes que de los mismos encargados de su

ejecución; cuando ven á aquél rodeado de personas sospechadas de los buenos, si no declarados abiertamente por enemigos de la nación... (Siguen otros capítulos de cargos y concluye.) Los que suscriben, no ven otro medio para conservar á la nación estos países y dejar bien puesto el honor nacional, que el que V. E. deposite en otras manos el gobierno de un país que en las suyas está perdido. Estas son las del Excmo. Sr. D. José de la Serna, designado por la opinión del ejército y de los pueblos."

Firmaban diez y ocho jefes, y el primero José Canterac. En el campamento de Aznapuquio había 2.800 hombres; el virrey contaba con las fortalezas del Callao, guarnecidas por cerca de 1.000 hombres, con el regimiento de milicias de la *Concordia*, el primer batallón del *Infante*, mandado por el brigadier Monet, y las compañías de alabarderos con 70 caballos; en suma, unos 2.600 hombres con 12 cañones. Sin embargo, Pezuela se limitó á contestar: "Injuriado en el más alto grado por los jefes del ejército de Lima que suscriben la intimación que me hacen para dejar el mando en el término de cuatro horas y embarcarme en el de veinticuatro... Viendo que tienen más confianza en el Excmo. Sr. D. José de la Serna que en mí, desprecio los empleos, sálvese la patria, sálvense mis campañeros de armas, que es lo que importa. Sea todo más feliz bajo el gobierno de dicho señor La Serna, que después yo vindicaré mi conducta militar y pública ante el rey y la nación de los injustos cargos, tan degradantes como avanzados, que sin conocimiento de los hechos se me hacen en

la citada representación. Dios guarde á vuestras se ñorías muchos años. Lima, 29 de Enero de 1821. *Joaquín de la Pezuela.*"

Así se retiró de la escena americana, por no querer ensangrentarla, á última hora, con una guerra civil entre españoles, quien tan dignamente había figurado en ella, desde que viniera en 1805 al Perú, como subinspector de artillería (1).

Serenamente juzgado el hecho de Aznapuquio, él era necesario para salvar el honor de las armas españolas; ya que el Perú se perdía, que se perdiera con honra. Al paso que iban las cosas, San Martín se habría adueñado del Perú sin dar una batalla; tanto es así, que cuando supo la destitución de Pezuela, dicen que exclamó, llevándose las manos á la cabeza: *¡Adiós! Se nos escapó la conquista del Perú. ¡Paciencia!* Fué, pues, más digno de militares españoles aventurar un Ayacucho, que entregar el Perú, como un bien raíz entre escribanos. De todos modos, las consecuencias de Aznapuquio fueron desastrosas para la causa española; porque la destitución del virrey se consideró en el país como

(1) Prorrogado el plazo de su embarque para la Península, escribió un *Manifiesto* en el que refiere la historia de su separación del mando, y en el que carga la mano sobre los hombres de Aznapuquio. Se imprimió en Madrid en 1821 y se puede leer en la *Refutación* por Valdés, en las memorias de este general. (Tomo II.) Murió Pezuela en Septiembre de 1830. Hijo suyo fué Don Juan de la Pezuela, limeño, conde de Cheste, capitán general del ejército y presidente de la Academia Española.

un atentado á un poder secular, casi augusto, en las provincias ultramarinas, y porque desprestigiado el principio de autoridad, ésta acabó por cuartearse y venir al suelo, que es lo que sucedió con la rebelión de Olañeta.

XIV.—San Martín, protector del Perú.

Cuando el nuevo virrey Laserna se disponía á dar vigor á las operaciones militares, causa ó pretexto de su elevación al virreinato, vino á entorpecer su propósito la llegada de un huésped molesto: el comisario regio Manuel Abreu, con poderes para negociar la paz. San Martín, que como vimos, fiaba su éxito en el Perú más bien al curso de los sucesos que á hechos de armas, aceptó de buen grado estas segundas negociaciones, conocidas con el nombre de "conferencias de Punchauca", hacienda próxima á Lima. Esta vez las iniciaron las dos altas partes contratantes, Laserna y San Martín, en entrevistas personales. Las proposiciones del general americano fueron: primera, y como base preliminar de la negociación, el reconocimiento de la independencia del Perú. Segunda, que se formase una junta gubernativa compuesta de tres individuos, que serían elegidos por el virrey, otro por el general San Martín y el tercero por la capital Lima; la cual junta, en unión de un diputado por cada provincia, se encargaría de la formación provisional de una constitución, hasta la reunión de un congreso. Ter-

cera, que se nombraría dos comisionados, uno por el virrey y otro por el general San Martín, que fueran á España á participar la independencia del Perú, é invitar al rey á que nombrase un infante de la dinastía para coronarse en Lima, jurando éste antes el admitir la constitución que se le presentase. Las demás propuestas se reducían á las posiciones que los dos ejércitos debían ocupar, y que consistían en establecerse los republicanos en Lima, el Callao y la costa norte, mientras los realistas en la sierra, el Alto Perú y la costa sur.

Asintieron á estas propuestas de San Martín los americanos que acompañaban á Laserna, esto es, el comisario Abreu, Lamar y Llano; pero Laserna, comprendiendo que todo aquello era un lazo que le tendían, excusó la contestación, pretextando que tenía que consultar á la Diputación provincial y al Ayuntamiento de Lima. Y agrega un anónimo de la época, que esta respuesta evasiva, que no destruía enteramente las esperanzas de San Martín, y más que todo, el no hallarse presente el coronel Jerónimo Valdés, que se había quedado al frente de las tropas en Aznapuquio, y á quien se suponía con suficiente entereza y medios para conservar el ejército real, fiel á su deber, libró al virrey y á los jefes peninsulares que le acompañaban de ser víctimas de la perfidia que tenía proyectada San Martín, si no conseguía la aquiescencia de lo que proponía. Siendo el fundamento de este juicio, que durante la conferencia se descubrió que tenía emboscadas en unos jardines contiguos á la casa cuatro compañías de cazadores para apoderarse de los jefes españoles, con cuyo golpe creía se disolvería el ejército

real, ó, por lo menos, quedaría sumiso á sus órdenes. Esta, al menos, fué también la disculpa de Canterac, acompañante del virrey, cuando dijo que si se allanó á las pretensiones de San Martín en la conferencia, fué por haber reparado en la emboscada que se les había tendido.

Como quiera que sea, el coronel Valdés, que, por su carácter y su inteligencia, dominaba el grupo de peninsulares que rodeaban á Laserna, se opuso resueltamente á las transacciones de Punchauca, y fué el encargado, en unión de García Camba, de comunicárselo á San Martín, manifestándole que el ejército no las admitía. Cuéntase que en una de estas entrevistas, como manifestara San Martín que los españoles no tenían más remedio que pasar por lo que él proponía ó pegarse un tiro, le contesto Valdés que sus compañeros de armas estaban muy lejos de creerse en caso tan desesperado, pero que si tal llegara, es decir, que no pudieran continuar por más tiempo defendiendo la causa española en el Perú, estaban resueltos á proclamar el imperio de los incas y ayudar á los indios á sostenerlo, antes de consentir que lo ocuparan unos súbditos rebeldes *que no tenían más derechos que los que habían adquirido de sus antepasados los españoles*. Dijo más Valdés: que con este pensamiento tenía á su lado, en clase de ayudante de campo, al descendiente má inmediato de los incas, para proclamarle emperador, haciéndole depositario de la soberanía española en el Perú.

En realidad, esta fué la táctica de Laserna y sus compañeros: apoyarse en la raza indígena para sostener el poder español, y si se hubiera realizado el

pensamiento que se atribuye á Valdés, hubierase iniciado una guerra civil, por el estilo de la de Boves en Venezuela; un nuevo orden de cosas, con resultados difíciles de prever. Lo precipitado del desenlace impidió, sin duda, á Valdés realizar su pensamiento, y nadie más indicado que él para llevarlo á cabo por el prestigio y el cariño que supo inspirar á los indios que formaban sus tropas. Falló, pues, el propósito de San Martín, cuyo objeto en Punchauca era, según expresa en su *Correspondencia*, "comprometer á los jefes españoles á reconocer la independencia y unir la suerte de éstos á la de la causa americana".

El delegado Abreu, cuyos poderes, por lo visto, no eran bastantes para resolver la cuestión, propuso la tregua de un año, durante el cual, Laserna y San Martín debían pasar á España para celebrar un acuerdo definitivo con el rey. Confiesa San Martín que no acabó por decidirse á ello, para no quedarse sin escuadra y tener pendiente la deuda de ésta en Chile, que no podía satisfacer. Resultado, que las conferencias de Punchauca fueron un fracaso, y como dice Camba, que intervino en ellas: "El arribo del comisionado regio al Perú fué notoriamente perjudicial á los intereses de España, ya porque los disidentes estimaban en poco estas comisiones pacificadoras, ya también porque para cumplimentar las órdenes de la Corte fué preciso paralizar las operaciones militares cuando más urgente era su mayor actividad. Por otra parte, causaba general extrañeza que el gobierno del rey fiase á un capitán de fragata una comisión de tamaña importancia y trascendencia, no porque un capitán de fragata no

pudiera reunir la más vasta capacidad para su buen desempeño, sino porque no suponía bastante categoría para tratar con enemigos orgullosos, circunstancias que los independientes interpretaban por desprecio hacia ellos. Abreu tenía además la desgracia de no poseer mucho atractivo personal; no gozaba de la mejor salud, y se portaba y vestía con tanta llaneza, que dió ocasión á los bufones á ridículas comparaciones. Tampoco conocía aquella clase de guerra, ni el carácter particular de los que la promovían, ni era fácil, por último, negociar con ventaja, aunque los negociadores españoles abundaran en distinguidas recomendaciones, con quienes tan superiores se creían, y tan en menos estimaban á sus antiguos metropolitanos. Para convencer del concepto que merecía á los enemigos más influyentes el comisionado regio, bastará citar la expresión de García del Río, uno de los plenipotenciarios de San Martín, usada con uno de los jefes que acompañaron al virrey á la entrevista de Punchauca. Discurriendo aquél sobre el estado de la España y las esperanzas de su gobierno, dijo, señalando á Abreu: y *¿qué tal si juzgáramos del paño por la muestra?* La experiencia probaba en contra de esas comisiones pacificadoras en América, sin fuerza que las valorizara; pero una vez adoptadas, habría sido de desear que se hubieren encomendado á sujetos de primera distinción en rango social y habilidad, y que se hubieran presentado en América rodeados de todo el boato correspondiente al nombre que España había tenido allí y á la grandeza que se atribuía aún á sus monarcas." (*Memorias.*)

De todo lo negociado quedó firme, sin embargo,

por tácito acuerdo, el deslinde de posición de los ejércitos real y republicano: el virrey consiguió reservarse la sierra y el Alto Perú, donde reponer su ejército y jugar una mala pasada á San Martín, y abandonó Lima, donde ya no podía mantenerse por el bloqueo del Callao, pero conservando los castillos de esta bahía. Al soltar esta presa, San Martín hizo replegar á Arenales de su incursión, que tan buenos resultados daba, y en la noche del 10 de Julio, verificó su entrada en la famosa ciudad de Los Reyes. Era su sueño dorado y lo había conseguido de un modo pacífico, casi sin soltar un tiro. A pesar de haber permanecido en la más completa inacción desde que llegó á las costas del Perú y de haberse entregado la capital por la exigencia del hambre, causada por el bloqueo de la escuadra y de las montoneras que rondaban las afueras de Lima, él anunciaba en sus boletines oficiales que la había tomado después de una porfiada lucha. Convocó á los pocos días una junta de notables, que convino en la proclamación de la independencia, si bien con la protesta del arzobispo Las Heras, á quien San Martín dió más tarde el pasaporte.

El 28 de Julio (1821), sobre un tablado en la plaza Mayor, el general de los Andes parodió la práctica de los conquistadores castellanos cuando tomaban posesión de un territorio; flameando el nuevo estandarte que había de quedar como bandera del Perú: dos franjas horizontales rojas, con una blanca en medio; declarando entre los aplausos de la muchedumbre que desde aquel momento el Perú era una nación libre é independiente. En la pro-

cesión cívica que á seguida se organizó, hizo de alferez de la nueva bandera, el marqués de Montemira, que hasta entonces había ostentado el empleo de mariscal de campo del ejército español, y al que Laserna dejara por gobernador en Lima, cuando evacuó la capital. En la misma noche ocurrió un incidente que envenenó el regocijo de San Martín: "Habiendo ido al teatro con lord Cochrane, el público los recibió con las más ruidosas aclamaciones: dábanle á San Martín todos los calificativos y epítetos que podían halagarlo, menos el de *valiente*, que constantemente asociaban al nombre de lord Cochrane, envidiosa distinción de que él se quejó á su señoría al salir del teatro. Lord Cochrane se desentendió generosamente de ella, y parodiando las palabras de Cromwell á Lambert, que Lambert recordaba después como una profecía, le dijo: "General, si son españoles viejos, que gritarían del mismo modo si nos vieran á usted y á mí en camino de la horca." A lo cual San Martín replicó, repitiendo con vehemencia las palabras varias veces: "¡Ah!, *Je les traiterai de la manière la plus feroce.*" Hablaban en francés. (Graham.)

Por fin, el 3 de Agosto, lanzó una proclama declarándose *Protector del Perú*, con autoridad absoluta é indivisible, violando sus promesas anteriores. Al comunicárselo al virrey Laserna, éste le dió *esta lección de republicanismo:*

"Permítame le diga que el haberse erigido vuestra excelencia mismo por suprema autoridad del país, que llama libre, es, en mi concepto, un acto de aquéllos que sólo en un sistema despótico puede ser admitido; que las mismas personas que en la

capital acaban de jurar la independencia *libre y espontáneamente* como dice V. E., puede ser que vuelvan dentro de poco tiempo á jurar la constitución de la monarquía española, con más libertad y voluntad; en fin, que el tiempo hará conocer si el mero título de Protector del Perú que ahora ha tomado V. E., es tan adecuado como el de Libertador."

El Protector se dió tres ministros como colaboradores de su gobierno: Tomás Guido, argentino, padre del poeta Guido Spano; José García del Río, un colombiano que llegó á ser el Metternich de Bolívar, y Bernardo Monteagudo, de filiación dudosa entonces, porque en la Argentina se hacía pasar por tucumano, y en el Perú por chiquisaqueño (1).

Este zambo, había buscado el favor de San Martín, después de la caída de Alvear, y comprometido el agradecimiento de aquél, precipitando el proceso de los Carreras en Mendoza. De demagogo exaltado en Buenos Aires, vino á ser monárquico en Lima, siendo, él más que todos, quien inspiró á á San Martín la idea de buscar un príncipe para el Perú. Desde luego, tomó gran ascendiente sobre el general, que era un militarote incapaz de hilvanar un mensaje político, ni siquiera escribirlo con buena ortografía, y él más que éste, es el responsable del escandaloso proceder seguido con los españoles pacíficos del vecindario de Lima.

A los españoles, en general, se les había halagado asegurándoles la protección de sus personas, y

---

(1) Lo último es lo cierto, y estando nosotros en Chuquisaca, se descubrió su partida de bautismo (1892.)

á los que quisieran quedarse en el país, se les ofreció el goce de todas sus propiedades con sólo que solicitaran la ciudadanía; pero cuando San Martín los tuvo á mano, los despojó de la mitad de sus bienes, y ricos y pobres recibieron orden de abandonar el país so pretexto de asegurar así la tranquilidad pública. Eran diez mil los peninsulares avecindados en Lima, y sólo emigraron 672, porque los demás compraron con dádivas su rescate. Era gente que llevaba muchos años en el país, con hacienda y familia establecidas, y es natural que se sintieran más peruanos que españoles. Pero se les continuó vejando. Con motivo de la victoria realista de Ica (1821), se publicó un bando en Lima prohibiéndoles salir con capa; pena de muerte al que saliera de noche después del toque de oraciones; confiscación y muerte al que se le encontrara otra arma que un cuchillo de mesa; prohibición de ejercer el comercio, etc. *¡Esto es hacer revolución!* exclamaba Monteagudo al final de estos decretos terroristas. De esta hecha, sólo quedaron en Lima y demás pueblos de la zona ocupada por los republicanos los españoles ancianos y los padres de famiiia; los de armas tomar salieron á incorporarse al ejército del virrey. Otra medida regeneradora fué la desaparición de los escudos españoles "como símbolos de esclavitud" y la mutilación de algunos monumentos públicos, honra de las artes y gala de la capital; al contrario de lo que aconteció en México, donde se respetó la estatua ecuestre del rey Carlos IV, el menos Cesar de los Borbones, pero á lo Cesar esculpido por Tolsa, poniéndole los mexicanos esta inscripción: *Conservada como*

obra de arte. En cambio, se declararon válidos los títulos de Castilla en el Perú, á los que se añadió una orden del Sol, con prerrogativas vitalicias y hereditarias hasta la tercera generación, declarando Patrona de la orden á Santa Rosa de Lima. Creóse también otra medalla de honor y una banda de damas, con este lema tan romántico como cursi: *Al patriotismo de las más sensibles.*

Establecida esta especie de corte haitiana, el Protector adoptó las prácticas de un virrey. Salía en público arrastrado en carroza de gala tirada por seis caballos, rodeado de una guardia de honor y luciendo una casaca recamada profusamente de de oro. Como complemento, hízose decretar un sueldo de treinta mil pesos, idéntico al que cobraba el virrey del Cuzco (1). No se hizo *Rey José* ó *Emperador San Martín*, porque la logia Lautaro y los oficiales argentinos le vigilaban.

---

(1) El virey del Perú tenía de sueldo sesenta mil pesos anuales, pero Laserna lo redujo á la mitad, en atención á los gastos de la guerra.

XV.—Lord Cochrane.

A todo esto, el árbitro del Perú que había engrosado el tesoro con la confiscación de bienes españoles y el ingreso de las aduanas, dilataba ajustar la cuenta al noble aventurero que le había traído en sus buques desde Valparaíso. Lord Cochrane, como los demás auxiliares extranjeros en la guerra de la independencia suramericana, había dado crédito á las exageradas noticias que corrían en Europa sobre las riquezas de la América española. A Cochrane y sus marinos se les había ofrecido una parte de las presas marítimas y un año de paga si se tomaba Lima. Terminada satisfactoriamente la empresa, el almirante inglés pidió el cumplimiento de lo pactado.

Copiar aquí la *Vindicación* que en mal castellano dirigió el lord al primer congreso constituyente del Perú sobre este asunto, sería á más de impertinente, por su extensión, muestra de parcialidad contra San Martín. Según éste último, en su *Correspondencia*, se entabló del siguiente modo: — "Este lord (Cochrane) presentó al gobierno dos notas. La primera, lo que se debía á la escuadra desde la salida

de la expedición (120.000 pesos); la segunda, 200.000, que le era deudor el Estado de Chile por sueldos atrasados y presas hechas. Se le contestó que en cuanto á la primera cuenta era aceptada; que en cuanto á la segunda, Perú no podía satisfacer deudas ajenas. A los pocos días de estas contestaciones, habiendo noticia que los enemigos venían sobre el Perú, el gobierno dió orden de embarcar todas las pastas y demás efectos de la Casa de la Moneda y se invitó al vecindario á hacer lo mismo con su plata labrada, bajo recibo de un tesorero. En los críticos momentos de hallarse á la vista el enemigo, ofició Lord Cochrane que sus tripulaciones iban á insurreccionarse si no se les satisfacía las pagas, y aunque se le contestó que no habiendo plata acuñada, no era posible por el momento satisfacerlas, sin querer saber más, *este metálico lord, cuya conducta puede compararse al más famoso filibustero*, se se aprovechó de todos los caudales, que montaba á 586.000 pesos. De éstos, una tercera parte del gobierno y el resto de particulares, la mayor parte en pastas, que habían remitido de la Casa de la Moneda para amonedar." (*Carta-respuesta á las preguntas del general Miller.*)

En el curso de la polémica, San Martín trató á Cochrane "como pirata y traficante con los intereses de la Revolución"; Cochrane, que no se paraba en barras, devolvió la pelota llamando al otro "ambicioso vulgar, tirano sanguinario, general inepto, hipócrita, ladrón, borracho, embustero, egoísta y desertor de su bandera; tan cobarde como fanfarrón". San Martín cortó la discusión, cuando se retiró de América; Cochrane y su secretario

Stevenson siguieron insultándole en sus *Memorias*, aun después de muerto el general.

De esta polémica una cosa queda en pie, y es, que los auxiliares extranjeros, acostumbrados á depender de gobiernos sólidamente establecidos y con elementos para cumplir lo estipulado, si al llegar á las costas de América se quedaban agradablemente sorprendidos al ver la facilidad con que ascendían á generales y almirantes, comprendían en seguida que estos nombramientos no equivalían á sus similares en Europa, y sobre todo, que tan aventureros eran los políticos y militares americanos, como ellos; con la diferencia que los hijos del país despilfarraban el botín y ellos se quejaban. Prueba de ello es, que con sólo la confiscación de bienes españoles, San Martín repartió medio millón de pesos á veinte jefes y empleados criollos (á razón de 25.000 pesos á cada uno), que es el medio millón que reclamaba Cochrane.

Terminó este aventurero retirándose con su escuadra á Chile, no sin antes dejar sentadas las bases de la marina peruana con la defección de algunos oficiales compañeros de Cochrane, vendidos al oro de San Martín. Blanco Encalada fué el obligado almirante de la nueva escuadra, como antes lo fuera de la chilena, hasta que vino Cochrane. El primer lance de la naciente marina peruana fué un presagio naval: al salir la escuadra chilena del Callao, pasó la capitana junto á la *Moctezuma*, en la que Blanco tenía izada su enseña de almirante, y como no saludara á la bandera chilena, Cochrane le obligó á hacerlo largándole dos cañonazos.

Fué la última hazaña del lord en el Pacífico. En

1823 dejó también el servicio de Chile y se trasladó al Brasil donde hizo una campaña admirable, como todas las suyas, á expensas de los portugueses, siendo agraciado por el emperador Pedro I, con el título de marqués de Marañón. Tuvo también aquí sus contradicciones por cuestión de recompensas, pero aleccionado en su paso por Chile y el Perú, se dió maña para cobrarse él mismo las crecidas sumas que entendía deberle el Brasil, y cargado de millones se retiró á Europa (1825).

XVI.—Laserna y sus peninsulares.

San Martín era dueño de Lima, pero en las fortalezas del Callao ondeaba la bandera española, y el virrey Laserna, trasladándose á la sierra, oponía una capital á otra: Cuzco contra Lima. Con esto demostró conocer el país, porque en el Perú ha habido siempre cierto antagonismo entre el hombre de la costa y el hombre de la cordillera; antipatía local derivada, no tanto de razones étnicas, cuanto de las condiciones de la vida. En el litoral, los fáciles cultivos de la vega, la ganadería, la transacción del comercio marítimo, la molicie por el clima y las comodidades de la existencia; en la sierra, las riquezas agrícola y minera, pingües, pero costosas, y en relación con ellas una población fuerte y viril.

Esta región montañosa tiene mucho parecido con el alto Perú, que sigue leguas más abajo hacia la Argentina, y era la ciudadela del poder español, cuyas guarniciones ocupaban los cruces de los caminos en todos sentidos y extendían sus fortines á lo largo de las crestas de los Andes. Vista en el mapa, aparece como una larga línea desde el Cerro de Pasco y Lago Junín hasta el otro lago Titicaca,

eslabonándose en ella las ricas poblaciones de Tarma, Jauja, Huancayo, Huancavélica, Cuzco y Puno. La base de operaciones de las tropas del virrey estaba en el valle de Jauja, punto elegido así por su buena posición estratégica, como por ser abundante en recursos, especialmente en cebada y alfalfa para la caballería, arma decisiva en las guerras americanas. Desde el virrey hasta el último oficial, todos se pusieron á medio sueldo para los gastos de la campaña.

Como no había ejército, porque España no enviaba más hombres, fué preciso crearlo, haciendo de los indios mansos, soldados á la fuerza, con cuadros de veteranos peninsulares. Estableciéronse talleres servidos por individuos de tropa y por algunos artesanos del país para las más precisas prendas del vestuario, como pantalones, chaquetas, botines y gorras de cuartel; morriones, mochilas, correajes, maletas, sacos y morrales para cebada; cimeras para los cascos y gorras de granaderos; bocados de hierro, estribos y espuelas de bronce, lanzas, herraje para los caballos y demás indispensable para la guerra. Fué además preciso establecer, con el auxilio de la misma tropa y naturales, fábricas en pequeño de hilados, tejidos y tintes para las prendas de lana y algodón, y de curtidos para el correaje de todas clases, aprovechando para ello los cueros del ganado vacuno, las pieles de carnero y hasta los pellejos de los perros, que servían, con preferencia, para gorras, mochilas y cimeras de cascos. También se improvisaron pequeños hornos de fundición para estribos, espuelas, hebillaje y demás efectos de bronce, para lo cual se echaba mano

de los cañones y campanas inservibles, como asimismo se utilizaron hasta las rejas de los balcones, por la escasez y excesivo precio del hierro en aquellas localidades y ser tan necesario para el herraje de los caballos. Todo esto en medio de un trabajo ímprobo de vigilancia y conservación para evitar las sorpresas de que continuamente se hallaban amenazados algunos cantones y sin contar con más almacenes de municiones y armas que las que tomaban en el campo enemigo. Tal es el interés con que Laserna y demás jefes españoles sostuvieron la causa de España en aquellas regiones, que en pocos meses bastó para poner al ejército en disposición de tomar la ofensiva y tener las ventajas militares que á ésta siguieron.

Esta es la ocasión de decir algo sobre Laserna y sus compañeros de armas, de los que escribe Mitre: "Aislados y abandonados por su metrópoli, supieron sacar fuerzas de flaqueza y levantar de nuevo con bizarría las banderas abatidas del rey de España, prolongando la guerra por cuatro años más tan sólo con los recursos del país."

D. José de Laserna é Hinojosa nació en 1770 y tenía, por lo tanto, cincuenta y un años cuando fué nombrado virrey. Se encontró en el segundo sitio de Zaragoza en 1809, siendo teniente coronel de artillería, y habiéndose distinguido en las célebres defensas del convento de San José y Puerta Quemada, de aquella ciudad. Acabó la guerra de independencia, de brigadier, y con el ascenso á maris-

cal de campo, en 1815, fué enviado de general en jefe al Alto Perú, trayendo entre otros jefes y oficiales al teniente coronel Jerónimo Valdés y al capitán Valentín Ferraz, por no citar más que á los que estuvieron en Ayacucho. Hicieron el viaje por el Cabo de Hornos, y al llegar á Arica se les incorporó el comandante Alejandro González Villalobos con el batallón de Gerona, procedente de Panamá, compuesto de 764 soldados peninsulares. La historia militar de Laserna en el Perú resulta poco airosa, porque empezó con una desastrosa campaña, cuando la invasión á Salta en 1816, y acabó con la rota de Ayacucho. Y como entre ambos episodios figura su ascenso al virreinato por el motín de Aznapuquio, esto mismo es causa de suponérsele como virrey intruso. La verdad es que Pezuela, antes de esto, lo había retenido en Lima cuando Laserna pensaba embarcarse para España, y le hizo teniente general con la idea de que le sucediera en el mando del Perú. Asimismo, en el *pliego de providencia* ó nombramiento cerrado que obraba en cada virreinato para el caso de vacante imprevista, Laserna estaba designado como sucesor de Pezuela, y de todos modos, el gobierno español confirmó su nombramiento de virrey. Fué, pues, un virrey impuesto, pero no intruso, y menos el "pelele" del tradicionalista Palma. Vivió más en el campamento que en palacio, y la actividad extraordinaria que imprimió al ejército de Cuzco y Jauja, acredita sus virtudes militares y un interés patrio de mérito más relevante que el que se contrae en acciones de guerra, fuera de que él y sus tenientes se cubrieron de gloria en la campaña del año 23. Valor no le falta-

ba: lo acreditó en Ayacucho metiéndose en las filas contrarias y dando su pecho como un simple granadero.

José Canterac era francés, hijo del barón D'Orverau, emigrado á España en la época del Terror. Nació en 1787 y para 1815 era brigadier del ejército español. Dos años después, esto es, cuando sólo tenía veintiocho de edad, fué á América con una división de 2.800 hombres (Burgos y Navarra) que desembarcó en las costas de Venezuela. Después de ayudar al general Morillo en la inútil empresa de reconquistar la Margarita, pasó al Alto Perú, para el que iba destinado con el carácter de jefe de Estado Mayor de Laserna, general en jefe entonces de ese distrito (1). Vinieron con él al Perú el coronel Manuel Ricafort, el comandante Baldomero Espartero y el capitán Andrés García Camba, procedentes de la expedición de Morillo á Costa Firme dos años antes. Por la campaña de 1823 ascendió á teniente general. Tenía fama de ser un buen táctico de caballería, como lo demostró en Moquegua, en Cepita y el famoso socorro al Callao; pero eran tiempos en que una sola batalla que se perdiera por los realistas precipitaba el desenlace, que es lo que sucedió á Canterac, quien por perder la batalla de Junín preparó el epílogo de Ayacucho.

Jerónimo Valdés es el más popular de los "Aya-

(1) Es decir que no tuvo por qué pedir el traslado de Venezuela por temor á la guerra de este país, como anota Blanco Fombona (en las *Memorias de Camba)* haciéndose eco de una comunicación trunca de Morillo, dictada por un resentimiento personal de éste contra Canterac.

cuchos", como se dió por llamar en España á los últimos generales del Perú. Era asturiano, de Villarín, donde naciera el año 1784. Cursó estudios en la Universidad de Oviedo, y cuando se preparaba á abrazar la carrera eclesiástica, la guerra de la independencia española le llamó á las filas, llegando á teniente coronel en el campo de Albuera. Con este grado fué al Perú en 1816; él y Canterac fueron los jefes más briosos del ejército de Laserna y protagonistas de la campaña del año 23, famosa en los anales militares por el talento estratégico y asombrosa actividad que ambos desplegaron. La característica de Valdés fué ponerse á tono con el soldado indígena que tuvo á su servicio. El indio de las montañas del Perú, sufrido y sumiso, arrancado á sus costumbres de ocio y de inercia, sufre con estoica resignación las recias fatigas del hombre de armas. Diez ó doce leguas por sendas escarpadas son una jornada que el indio andícola vence á pie, sin cansancio ni fatiga, bastándole para alimentarse y adquirir nuevas fuerzas un poco de *coca*, de maíz tostado ó de papas cocidas. Después de atravesar el ardiente arenal ó la helada puna á marchas forzadas, pelea en el momento del combate, siempre que sus jefes le den el ejemplo y pueda después folgar con su *rabona*, ó sea su compañera de campaña. Este es el secreto de las famosas marchas forzadas que operó Valdés por cientos de leguas, de Lima á La Paz y de Potosí al Cuzco, pasando y repasando los Andes en todos sentidos, y lo que es más, en tiempo de agua y nieve. *Era de un temple tal*—escribe Miller, general inglés de Colombia—*que le había hecho digno compañero de Carlos XII y*

de Souvaroff. Austero y desinteresado, en su mesa no se servía más que las raciones de tropa, y para dormir lo hacía sobre uno ó dos ponchos al frente de su división. El día de Ayacucho traía un sombrero de vicuña de ancha copa alta, una levita basta, cenicienta y unos botines altos de pelo de cabra, prendas que sus soldados le habían regalado en prueba de estimación, porque el ejército del Perú, desde el virrey hasta el último alférez, usaban en campaña aquella clase de sombrero y el poncho de lana, aunque en las ciudades se vestía de riguroso uniforme.

***

El primer hecho sonado que acometieron Laserna y los suyos, fué el socorro al Callao.

Al evacuar Laserna la capital del Perú había ofrecido auxiliar los castillos de la bahía lo más pronto que le fuera posible; pues convenía conservarlos por si enviaban de España los auxilios de mar pedidos. Al efecto, Canterac se movió de Jauja el 25 de Agosto (1821) con 2.500 infantes, 900 caballos y nueve piezas de artillería de á 4, llevando de jefe de Estado Mayor al coronel Valdés. Después de cruzar los Andes de Oriente á Occidente, dividió Canterac la fuerza en dos columnas, que habían de tomar distintas direcciones para volver á juntarse en un punto determinado y quedándose él con la infantería, sin guía y á rumbo, porque el país estaba insurreccionado y en los pueblos no se hallaba nadie; salió á un arenal sin agua y sin camino de ninguna clase, por el que anduvo más de

diez leguas, acosados sus hombres por una sed devoradora. Cansados de sufrirla resolvieron bajar por entre precipicios al fondo de una quebrada, con la idea de hallar agua en el fondo. Tanto apretaba la necesidad que se ofreció á nombre del rey un grado al individuo que primero avisase que había hallado agua, siendo de advertir que cuando se hizo este ofrecimiento faltaría poco más de un cuarto de legua para llegar al río Lurín. Canterac, que iba á la cabeza, fué de los primeros en descubrirlo é inmediatamente hizo llenar las cantimploras de los que le acompañaban para auxiliar á los rezagados, algunos de ellos en el último trance, como el coronel Valdés que cubría la retaguardia y al que se encontró rendido y acostado al pie de una peña, después de haber apelado á beberse sus propios orines y á ponerse plomo en la boca para mitigar la sed que le consumía. Los soldados que suelen recordar con buen humor los mayores apuros, bautizaron aquella famosa bajada con el nombre significativo de *Quebrada de Arrastraculos*. Valga este episodio para dar una idea de la clase de guerra que se sostenía en el Perú.

Reunidas las dos columnas, Canterac les hizo vestir de gala, y con singular bizarría, el 7 de Septiembre, acampaba á la vista de Lima esperando que le atacase San Martín que disponía de más combatientes; pero éste se replegó á las murallas de la capital y Canterac, aprovechando la oportunidad, se dirigió á marchas forzadas hacia el Callao. *Aseguro á V. S.*—decía Canterac en su parte al virrey—*que las tropas más aguerridas y más maniobreras, no han ejecutado ni ejecutarán jamás con más gallardía, or*

den y precisión los citados movimientos al frente del ejército contrario. El ejército de San Martín había formado en batalla. "El valiente general Las Heras y lord Cochrane estaban á caballo con gran número de oficiales y de particulares ansiosos de entrar en acción. La fuerza del enemigo era reducida en comparación con el ejército del Protector, y el general mismo, cuando llamó á los dos jefes antes nombrados, parecía realmente animado por un sincero deseo de empeñar resueltamente el ataque; pero, gradualmente fué enfriándose, perdió la mañana en inútiles palabreos, fuése á dormir la siesta de costumbre y despues ordenó á la tropa que se fuera á comer. Los soldados, que estaban dispuestos á esgrimir sus sables, dieron una carga sobre un piño de ganado que divisaron, y después de matar las reses, obedecieron las últimas órdenes del general; mientras tanto, el enemigo prosiguió su marcha y entró al Callao sin sufrir molestia alguna. Fué en esta ocasión cuando Las Heras, después de haber insistido en la ventaja de atacar á Canterac, rompió su espada y juró no volver á llevar más el uniforme de aquel bochornoso día. El almirante también lo exhortó al ataque hasta el último momento y ésta fué la última entrevista que tuvo con San Martín, y le señaló el camino que le quedaba abierto para preservar su propio honor y el del ejército; entonces San Martín le contestó: "Yo soy el único responsable de la libertad del Perú", y se retiró". (Graham.)

Canterac acampó, pues, impunemente bajo los fuegos del *Real Felipe*, uno de los castillos del Callao, pero antes de su venida, tanto San Martín como lord Cochrane habían entablado negociacio-

nes con La Mar, general gobernador, del Callao, á fin de obtener la rendición de la plaza; el uno para que allí ondeara el pabellón del Perú; el otro, el de Chile. Las instrucciones de Canterac eran socorrer el Callao con víveres, y si esto no fuese posible, volar las fortificaciones, retirando la guarnición y el armamento.

Como lo primero se hacía difícil por el bloqueo del Callao y la ocupación de Lima por el enemigo, propuso Canterac en junta de guerra el segundo extremo, á lo que se opuso el gobernador La Mar, por hallarse refugiados en el Callao más de 600 paisanos de ambos sexos, que quedarían expuestos al furor del contrario. Entonces Canterac entabló negociaciones con unos contratistas á bordo de embarcaciones neutrales, para proveer la playa de víveres por mar, por el precio de cuatrocientos mil pesos, de los que debían entregarse al contado ochenta mil. Juntóse esta última cantidad con dos mil onzas de oro que se acacababa de repartir á la tropa y que fueron devueltas, mas otras sumas que aportaron los refugiados de Lima. Como Canterac no podía detenerse por más tiempo allí, sin víveres, sin forraje y con un enemigo numeroso al frente, dejó confiado á La Mar el cumplimiento de la contrata y se retiró al valle de Carabaillo, en las cercanías de Lima, hasta que el Callao estuviera socorrido, como debía ser si el gobernador hubiera entregado á los contratistas los ochenta mil pesos convenidos. Pero La Mar no los entregó, sino que tres días después de la ida de Canterac, entró en tratos con San Martín, y el 21 de Septiembre hizo en forma la entrega del Callao, con todos los

honores militares para la guarnición. Acto seguido elevó al virrey la renuncia de su empleo y se pasó al bando republicano, proclamando á sus compatriotas: "que toda su vida había anhelado un momento favorable en que poder manifestar sus sentimientos por la causa de la independencia".

La Mar, natural de Guayaquil, había sido compañero de viaje de Laserna en el embarque de éste para el Perú, y vino con el grado de brigadier por servicios prestados en la península. Ascendido á mariscal de campo por el virrey Pezuela en la "promoción de la servilleta", formaba parte de la junta consultiva de defensa, creada en Lima cuando el avance de San Martín. Correspondiéndole por su categoría el mando del Callao, se lo dió Laserna, siendo así que estaba tildado de sospechoso. No hay por qué tildarle por su pase al campo patriota; entre servir al rey ó á la patria, la elección no era dudosa; sólo que pudo hacerlo de una manera más honrosa, pues hízolo engañando á sus compañeros de armas y entregando el Callao dos veces: la primera haciendo faltar la contrata de víveres y la segunda con la capitulación efectiva.

Pero á lo menos se mostró buen peruano, prefiriendo hacer la entrega á San Martín y no á Cochrane. Si Cochrane hubiera conseguido plantar en el Callao la bandera chilena, es de presumir que se habría encendido la guerra civil entre él y el *Protector*, ó al menos se habrían puesto frente á frente la escuadra y el ejército, con notoria ventaja para la causa realista.

Con la defección de La Mar y otros militares hijos del país, hubo cuadro suficiente para formar

una legión peruana, á la que se añadieron algunas tropas de San Martín, entre ellas el batallón *Numancia*. El primer estreno de Agustín Gamarra y Domingo Tristan, generales peruanos á quienes se les confió estas fuerzas, fué perder la batalla de Ica (7 Mayo, 1822), con mil prisioneros y casi todo el material de guerra. El *Numancia* pagó su traición, viendo quintados sus oficiales por el vencedor Canterac. Sus restos se incorporaron á Bolívar cuando éste vino al Perú y formaron el batallón *Voltígeros*, que debía de estar compuesto de valientes, por cuanto "todos sus capitanes ascendieron más tarde al grado de coronel". (O'Connor, *Recuerdos*.)

XVII.—La retirada de San Martín.

Remedió el desastre de Ica el triunfo de Pichincha por el general Sucre, que al frente de sus colombianos venían metiendo ruido camino del Perú. Por esta batalla se conquistó el reino de Quito y quedó entablado el pleito de Guayaquil, provincia que se había anexionado al Perú antes de que los colombianos llegaran á sus límites. Bolívar, que de triunfo en triunfo venía acercándose á Lima, trabajó por ganar aquella provincia á Colombia, y á fin de solucionar el asunto se avistó con San Martín en la ciudad del Guayas (26 Julio, 1822.)

Como en esta conferencia se decidió la suerte del Protector del Perú, los historiadores han acumulado hipótesis acerca de lo que hablarían los dos campeones, pues parece que lo hicieron á solas y sin testigos. Ateniéndonos á las consecuencias y á la carta que escribió después San Martín á Bolívar, se ve que el general argentino consignó la verdad de lo ocurrido en su *Correspondencia:* "Mi viaje á Guayaquil no tuvo otro objeto que el de reclamar de Bolívar auxilios para terminar la guerra del Perú, en justa retribución de los que el Perú había pres-

tado á Colombia. (Se refiere al auxilio chileno-argentino con el que Sucre venció en Pichincha). El Libertador declaró que, todo lo más, podía desprenderse de tres batallones, que entre los tres no llegaban á dos mil hombres". En la segunda conferencia anunció á Bolívar que, habiendo dejado convocado el congreso en vía de su instalación presentaría su renuncia del Perú, añadiendo: "Ahora le queda á usted, general, un nuevo campo de gloria, en el que va usted á poner el último sello á la libertad de América". Y en carta de 1848 á Ramón Castilla, presidente del Perú, añadía San Martín que se retiró porque Bolívar se negaba á ir al Perú con su ejército estando él, por más que éste se ofreció á ponerse á sus órdenes. "Si algún servicio tiene que agradecerme la América es la de mi retirada de Lima, paso que no sólo comprometió mi honor y reputación, sino que me era tanto más sencilla cuanto que conocía que con las fuerzas recibidas de Colombia, la guerra de la independencia hubiera sido terminada en todo el año 23".

Como se ve, la conferencia de Guayaquil, más que el fallo del dominio de una provincia, que por lo demás, se hubiese ido con el que quedara dueño de la palestra, fué la entrevista de dos púgiles, que, al encontrarse bajando uno del Norte y subiendo otro del Sur, se tomaron el pulso para ver cuál de los dos era más fuerte.

Flojeó San Martín y quedó el Perú para Bolívar. Aparte el detalle del implícito reconocimiento de la inferioridad del argentino ofreciéndose á las órdenes del venezolano, se vislumbra que al encararse los dos hombres, Bolívar abrumó y subyugó á San

Martín por el mayor concepto que de sí tenía y por el arrebato de su carácter. Las dos conferencias, que tuvieron lugar en el espacio de cuarenta horas, fueron amenizadas con un banquete y un baile oficial. En el primero, Bolívar echó este brindis: *¡Por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el general San Martín y yo!* Contestó San Martín: *Por la pronta conclusión de la guerra, por la organización de las diferentes repúblicas del continente y por la salud del Libertador de Colombia.* En el baile, mientras Bolívar se dejaba llevar por las deliciosas ondulaciones del vals, al que era muy aficionado, San Martín se aburría, y llamando aparte á su edecán, salió por una puerta falsa á ganar su embarcación. Ambos detalles pintan el carácter de uno y otro hombre.

Durante la breve ausencia de Lima del general San Martín, había descargado la tempestad de odios y resentimientos formada por el prepotente y despótico ministro Monteagudo, que después de tratar á los españoles como enemigos, trató á los peruanos como pupilos incapaces de gobernarse por sí mismos. *Misántropo ambicioso* llamaba á Monteagudo la prensa limeña en vísperas de estallar el motín contra él. *Es imposible esperar bienes y honradez en la cueva de Caco*, se añadía, aludiendo á su administración. El cabildo de Lima secundó el motín que pedía la destitución del odiado ministro. Este renunció, mal de su grado, pero aun así fué preso y expulsado ignominiosamente del Perú. Tres años después volvió á Lima en compañía de Bolívar, cuya amistad había ganado con sus adulaciones, y en la noche del 28 de Enero de 1825, un negro que

le acechaba en una esquina le partió el corazón de una puñalada, créese que pagado por uno de tantos enemigos que se había creado Monteagudo en Lima y que él afectaba menospreciar. Fué un personaje siniestro, ejecutor de muchos crímenes políticos, y por su mala influencia se perdieron primero Alvear, luego San Martín. "Bernardo Monteagudo—escribe Pruvonena—era uno de aquellos hombres que con harta frecuencia se presentan en el teatro de las revoluciones, y que sin tener sentimientos, contrahacen á los que los tienen. Su patria, el Alto Perú; su condición de las más bajas de la sociedad; de origen europeo, y de genealogía africana, siguió la carrera de las leyes y su entendimiento estaba atestado de los peores elementos que caracterizan al intratable zambo."

¡Su carácter le precipitó! dijo San Martín cuando al regresar á Lima se encontró con que habían despedido á su ministro y consejero. Esto acabó de persuadir al general que también él debía preparar su maleta. El mismo día que se reunió el congreso del Perú (20 Septiembre de 1822) abdicó su protectorado y en la misma noche salió como fugitivo de Lima, dejando una alocución de despedida á sus compañeros de armas y una proclama á la nación en la que anunciaba que la presencia de un militar victorioso en los países nuevos, era un peligro constante para la libertad y que sus servicios estaban pagados con usura, ya que había tenido la satisfacción de cooperar á la independencia de Chile y el Perú. De algún modo había de cohonestar su huida; no iba á decir que su renuncia era un renuncio, que no servía para el desempeño de un cargo político y

que se consideraba incapaz de mantener el orden en Lima. "Dejó todo en verdadera acefalía—escribe su admirador Mitre—, ejército y gobierno, sin rumbo y coherencia, mientras él daba su gran salto en las tinieblas!!

En Ancón se embarcó para Chile. Cuando llegó á Valparaíso se encontró con que á su compañero O'Higgins, no le iba mejor en la escena política, y previendo la caída de éste y que los chilenos la tomaran con los dos, emigró á Mendoza á cultivar su chacra, ó por mejor decir, "á cultivar su huerto", según la frase consagrada por Voltaire en su *Cándido*. No tardó en imitarle O'Higgins, quien se retiró á una magnífica posesión en Lima que San Martín le regalara siendo *Protector* y en ella murió al cabo de veinte años de voluntario destierro, sin haber vuelto á su patria.

Al poner San Martín el pie en la Argentina vió en seguida que pisaba en país enemigo. En Buenos Aires la prensa se desató contra él, y un padre Castañeda le enderezó un furibundo libelo, acusándole de egoísta, ambicioso, hipócrita, ladrón y desertor de la bandera argentina; casi los mismos piropos con que le había regalado Cochrane. "La desconfiada administración de Buenos Aires—escribe el propio San Martín—me cercó de espías; mi correspondencia era abierta con grosería; los papeles ministeriales hablaban de un plan para formar un gobierno militar bajo la dirección de un soldado afortunado. Vi claramente que me era imposible vivir tranquilo en mi patria, ínterin la exaltación de las pasiones no se calmase, y esta certidumbre fué la que me decidió á pasar á Europa."

El despecho se apoderó de este hombre al verse suplantado en el Perú y perseguido en su patria. Por aquellos días le escribía uno de los cuatro directores, que en menos de seis meses se había sucedido en el gobierno del Perú, José Riva Agüero, jefe de la oposición á Monteagudo, que se había proclamado mariscal de un ejército alistado para la defensa nacional, en tanto se aguardaba á los veteranos de Bolívar. Riva Agüero pedía á San Martín que acudiera al cuartel general de Lima y que diera órdenes al general Urdininea para que activase las operaciones en el Alto Perú, donde dominaba el realista Olañeta.

—*¡Malvado!* - le contestaba San Martín—*¡Imposible!* Y esquiva la ayuda con estas palabras: *¿Cómo ha podido usted persuadirse que los ofrecimientos del general San Martín fueran jamás dirigidos á un particular, y mucho menos á su despreciable persona?* - En tanto, su ejércto de los Andes se deshacía en unión de la bisoña legión peruana. Guiado por el inepto general Rudesindo Alvarado, segundo de San Martín, fué al desastre de *Torata* (1823), en el camino de Moquegua á Puno, batiéndole Jerónimo Valdés con fuerzas inferiores, protegido á última hora por el refuerzo de Canterac. De los cuatro mil veteranos de San Martín quedaron sólo un millar escaso, que regresaron á Lima á guarnecer el Callao. Finalmente, el año 24, la traición disolvió estos restos, y del famoso regimiento *Granaderos de á caballo de los Andes* vinieron á quedar ochenta hombres, que pelearon en Junín y Ayacucho.

Acabó San Martín por trasladarse á Buenos Aires, donde, sin más prórroga que levantar un sen-

cillo mausoleo á la memoria de su esposa, recién fallecida, se embarcó para Europa, llevándose á su única hija, Mercedes San Martín y Escalona. El hombre á quien la prensa de Lima y Santiago de Chile acusó de haber saqueado los tesoros del antiguo imperio de los incas, sólo tenía por capital las dos chacras de Montalbán y Chimba en Mendoza, una casa en Buenos Aires y nueve mil pesos anuales vitalicios, a lo que vino á quedar reducido al millón que le votó el congreso del Perú como recompensa nacional; el grueso de su caudal, consistente en unos cien mil pesos oro, que había depositado en Londres, se lo había estafado un agente en quien tenía puesta toda su confianza. Como sus propiedades de América fueron también mal administradas y la pensión del Perú venía casi siempre retrasada, confiesa él mismo que se vió en serios apuros para costear en París la educación de su hija y aun subvenir á sus más perentorias necesidades; y que vino á salvarle la ayuda de un antiguo camarada del ejército en España, don Alejandro Aguado, marqués de las Marismas, quien, no contento con regalarle un palacete en las cercanías de París y de establecer al hijo político de San Martín, el señor Balcarce, en Buenos Aires, haciéndole un adelanto de catorce mil pesos, hizo heredero al general de todas sus joyas y condecoraciones y albacea de sus hijos, cuando su muerte, en Asturias, el 12 de Abril de 1842.—*Sin Aguado* yo hubiera *muerto en un hospital*, anuncia San Martín en repetidas cartas.—*¡Despreciables y estúpidos españoles*! ¡*Godos*! ¡*Maturrangos*! ¡estaba cansado de llamar á los paisanos de Aguado!

Hostigado por la necesidad y por un resto de ambición, hizo un viaje á la Argentina, que fué de ida y vuelta; ni siquiera llegó á desembarcar. Esto fué el año 29, época en que la Argentina estaba devoraba por la guerra civil. Desde Balizas escribió al ministro Díaz Vélez anunciándole que había venido á los cinco años justos de ausencia con el propósito de vivir en el retiro de la vida privada, pero que para esto había contado con la tranquilidad completa que debía reinar en el país, sin cuyo requisito ningún hombre notable podía prometérsela, por estricta que fuera su neutralidad en el choque de las pasiones, y, en consecuencia, que se volvía. Con razón le escribía Fructuoso Rivera, presidente del Uruguay, "que, ó la patria no le inspiraba interés, ó que desesperaba de su salud".

Retirado en Boulogne-sur-Mer, murió en 1850, á la edad de setenta y cuatro años. Sobrevivió veinte á Bólívar y ocho á O'Higgins.

XVIII.—Examen de San Martín.

Por el tono general que hemos empleado en este *Examen*, se habrá comprendido que nosotros no somos admiradores del general San Martín. No vemos en él, el genio arrebatado de Bolívar, la incansable actividad de este caudillo, el dominio soberano que éste ejerciera sobre los hombres y los acontecimientos. Por lo mismo que también San Martín realizó dos grandes hechos, la independencia de Chile y la del Perú, hubiéramos querido verle siempre á caballo, ganando muchas batallas ó perdiéndolas, pero, como Anteo, para herir con más fuerza el suelo y volver á la carga. Tal es el atractivo del héroe venezolano, como el de los demás hombres de acción, popularizados por la novela y el cine, y que se distinguen más por su energía que por la concentración de pensamiento.

En todos los pueblos, en los momentos críticos de su historia, se encuentran dos clases de hombres: unos, prudentes, que desconfían de sus fuerzas y sólo quieren obrar sobre seguro: su actitud normal es la deliberación. Otros, almas llenas de ideal, audaces, cuya actitud normal es la temeridad.

No obstante, si el éxito ayuda, tanto el reflexivo como el temerario, son héroes. Este es el caso de San Martín y de Bolívar. El venezolano, todo ímpetu, todo pasión; el argentino un hombre que no da un paso adelante sin estar perfectamente seguro de que puede darlo y lo da en firme; un hombre que se arrancó el corazón y se convirtió él mismo en una máquina. Se dirá que San Martín fué un táctico, un general á la europea, en tanto que Bolívar un caudillo á lo americano, pero por esto precisamente hieren más la imaginación las gloriosas locuras de éste que el método y la estrategia del otro. Todos somos hombres de presa cuando se nos dan garras para ello; por esto lo fué San Martín, mientras que Bolívar se hizo dominador, por lo que hoy se llama "voluntad de poder", es decir, contra todos y á pesar de todo.

Difícil sería hallar dos caracteres más opuestos que el de Bolívar y San Martín, escribe O'Leary (*Memorias.*) Franco, ingenuo, ardiente en sus amistades y generoso con sus enemigos era Bolívar; San Martín, poco disimulado é incapaz de perdonar las injurias ó de hacer un beneficio que no redundase en su provecho. Ambos consiguieron el fin que se proponían por medios tan opuestos como los caminos que les habían llevado á encontrarse en el Ecuador; el uno desde las márgenes del Orinoco, el otro desde las del Plata. Líneas después inserta un informe del general Heres sobre la expedición chileno-argentina de 1819, el gobierno de San Martín en Lima y carácter de este general, del que reproducimos lo que hace al caso.

"Sagaz con el pueblo, trata bien al soldado, es

económico en las rentas, fecundo en arbitrios y más fecundo en estratagemas, para alucinar cuando le interesa. A este don de la Naturaleza, más que á su saber que es menos que común, debe los buenos sucesos y la fama que ha obtenido. Guarda una profunda reserva en sus providencias, dignidad en su comportamiento y es muy contraído al trabajo. Sin embargo de todas estas buenas cualidades, San Martín ha sido muy desgraciado en el mando y no tiene un amigo. Su experiencia, sus opiniones y sus servicios le hacen tan intolerante, que se molesta hasta lo sumo con los que difieren de él en opiniones políticas; quiere que su sistema se establezca sea como fuere, porque no concede á la mayoría de los americanos capacidad para conocer el que les conviene, ni constancia para sostenerlo. Sea por carácter, ó por la opinión que le haya hecho formar la revolución del Nuevo Mundo, ello es que San Martín está persuadido que en todo él no puede establecerse otro gobierno que el monárquico...

"Sobre todo, lo que ha perdido siempre á San Martín es el concepto de falso é inconsecuente en que está y que merece ciertamente. San Martín dice *que los hombres son monos y que como á tales debe tratárseles*. No estima á ninguno, en ninguno confía; trata á todos según le conviene en el momento, se burla de ellos y los critica atrozmente á los unos con los otros, al volver la espalda y después de haberles manifestado amistad, sino ternura. Por abrazar á Tagle se dió un fuerte golpe con una silla, le estrechó mil veces en sus brazos, lo besó, le dijo que lo contemplaba con entusiasmo, y cuando se despidió aquél, me dijo *que era una india vieja que*

no valía nada. No repara en medios, por reprobados y horribles que sean, para conseguir un fin, y tiene la debilidad de decirlo. Aunque es aseado en su vestido, guarda una economía que raya en miseria y que sienta muy mal en una persona de su rango; pero no creo que haya robado como dicen. Tiene algunas vulgaridades que hacen rebajar el concepto en que se le tiene por sus servicios; por ejemplo, usa frecuentemente dichos de los gitanos y de soldados andaluces, y siempre tenía entre las piernas y sobre la mesa un gozquecillo...“

*
* *

Hacen bien los argentinos en honrar á San Martín, porque al fin y al cabo, necesitan un general de su independencia que no lo tuvieron.

“Bolívar es todo; Venezuela es la peana de aquella colosal figura. Buenos Aires es una ciudad entera de revolucionarios; Belgrano, Rondeau, San Martín, Alvear y los cien generales que mandan sus ejércitos, son sus instrumentos, sus brazos, no su cabeza ni su cuerpo.“ (Sarmiento, *Facundo*, cap. III.) La independencia argentina fué anónima, casi se hizo por sí sola. Su historia se resiente de lo mismo que la de la conquista española del territorio: en la trabajosa ocupación del Río de la Plata, apenas espejea uno que otro reflejo bélico, al contrario de las conquistas de Chile, del Perú, de Nueva Granada, de Venezuela, de México, todas guerra y exterminio, y, por tanto, más dramáticas.

Además, queda por ver lo que habría sido del Aníbal argentino si al pasar la cordillera, dando la

espalda á su patria, un Escipión hubiera llamado á la puerta de Buenos Aires. De esta prueba salió victorioso Bolívar una y dos veces, sobre todo, cuando la estocada de Boyacá á un lado y la de Carabobo á otro. Tan magnífico se representa Bolívar, que al emprender su examen, venció nuestra frialdad de extranjero y acabamos por entusiasmarnos y encariñarnos con el personaje; pero San Martín nos deja indiferentes.

¡Fué un gran estratega! ¡El organizador de la victoria! *¡Remember* Mendoza. Bien está. Si fuera posible sacar privilegio de héroes nacionales y exponerlos en una walhalla ó exposición heroica, los argentinos debieran presentar su estatua ecuestre de San Martín, tal como se obstenta con sus arreos militares y el clásico "falucho", pero con este letrero en el zócalo: *Sección argentina. Número 1. Fuera de concurso.* La Máquina de Mendoza.

FIN

ÍNDICE

Páginas.

PRÓLOGO 1

FRANCISCO MIRANDA

I.—El ayudante de Cagigal..... 12
II.—El segundo de Dumouriez..... 21
III.—El Laborante..... 25
IV.—El caudillo de Venezuela..... 29
V.—El mártir de la Carraca..... 42

SIMÓN BOLÍVAR

I.—El currutaco..... 47
II —El coronel de milicias..... 54
III.—El general improvisado..... 59
IV.—Boves..... 69
V.—La expedición de Morillo..... 80
VI.—La patria boba..... 87
VII.—Él es la revolución..... 98
VIII.—Boyacá..... 110
IX.—La retirada de Morillo..... 123
X.—Carabobo..... 133
XI.—Junín..... 138
XII.—Ayacucho..... 151

Páginas

XIII.—Olañeta y los Ayacuchos..... 166
XIV.—Auctoris libertatis..... 179
XV.—El Ocaso del astro..... 187
XVI.—El Libertador..... ... 199
XVII.—El Hombre..... 210

SANTIAGO NARIÑO

I.—Los afrancesados de Bogotá..... 221
II.—Una siega de doctores..... 224
III.—Ostracismo, ingratitudes y suerte..... 238
IV.—Nariño, Miranda y Bolívar..... 247

JOSÉ DE SAN MARTÍN

I.—Los Lautaros..... 251
II.—Los Mayos..... 258
III.—Morenistas y Saavedristas..... 275
IV.—San Lorenzo..... ... 284
V.—Carlos Alvear..... 289
VI.—Manuel Belgrano..... 299
VII.—El hombre de Cuyo, O'Higgins y Carrera..... 311
VIII.—El ejército de los Andes.—Chacabuco... 317
IX.—Cancha Rayada y Maipú..... 328
X.—Asesinatos legales de los Carreras y de los prisioneros de Maipú..... 335
XI.—La expedición libertadora al Perú..... 343
XII.—El Virreinato del Perú..... 354
XIII.—Trabajos de zapa. 362
XIV.—San Martín, protector del Perú..... 372
XV.—Lord Cochrane..... 382
XVI.—Laserna y sus peninsulares..... 386
XVII.—La retirada de San Martín..... 398
XVIII.—Examen de San Martín..... 406

BINDING DEPT. OCT 1 1958

661457

Bayo, Ciro
Examen de próceres americanos.

HSAm.BC
B3616ex

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED